CARMEN GARCÍA-GANCEDO

ALGO LIGERO

¿Y SI DESTROZARAS LA BODA DEL AMOR DE TU VIDA?



ALGO
LIGERO

ALGO
LIGERO

CARMEN GARCÍA-GANCEDO

Copyright © 2026 Carmen García-Gancedo
Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmission bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Autor: Carmen García-Gancedo García

Diseño de cubierta: Beatriz Fernández García

Maquetación de cubierta: Javier Arroyo

Revisión y corrección: Javier Arroyo

Fecha de Edición: Febrero 2026

www.carmengarciagancedo.es

Para mi madre,
que me enseñó a creer enlas historias de amor.

Para Alberto y Elena.
por hacerme vivir la más bonita de todas.

Y ahí estaba yo. Vestida de blanco, observando al amor de mi vida a punto de dar el «sí, quiero». El cuento perfecto. El atracón de perdices. El final de la historia de amor que nos cuentan desde niñas.

Pero, un momento.

Resulta que ese final no era el mío.

El blanco que lucía era el uniforme del catering. La novia era mi mejor amiga, y yo llevaba más de doce años enamorada del hombre que la esperaba en el altar. Una situación envidiable, ¿verdad? Pues voy a daros más datos sobre ese día: sin querer, repito, sin querer, arruiné la boda. ¿La culpa?: un camarero sin

experiencia y unas gambas aventureras que acabaron en el plato incorrecto, en el de la novia, concretamente.

La cara morada, gritos y algún desmayo. El momento, que fue capturado por decenas de teléfonos móviles, se hizo viral en menos de lo que se tarda en pronunciar «112». En cuestión de horas, perdí a mis amigos, mi trabajo y mi reputación.

Y, repito, ese final no era el mío, pero en esta historia lo mejor es empezar por el principio.

.

PRIMERA PARTE
EL DÍA DE LA BODA



EL DÍA DE LA BODA. 9:30 A. M.

—Vamos, Elena, que no te enteras. Esos canapés no se montan solos, y la furgo va a llegar en quince minutos —la que hablaba era Rocío, mi socia en nuestra empresa de catering: Algo Ligero.

Le dediqué un puchero sin poder evitar que mi barbilla comenzase a temblar descontrolada. Ella suspiró, dejó lo que estaba haciendo y, colocándose frente a mí, apoyó las manos sobre mis hombros.

—Sabías que esto iba a suceder. Hace más de un año desde que se prometieron.

—Pero había indicios de que romperían —protesté.

—Los indicios sólo estaban en tu cabeza. Estaba claro que se iba a casar con ella.

—Pero…

—No hay peros. Olvídate de los peros y céntrate en el trabajo. Mira la parte positiva: hoy es nuestra oportunidad. Llevamos años trabajando para conseguir un evento como este y, por fin, aquí estamos.

Rocío clavó sus ojos negros en mi mirada empañada. Asentí con lentitud y poca convicción y me volví de nuevo hacia las piezas de canapé que esperaban sobre la mesa. Sentía mi corazón como uno de ellos: desmadejado y a punto de ser empalado para terminar en las fauces de una trituradora.

Al menos los canapés no podrían sentir nada; yo sí.

Decidí pasar de las banderillas y ponerme con las tartaletas de foie, con las que, de momento, ni se me ocurría ningún símil dramático ni dejaban a mi alcance objetos punzantes. Llevaba semanas, meses temiendo ese día, y, para mi desgracia, había llegado. Pensé en Javi y mi mente me traicionó con una nueva proyección de las escenas que tantas veces me había imaginado: su entrada en la iglesia, el paseo hacia el altar, cómo colocaría con delicadeza el anillo en el dedo de su prometida y el beso del final, coreado con vítores y aplausos. Se me encogió el corazón.

—Esto también pasará —escuché una voz aflautada seguida de un cosquilleo en la oreja. Giré la cabeza y solté un pequeño

gritito al encontrarme de bruces con la mirada seca de un gambón cocido—. Y, si no, siempre puedes casarte conmigo —continuó Rocío con una actuación de ventrílocuo muy poco convincente.

Le dediqué una sonrisa falsa, cual judas de plástico, y decidí enfocarme en rellenar las pequeñas formas de hojaldre. Quizá si conseguía distraerme, el tiempo pasaría más rápido y pronto se terminaría el día. Después, sólo tendría que acostumbrarme a la nueva situación. Tal vez no fuera tan terrible, al fin y al cabo, Javi llevaba mucho tiempo fuera de mi alcance, pero el trago, el «sí, quiero», tendría que comérmelo con patatas. O, mejor dicho, con canapés de foie.

Veinte minutos más tarde, me encontraba en la parte de atrás de una furgoneta, rodeada de toneladas de comida. Ese día tendríamos que alimentar a casi quinientos invitados.

Sí, quinientos.

¿Pero quién tiene tantos amigos? Si yo tuviera que organizar mi boda mañana, creo que no llegaríamos ni a veinte por mi parte. El caso es que Javi había hecho muchos contactos en los últimos años, y Aurora, la chica tímida que conocí en la universidad, se había convertido en @aurea_aurora, una de las influencers más populares del país. Supongo que tener una sonrisa blanca, un cuerpo de infarto y un padre millonetis, pues, oye, que ayudan.

—¿Y cómo lo llevas? —la voz de Miguel, al volante de la furgoneta, me sobresaltó.

—Pues bueno…

—Piensa que Julia Roberts ha pasado por la misma situación.

—¿Cómo?

—Sí, en La boda de mi mejor amigo. Ayer Rocío me hizo verla otra vez, creo que para empatizar. —Suspiró. La chica sentada en el asiento del copiloto fulminó a su marido con la mirada—. Tendré las llaves de la furgoneta a buen recaudo, no se te ocurra iniciar una persecución como la de la peli. —Me guiñó un ojo.

—Esa es su parte favorita —bufó Rocío con una mueca.

—La única en la que hay algo de acción —replicó él, y, tras una pausa, añadió—: El caso es que sabemos que hoy es un día duro para ti, pero estaremos ahí para apoyarte. Si necesitas llorar o esconderte, te cubriremos, no te preocupes.

—Gracias —susurré.

—Pero esperemos que no pase —completó Rocío.

—Y cuando te sientas mal, piensa en Julia, en que a ella le quitó el novio nada menos que Cameron Díaz, que está buenísima. Aunque, ahora que lo pienso, Aurora tiene cierto parecido a ella, con el pelo rubio y ojos claros… —musitó.

—Déjalo, Miguel —interrumpió su mujer.

—No, no. Tiene razón, Aurora es Cameron Díaz, y yo, una suerte de Julia Roberts de AliExpress —sentencié—. Gracias, ya me siento mejor.

—Eh, que lo de AliExpress lo has dicho tú.

Mientras Miguel sorteaba los coches por la M-30 hasta la finca, pensé en la película que acababa de mencionar. Había perdido la cuenta de las veces que la había visto en los últimos días. Todas ellas con la ridícula esperanza de que el final fuera diferente, de que, en la última escena, Michael, el prota, entrase en razón y eligiera a su mejor amiga como la mujer de su vida. Esa era la opción lógica, ¿no? Pues no. Eligió a la rubia guapa.

Como todos.

Dibujé un mohín y me encogí en mi asiento. Estaba enfadada y reconocía no estar siendo justa con Aurora, que no sólo tenía nombre de princesa, sino que toda ella parecía sacada de un cuento de Disney.

Si tuviera que encontrar una palabra para definirla sería demasiado: demasiado guapa, demasiado encantadora, demasiado generosa, demasiado bondadosa. Una de esas personas sobre las que uno puede pensar «Qué asco, todo se le da bien», pero, al final, ni siquiera lo haces, porque, cuando te despistas, se ha ganado tu corazón.

Ese truco le ha funcionado con Javi y le ha funcionado con sus cinco millones de followers, a los que ha conquistado luciendo sus modelitos en Milán, Tokio o Bali, y también gracias a su

colaboración en proyectos de ayuda humanitaria en distintos lugares del mundo. Según ella, en su cuenta de Instagram reivindica el contraste entre el lujo y la pobreza extrema. Yo tengo mis dudas sobre esa aproximación que hace que parezca que tenga personalidad múltiple, pero, a la vista está, le funciona.

El caso es que, de forma inevitable, cualquiera al lado de Aurora se siente más feo, más torpe y peor persona. Especialmente yo, y sobre todo esto último, y es que hay un pequeño secretillo que no le he contado ni a mi amiga ni a nadie y que me acompañará hasta la tumba. Ni borracha hasta rozar el coma etílico me iré de la lengua.

Seguro.

Volvemos a La boda de mi mejor amigo: ¿recordáis esa escena en la que nuestra Julia baila con Michael sobre la cubierta de un barco unos días antes del enlace? Pues, en un momento de enajenación mental transitoria de ambos, no era mi intención emularla con Javi. Pero os confesaré con cierta vergüenza que sí, que sucedió unos días antes de la boda. Sólo que, en nuestro caso, el barco era un autobús turístico de Madrid, el cielo, en lugar de azul, estaba negro como un tizón, el baile duró poco porque un frenazo nos hizo caer sobre un asiento y, al contrario de lo que sucede en la película, sí que hubo beso.

EL DÍA DE LA BODA. 11:00 A. M.

Cuando la furgoneta entró en la preciosa finca que Javi y Aurora habían contratado para celebrar el día más feliz de su vida, creí que el nudo que sentía en la garganta me impediría respirar.

Miguel aparcó delante de la puerta trasera. Varias personas aparecieron para ayudarnos a descargar las bandejas de canapés y los recipientes con los platos que aún estaban sin montar o medio preparados. Jamás habíamos trabajado en un evento tan grande y con tanta repercusión mediática. Algo Ligero llevaba en funcionamiento cinco años y, hasta el momento, lo máximo que habíamos conseguido eran cumpleaños, eventos familiares o pequeñas fiestas de empresa. Lo justo para sobrevivir, para pagar las facturas del negocio y un pequeño sueldo para mí, que me dedicaba en cuerpo y alma al proyecto. Sin embargo, la boda de nuestros amigos podría suponer un antes y un después, tendríamos la oportunidad de que mucha gente importante probase nuestras recetas, y sobra decir que la gente importante celebra eventos. Muchos eventos. Eso por no hablar de los cinco millones de personas que seguirían la celebración en directo a través de las redes sociales de Aurora. Ella le había pedido de forma expresa a su community manager que se encargase de subir contenido con nuestros platos y que reluciera la marca de nuestro negocio.

—¡Es la oportunidad perfecta! —había afirmado hacía más de seis meses mientras estábamos en un brunch hablando de los preparativos—. Ya sabes que me encanta vuestra forma de cocinar. Los sabores son increíbles y, además, todos los platos son…

—¿Ligeros? —bromeé.

—Eso me gusta —había añadido Lucía, la community—. Así podremos reivindicar la comida healthy incluso en un evento como una boda.

—¡Claro! Que sea healthy no significa que tenga menos sabor o que tengas que comer a base de apio —había añadido Aurora con ojos brillantes—. Además —continuó—, será mi regalo de boda para ti. —Me tomó la mano con cariño.

—Pero si la que se casa eres tú.

Se encogió de hombros.

—Así ese día tendremos doble celebración: mi matrimonio y el despegue de Algo Ligero.

Mi amiga me abrazó mientras, enfrente, Lucía asentía satisfecha y tomaba notas en su agenda de La Vecina Rubia.

—Sólo una cosa —añadió levantando la vista del cuaderno—: Elena, sé que ya lo sabes, pero ten cuidado con el marisco, Aurora no puede probar ni una gamba si no queremos que se le ponga la cara como un globo.

—Me hago cargo —repliqué de mala gana—. Conozco a mi amiga.

Y así había ocurrido. Aurora me había brindado la oportunidad de mi vida, mientras que yo, unos meses después, como una perra del infierno, me morrearía con su prometido en un autobús turístico de Madrid.

Todo perfecto.

—¡Miguel! ¡Ten cuidado con eso, por el amor de Dios! ¡¿Y dónde está Dani?! Le dijimos que tenía que llegar a las once.

Los gritos de Rocío me arrancaron de mis pensamientos. Unos metros más allá, el marido de mi amiga, que ni siquiera formaba parte del equipo del catering, sino que se había ofrecido a ayudar (en buena hora) me miraba suplicante. «Haz el favor de calmar a Dracaris», parecía decirme con su mirada. Rocío siempre se ponía nerviosa antes de cualquier evento. «Madre de Canapés», así la llamábamos a escondidas mientras, incluso en el cumpleaños de su abuela, le echaba la bronca a su madre por confundir los distintos tipos de mostaza y ordenar las bandejas de minibocadillos a su criterio. Me acerqué a ella.

—Cálmate —pronuncié con voz suave.

Ella me miró con ojos llameantes antes de replicar:

—Mira, Jelen, seamos sinceros, la única persona cabal en este barco soy yo. Tú hoy no estás a lo que se celebra, Dani aún no ha llegado y mi marido… —Echó una mirada a Miguel, que hacía peligrosos equilibrios con un montón de bandejas de camino a las

cocinas—. Mi marido espero que no se cargue nada. —Suspiró—. Esto va a ser un desastre.

Fruncí el ceño.

—No va a ser un desastre. Lo tenemos todo preparado, cuidadosamente planificado y medido desde hace semanas. Incluso hemos previsto un plan de contingencia para el caso de que yo… De que yo deje de estar operativa. Cosa que no va a pasar —me apresuré a añadir—. Todo saldrá bien. Y, mira, ¡ahí vienen los camareros!

Ambas observamos cómo varias personas bajaban de una furgoneta blanca y sus gestos mudaban de la indiferencia al asombro al contemplar la maravillosa finca. Hubo incluso quien sacó su teléfono móvil para tomar algunas fotos.

—¡Eh! Apaga eso. Las fotos no están permitidas —requirió un guarda de seguridad que parecía sacado de Men in Black. ¿De dónde había salido?

No tuve demasiado tiempo para meditar sobre ello porque comencé a escuchar la voz de mi socia:

—Ay, Dios… Ay, Dios…

—¿Qué te pasa?

Antes de que me respondiera, se dirigió a uno de los camareros:

—Perdona, ¿tú cuántos años tienes?

—Dieciséis, señora.

—¡¿Señora?! La madre que te p….

Sujeté a mi amiga antes de que le pegase una torta al camarero. Aunque, pensándolo bien, quizá, si se atizaran, soltaría un poco de adrenalina y se relajaría por fin.

—¿Tú te das cuenta de lo grave que es esto?

Asentí despacio. Que nuestros camareros fueran menores de edad no podía traer nada bueno. No sólo estábamos bastante seguras de que no tendrían la experiencia suficiente como para servir en un evento de este calibre, sino que en las redes podrían tratarnos como explotadoras, pederastas o, peor aún, sugerir que no teníamos presupuesto.

Y esto último era verdad.

Aunque Javi y Aurora habían sido más que generosos con nuestra remuneración, teníamos tantas deudas que se ve que Dani, nuestro repostero-contable, había decidido hacer algunos recortes.

—¿Qué os parecen nuestros chicos? —preguntó con tono alegre a mi espalda.

—¡Dani! —exclamé, feliz de verlo.

—Dani —gruñó Rocío—. Por fin llegas, ¿a qué hora pensabas venir? ¿A la de los postres?

Haciendo caso omiso, Dani, con su metro noventa, se situó detrás de Rocío y comenzó a darle un masaje en los hombros.

—Cálmate, Madre de Can… Rocío —se corrigió—. Todo saldrá bien. Todos nuestros camareros tienen experiencia acreditada.

—¿Experiencia haciendo qué? ¿Jugando a las cocinitas? ¿A los restaurantes?

Él puso los ojos en blanco.

—En cafeterías, chiringuitos, bares de copas… —fue bajando el tono ante la mirada de nuestra socia—. Pero todo saldrá bien. Además, ¿es que no habéis visto las cuentas de Algo Ligero? Está claro que no. —Suspiró—. Esto es para lo que nos da. Así que rezad un par de padrenuestros para que no la líen, y al tajo.

Entramos en la cocina dispuestos a darlo todo, y yo, a concentrarme en no llorar y ser una mujer equilibrada y profesional; sin embargo, la escena que nos recibió lo puso bastante complicado: el hombre de Men in Black estaba en un rincón protegiendo algo con su cuerpo de armario, los brazos abiertos y hasta los dedillos de las manos estirados. Su refuerzo, un segurata de al menos ochenta años, intentaba confiscar con poco éxito los teléfonos móviles de los camareros adolescentes, que no querían perderse la escena ni la oportunidad de compartirla con sus amigos. Una bandeja de canapés se había caído al suelo, por lo que Rocío, que ya empezaba a necesitar técnicas artificiales para relajarse, tuvo que sacar su inhalador del bolsillo y comenzó a soplar tan fuerte que parecía que le fuera a explotar un pulmón.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —preguntó Dani.

La voz de Miguel apareció detrás del segurata.

—Es Aurora, que dice que no se casa.

El hombre de seguridad y Miguel se apartaron, dejando ver a mi amiga encogida en una esquina, atiborrándose del mousse de limón que Dani había preparado para el postre.

—Oh, mierda, ahora hay que volver a hacer otro —escuché susurrar a Rocío antes de inhalar en el aparatejo de plástico de nuevo.

Aurora fijó sus grandes y expresivos ojos en mí.

—¿Ele? —preguntó con una vocecilla tan débil que me tembló el corazón—. ¿Crees que pasaría algo si no me caso?

EL DÍA DE LA BODA. 11:30 A. M.

—Pero ¿cómo no te vas a casar, alma de cántaro? —Rocío, ante la posibilidad de que el evento de su vida se fuera al garete, salió disparada hacia la novia.

—Pues… Pues… Quizá es todo muy precipitado —hipó Aurora.

—Pero si lleváis saliendo siete años. ¡Siete!

Siete años, pensé. Siete malditos años en los que yo, no sólo no había sido capaz de desenamorarme de Javi, sino que había estado esperando mi oportunidad agazapada como una pantera en la selva, o, bueno, escondida patéticamente como un conejo en una granja escuela. Observé a mis dos amigas, tan distintas en todo. Aurora parecía un hada, con su pelo rubio y ondulado, sus ojos verdes y su cuerpo delgado. Hasta con el maquillaje corrido y la cara llena de mousse de limón estaba preciosa. Y luego estaba Rocío, morena y de constitución fuerte, con sus kilos de más a base de probar nuevas recetas. «Esto lo hago por nosotros», nos decía siempre a Dani y a mí palmeándose las cartucheras.

Y ahí estaba yo, en modo espectador.

—Dani, dile a Aurora que tiene que seguir adelante con la boda —instó Rocío.

Dani me dedicó una mirada casi imperceptible, casi de disculpa y luego asintió levemente.

—¿Miguel?

Miguel, que había cogido su propia cuchara y decidido compartir el mousse con Aurora, asintió también.

—¿Ele? —preguntó Aurora—. ¿Tú qué opinas?

«Mierda, mierda, mierda…».

—¿Y por qué no ibas a casarte con él? —respondí en un ataque de elocuencia, o… de idiotez.

La cocina quedó en silencio. Bajo la promesa de llevarlos después a unos setos de lo más instagrameables, el segurata de ochenta años había logrado desalojar a los camareros adolescentes. El ambiente se podía cortar con un cuchillo. Los dos hombres de seguridad, Dani y Miguel contenían la respiración, Rocío rezaba por

la continuidad del evento y yo… Supongo que yo esperaba un milagro.

—Creo que hay otra —pronunció Aurora al fin.

—¡Noo! Qué va, qué dices. Eso son paranoias tuyas —sentenció Rocío—. Tonterías. Los nervios del momento. Vamos, mujer, no hagas esperar a la maquilladora, que la muy jeta cobra por horas.

Aurora negó enérgicamente, y yo me retorcí las manos pensando en ese secretito que se iría conmigo a la tumba.

—¿Qué pruebas tienes? —preguntó Miguel sorprendiéndonos a todos.

Su sueño frustrado siempre había sido ser abogado. ¿Podía ser ese el sueño frustrado de alguien? Al parecer, sí, pero a la historia de Miguel ya iremos en otro momento.

—Un pendiente.

—¡¿Qué?! —exclamamos todos a la vez. En mi caso, en un incontrolable tono de Mickey Mouse.

Entonces Aurora sacó del bolsillo de su bata de seda un diminuto pendiente dorado en forma de golondrina.

Pillada.

El pendiente que perdí el día del autobús. Mi cuerpo me traicionó y mis manos subieron, como un maldito acto reflejo, a esconder las orejas detrás del pelo. Por suerte, nadie pareció darse cuenta a excepción de Rocío, que me fulminó con la mirada.

«Más vale que tengas una buena explicación», pareció advertirme con esa telepatía que habíamos desarrollado a base de años de práctica. Y sí, la explicación la tenía, el problema era que con ella sólo iba a empeorar las cosas.

—Meh —bufó Rocío de una forma que hasta a mí me pareció exagerada—. Eso puede ser de cualquiera. Quizá se lo encontró en la calle, quizá era un regalo para ti…

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó Miguel.

—En el bolsillo de su chaqué. Mi hermano, que lo llevaba en su coche con el de mi padre, me lo dio pensando que era mío.

Arqueé las cejas tanto que pensé que se me podrían salir de la frente. ¿Por qué Javi llevaría mi golondrina en el bolsillo del

chaqué? Sería una señal de que… Mi corazón cogió impulso para dar un salto, pero no llegó a elevarse del suelo. La cara de mi amiga, rota por la pena, desinfló mis ilusiones.

«Pero ¿qué estás haciendo?», me pregunté. No sólo había traicionado a Aurora soñando con su novio durante años, enrollándome con él de la forma más burda, y ahora… ¿De verdad ahora estaba a punto de arruinar el día de su boda?

De pronto, me escuché pronunciar:

—Es mío. —Todos se giraron—. Lo perdí el otro día. Fui con Javi a… A… una sorpresa para la boda —improvisé—. Se me cayó en una tienda y él lo rescató esa tarde. Esta mañana le escribí para que me lo trajera, seguro que por eso estaba en su chaqué. Son mis pendientes favoritos. —Me encogí de hombros con inocencia.

El rostro de Aurora se iluminó y la calma se adueñó de sus facciones. Al fin y al cabo, no tenía motivos para dudar de mí, ¿por qué iba a hacerlo? Yo, su mejor amiga, quien la acompañó en el hospital cada día cuando se rompió el cruzado esquiando, quien le chivaba en los exámenes de la facultad, quien le sujetaba el pelo mientras vomitaba después de haberse pasado con el vodka negro lima.

Yo, la vil traidora, ¿cómo iba a dudar de mí?

—Bueno, bueno, bueno —suspiró Rocío, que parecía aún más contenta por que se reanudara el enlace que la propia novia—. Visto que ya está todo solucionado, nos ponemos en marcha. No hay tiempo que perder.

—Me encargaré de que alguien devuelva el pendiente al bolsillo —afirmó Aurora—. Creo que es mejor que Javi no se entere de que hemos hurgado en sus cosas. Seguro que él mismo te lo da después —añadió mirándome.

Se levantó de su rincón con energías renovadas, se limpió la cara con una servilleta y, después de ofrecerle el resto de mousse a Miguel, abandonó la cocina con pasos de bailarina y canturreando una canción.

—Es increíble cómo cambia de humor esta mujer —comentó Dani.

—Lo que es increíble es que casi se arruine la boda por tu culpa —se quejó Rocío mientras me propinaba pequeños pero dolorosos golpecitos en el pecho con el dedo índice.

—¡Oye! —protesté.

—Menos oye y más ollas, que no te veo trabajar. Ponte las pilas con el primer plato y luego… —Respiró una última vez con su inhalador—. Luego me vas a contar qué coño ha pasado aquí. —Pegó su rostro al mío y, en un susurro, añadió—: Porque esa historia del pendiente perdido en una tienda no se la cree ni el señor Geppetto.

Tragué saliva y observé a mi amiga dirigirse a los fogones.

Ese maldito día iba a ser muy largo.

EL DÍA DE LA BODA. 13:00 P. M.

Estuve a punto de no acudir a la ceremonia. De pirarme. Ojalá fuera tan fácil como saltarse una clase, una revisión del dentista o fingir que tienes la agenda llena para no ir a esa cena que te da tanta pereza. Durante la hora y media en la que me dediqué a marinar trocitos de salmón y a cortar verduras, medité sobre los pros y los contras de no asistir al enlace, de no presenciar el momento en el que Javi sería inalcanzable para siempre y que, seguro, se quedaría grabado en mi memoria hasta el fin de mis días.

Podría inventarme una excusa, decir que algo se había complicado en la cocina, que me había quedado vigilando que el pescado estuviera bien remojado, o que me había dado cuenta de que no teníamos suficientes zanahorias y había que ir al pueblo más cercano a comprar más. El problema era no sólo que Rocío no me lo permitiría, sino que ellos se darían cuenta. Eso es. Incluso en el día más feliz de su vida, Javi y Aurora se percatarían de mi ausencia, y, si bien eso me confería un puesto importante en sus vidas, por el que debería sentirme orgullosa, la realidad era que me estaba destrozando por dentro.

Un poco antes de la ceremonia, me deshice de mi delantal salpicado de aceite y con manchas de diversa procedencia y me vestí con mi uniforme de Algo Ligero. Rocío, Dani y yo habíamos hecho confeccionar unas elegantes chaquetas blancas con el logo de nuestro negocio. La primera vez que me la había puesto, me miré al espejo y me dije que por fin me estaba convirtiendo en la mujer que quería ser. Una mujer emprendedora, que lucha por sus sueños y que no se conforma con vivir a medias.

Al menos en lo que a la vida profesional respectaba; en la personal, llevaba viviendo a medias doce años.

Cuando ese día miré mi reflejo, esperaba verme resurgir, que la chaqueta me otorgara esa dosis de fuerza extra que necesitaba, como Astérix después de unos traguitos de poción mágica. Sin embargo, la imagen que me devolvió el cristal fue la de mis ojos tristes y una sonrisa apagada. Terminé de abrochar los botones cosidos a la tela blanca mientras pensaba que, seguramente

en ese momento, o un poco antes, Aurora abotonaría los de su vestido de novia, los del día más feliz de su vida.

Y así, con mi uniforme dándome fuerzas y flanqueada por mis dos socios, a la una del mediodía esperaba, junto con quinientos invitados, la aparición de los felices novios.

La ceremonia se celebraba en el precioso jardín de la finca. Tuve que reconocer que tanto la wedding planner como la decoradora habían hecho un trabajo excepcional. El rincón rodeado de árboles, plantas cuidadosamente salvajes, flores por todas partes y pétalos por el suelo, lazos, velas… Todos los detalles estaban elegidos con un gusto exquisito. Seguro que las fotos circularían por las redes sociales y las revistas en menos de lo que se tarda en decir «¡Hola!».

Nos situamos en una esquina de la última fila para no desentonar con nuestras vestimentas sobrias entre los invitados.

—Eso que lleva la chica de verde ¿son rollos de papel higiénico pegados a un sombrero? —le preguntaba Dani a Rocío intentando contener las lágrimas.

—Me parece mucho mejor el papel higiénico que la paloma muerta de aquella otra —había replicado Rocío.

Mis amigos intentaban compartir conmigo sus comentarios y arrancarme una sonrisa, pero yo con controlar el nudo en mi garganta y los latidos de mi corazón me daba por satisfecha.

De pronto, un violín comenzó a sonar y todos los invitados se giraron. Se me pusieron los pelos de punta cuando, unos metros más atrás, Javi apareció del brazo de su madre. No era la primera vez que lo veía tan elegante, pero lo guapo que estaba me dolió. El chaqué clásico le quedaba como un guante. Lucía una corbata de un tono rojo apagado y una flor en la solapa. Su expresión era contenida, ni nervioso ni tranquilo, y, desde donde yo estaba, podía observar cómo buscaba algo con la mirada.

O a alguien.

Avanzaron lentos por la mullida alfombra roja y, cuando estaba a sólo unos pasos de mí, me descubrió. Contuve la

respiración. Me miraba con una expresión que no podía descifrar. No era alegría, pero tampoco tristeza; era… ¿resignación?

Introdujo su mano derecha, la que no llevaba atrapada por el brazo de su madre, en el bolsillo. Se detuvo una milésima de segundo a mi lado y me tendió el puño. De forma instintiva, acerqué mi mano, y, cuando su piel rozó la mía, la imagen de nuestro beso se proyectó en mi mente como un fogonazo, con la misma fuerza e intensidad.

Me dedicó una última sonrisa, siguió avanzando, y observé cómo se alejaba. A continuación, bajé la vista a mi mano. En ella descansaba, con su color dorado y sus diminutas alas, mi pequeña golondrina.

EL DÍA DE LA BODA. 13:05 P. M.

Unos minutos más tarde, Aurora hizo su entrada acompañada de su padre, puntual, perfecta hasta para eso. Me forcé a mirar al suelo, a mis zapatillas negras, pero, llevada por una curiosidad masoquista, alcé la vista e incluso el cuello.

Javi observaba cómo su prometida avanzaba por el pasillo, con pasos gráciles y ligeros, envuelta en un precioso vestido de corte evasé confeccionado a medida. Si se lo hubiera hecho el hada madrina de Cenicienta no hubiera podido estar más acertada. La falda, compuesta por varias capas de gasa y tul de seda, caía ligera, formando una larga cola que parecía tener vida propia. Tenía un no sé qué, algo que emulaba a la naturaleza, a una nevada suave, a las briznas de hierba meciéndose en una tarde de verano. Pero lo más impresionante del traje era el cuerpo, cuya espalda, bordada minuciosamente sobre un tejido transparente, culminaba en un par de tirantes gruesos que recordaban a la elegancia de las musas griegas. Las ondas rubias de su pelo, colmadas de pequeñas flores, caían en cascada sobre sus hombros. Y la sonrisa de Aurora mientras avanzaba por el pasillo podría haber derretido uno o dos glaciares. No había bicho viviente capaz de despegar los ojos de la imagen de diosa que proyectaba.

Incluida yo.

No sin esfuerzo, volví a fijar la vista en Javi, deseando por un momento que dejase de observarla a ella y me mirase a mí.

—Vamos, vamos, vamos —susurré.

Pero se ve que mis plegarias telepáticas no sólo no llegaron a su mente, sino que fueron bloqueadas por la presencia de su futura mujer, a quien en ese momento daba un beso en la mejilla.

Seamos sinceros, parecía feliz.

La observaba de una forma en la que a mí jamás me había mirado. Ni mejor ni peor, sólo distinta. Claro que yo nunca me había casado con él. Quizá sólo se mira así a la persona que está dispuesta a dar ese salto mortal en el altar contigo, ante el Señor y ante más público que el del musical del Rey León.

De forma inconsciente, apreté en mi puño a la pequeña golondrina, cuyas alas comenzaban a clavarse en mi piel. Un dolor insignificante comparado con el de mi corazón, con la perspectiva de asumir que todas las ilusiones que tenía con Javi eran sólo eso, ilusiones. Mi amigo la había elegido a ella, la quería. Punto.

Pero ¿y el beso?

Negué con la cabeza intentando eliminar la imagen de mis pensamientos.

—¿Qué? ¿Conflicto interno? —me susurró Dani. Ni siquiera hizo falta que le contestase. Apoyé la cabeza en su hombro y él me apretó la mano—. Aguanta, Jelen, ya queda menos.

Pasé unos eternos cuarenta y cinco minutos de oraciones, recuerdos familiares y discursos interminables hasta que, por fin, llegó el momento. Cuando toda la iglesia se puso en pie, nosotros hicimos lo propio, yo a duras penas y ya sin poder evitar un par de lagrimones que rodaban como canicas por mis mejillas.

El cura se aclaró la garganta y, con tono alegre, pronunció:

—Javier, ¿quieres recibir a Aurora como esposa, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarla y respetarla todos los días de tu vida?

«No quiere, no quiere, no quiere», pronuncié para mí.

—Sí, quiero —afirmó en cambio.

Aurora le devolvió una sonrisa resplandeciente y, acto seguido, miró al sacerdote, que ahora se dirigía a ella:

—Aurora, ¿quieres recibir a Javier como esposo, y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, y así, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Por supuesto —contestó.

Desde mi lugar en la última fila, acompañada por Rocío y Dani, no llegaba a atisbar con claridad los rostros de mis amigos, pero podría jurar que eran de pura felicidad. La madre de Javi lloraba a moco y baba, y en el rostro del padre de Aurora se dibujaba su seriedad habitual, matizada, eso sí, con un ligero toquecito de alegría.

—Y ahora, los anillos.

Rocío me tendió un pañuelo mientras el padre de la novia extraía las alianzas de una bolsita. Me soné la nariz más fuerte de lo que había estimado y las personas de las filas de delante se giraron con mirada reprobatoria.

—¡Qué asco! —murmuró alguien.

—¡Eh! —me defendió Dani—. Que es la mejor amiga de los novios y está muy emocionada.

—¡Y la del catering! —añadió Rocío—. Algo Ligero. Se repartirán tarjetas en los postres.

Volvimos a conectar con la celebración justo cuando Javi pronunciaba sus palabras:

—Aurora, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Ella, con su manicura perfecta, no me hacía ni falta verla, extendía su anular tembloroso, de felicidad, que no de nervios, para recibir el anillo. Pude ver cómo observaba su mano para después dirigirse a él, radiante. Ahora era su turno. Se aclaró la garganta.

—Javi, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Repitieron la misma operación y se tomaron de las manos. Me pregunté si en ese instante en su mundo habría espacio para algo más, si serían conscientes de estar siendo observados por el medio millar de invitados, parte del personal de la finca y millones de followers desde sus casas.

Me pregunté si Javi en ese momento tendría espacio para mí. Si después de ponerse ese anillo, aún le quedaría algún hueco en su cabeza… y en su corazón.

—Puedes besar a la novia —pronunció el cura como si se tratara de una película americana.

Todo el mundo aplaudió, el fotógrafo inmortalizó el momento y yo me sentí como una extraña. Como una amargada, una ceniza en medio de toda esa felicidad. Entonces escuché la voz de Rocío y sentí que tiraba de mi brazo. Mi socia, siempre lista para salvarme.

—Pues ya estaría —pronunció—. Ale, vamos a seguir pelando patatas, que el tiempo vuela y las emociones a la gente le provocan hambre.

EL DÍA DE LA BODA. 13:50 P. M.

—Bien, señoras y señores, quizá ustedes piensen que hoy es un día cualquiera en sus vidas, pero ¡no! Hoy es EL DÍA. El más importante de la pareja que celebra su enlace, que espera con ilusión que hagamos un trabajo perfecto, que demos lo mejor de nosotros mismos. Somos la clave de bóveda, la… —Se interrumpió—. ¡Pero ¿qué está haciendo, camarada?!

Uno de los camareros adolescentes se había despistado un momento del discurso «motivacional» de Rocío y había tenido la mala idea de sacar su teléfono del bolsillo.

—Se va a liar… —le susurré a Dani, apoyados en la pared de enfrente.

—Siempre que hace esto, en mi cabeza suena la música de El equipo A. Tatarataaaa, ta tará…

Contuve la risa sin despegar la vista de lo que estaba ocurriendo en el otro extremo de la cocina.

—¿Es que no podéis dejar el móvil ni un maldito momento? —increpaba Rocío—. Además, Julián, ¿no había usted confiscado todos?

El pobre segurata octogenario despertó de su letargo en una silla y se encogió de hombros.

—Yo ya no sé. Tienen uno, tienen dos… Ahora los hay que se doblan.

Rocío cogió aire y metió la mano en el bolsillo, seguramente para acariciar el inhalador. Tenerlo a mano la tranquilizaba.

—Que no vuelva a pasar o te vas a tu casa en autobús de línea. Y te puedo asegurar que tardarás horas en llegar —amenazó al chico—. Muchas horas.

El joven la miró con horror, como si estuviera loca, y la línea de camareros a los que había colocado como si estuvieran en el ejército de la cocina se disolvió. Ella se dirigió a nosotros:

—Malditos generación M…

—Son generación Z —puntualizó Dani.

—Generación M de Mierda. Ya no hay respeto ni respetación… —consultó su reloj y dio unas palmadas—. ¡Venga! Es

la hora. Señores, ¡todos en marcha!

El grupo se distribuyó por las mesas. Fueron recogiendo las distintas bandejas con bebida y canapés que Rocío, Dani y yo habíamos terminado de preparar meticulosamente. Por un momento, me dije que todo saldría bien, que los muchachos y muchachas uniformados daban bastante el pego, que el tiempo transcurriría en un plis plas y que yo podría permanecer oculta en el cobijo de la cocina. No saldría ni a saludar con la excusa de estar trabajando a destajo para que EL DÍA, como decía Rocío, fuera perfecto. Al menos en lo que a la comida respecta.

Pero las cosas nunca salen como uno planea.

—Jelen, hay una señora que necesita comprobar las intolerancias de los canapés. Necesito que salgas y hables con ella —pidió Dani un rato después, mientras una joven camarera lo acompañaba con una mirada de angustia.

—Pero si ya lo hemos explicado —protesté mirando a la chica—. Dos veces —añadí.

—Sí, pero parece ser que hay un poco de confusión con lo que lleva y no lleva gluten.

—¿A estas alturas? Pero si casi un tercio de la población es celiaca.

—También hay dudas con los lácteos y la proteína de la leche —se defendió la camarera con una expresión de confusión en el rostro—. El hojaldre con crema de langostinos y puerros confitados ¿quién lo puede tomar? ¿Eso tiene gluten? ¿Y leche?

Puse los ojos en blanco. Si las miradas matasen, Dani ya estaría asesinado con siete cuchillos de cocina. ¿De dónde había sacado a esta gente?

—Los puede comer cualquiera. El hojaldre que hemos preparado no tiene gluten —sentencié cruzándome de brazos—. Y no, no hay leche.

—Venga, sal a hablar con la señora —oí a Rocío detrás de mí—. No queremos intoxicaciones, ¿verdad?

Quise replicar, pero la mirada de mi amiga no admitía discusión. Fruncí los labios, me estiré la chaqueta y, de la que me dirigía a la puerta, me retoqué un poco el pelo. Con suerte, los

novios estarían tan ocupados que ni siquiera repararían en mi presencia. Salí al jardín y, antes de atreverme a poner un pie en el césped, me detuve a contemplar la escena. El lugar era perfecto, los invitados, una distinguida colección de personas guapas y sofisticadas: las mujeres más chic de la capital, los hombres más elegantes, los niños, que alguno había, de anuncio de El Corte Inglés. Todo ello ambientado con un cuarteto de cuerda que tocaba versiones de las canciones más románticas que te puedas imaginar.

Suspiré. Si yo me casara, ojalá tuviera una boda como esa.

Y ese marido.

—Señora, disculpe —una voz me sacó de mis ensoñaciones —, está usted en medio.

Un joven intentaba abrirse paso con una tambaleante bandeja cargada de copas de vino. Respiré hondo, ignoré el «señora» y me dirigí a buscar a la invitada de las intolerancias.

No tardé mucho. Una mujer con un extraño tocado en forma de coliflor sermoneaba a un camarero que miraba alrededor implorando ayuda entre los invitados, que, por supuesto, lo ignoraban.

—Disculpe —interrumpí en el tono más amable posible—. ¿Puedo ayudarle en algo?

La mujer me inspeccionó de arriba abajo y yo traté de mantener una pose sólida y profesional. La que tantas veces había ensayado frente al espejo.

—Verá, este es el segundo camarero al que pregunto y no sabe decirme qué entrantes llevan gluten, frutos secos, aguacate o tomate. No tengo claro qué puedo tomar. —Frunció el ceño. «¿Agua?», pensé—. Y me gustaría que alguien, por favor, me lo indicase sin correr el riesgo de terminar en el hospital.

Con voz pausada, respondí:

—Mire, en Algo Ligero apostamos no sólo por la comida healthy, sino por que incluso las personas que tienen varias intolerancias puedan comer rico. ¿Qué le parece probar el bocadito de brie con mermelada de arándanos? El pan es sin gluten y la mermelada, light. También tenemos higos rellenos de cebolla

caramelizada o —dediqué un gesto a un camarero para que se acercara— mi favorito: rollito de carpaccio de ternera con wasabi.

Dejé a la mujer satisfecha, comiendo a dos carrillos y con unas cuantas tarjetas de nuestro catering para repartir entre sus amigas. Contenta, me di la vuelta dispuesta a emprender mi huida a las cocinas, pero una voz me sobresaltó:

—Veo que has conseguido calmar la furia de mi tía Loles. Tiene un carácter bastante fuerte, y cuando tiene hambre…, no veas cómo se pone.

Como si hubieran apretado un botón, una sonrisa instantánea se dibujó en mis labios.

Javi.

—Mi trabajo es dar de comer al hambriento —contesté—. No hay intolerante que se me resista.

—Eres la mejor —respondió. Nos quedamos en un silencio incómodo, mirándonos los pies, hasta que él lo rompió—: Veo que te los has puesto. —Me señaló las orejas.

—Ya sabes que son mis favoritos. —Sonreí—. Me gusta su significado, el del poema.

Vomité esta última frase sin pensar si Javi leería entre líneas o si yo querría que leyera.

—Que las cosas vuelven —susurró—. «Volverán las oscuras golondrinas, en tu balcón sus nidos a colgar…».

—¿Volverán?

Nos sonreímos. Con nostalgia, con pena, con sabor a despedida.

«Tengo que irme antes de que se compliquen las cosas», pensé.

No había tenido tiempo de darme la vuelta cuando escuché un grito. Javi y yo nos giramos y la escena me heló la sangre: la camarera que había preguntado por las intolerancias sostenía, con manos temblorosas, la bandeja con los hojaldres de crema de langostinos y puerros. A su lado, Lucía abanicaba a Aurora, cuya cara comenzaba a desfigurarse.

—Oh, Dios mío… —murmuré.

Sus labios, sus pómulos, su bello rostro se transformaba en la viva imagen de Cuasimodo. Se escuchó algún grito. Javi corrió hacia ella implorando que hubiera algún médico entre los invitados, que alguien llamara a una ambulancia.

—Mucho influencer, pero, a la hora de la verdad, necesitamos profesiones tradicionales —se oyó murmurar a la tía Loles con la boca llena.

Rocío y Dani, alertados por los camareros, salieron pitando de la cocina.

—¿Pero cuántos te has comido? —preguntaba Lucía.

—¿Cuathroght? ¿Seishghg? —respondió Aurora.

—¿Y no sabías que llevaban langostinos?

—Nogh, erahg unagh cremaghg. —Se encogió de hombros, o eso pareció.

Todos miramos a la camarera en busca de respuestas.

—Fue Elena. Ella dijo que Aurora los podía tomar.

EL DÍA DE LA BODA. 15:00 P. M.

Escuché las palabras de la camarera como un eco lejano. Como si no tuvieran que ver conmigo, pero, por desgracia, había pronunciado mi nombre y bien claro. Ahora todos los invitados de la boda me miraban. Juraría que alguien incluso estaba grabando mi cara de pánfila ahí plantada, vestida con mi uniforme del catering y con un letrero invisible que me culpaba por haberme cargado la boda de mis mejores amigos.

Aunque eso no fue lo que más me dolió. Lo peor fue la mirada de Javi, una mirada en la que hacía un par de minutos había un amasijo de sentimientos difíciles de clasificar, pero que bailaban entre la amistad, el cariño, ¿el amor? Ahora no, ahora sólo veía rencor. «¿Cómo has podido?», parecía decirme. Aparté la vista sin poder dirigirla tampoco a mi amiga, cuya cabeza y parte del cuerpo parecía haberse transformado en la Cosa.

Rocío y Dani se plantaron a mi lado con rostros desencajados.

—¿Pero por qué le dijiste que podía tomar ese hojaldre? —se quejó Rocío.

—Yo no dije que Aurora lo pudiera tomar.

—Sí que lo dijiste —protestó la camarera alzando el tono de voz. Entonces algunos teléfonos móviles la enfocaron. Ella se atusó el pelo.

—Dije que era sin gluten y sin leche —me defendí, percibiendo que las cámaras me apuntaban.

—Dijiste que «Los podía comer cualquiera» —siguió la camarera.

—Eso es verdad —susurró Dani.

—Pero yo… no quería decir… ¡Por Dios! ¿Es que sois cortos? Cualquiera menos los alérgicos al marisco, eso es lo que quería decir. ¡No estábamos hablando de marisco! ¡Nadie mencionó el marisco!

—Deberías haber precisado lo de los langostinos —sugirió la tía Loles. La fulminé con la mirada y se dirigió a Javi y a Aurora—: Esto es lo que tiene contratar a gente sin experiencia.

—¡Mire, señora! Usted bien que estaba comiendo canapés tan contenta, que la vi yo. Como una ardilla con los carrillos llenos —saltó Rocío.

—Roci… —intentó calmar Dani.

—Ni Roci, ni Roza. Llevamos meses preparando esta boda, hemos trabajado de sol a sol y me niego, ¡me niego!, a que se venga abajo.

—¡Esohgh ehghd! —exclamó Aurora.

Javi le acarició el pelo algo más calmado, pero sin mutar la fría mirada que de vez en cuando me clavaba. De pronto, la multitud se abrió dejando paso al médico del 112, que apareció con su bata y maletín. La escena se ponía cada vez más interesante, y muchos de los invitados, que ya habían dejado de comer por lo que pudiera pasar, grababan con sus teléfonos para no perderse detalle.

—¡Vamos, Aurora! Un pinchacito y a seguir con la fiesta —animó una mujer al ver la aguja que sacaba el médico cargada de epinefrina.

La chica se arremangó el vestido, tendiendo un muslo tembloroso para que el sanitario le pusiera la inyección.

—Odiohgh lahgs agujahghs —susurró.

—Yo estaré contigo, cariño —la apoyó Javi.

Ella pareció dudar. Entonces me miró y quizá le pasó por la cabeza aquella escena de nosotras en el hospital, esperando a que le quitaran la escayola después de hacerse la triada. Tendió una inflamada mano hacia mí y el estómago se me encogió.

Debería odiarme y no lo hacía.

Una nueva oleada de culpa invadió mi pecho como un nubarrón gris. Mi lista de traiciones no hacía más que crecer: me había enrollado con su novio y ahora le dejaba (sin querer) la cara como un orco el día de su propia boda.

Pensé que tenía que arreglarlo y que lo menos que podía hacer era ir ahí y cogerle la mano. Avancé unos pasos y, antes de pasar al lado de la joven camarera, le susurré:

—Estás despedida. Y olvídate de cobrar por el día de hoy.

Ella me respondió con un gesto altivo, tirando al suelo algunos de los canapés que todavía portaba en la bandeja.

Me coloqué al lado de Aurora y aparté la cola de su precioso vestido para que no se ensuciara con los restos de hojaldres esparcidos por la hierba. Le cogí la mano evitando a toda costa mirar a Javi, que estaba al otro lado de su mujer.

Su mujer.

Tragué saliva y sonreí para infundir unos ánimos que no sentía.

—Quéhgg suerther —dijo ella mirándonos de hito en hito—. Las doshg prergsonasg que mágh quierogh.

—Eh, disculpen —habló el médico—, este momento de exaltación de la amistad me parece estupendo, pero, si no me dejan sitio, no voy a poder pincharle la inyección.

Javi y yo nos miramos desafiantes. Uno de los dos tenía que apartarse. Busqué con la mirada a Dani y Rocío, que asintieron levemente con la cabeza. «¿Dónde está Miguel?», pensé de pronto y de forma fugaz.

De mala gana y con un gesto de derrota que estaría siendo retransmitido en streaming segundo a segundo por parte de los presentes, me aparté de la pareja.

Las catastróficas desdichas que sucedieron a continuación, sólo propias de una película de Mr. Bean, no se borrarían de mi mente, ni de la de los millones de followers de mi amiga. Ese día, la cuenta de @aurea_aurora alcanzaría los seis millones de seguidores, y el vídeo en el que la boda se convirtió en irrecuperable aún estaría meses viralizándose por las redes.

Otro éxito de Algo Ligero.

EL DÍA DE LA BODA. 15:30 P. M.

—Traigo unos dulces para que todos nos animemos —Miguel apareció con voz cantarina.

El marido de Rocío llevaba observando la escena desde la cocina desde hacía un buen rato. Entonces decidió aportar algo a la causa para intentar mejorar la situación y, básicamente, no tener que sufrir en casa los malos humos de su mujer después del desastre. En una de las mesas, perfectamente colocadas y dispuestas, descansaban unas bandejas con dulces: chocolates diversos, sorbetes, pasteles fríos… No hacía falta cocinar ni calentar.

Así, con la ayuda de un par de camareros, el segurata de Men in Black, a pesar de su reticencia, y el segurata Julián, deseoso de recordar sus tiempos de juventud en hostelería, salieron portando los postres cual procesión de Semana Santa.

En la mente de Miguel, el plan era perfecto: los dulces desviarían la atención cuando el médico pinchara a Aurora, los invitados dejarían de grabar o, al menos, se enfocarían en los sorbetes de chocolate y frutas de llamativos colores fluorescentes. Algo Ligero volvería a brillar, la boda se restauraría y él ganaría el título a mejor marido.

En apariencia, ni una sola grieta en el plan.

El problema fue que no oí la voz de Miguel. Tampoco vi cuando se colocaba a mi derecha, justo enfrente de Aurora y al lado del médico, con unos vasos cuyo contenido parecía un líquido radiactivo sacado de Chernóbil, en el mejor de los casos, y de un charco de lodo, en el peor. En medio de mi resignación y con rostro de evidente mal humor, me aparté con brusquedad para dejar paso al médico, impactando contra Miguel, que, en un lastimoso intento por salvar el contenido de la bandeja, elevó los brazos y todo salió volando.

¿El resultado? Veamos: un par de sorbetes de chocolate negro y otro de lo que parecía plátano impactaron contra la bata del doctor. Uno de fresas y kiwi salpicó el chaqué de Javi. Pero lo peor lo peor fue que el resto del contenido se precipitó sobre la cabeza de Aurora. Vasos incluidos. El vestido blanco se transformó en un

arcoíris, chorretones de batido de plátano le caían por la frente y el pelo, y en su cabeza, antes coronada por flores, se colocaron graciosamente un par de fresas.

Nos quedamos todos en silencio y con los ojos muy abiertos durante un instante que se hizo eterno. Sólo el médico, que en realidad venía a hacer su trabajo y terminó salpicado por el lamentable espectáculo, fue capaz de pronunciar palabra y, en tono profesional, afirmó:

—Bueno, tengo que pinchar.

Y antes de que Aurora tuviera tiempo de reaccionar, clavó la aguja. Entonces ella lloró y a mí se me rompió el corazón. Después de tantas perrerías, explotó. Acabábamos de arruinar el día más feliz de su vida.

—Lo siento —susurró Miguel con el rostro descompuesto.

Ella negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Nosh esgth cuplash tuyasjg.

Me miró, quizá intentando decidir si era o no culpa mía. Ni un sonido salió de su boca, y, la verdad, hubiera preferido que me gritara, que se acordase de toda mi parentela, que me deseara una larga vida en el infierno. Pero no lo hizo.

Con la ayuda de Javi, se levantó y caminó renqueante hasta la entrada del caserón.

—Nosh meh grabeiishhf —pronunció a duras penas, y los invitados, al menos los más decentes, bajaron sus teléfonos.

Lo primero que pensé fue que había que ser muy cabrón para grabar a tu amiga en ese estado y luego subirlo a las redes, pero luego recordé que mucha de la gente de la que se rodeaba Aurora vive de eso. Su desgracia llenaría la cuenta de unos cuantos.

Busqué a Rocío y Dani, que miraban con gesto circunspecto a Miguel, que continuaba deshaciéndose en disculpas.

—No es culpa tuya, cariño —le dijo Rocío con una suavidad que nos sorprendió a todos—. Quizá esto… Quizá no estamos preparados.

—Hasta ahora nos ha ido bien —protestó Dani—. Lo de hoy ha sido… mala suerte.

Rocío negó.

—¿Pero no te das cuenta de que esto es el fin? ¿Quién nos va a contratar ahora? —siguió—. Instagram estará lleno de vídeos en los que Miguel y Elena aparecen tirándole encima una bandeja de sorbetes a Aurora, ¿qué otra novia va a volver a confiar en nosotros?

—¿Una que quiera una boda que se haga viral? —Ella fulminó a nuestro socio con la mirada—. En fin, algo podremos hacer. Pasarán unas semanas y la gente se olvidará —insistió Dani.

Yo observaba cómo mis dos amigos discutían. No me atreví a intervenir. Por un lado, pensaba que Rocío tenía parte de razón, no estábamos preparados. La boda había sido un desastre, empezando por los camareros, siguiendo por los alérgenos y terminando por la cara de globo aerostático que le habíamos provocado a Aurora.

Pero si Algo Ligero cerraba, ¿qué sería de mí? No podía perder a Javi y mi negocio en el mismo día. ¿Qué digo en el mismo día? ¡En las mismas tres horas! Empecé a hiperventilar.

—Tengo que irme a fumar —les dije.

—¡Pero si tú no fumas!

—Creo que hoy sí.

Rocío puso los ojos en blanco.

—No vale esconderte ahora. Te doy quince minutos y luego te vienes a recoger la cocina. Esto no se ha acabado para nosotros. Aunque quizá sí para nuestro catering —escuché que decía mientras yo ya me alejaba.

Saqué mi teléfono del bolsillo y busqué en mi lista de contactos. ¿Con quién podía hablar? Dos de mis mejores amigos no me podían ni ver por motivos evidentes, y de los otros dos estaba huyendo. Mis padres jamás habían apoyado demasiado mi idea de poner un negocio por mi cuenta, por lo que no estaba dispuesta a marcar su teléfono para escuchar un «te lo dije».

Me escondí en un rincón, lo bastante cerca de la cocina como para ver el movimiento de personas que entraban y salían, y, para qué nos vamos a engañar, por si Javi me buscaba. También lo bastante lejos como para permanecer oculta.

Suspiré, como si así pudiera expulsar el mal de ojo que me habían echado.

Estaba en la finca más bonita del mundo y no podía sentirme más desgraciada.

EL DÍA DE LA BODA. 16:00 P. M.

Me faltaba una cosa importante para el tema del fumeteo: los cigarrillos. Metí las manos en los bolsillos, como si esperase que una cajetilla apareciera por arte de magia. Frustrada, me senté en un murete de piedra desde el que se podían contemplar unas vistas preciosas. El sol despuntaba en lo alto y el calor de mediados de junio era agradable pero no abrasador. Pensé en mis amigos en ese momento; seguramente, la cara de Aurora habría comenzado a deshincharse después de la inyección, y Javi, aunque más tranquilo, seguiría con un cabreo monumental. ¿Me odiaría toda la vida?

Tampoco lo había hecho a propósito, pensé. En realidad, había sido culpa de Dani, por traer a esos camareros incompetentes; de Miguel, por aparecer como un ninja a mi espalda y también de Rocío por meternos semejante presión por que todo saliera perfecto.

Me reí para mis adentros. Si al final, la única inocente iba a ser yo.

—¿Puedo sentarme? —escuché una voz grave.

Alcé la vista y el sol me deslumbró. Me quedé ciega durante unos instantes. Sin esperar mi permiso, el desconocido se colocó a mi lado. En una situación normal, hubiera discutido por permanecer en ese pedazo de piedra en soledad, pero en ese momento no tenía fuerzas para más peleas. Lo miré y deduje que era uno de los invitados, un hombre de más o menos mi edad, cabello castaño y piel morena. Lucía un traje que parecía hecho a medida, de los caros, al igual que sus gemelos y el reloj. Sin poder evitarlo, me encogí un poco más sobre mí misma, sintiéndome ridícula con restos de sorbete en el pelo y el uniforme. La payasa del catering que había arruinado la boda. Imposible no reconocerme.

Él sacó una cajetilla de tabaco y, después de darle un toquecito, me la ofreció.

—Tienes pinta de que te hacen falta.

Acepté uno y mascullé un agradecimiento. Tenía un rostro agradable, y sus ojos oscuros y amables estaban dotados con la chispa de un destello verdoso.

—¿Tan mal me ves? —pregunté con acritud.

—Te veo en el muro de los fumadores. —Sonrió.

—¡Ah! Vaya por Dios. Pensaba que este era el muro de las lamentaciones. Debo de haberme equivocado, entonces. —Encendió el mechero y, sosteniendo el cigarro entre mis labios, me acerqué con torpeza.

Di una primera calada y los pulmones me ardieron. Tosí tanto que pensé que se me saldrían los higadillos.

—Maldito alquitrán del infierno —jadeé.

—Veo que no tienes mucha práctica —se rio él.

—No fumo desde los veinte —reconocí—, pero hoy me pareció un buen día para retomarlo. Es el día de destrozar cosas: bodas, amistades, negocios, pulmones…

—¡Vaya! Pues sí que te tomas en serio lo de los destrozos.

Sonreí con tristeza.

—Perdona, me estoy comportando como una ceniza. Habitualmente no soy así, pero es que está siendo un día horrible. —«Cállate, Elena, cállate», pensé, pero la verborrea era incontenible —. ¿Sabes esas veces en las que incluso antes de levantarte de la cama sospechas que vas a tener un día nefasto? Pues así me sentí hoy cuando el despertador sonó a las seis para preparar los canapés, los platos y toda la parafernalia. Tendría que haberme quedado en la cama… Entonces esto no hubiera sucedido.

—Pero era la boda de tu amiga, no podías faltar. —Se encogió de hombros.

Lo miré con desconfianza.

—Sé que esta es una pregunta muy típica, pero… ¿tú de qué parte vienes?, ¿del novio o de la novia? Porque conozco a los dos desde hace muchos años y no me suena haberte visto antes.

—Bueno… Vengo por parte del padre de la novia, en realidad. Cosas de negocios.

—Ah, ya entiendo —respondí con poco interés, pensando que sería uno de los típicos contactos del padre de Aurora, adicto al trabajo hasta en la boda de su propia hija.

Nos quedamos callados observando cómo unos niños jugaban con un balón de plástico sólo a unos metros de distancia,

ajenos al drama que se había montado. Ojalá volver a ser niña, ojalá olvidarme de las preocupaciones y…

—Ha sido mala suerte lo que os ha ocurrido —interrumpió mis pensamientos.

—No sé si denominarlo así —respondí molesta.

Lo miré de reojo, con más detenimiento. El tipo era guapo a rabiar, con la elegancia de un actor de cine clásico y, en ese momento, deseaba que mudo. De pronto, empezaba a aborrecer su compañía. Quería estar sola y hundirme en mi miseria en paz, así que decidí no pronunciar palabra, convencida de que el silencio hostil obraría el milagro y lo invitaría a marcharse. Pero el tío ahí seguía, dando palique:

—¿Y qué vais a hacer ahora? He visto que el vídeo de Aurora en modo arcoíris de sorbetes tiene ya varios millares de visitas…

—Gracias por los ánimos —bufé—. Y no lo sé. Una de mis socias piensa que lo mejor es cerrar Algo Ligero, que no vamos a remontar después de esto salvo que quieran contratarnos como boicoteadores de eventos. Quizá como profesión alternativa no esté tan mal —medité.

¿Por qué le estaba dando explicaciones?

—¿Y tú qué opinas?

Levanté la vista y contuve un puchero que se acrecentó cuando sus ojos me miraron con compasión.

—Yo no lo quiero dejar. Algo Ligero es… es mi vida —musité —, pero reconozco que, además de estar en un mal momento reputacional…

—Horrible momento reputacional —completó.

Puse los ojos en blanco.

—Gracias por el matiz. Horrible, sí, pues nuestras cuentas están aún peor. Después de esto, ni siquiera vamos a poder pagar el alquiler de la cocina en la que trabajamos. Aurora y Javi nos pagaron la mitad del dinero por adelantado para gastos, pero la otra mitad… Demos gracias si no nos piden que les devolvamos la pasta. No sé cómo vamos a salir de esta.

Y venga a vomitar palabras.

—Quizá necesitéis a un experto que os ayude. Alguien que revise vuestras cuentas, que os haga recomendaciones sobre cómo captar clientes, que os indique si vuestras campañas de marketing están siendo efectivas, si necesitáis buscar nuevos modelos de negocio…

—¿Y con qué le vamos a pagar? ¿Con hojaldres y puerros confitados? —Me reí.

—Eso se podría negociar.

Lo miré con curiosidad mientras buscaba algo en su bolsillo. Para mi sorpresa, sacó una tarjeta de visita y me la tendió. Leí con interés:

Leonardo Andrés Castillo
Senior Business Advisor
+0346892748930

—¿Pero tú de dónde sales? —acerté a pronunciar algo descolocada—. ¿En serio te llamas Leonardo Andrés? ¿Pero quién llama a su hijo Leonardo?

Él dibujó una mueca.

—Dale las gracias a mi madre, que es una experta en Leonardo da Vinci —suspiró—. Todos me llaman Leo.

Dejé de mirar la tarjeta y lo observé a él.

—¿Y por qué ibas a querer ayudarme? «Senior business advisor» suena muy importante, y yo… Mi empresa de catering no da la talla. Quiere ser guay y no llega a chachi. No podremos reportarte ningún beneficio, y mucho menos uno digno de estos palabros en inglés. No sé qué ganas y te pediría que no me tomes el pelo, porque bastante mal me va ya.

Hice ademán de devolverle la tarjeta, y él me sujetó el brazo mientras meditaba su respuesta durante unos instantes.

—Piénsatelo, de verdad. Me preguntas qué gano con esto... Pues digamos que necesito algunos clientes nuevos. A eso he venido a esta boda, en realidad.

—¿Y yo soy tu target? —Me reí como una desquiciada—. Estás perdidísimo.

Leo dibujó una mueca de indignación antes de replicar:

—¿Perdidísimo yo? Mira quién fue a hablar. ¿O te recuerdo el Tutuki Splash de sorbete?

Touché. Dolida, desvié la vista, y antes siquiera de valorar si abrir o no la boca, escuché un grito:

—¡Ya han pasado tus quince minutos! —era Rocío—. Jelen, te toca limpiar la cocina. Y luego sacas la basura, que alguien ha dejado la bolsa de restos de pescado al sol y apesta.

—¡Ya voooy! —grité con desgana.

—Tu vida es maravillosa —comentó él, divertido.

—Si tú supieras…

—Dale una vuelta —insistió señalando la tarjeta—. Al fin y al cabo, ¿qué tenemos que perder?

SEGUNDA PARTE
LO QUE OCURRIÓ DESPUÉS



1 LEO



Me desperté con resaca. Cuando abrí los ojos, apenas pude reconocer las paredes de mi cuarto en mi nuevo (y diminuto) apartamento en Madrid. La boda del día anterior había resultado interesante, divertida incluso. Inesperada.

Fui sin ganas, ya que no conocía a nadie, sólo a Abel, el padre de la novia. Lo había unido una sincera amistad con mi padre y me había invitado para hacerme un favor. Con la esperanza de que me desenvolviera por allí como el tiburón de los negocios que se supone que soy, como un don juan, un seductor nato, embaucador y captador de clientes. Un intento de ayudarme a salir del bache. Sin

embargo, cuál fue mi sorpresa al darme cuenta de que el nombre de Leonardo Andrés ya era conocido por esos lares. Los ecos de la socialité británica habían llegado a Madrid y la huida del desastre que había dejado en Londres me iba a resultar más difícil de lo que había calculado.

Me presenté en la finca puntual y solo, justo para contemplar a los novios, a quienes apenas conocía, dar el «sí, quiero». Me pregunté si ese podría haber sido yo en otras circunstancias y con otra chica si la situación no se me hubiera ido tanto de las manos. Medité durante un instante sobre si ella y yo nos habíamos querido, y la respuesta se dibujó clara en mi mente.

Deseé mejor suerte a los recién casados.

Cuando terminó la ceremonia, llegó el momento de ponerse a trabajar. La caza de clientes me daba pereza y me excitaba a partes iguales. Desde la barra, con una copa de rioja en la mano, sondeé a los invitados. La flor y nata de la capital reunida en ese recinto: empresarios, modelos, influencers, algún deportista… Desde luego, el yerno de Abel se lo había montado bien; eso sin contar con el pibón que era su novia, ahora mujer.

No sabía mucho sobre él. «Un tipo hecho a sí mismo», se rumoreaba entre croqueta y croqueta. «Un tipo que ha pegado el braguetazo», era mi opinión. Sin embargo, no me importaba el cómo sino el resultado, así que decidí que luego me acercaría y, de una forma u otra, lograría que se quedase con mi tarjeta.

Di un sorbo a mi copa y me dispuse a realizar mi primera incursión en el selecto grupo. Decidí empezar por un objetivo fácil y me acerqué a unas mujeres que, ataviadas con vestidos de colores, daban buena cuenta de varios mojitos y se habían afincado al lado de la barra libre de ostras.

—Señoritas —pronuncié con mi voz más seductora.

Se giraron y nos escaneamos mutuamente. Vi ligeras sonrisas en sus rostros y supe que ya estaba dentro. Con una mirada fugaz, repasé sus manos: algunas solteras, otras prometidas y otras casadas. Me centraría en las primeras y en las últimas. Las prometidas suelen estar demasiado ilusionadas como para dejarse seducir a la primera de cambio por un extraño, por atractivo que sea.

—Disculpad el atrevimiento, pero no conozco a nadie en esta boda y no me gusta beber solo. —Les regalé mi sonrisa más inocente.

—¿Y por qué vienes a una boda tú solo? —preguntó una de las mujeres con interés.

Era una rubia guapa y no llevaba anillo. «¡Bien!», pensé felicitándome. Carraspeé antes de contestar:

—En realidad, iba a venir con mi padre, pero falleció hace unas semanas.

La carta de la pena. Empezaba fuerte, pero sabía que ese día había que ir a por todas. Me sentí un ser despreciable por utilizar a mi pobre padre, fallecido hacía ya muchas semanas, meses en realidad, pero era una circunstancia de extrema necesidad, me convencí. Mi carrera y mi futuro profesional pendían de un hilo. Casi recién aterrizado de Londres, no iba a volver a tener una oportunidad como esta de entrar en un círculo tan selecto. Era un «gloria o mierda» de manual.

Ante mi cara de tristeza, las chicas murmuraron algunos «lo siento» y hasta me apretaron el brazo con ojos empañados.

—Puedes quedarte con nosotras —confirmó una morena—. Aunque quizá te aburran nuestras conversaciones.

—¡Para nada! —exclamé con convicción—. ¿De qué estabais hablando?

—Nuestra amiga María está a punto de dar a luz.

—Oh, enhorabuena. —No sabía quién era María ni me importaba—. ¿Y qué va a ser?

—Una niña y…

—Oye, Teresa —interrumpió otra que acababa de coger un canapé—, ¿no te parece que estos camareros son muy jóvenes?

La aludida se encogió de hombros y sacudió la cabeza como si no le importase. Yo observé a mi alrededor y no pude por menos que darle la razón a la amiga de Teresa. ¿Cómo era posible que para la boda de la hija de Abel Ferrer hubieran contratado un servicio tan poco profesional? ¿Alguien llegaría a los dieciocho? Con ciertas reservas, decidí probar uno de los canapés que circulaban en las elegantes bandejas que portaban los camareros. Se trataba de un

rollito cuyo relleno no sabría identificar. Intrigado, di un mordisco y, antes de haber masticado siquiera dos veces, mis papilas gustativas chillaban de placer.

Aquello era gloria bendita. Deseé cerrar los ojos para disfrutar de la intensidad del sabor, pero corría el riesgo de parecer un pirado. De pronto, sentí que alguien me agarraba del brazo, bajé la vista y una preciosa mujer de ojos verdes me sacó del éxtasis gastronómico y me devolvió a la realidad.

—Creo que vas a estar mejor con mi marido y sus amigos que hablando de bebés, ¿no te parece?

Le devolví una sonrisa sincera y suspiré aliviado y satisfecho. Esa era la introducción que necesitaba.

—¡Nacho! —llamó.

Un hombre corpulento con un aperitivo en una mano y una cerveza en la otra apareció.

—Este es mi marido.

Nacho engulló el bocado ante mi mirada de envidia y, tras lanzar un gemido de gusto y limpiarse la mano en el pantalón del traje, me la tendió.

—Disculpa, esto está buenísimo. Soy Ignacio Zamora-Sandoval.

—¿El de las clínicas de cirugía estética? —pregunté encantado a pesar de comprobar que mi mano estaba repentinamente pegajosa.

—El mismo —respondió sin un mínimo gesto de sorpresa.

—Encantado de conocerte. He oído hablar mucho de ti.

—Espero que bien.

—Mejor que bien. Estás abriendo sedes de tus clínicas por todo el país, ¿me equivoco? En algunas ciudades las hay a pares. Enhorabuena.

El hombre soltó una carcajada.

—Así es. Es un negocio muy demandado. No necesitarás un retoque, ¿verdad?

—No, pero se lo comentaré a mi hermana. Siempre se queja de sus patas de gallo —bromeé.

—Ya sabía yo que haríais buenas migas —comentó la mujer de Nacho.

Al poco tiempo, otras personas se unieron y la conversación fluía como el vino por las gargantas. Todos ellos tenían negocios de diversa índole y, además, un problema común: no encontraban un gestor de confianza que hiciera una evaluación y un seguimiento integral de sus proyectos. Como un pistolero, ya tenía la mano en el bolsillo, preparada para sacar mis tarjetas hasta que alguien me interpeló:

—Perdona, que nos hemos liado a hablar, pero no nos has dicho cómo te llamas.

—Leonardo Andrés —respondí ufano, convencido de que no les sonaría mi nombre.

Tras un breve silencio, un hombre a mi izquierda comentó:

—¿Leonardo Andrés? ¿El Leonardo Andrés del escándalo en Londres? ¿El de la gala de The Shard?

—Ehhhh… —balbuceé.

—Creo que te he visto en internet, sí —afirmó otro—. Buena las has liado, tío. ¿Es cierto todo lo que salió en la prensa? Lo de los robos de pasta y tal…

—Los medios exageran mucho, ya sabéis —respondí quitándole importancia y bebiendo un trago largo a mi copa de rioja.

—Claro, claro… ¡No se puede fiar uno de los periodistas! —me animó Nacho—. Me has caído bien. Cuando quieras, nos vamos a jugar al golf y a tomar unas cervezas. —Le sonreí esperanzado—. Pero los negocios mejor se los dejo a mi gestor; el pobre hace lo que puede, pero al menos seguimos a flote —bromeó mientras me propinaba un par de palmadas en la espalda.

Intentando mantener la elegancia y que no se me notase el bochorno, me serví otra copa y cambié de grupo para intentar la misma estrategia. Al fin y al cabo, en la boda había quinientos invitados, no podían rechazarme todos, ¿o sí?

Mientras andaba en mis pesquisas, percibí cómo, unos metros a mi izquierda, una señora mayor le echaba la bronca a un pobre camarero que no sabía dónde esconderse. Al parecer, tenía algún problema con las intolerancias. Lo sentí por el pobre chico, que no estaría pasando un día mucho mejor que el mío.

Unos instantes después, vi que se acercaba la que parecía su jefa y, en cuestión de un par de minutos, se camelaba a la anciana. Observé su conversación con curiosidad. La chica era poca cosa al lado de aquella mujer oronda, sin embargo, su uniforme impecable y sus palabras firmes pero amables, aderezadas con una sonrisa dulce, acabaron con la señora satisfecha y atiborrándose de pinchos.

«Tiene potencial», pensé.

«Y no está nada mal».

Seguí a lo mío y, para mi infortunio, hasta en dos ocasiones, las personas con las que hablé y a las que intenté seducir con mis mejores recursos reconocieron mi nombre y mi historia. Maldita globalización.

Disgustado, volví a la barra libre. Si no conseguía clientes, al menos me pillaría un buen pedo y una indigestión, me dije.

Ya contaba con que en algún momento alguien reconocería mi nombre. Con que, si consiguiera algún cliente, este buscaría mi pasado en Google y daría con mis antecedentes. Sin embargo, no esperaba que fuera tan inmediato. Mi estrategia era ganarme su confianza y su amistad y después vender mi desastre como una serie de catastróficas desdichas. Todas ellas, por supuesto, ajenas a mi voluntad. Me las ingeniaría para vestir mi penosa historia de tal forma que no recayera en mí la culpa.

Desanimado, me senté en una silla cerca de unas mujeres que parecían a punto de montar una timba. Entonces un grito me sorprendió y me percaté de que a unos metros de mi asiento se formaba un revuelo. Al parecer, algo le ocurría a la novia.

Intrigado, me puse en pie para ver el espectáculo: a la preciosa y flamante mujer de Javier se le estaba poniendo la cara como un globo. Los invitados comenzaron a sacar sus teléfonos móviles para grabar la escena, y yo, por supuesto, hice lo propio.

Una camarera comenzó a echarle la culpa a la chica a la que había visto conversar con la anciana y que ahora miraba con el rostro desencajado a los novios, como si no se creyera lo que estaba pasando. Un rato después, llegó el médico y, cuando la situación ya parecía controlada, otro de los miembros de la restauración se presentó con una bandeja de lo que parecían sorbetes.

Di gracias por la grabación, porque después tuve que revisar varias veces el vídeo para apreciar el momento en el que las dos personas del catering chocaban entre sí y, en un intento lastimoso por salvar las bebidas, estas se precipitaron como una cascada de colores encima de la novia.

«Están arruinados», pensé. El vídeo de la influencer @aurea_aurora cubierta de sorbete y con la cara como un balón circularía por decenas, cientos de cuentas de Instagram, quizá miles. Después de eso, les resultaría imposible reflotar el negocio.

Entonces se me encendió la bombilla.

Reflotar el negocio.

Ahí estaba. Mi oportunidad en bandeja.

Tomé un sorbo de vino, saboreé otro canapé y me preparé para pasar a la acción.

2.LEO



Después del drama de los sorbetes y de que los novios abandonasen la celebración, el evento quedó cancelado. Al menos, eso fue lo que la wedding planner quiso transmitir a los invitados, la mayoría de los cuales habían pagado un generoso regalo y se negaban a abandonar la finca así como así.

Al final se llegó a un consenso y se acordó que habría comida y bebida hasta que llegasen los autobuses que devolverían a cada mochuelo a su olivo. Entonces, como si fueran las rebajas y hubiera peleas por el jersey a cinco euros, los distinguidos convidados se abalanzaron, de forma nada sofisticada, sobre las barras libres. El cuarteto de cuerda seguía tocando y no pude evitar recordar el hundimiento del Titanic.

Para mí comenzaba la cuenta atrás para encontrar a la chica del catering y ofrecerle mis servicios. Lo primero no fue difícil, ya que casi no se había movido del sitio. Seguía ahí plantada, a escasos dos metros del charco de sorbete, y mirando de hito en hito la discusión de los otros dos socios del negocio. Sonreí. Me venía de perlas que se peleasen, así la necesidad de encontrar a un árbitro que mediase en sus problemas se haría aún más acuciante.

Esperé mi momento escondido detrás de un grupo de señoras que miraban con tentación, pero también con cierta reticencia, una bandeja de panecillos de colores coronados por una salsa y un pimiento. Unos minutos más tarde, la chef dejó a los otros dos y comenzó a andar hacia algún lugar del jardín.

La seguí. Se sentó en un murete de piedra y, tras revisar a mi izquierda y derecha que nadie reparaba en mis movimientos, me acerqué a ella.

—¿Puedo sentarme? —pregunté. Alzó la vista y, antes de darle tiempo a que me rechazara, me coloqué a su lado, saqué una cajetilla de tabaco del bolsillo y pronuncié—: Tienes pinta de que te hacen falta.

Pareció dudar un instante, pero al final aceptó y compartimos, no sólo un cigarrillo, sino el desastre que estaba viviendo. Ni siquiera tuve que forzar la conversación, en cuanto cogió carrerilla, vomitó todas sus penurias. Escuché con genuino interés mientras observaba cómo trataba de recoger, sin éxito, los mechones que se soltaban del sencillo recogido con el que había sujetado su cabello. Los restos de sorbete que salpicaban su uniforme refulgían con el sol. Parecía desesperada y le di mi tarjeta, feliz de aparecer como el hada madrina de Cenicienta, como el genio de Aladdin. Los problemas de esa chica quizá fueran la solución a los míos.

A pesar de todo, me compadecí de ella, pequeña y encogida, sentada sobre ese murete con sus sueños y su carrera convertidos en pedazos. Por un instante, me vi a mí mismo en aquel banco de Londres, también pequeño y encogido, también con los sueños hechos polvo. Un pensamiento destructivo y fugaz surcó mi mente: con la que habían liado, ¿de verdad sería capaz de ayudarlos?

«Senior business advisor», ponía en mi tarjeta. «Senior business mentiroso», pensé.

«A ver —me dije—, no seas tan duro contigo mismo». En realidad, sí que tenía experiencia asesorando en negocios, mucha, además. El problema fue que uno de mis últimos asesoramientos no había sido, digamos, muy acertado. Aunque no todo había sido culpa mía.

El caso es que conseguí que la chef se quedase con mi nombre y mi tarjeta. Ella no reconoció mis antecedentes y, con suerte, me llamaría en las próximas setenta y dos horas. Ese era mi límite. Años de experiencia me habían asegurado que, si una chica o un cliente no te llamaban en ese intervalo, entonces no lo harían jamás.

De vuelta en el presente, en mi apartamento, remoloneé un rato más en la cama. Era domingo y no tenía nada que hacer. Aunque lo mismo daba que fuera lunes. Llevaba varias semanas sin trabajo, los días me parecían todos iguales y a veces perdía la noción del tiempo. ¿Así se sentirían los jubilados?

Alcancé mi teléfono móvil, que descansaba en la mesita, y miré los fondos de mis cuentas bancarias. Me recorrió un escalofrío. Había pagado un buen regalo de boda y calculaba que con el remanente que me quedaba me daría para vivir seis meses como mucho si me apretaba el cinturón. Madrid es caro, y yo, un hombre demasiado acostumbrado a la buena vida.

Eché un vistazo a las redes sociales y comprobé que el vídeo de Aurora con cara de pez globo circulaba por todas partes. Cientos de comentarios criticaban sin piedad a Algo Ligero por haber hundido el evento del año. Otros, haters en su mayoría, lo alababan por dar un toque de emoción a ese bodorrio de estirados.

De pronto, mi móvil comenzó a vibrar. Recé porque la pantalla se iluminase con un número desconocido, pero no tuve esa suerte.

—¿Qué pasa, Leovigildo?

Sonreí.

—Buenos días a ti también, Pedro.

Pedro era mi mejor amigo y, después de mi madre y mi hermana, la persona que más se había alegrado de mi vuelta a la capital.

—¿Qué tal te fue ayer? Por lo que he visto, la boda ha dado mucho que hablar. Mi hermana no para de preguntarme por ti, más de lo habitual —se quejó.

—Creo que TikTok será una fuente de información mucho mejor que yo, si lo que quiere es saber qué se coció en el evento —respondí.

—¿Y qué? ¿Algún contacto?

—Psé.

—¿Psé?

—Pues no me ha ido particularmente bien, tío. La verdad es que la mayoría de invitados a los que intenté lanzar la caña conocían mi nombre… y mi historia. No sabía que fuera tan famoso —expliqué desanimado.

Pedro guardó silencio durante un segundo.

—Te olvidarán. Es sólo cuestión de tiempo. Ningún escándalo dura tanto. ¡Mira a la Pantoja! ¿Te parece que alguien se acuerda de

ella?

—No sé si es lo mis…

—Dientes, dientes —bromeó.

—Sí, si yo dientes puse, pero ni la más encantadora de mis sonrisas me ha servido esta vez. —Suspiré.

—Bueno, que no panda el cúnico.

—¿Que no panda el cúnico? ¿Pero quién eres? ¿Mi abuela?

Pedro soltó un chasquido.

—Menos risitas, que tengo una noticia: mi hermana me ha contado que puede conseguirte una oportunidad en su empresa —explicó contento—. Ponte guapo para el viernes, te ha conseguido una entrevista.

—¡Pero si trabaja en un geriátrico! ¿Qué voy a hacer yo allí? ¿Purés? Por el amor de Dios… ¿Tan mal me veis?

Mi amigo suspiró.

—No seas agorero, que el puesto no es para cuidar de los viejos, que es un trabajo muy bonito, por cierto. —Puse los ojos en blanco—. Según ella, allí se mueve mucho mercado, de tu mercado —enfatizó.

—Permíteme que lo dude… Pero está bien, iré. Sólo por no hacerle el feo a tu hermana.

«Y porque no estoy como para rechazar entrevistas, aunque sean en un geriátrico», pensé.

—Amigo, no tienes muchas más opciones.

Apreté los labios. No podía permitirme el lujo de no acudir a la primera entrevista de trabajo que conseguía en los últimos dos meses. Sospechaba que todo era una excusa de Mercedes para pasar un rato conmigo, buena era ella. Había salido a su hermano, conseguían sus objetivos a base de utilizar la técnica del desgaste o, lo que es lo mismo, ser pesados.

Después de colgar la llamada, me quedé observando la pantalla oscura de mi smartphone, suplicando al Dios de la cobertura que sonara, que me iluminase con esos nueve dígitos que tanto deseaba ver aparecer. Con la voz suplicante de ayuda de la chef de Algo Ligero.

«Vamos, vamos…». Zarandeé el aparato.

Si pudiera hacer resurgir a esa empresa de catering de sus cenizas, si lograra volver a hacerla viral, pero en plan bien, quizá así podría limpiar mi nombre, borrar mi pasado, empezar de nuevo.

Pero el teléfono continuaba bloqueado, al igual que mi vida.

3. ELENA



Seis días. Ese fue el tiempo que pasé casi sin salir de mi habitación. ¿El plan? Persianas bajadas, atracón de cereales y helado Ben & Jerry's y La boda de mi mejor amigo en bucle mientras me deshacía en lágrimas.

Durante la mañana del viernes, unos golpecitos en la puerta me sobresaltaron.

—Elena, ¿tú estar muerta?

—No, Katyusha, por desgracia para todos, todavía sigo respirando —contesté de mala gana a mi compañera de piso.

Desde que Rocío y Miguel se habían casado hacía algo más de un año, me había visto obligada a compartir el pequeño apartamento con una serie de estudiantes de intercambio de diversa procedencia. El piso en el que mi amiga y yo habíamos vivido durante casi ocho años y que había sido como un santuario ahora se había visto mancillado y convertido en una especie de Torre de Babel con olor a comidas del mundo y a mercado con fruta rancia. Ya no me sentía como en casa. Al abrir la puerta, tampoco me recibía el delicioso aroma a galletas recién horneadas o a cebolla en proceso de caramelización, fruto de los experimentos culinarios de Rocío. Tras su marcha, no me había quedado otra que convivir con el tufillo de platos extraños y, en ocasiones, gente con costumbres higiénicas… diversas también.

Cada tres o cuatro meses, compañera nueva. A veces esa era la duración de su estancia en nuestro país, otras, la mayoría, se marchaban antes porque encontraban una opción mejor que vivir con una treintañera en un piso de sesenta y cinco metros cuadrados. Katyusha, o Katiuska, como la llamaban Rocío y Miguel haciendo alusión, además de a sus perennes botas de goma, a los pasos pesados que movían sus casi ochenta kilos por el minipiso, era una

rusa que había venido a Madrid a cursar un máster y, ¿por qué no?, a encontrar el amor.

«Pues lo va a tener jodido», pensé en la entrevista ante su arranque de sinceridad, pero me abstuve de tirar sus sueños por la alcantarilla. Al menos la chica era honesta.

Llevaba viviendo con ella tres meses. Aunque no hablábamos mucho, a juzgar por las noches en las que los tapones de oídos no bastaban para amortiguar todos los «Ahhh», «Ohhh», «Síííí», exclamaciones en ruso varias y crujidos de muelles, suponía que la ciudad le estaba gustando y que perseguía la búsqueda del amor con tesón. Eso sí, el máster no sé qué tal le iría.

—Tú tocar limpia cocina o queja a señor casero —la escuché pronunciar.

Acurrucada entre mis sábanas, empecé a barruntar la teoría de que Katyusha seguramente estaría deseando que yo abandonara el piso, quizá por muerte por indigestión de helado o consumida por la roña que habitaba esos días en mi cuarto. Así ella podría campar a sus anchas con todos sus ligues. Mosqueada ante esta posibilidad, me levanté y abrí la puerta de golpe.

—Yo viva y luego limpio —manifesté de malas formas.

Katyusha, que ya se había dado media vuelta y avanzaba por el pasillo, se giró y abrió los ojos como platos ante la imagen dantesca que le ofrecía: un moño asqueroso y un pijama que no me había quitado en varios días, adornado con algún chorretón de helado.

—Yo sólo preocupada. —Dibujó una mueca de inocencia.

—Ya, claro, preocupada —murmuré—. Preocupada mis c…

Antes de que pudiera terminar la frase, sonó el timbre. Mi compañera se apresuró a abrir, seguramente pensando que se trataría del repartidor de comida a domicilio o del transportista de Amazon, un habitual en nuestra escalera. Sin embargo, su alegría se incrementó cuando, en lugar de recibir lo que sea que estuviera esperando, se topó de bruces con el atractivo rostro de Dani.

—Hola, Katiuska —la saludó—. ¿Está Jelen?

Katyusha, como si se le hubiera aparecido la Virgen María y le hubiera robado la capacidad del habla, se hizo a un lado y me señaló

con el dedo.

—¿Tú estar bien, Dani? ¿Sí? —se atrevió a preguntar a mi amigo después de los primeros segundos de shock.

—Todo correcto —replicó él, escueto pero educado, pasando por su lado.

Amerita hacer una pausa aquí para comentar que, a pesar de sus conquistas nocturnas, según la rusa, Dani es el español más sexy que ha pisado la península ibérica. Y el que mejor cocina, que eso también suma puntos. Con su aspecto informal, sus casi dos metros y el olor a bizcocho que parece llevar impregnado, el chico robó su corazón a pesar de que no hubieran intercambiado más de dos frases, una de ellas en el extraño español de Katyusha. Esto es lo que me confesó ella una insólita noche de sororidad en la que, con ayuda de una botella de vodka traído de un pueblo perdido en la tundra, intercambiamos algunos secretillos: recetas por mi parte e historias de amoríos por la suya.

—¿Me puedes decir cuándo fue la última vez que te duchaste? —preguntó mi amigo frunciendo la nariz.

Medité antes de responder avergonzada:

—Creo que fue hace cuatro días.

De pronto, tomé verdadera conciencia de mi imagen: plantada en el pasillo, pijama mugriento con lamparones de helado, sábanas como la túnica de un Julio César mendigo y el pelo chorreando más aceite que la fritanga de un chiringuito de Málaga en hora punta.

—A la ducha ya —sentenció Dani—. Y después hablamos.

Aunque me molestó su tono autoritario, nada propio de él, reconozco que, después de salir del baño limpia y oliendo a jabón, me sentí mucho mejor.

Quince minutos más tarde, Dani me esperaba en el sofá. Justo enfrente, sobre la mesa, continuaba mi teléfono, que llevaba casi toda la semana apagado. Me recorrió un escalofrío. A pesar de que ya volvía a parecer un adulto funcional, no conseguía reunir el valor necesario para encenderlo, para enfrentarme al mundo, o, mejor dicho, al desastre. No sé qué me daba más miedo, si

encontrarme un mensaje de Javi y Aurora lleno de odio, o el vídeo del Tutuki Splash de sorbete haciéndose viral en las redes.

—No puedes quedarte aquí para siempre —afirmó Dani—. Tus padres me han llamado preocupados, no contestas a sus llamadas.

—¡Eh! Que sólo llevo aislada una semana —protesté—. Y creo que estoy en mi derecho de montar un poco de berrinche. En sólo veinticuatro horas, mi vida se ha ido a la mierda. El amor de mi vida se casa con mi mejor amiga y…

—A ver, a ver. —Levantó las manos—. Eso ya sabías que iba a pasar. No es nuevo.

—Tenía esperanza —me defendí.

—¿Esperanza de qué? ¿De que Javi paralizara la boda, dijera que te quiere y dejase a su prometida plantada en el altar?

—Bueno…

—Jelen, sé realista.

Fruncí el ceño.

—¿Estás haciendo de Rocío o qué? Ella siempre es quien estropea mis ilusiones, ese es su papel, el tuyo es el de poli bueno, ¿recuerdas? —Mi labio inferior comenzó a temblar.

No quería llorar otra vez, pero cuando Dani se acercó y me cogió de la mano, una lágrima traicionera rodó por mi mejilla.

—Escucha, si no te dijera lo que pienso, si te animase a quedarte aquí compadeciéndote y a punto de coger la sarna por no ducharte…

—¿La sarna no es lo de los perros?

—Da igual —puso los ojos en blanco—, el caso es que, si así fuera, no sería tu amigo. Y sí, nuestra Madre de Canapés a veces es un poco… directa con sus comentarios, pero en ocasiones tiene razón. Todos veíamos que lo de Javi no iba a ningún sitio. Nunca lo hizo.

¿Todos lo veían? Todos veían una parte, me convencí, y a mí Javi me mostraba otra. El beso en el autobús no fue casual y significó algo para él, estaba segura. Mis esperanzas no eran infundadas: ese día paseamos por las calles de Madrid compartiendo un trozo de pizza y riendo como una pareja normal.

Si no hubiéramos terminado enrollándonos como en una escena de peli de bajo presupuesto, entonces quizá yo hubiera afrontado mi destino, o, mejor dicho, el de Javi, con más entereza. Sin embargo, sólo unos días antes del enlace, habíamos terminado de abrir la puerta que durante siete años había creído entornada y a punto de cerrarse.

En la boda, con el escándalo de los langostinos y los sorbetes, Rocío había estado demasiado ocupada como para recordar la historia del pendiente de golondrina, y, por suerte, no me preguntó al respecto. Mi secreto continuaba intacto.

Observé a mi amigo, que me miraba con preocupación, y me planteé si contarle esa otra parte del cuento, quizá así, al menos dejase de parecer una loca de manicomio manteniendo esperanzas contra todo pronóstico. Abrí la boca, pero mi garganta no emitió sonido alguno. En el último momento, me retracté:

—Tienes razón —mentí—. Soy la única que no lo vio.

Empequeñecí en el sofá y Dani me abrazó. Como si un rayo láser me quemara, sentí la mirada de envidia de Katyusha, que, con toda seguridad, nos observaba a través de la rendija que había dejado abierta casualmente en la puerta de su habitación. En otras circunstancias, quizá habría sonreído con malicia, pero, después de ser yo la que se había pasado media vida anhelando al novio de otra, ya no me quedaban fuerzas ni maldad.

—Y luego está Algo Ligero —continuó Dani—. Siento sacar el tema, pero no lo podemos eludir más.

El labio me empezó a temblar de nuevo. Maldita sea.

—¿Rocío está muy enfadada? —pregunté con un hilo de voz.

Él se encogió de hombros.

—Está triste, no enfadada. Tampoco tiene un motivo en concreto para enfadarse, en realidad. Fueron… —meditó— una serie de lamentables acontecimientos: la presión por que el evento saliera bien, la falta de presupuesto, los camareros, el tema de los langostinos y después lo de Miguel y los sorbetes.

—No quisiera estar en la piel de Miguel —comenté.

Dani me dedicó una sonrisa.

—Tampoco fue culpa suya. Él se ofreció a echar una mano, y lo de los sorbetes, que podría haber sido una buena idea para rebajar la tensión y distraer a los invitados, no salió como esperábamos.

—Salió fatal —añadí sin poder evitar una pequeña risa al recordar a Miguel levantando la bandeja y su cara de horror al percatarse de que las copas se precipitaban sobre la inmaculada novia.

—El vídeo a cámara lenta es buenísimo —comentó Dani como si me leyera el pensamiento—. Con Miguel gritando «¡Nooooo!». Tremendo.

Nos miramos un momento, divertidos a pesar de que la situación no tenía ninguna gracia.

—¿Sabes algo de Javi y Aurora? —pregunté—. ¿Os escribieron a Rocío o a ti?

—Sé que continúan de luna de miel en África —afirmó—. Y te confirmo que sólo nos han pagado el adelanto. El resto parece que no lo vamos a cobrar, y, la verdad, tampoco me atrevo a reclamarlo. Al fin y al cabo, les hemos jodido la boda, estropeado el día más feliz de su vida. Qué desastre…

—Quizá Rocío tuviera razón —pensé en voz alta.

—¿Con qué exactamente? Vamos a tener que contratarla como vidente, parece tener razón en todo…

Sonreí.

—Me refiero a que quizá no estemos preparados. El evento nos quedó grande, el negocio no estaba del todo maduro y, al final, tuvo consecuencias. No sólo para nosotros, sino para nuestros clientes.

Dani asintió cabizbajo antes de pronunciar:

—Pero hemos trabajado mucho. Cinco años —murmuró—. Hemos invertido tiempo y dinero. Abandonar ahora, cuando casi lo habíamos conseguido, sería…

Ambos guardamos silencio.

—No podría soportar volver a mi vida de antes —articulé.

—Antes no tenías vida —replicó él con malicia.

Le propiné un codazo.

—Tú tampoco.

—¡Eh! Que yo soy un tío muy interesante.

—Eso desde luego, con tus tres trabajos que no tienen nada que ver: carpintero, cocinero ocasional y baby sitter.

—Eso último lo hago muy de vez en cuando —protestó—. Y con mis sobrinos.

—Tu hermana te paga. Es patético, con treinta años.

—Es que son unos troles, ¡poco me paga para la lata que dan!

Nos miramos con una sonrisa de tristeza y Dani afirmó:

—Tenemos que convencer a Rocío de que vale la pena seguir adelante. Tenemos que trazar un plan.

—¿Tienes alguna idea?

—No, pero algo se nos ocurrirá.

Asentí y mi encefalograma, plano hasta ese instante, de pronto sufrió un flash: un momento en la boda en el que no había vuelto a pensar. Ese chico, ¿cómo se llamaba? ¿Leopoldo? ¿Leónidas? ¿Leonardo? Me levanté de un salto y corrí hasta el cesto de la ropa sucia en el que descansaba la chaqueta de mi uniforme. Rebusqué en el bolsillo y allí estaba: la tarjeta. La alcé victoriosa y regresé al salón como si portase un trofeo. Dani me observó intrigado.

—Yo no tengo ideas, pero tengo un contacto. Quizá Leonardo Andrés pueda ayudarnos.

—¿Leonardo Andrés? Con ese nombre, más bien parece que lo tengamos que ayudar nosotros a él. A conseguir amigos, para empezar.

Ignoré las burlas mientras, con manos temblorosas, encendí el teléfono. Traté de ignorar las notificaciones que comenzaron a aparecer como champiñones y marqué el número. Al segundo tono, escuché la voz de Leo.

4. LEO



Había tocado fondo.

Y la sensación de hundirme sin remedio, como se hundió Jack cuando se soltó de la tabla, me acompañaba aquella mañana de viernes. Me dirigía al geriátrico Ocaso de Madrid, situado a las afueras de la ciudad, en transporte público, ya que el precioso Tesla que conducía en Londres se había quedado allí con su dueña, mi exnovia. En ocasiones, me preguntaba qué echaba más de menos, si el espectacular salpicadero con una pantalla más grande que el televisor de la casa de mis padres, o la compañía de Stella.

Cuando llegué a la recepción, sudaba a mares. Maldije la ausencia de aire acondicionado y la excesiva presencia humana del autobús. Hastiado, me dediqué a abanicarme de forma lastimosa y poco efectiva con un folleto informativo en el que una pareja de ancianos jugaba a las cartas. La muchacha del mostrador me miraba con recelo, seguramente se preguntaba qué hacía yo allí, con mi maletín de hombre de negocios y mi camisa recién planchada.

Mientras esperaba a la hermana de mi amigo, observé a mi alrededor. La mezcla de olor a puré y antiséptico penetraba por mi nariz provocándome una mueca de desagrado y cierta náusea. Quizá algún día yo también terminaría en un sitio así, aunque, si continuaba por este camino, lo haría solo y pobre.

Por fortuna, la figura de Mercedes apareció por un pasillo y apartó el drama de mi cabeza.

—¿Cómo estás, guapo? —preguntó con voz seductora mientras se acercaba para plantarme un par de besos.

El perfume de su pelo disipó por un instante el olor del geriátrico y me transportó a los veranos de mi adolescencia.

—Pues aquí estamos —respondí.

Esa era la mejor respuesta que podía darle teniendo en cuenta que mi vida últimamente era una mierda. Ella me dedicó una sonrisa de dientes blancos y alineados como teclas de piano. Llevaba

la melena recogida en un moño que dejaba a la vista su cuello esbelto, adornado por esos lunares que yo me había encargado de recorrer con la boca años atrás.

«Si se entera Pedro, me mata», pensé.

Como si leyera mis pensamientos, Mercedes me guiñó un ojo y me cogió de la mano. Mis alarmas saltaron, ¿me llevaba a un cuarto oscuro?

—¿Dónde… vamos? —pronuncié siguiéndola por el pasillo.

—Al despacho de la directora, claro —respondió con naturalidad—. Ella es quien mejor te podrá explicar el proyecto y valorar si nos pueden interesar tus servicios.

Respiré tranquilo, aunque con un inesperado sentimiento de decepción. Quizá los meses de soltería y el desierto en el que se había convertido mi vida sexual comenzaban a pasarme factura.

Cuando llegamos al despacho, una mujer oronda ataviada con un uniforme blanco nos esperaba encajonada en una silla detrás del escritorio.

—Soy Celeste —se presentó, levantándose con dificultad para tenderme una mano rechoncha.

—Leonardo Andrés —respondí.

Tomé asiento entre las dos mujeres y saqué un cuaderno de mi maletín por si fuera necesario tomar notas y porque eso siempre hace creer a los clientes que hay interés por lo que te están contando.

—Bueno, Leonardo —comenzó Celeste—, muchas gracias por venir. Mercedes me habló de ti hace unas semanas y estamos convencidas de que podrías encajar en nuestro nuevo proyecto. —Asentí con seguridad—. Queremos convertir Ocaso de Madrid en un centro de referencia por su modernez.

La sonrisa se me congeló. «¿Modernez? Pues empezamos bien…».

—Gracias a ti por vuestro tiempo, Celeste —respondí cordial —, y por darme la oportunidad de intentar ayudaros.

La mujer pareció complacida y comenzó su explicación sobre el centro y sus necesidades de modernez. Básicamente, si bien el geriátrico Ocaso de Madrid era uno de los mejor valorados de la

comunidad por lo flamante de sus instalaciones, lo cariñoso del personal y lo felices que estaban los ancianos, el propósito de Celeste no era otro que el de tener una web puntera y saltar a las redes sociales para demostrar a la población que, según sus propias palabras, «Tener arrugas mola».

—Lo que necesitáis, entonces, es un community manager —expliqué, pensando que mi puesto de senior business advisor se les quedaba grande.

—Oh no, no —replicó ella mirando a Mercedes, que asintió como si quisiera infundir ánimos a su jefa—. Eso es sólo el principio. Todo esto tiene, en realidad, una finalidad mayor, que es la de abrir sedes en otras comunidades autónomas.

Eso sonaba mejor.

—Y necesitáis a alguien que os asesore con el business plan, ¿correcto? —La mujer me miró con incomprensión—. Con el plan de negocio, quiero decir.

—Ah, sí. Eso. Pero ten en cuenta, Leonardo…

—Llámame Leo, por favor —solicité cortés y con una de mis sonrisas más seductoras. El puesto comenzaba a interesarme.

—Ten en cuenta, Leo, que eso será en fases posteriores. Primero tendremos que posicionarnos en las redes, demostrar al mundo quiénes somos, grabar unos vídeos para TikTok…

¿TikTok?

Dudé. No es que TikTok me resultara una herramienta extraña, pero no me imaginaba pasar de la City y las corbatas a grabar vídeos de abueletes jugando a la Brisca. Me aclaré la garganta antes de responder para ganar unos segundos.

—Quiero ser totalmente sincero contigo, Celeste. —Me incliné un poco hacia delante—. Por supuesto, estoy familiarizado con todas las aplicaciones y las herramientas para redes sociales, pero no sé si soy la persona idónea para hacer ese trabajo.

—¡¿Cómo que no?! —exclamó Mercedes.

Me volví hacia ella.

—Creo que quizá podáis encontrar a alguien… ¿más barato? Vamos, eso lo puede hacer cualquiera, yo… —«Estoy sobrecualificado», pensé—. No quiero engañaros, como economista

y si confiáis en mí para la expansión, mi primer consejo es que midáis vuestros gastos —afirmé en cambio.

Mercedes arqueó una ceja. «No estás en posición de rechazar este trabajo, no tienes donde caerte muerto», me decía.

Celeste, por su parte, me dedicó una mueca indescifrable que se dibujó en sus labios finos.

—Te agradezco la recomendación, pero seré clara yo también. Esto es todo o nada. Coges el paquete entero o no lo coges. Ocaso de Madrid se caracteriza por ser una gran familia, y no quiero dejar el centro ni la posterior expansión en manos de un desconocido, por muy buenas referencias que tenga. —Miró a Mercedes—. Por eso habíamos pensado en empezar desde cero contigo. Gánate nuestra confianza, baja al ruedo, demuéstranos lo que vales y dejaremos en tus manos la gestión de nuestra expansión.

El despacho pareció volverse cada vez más pequeño y me empecé a agobiar. Maldita sea, no existía otra opción que la de aceptar la oferta. Por el momento, no me habían llamado de ningún trabajo, y mis ahorros no durarían para siempre. Apreté los dientes y, sin perder la compostura, afirmé:

—Está bien. ¿Cuándo empiezo?

5. LEO



Esa misma tarde me planté con mi portátil en una cafetería del barrio de Salamanca, decidido a no desanimarme. Al menos, ahora que tenía trabajo nuevo, podía permitirme pagar casi diez euros por un café y un bollito que luego quemaría a base de abdominales. Celeste había prometido que me enviaría el contrato ese mismo día para mi revisión, firma e incorporación el siguiente lunes.

Aunque no estaba muy convencido con mi decisión, pensé que era lo mejor que podía hacer dadas mis circunstancias. Además, por suerte, ese era un trabajo con tapadera: cuando mis amigos y conocidos me preguntasen, podría decir que me habían contratado para llevar a cabo la expansión por toda la península de uno de los centros de mayores más relevantes de la Comunidad de Madrid. Sonaba importante desde el punto de vista operacional y también un negocio a largo plazo, porque, con lo envejecida que estaba la población, estaba claro que en unos años los geriátricos pasarían a ser de lo más rentable. Además, hasta podría parecer que realizaba una buena obra ayudando no sólo a dar visibilidad a nuestros ancianos, sino a que se sintieran más cómodos y arropados en su residencia.

Sí, en mi cabeza todo sonaba estupendo, sólo había un par de pequeños inconvenientes: para empezar, a medida que avanzaba la reunión de la tarde anterior, Celeste me había dejado claro que la expansión sería en un futuro lejano. Muy lejano. Muy muy lejano, le faltó añadir. Lo cual me convertía de facto no en senior business advisor, sino en tiktoker geriátrico, o geriatiktoker, como me había bautizado Pedro cuando le expliqué cómo me había ido.

—Pero no lo cuentes por ahí —le pedí, o más bien supliqué.

—Tío, Leovigildo, es un trabajo honrado y te pagan, ¿qué más quieres? El tema laboral está fatal para todos.

—Si mis antiguos jefes o colegas se enteran…

—¿Esa gentuza? ¿Los que te hicieron la cama y trataron de estrangularte con las sábanas? Mira, no sé bien qué pasó, y entiendo que no quieras hablar de ello, pero estoy seguro de que no fue sólo culpa tuya y…

—Tienes razón, no quiero hablar de ello —corté, y apreté los labios con disgusto para, justo después, cambiar el tema de conversación.

El segundo inconveniente de mi nuevo trabajo como tiktoker de geriátricos apareció nada más abrir el contrato que Celeste me había enviado. ¿Qué es lo primero que uno revisa cuando recibe su contrato laboral? Pues la pasta, la pela, las lentejas. Y las mías eran sólo media ración: el salario mínimo por un trabajo de ocho horas para el que claramente estaba sobrecualificado.

Cerré los ojos y, por mi mente, como si de una película se tratara, pasaron los años en la universidad, el máster, las clases de idiomas, las prácticas mal pagadas, el estrés, y ahora, con treinta y dos años, ¿de verdad iba a cobrar el sueldo mínimo otra vez?

—Esto debe tratarse de un error —afirmé en cuanto mi supuesta nueva jefa descolgó el teléfono.

Se hizo un silencio que me pareció eterno.

—No es un error, Leonardo. Es lo que Ocaso de Madrid te puede pagar. Sé que ahora no parece mucho, pero piensa en esto como en un proyecto a futuro: empiezas con nosotros poco a poco, te vamos conociendo, asumes nuevas responsabilidades… Ah, ¡y puedes tener horario flexible! Con tal de que veamos que el calendario de publicaciones funciona, puedes venir cuando quieras y editar los vídeos en tu casa. Y eso también vale dinero, no lo pierdas de vista.

Volví a sentirme un estúpido mientras daba mi conformidad a esas condiciones leoninas y accedía a empezar en una semana. Sin embargo, esa tarde decidí que seguiría buscando empleo. Con el horario flexible, podría hacer entrevistas y seguro que en unas semanas… o meses, saldría algo.

Concentrado gracias al sonido de fondo de la cafetería, comencé a actualizar mi perfil de LinkedIn y mi página web

profesional. Después de dos cafés, un zumo y varias horas delante de la pantalla, www.leonardoandres.es tenía un aspecto reluciente. Mi foto en primer plano, un portfolio en el que mostraba varios de mis antiguos proyectos y algunos recortes de prensa e imágenes mías haciendo surf, en la línea de meta de una maratón y con un perrillo. Lo típico para quedar bien. Por un momento, pensé que lo próximo que añadiría sería una foto con los abuelos del centro. Me invadió un escalofrío. No por ellos, sino por el poco dinero que iba a entrar en mi cartera cada mes.

Me levanté de la silla y me desperecé. Estaba cansado, pero tomar decisiones me hacía sentir bien. Mientras me sumergía en ese alarde de optimismo, mi teléfono comenzó a vibrar. En la pantalla, un número desconocido y, de pronto, un buen presentimiento.

—¿Sí?

Era una chica.

—¿Leonardo Andrés?

—Sí, soy yo.

—Soy… Quizá no te acuerdes de mí, pero hablamos en la boda de Javi y Aurora. Soy Elena, de Algo Ligero, el catering que…

—¡Oh, sí! Claro que me acuerdo, ¿cómo estás, Elena? —pregunté con tono desinteresado. En mi interior daba saltos de alegría.

—Pues, bueno, yo te llamaba porque en la boda me comentaste que quizá podrías ayudarnos, ya sabes, a reflotar el negocio, darnos algún consejo —titubeó y, por un momento, sentí pena por esa chica que, de forma tan resuelta, había gestionado a la señora de los alérgenos en el evento—. No quiero ponerte en un compromiso, pero…

—Claro que me gustaría ayudaros —sentencié.

—Dile que no tenemos dinero —se escuchó a una voz masculina por detrás.

—¡Shhh! Sí, esto… Lo que quiere decir mi socio, Daniel, es que nuestras cuentas no están muy allá. No podemos permitirnos un servicio muy caro.

Recordé el comentario del pago en puerros confitados y, de pronto, me entró un bajón. ¿Acaso esto iba a ser tan diferente de lo de los geriátricos? Hombre, desde luego parecía un poco más glamuroso. Eso y que, en teoría, podría llegar a ser dinero fácil y una catapulta hacia nuevos clientes. Algo Ligero era, en ese momento, la empresa con peor reputación de España, y si yo conseguía relanzarla…

—¿Qué te parece si hacemos una primera toma de contacto? —propuse—. Quedamos, me contáis vuestra situación y vuestros problemas y así puedo analizar qué podemos hacer y cómo podríamos llegar a un acuerdo económico. Sabes que hay muchas formas de pago; en puerros confitados, por ejemplo.

La escuché reír por primera vez y me marqué un tanto.

—Está bien. El lunes a las…

—Cuatro —se oyó a su socio—. Que, si no, no me da tiempo a llegar del curro.

—Cuatro, entonces —contesté—. Te envío ubicación.

Colgué con esperanza. ¿Empezaría por fin mi vida a mejorar?

6. ELENA



Ya estaba. Había dado el primer paso para salir del hoyo. Cuando colgué, miré a Dani, sonriente. Él también parecía algo más relajado. Consultó su reloj y se levantó del sofá.

—Tengo que irme, entro en una hora al tajo. —Suspiró—. Nos vemos esta tarde o mañana, y hazme el favor de salir de casa o, por lo menos, de no volver a la cama, anda.

Le devolví una mirada inocente y lo acompañé hasta la puerta. Antes de irse, mi amigo se dirigió a la rendija de la habitación de la rusa y exclamó:

—¡Adiós, Katyusha!

—¿Hablar a mí? —apareció a la velocidad de la luz haciéndose la sorprendida.

—Sí, hablar a ti, pero se acabar de ir —repliqué mientras volvía del rellano.

Con gesto de decepción, volvió a su cuarto y, esta vez sí, cerró la puerta. Me quedé sola en el salón, con la única compañía de mi teléfono móvil, que no paraba de vibrar. Resignada, tomé el aparato entre mis manos y comencé a leer. Después de casi una semana desconectada del mundo, sumaba más de mil wasaps: conversaciones grupales que no habían parado de comentar, chats de familia y varias personas que me habían escrito preguntándome por lo ocurrido, algunas por cotilleo y otras con genuino interés por saber cómo me encontraba.

El chat con Javi fue el último que abrí, suponiendo que lo que fuera que allí me esperase podía dejarme tan noqueada que quizá decidiera apagar el teléfono durante un millón de años. Al pulsar sobre su nombre, se desplegó un largo historial de mensajes que comenzaban por la misma tarde de la boda:

Javi:
De verdad que no paro de pensarlo.
No te creía capaz de algo así.
¡Te has cargado mi boda!
¡Mi boda!
¿Es por lo que pasó el otro día?
¿No podíamos haberlo hablado?
¿De verdad hacía falta llegar a esto?
Pensaba que te conocía, pero no te entiendo…

Javi:
Lo mínimo es contestarme, ¿no crees?
Deberías madurar y hacer frente a tus errores.
Por si te interesa, Aurora está mejor.
Su cabeza ya está casi normal.
El avión a Nairobi está a punto de despegar,
espero leer tu mensaje cuando aterrice.

Javi:
Tres días sin saber nada de ti.
¿Y por qué tienes esa maldita manía de quitar la hora
de la última conexión?
Dime si me has leído, al menos.
Siento haber sido duro contigo, pero, entiéndeme,
era el día de mi boda, joder.
Y te lo has cargado.

Javi:
He hablado con Dani.
Hemos acordado que os pagaremos sólo el adelanto
que os dimos en su momento. Creo que es lo justo.

Javi:
¿Estás bien? ¿Por qué no me contestas?
Empiezo a estar preocupado.
Aurora también lo está.
Podemos arreglarlo, ¿vale?

Sé que no fue tu intención que las cosas
salieran de esta manera. No eres de las que
envenenan a sus amigas. O eso creo.
Escríbeme de vuelta, por favor.
Estos días se me hacen largos sin saber de ti.

Javi:
Se me hacen muy largos.
Contéstame, Ele…
O voy a volverme loco.

Terminé de leer los mensajes con el corazón en un puño. El último era de hacía apenas un día. Durante la semana encerrada en mi habitación y lejos de las nuevas tecnologías, había pensado mucho en Javi y Aurora. Me había preguntado una y otra vez si me odiarían, si nuestra amistad se habría terminado para siempre y cómo sería mi vida sin ellos a partir de ahora. Pues, bien, parece ser que, en mi ausencia, Javi también había tenido tiempo para reflexionar y, por sus mensajes, podía percibir cómo su humor cambiaba y su enfado remitía poco a poco.

Y sus días se hacían largos sin saber de mí.

«Voy a volverme loco».

El texto del mensaje resonó en mi mente como si fuera su voz. Esa era la cara B, la que sólo yo veía. ¿Por qué me decía esas cosas para luego casarse con otra? ¿Por qué me besaba para luego caminar hacia el altar con la rubia guapa? ¿Por qué siempre se repetía la misma historia?

Enfadada, decidí contestar a la ristra de mensajes con un sencillo «OK. Tranquilo, estoy viva», sólo para que no pensara que había decidido suicidarme con una sobredosis de mis propios canapés.

Me armé de valor para llamar a mis padres y explicarles lo sucedido y, después, volví a apagar el teléfono.

Maldita conexión digital, qué bien se vivía en los noventa.

*

El lunes, cuando me desperté, me sentía mejor. Al menos por mis venas corría la esperanza gracias a la reunión de esa misma tarde con Leo. Quizá lográsemos reflotar Algo Ligero.

Aunque nos remordía la conciencia, Dani y yo habíamos decidido que, por el momento, no le contaríamos nada a Rocío. Nuestra Madre de Canapés había sido tajante en lo que al futuro de nuestro catering respectaba y estaba convencida de que debíamos tomarnos un respiro. Un respiro eterno, mejor dicho, y eso para mí tenía serias consecuencias. Por avatares de la vida y quizá un torrente de decisiones impulsivas por mi parte, había una diferencia sustancial entre la situación de Dani y Rocío y la mía: ellos habían mantenido sus trabajos. Habían hecho malabares con reducciones de jornada y horarios flexibles para compaginar sus puestos con nuestro negocio. Por eso ahora contaban con un sueldo del que vivir. Sin embargo, yo me había jugado el todo por el todo al dejar alegremente mi trabajo en un despacho de abogados para dedicarme por completo a Algo Ligero, que era mi sueño, sin contemplar jamás la idea de que saliera mal. Me horrorizaba pensar en encerrarme de nuevo entre soporíferos expedientes, clientes plastas, plazos que ahogan y, además, no tener un plan de fuga con el que soñar despierta y al que aferrarme.

—Así es la vida —afirmó Rocío por teléfono esa mañana mientras me zampaba las tostadas del desayuno—. Unas veces se gana y otras se pierde. Nosotros al menos lo hemos intentado.

—No puedes tirar la toalla así de fácil.

—Jelen, es que esta no es la primera cagada que tenemos —replicó con pesar—. Acuérdate del cumpleaños en el que nos confundimos de chiquipark y llegamos cuando los niños casi se comían unos a otros.

—Es que había tres chiquipark con el mismo nombre en el centro de Madrid. ¡Lo raro hubiera sido no confundirse! —me defendí.

—¿Y qué me dices de cuando la liamos con los colores corporativos de la empresa de cosméticos y parecía que estábamos en un evento del Barça? ¿O cuando nos confundimos de día, en el

aniversario de aquellos ancianos, y tuvimos que preparar todo de nuevo?

—Son cosas que pasan —respondí con poca convicción—. Además, hay muchos otros eventos que nos han salido bien, ¿es que esos no los cuentas?

Casi podía visualizar el gesto de exasperación de mi amiga al otro lado de la línea.

—Sí que los cuento, pero sólo quiero hacerte ver que nuestro negocio tenía muchas deficiencias.

—Hablas de él en pasado.

—Es que Algo Ligero es pasado. Mi decisión está tomada —sentenció.

—¿Y no te puedo convencer?

—Necesitarías un milagro.

Colgué el teléfono rezando para que el milagro tuviera el extraño nombre de Leonardo Andrés y que esa tarde nos diera la solución a todos nuestros problemas. Quizá sólo necesitábamos un par de consejos, un discurso motivacional… Quizá no nos cobrase mucho, recé.

Pasé el resto de la mañana sentada en la mesa de la cocina, que hacía las veces de escritorio, preparando la reunión y el historial de nuestro negocio: el tipo de eventos en los que habíamos trabajado, lo que había salido bien y mal, nuestros enlaces a la página web y redes, y documentos varios. Cuando entré en el fichero compartido en el que ponía «Contabilidad», encontré un maremágnum de archivos: recibos, facturas, alguna multa de tráfico… Hice scroll y, al final, descubrí un Excel creado por Dani. Al abrirlo, se desató el caos. Al parecer, nuestro repostero-contable había aplicado su propio orden y criterio en la gestión de las cuentas. Había creado una pestaña con una leyenda de colores que no hacía justicia al vestido de Aurora después del baño de sorbetes. El problema era que sólo él entendía el resultado de nuestras finanzas, y, a juzgar por los tonos de rojo, parecía poco alentador.

El sonido del teléfono me hizo despegar la cabeza del ordenador. Lo cogí pensando que sería Leo indicándome el lugar de

la cita de esa tarde, pero el corazón me dio un vuelco al leer el mensaje.

Javi:
Ele, ¿cómo estás?

Me quedé observando la pantalla, petrificada. Javi no me había respondido desde mi último wasap, y ya pensaba, en ocasiones con alivio y en otras con remordimientos, que nunca lo haría. Me imaginaba que se habría enfadado por mi respuesta escueta a todos sus mensajes, y, sin embargo, ahí estaba, preguntándome qué tal, como si nada, como siempre. ¿Qué podía responder a eso? Valoré las siguientes opciones:

Oh, estoy bien, gracias. Espero que tu mujer ya no tenga la cabeza como un globo aerostático.

Estoy fatal, he estado a punto de hacerme el harakiri por haber arruinado el día más feliz de vuestra vida.

¿Se te sigue haciendo larga tu luna de miel sin mí, sin la tía a la que NO HAS ELEGIDO para casarte?

Él seguía en línea, deduje que esperando mi respuesta, así que, con dedos nerviosos, tecleé:

Yo:
Bien, aquí ando.

En ocasiones me pregunto por qué aún no me han dado un premio literario y a la locuacidad también. Desde luego, en los dos últimos mensajes con mi mejor amigo, me lo merecía. Esperé con el corazón en un puño mientras la palabra escribiendo aparecía y se borraba una y otra vez de la pantalla. Normal, tampoco yo habría sabido qué responder a semejante despliegue lingüístico. Un arrebato me llevó a seguir tecleando:

Yo:
¿Qué tal la luna de miel?

Borró de nuevo y comenzó a escribir.

Javi:

¡Muy bien!
Los paisajes de Kenia son increíbles,
todo está lleno de animales y
Aurora no para de hacerse fotos con
todo bicho viviente.
Ya sabes cómo es.

Yo:
Me lo puedo imaginar 🙄

Entonces me pregunté si había llegado el momento de abordar el tema, de preguntarle por la salud de Aurora y pedirle disculpas por lo del día de su boda, también por haber sido una cobarde y no dar señales de vida durante una semana entera. De pronto, me sentí avergonzada y sin excusas para justificar cómo me había comportado con mis amigos.

Me di ánimos mentalmente, dispuesta a tragarme mi orgullo, mis temores y actuar como una mujer adulta. Además, Aurora era mi mejor amiga y, a pesar de que me robase a mi crush, hacía años que me había prometido a mí misma no dejar que eso estropease nuestra amistad. Aunque me dolía reconocerlo, ella había jugado limpio, yo jamás le había confesado mis sentimientos por Javi y no podía culparla por ser perfecta. Así es la vida.

Yo:
¿Cómo está Aurora?

Javi:
Está bien.
Completamente recuperada.

Yo:
¿Está enfadada?
No he tenido noticias suyas.

Javi:
Tampoco tú le has escrito a ella.

Yo:
Lo sé.
Creo que me daba miedo.

Javi:
Lo entiendo.
A mí también me lo daría después de la que habéis liado.
Pero, en fin, ya sabes que nunca se enfada.
Tiene el cielo ganado.
Se disgustó un poco al principio,
pero luego dijo que al menos la nuestra
sería una boda que nadie olvidaría.

Yo:
Eso no lo pongo en duda…
¿Y tú?
¿Me odias por arruinar
el día más feliz de tu vida?

Javi:
Yo jamás podría odiarte.
Ya lo sabes.
Da igual lo que hagas.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, pero no me atreví a contestar, a cargarme el momento.

Javi:
Te gustaría Kenia.

Cambió de tema.

Yo:
¿Ah, sí?

Javi:
La comida es increíble,
me encantaría verte en el bufet.
Seguro que se te ocurrirían recetas nuevas.

Yo:
Me lo apunto para la próxima vida.

Estuve a punto de desahogarme con Javi, con mi amigo del alma al que echaba de menos. Quería decirle que a dónde iba a ir yo si no tenía un duro ahorrado y, en este momento, tampoco trabajo.

Que ya me veía volviendo a la casa de mis padres y, lo que es peor, al despacho. Que no tenía un pilar bueno en el que apoyarme y que mi futuro dependía ahora de un completo desconocido y de que mis socios decidieran seguir jugando a las cocinitas un rato más. Iba a comenzar a vomitar todos mis dramas cuando un mensaje de un número desconocido apareció en mi pantalla.

Intrigada, lo abrí. Era Leo con la dirección en la que nos veríamos esa tarde, nada menos que una cafetería en el barrio de Salamanca. Desde luego, le pegaba. Agregué el contacto y cotilleé su foto. Aparecía a lo lejos, posando con una sonrisa en lo que parecía el pico de una escarpada montaña. Amplié la imagen y, a pesar de la distancia, pude apreciar su piel morena y su cuerpo atlético, con espalda ancha y brazos musculados. La estampa contrastaba con mi recuerdo del día de la boda, enfundado en un traje a medida con el que se le veía tan cómodo que cualquiera diría que lo utilizaba para dormir. Me pregunté fugazmente si tendría novia y me dije que sí, que por supuesto, que un tipo de esos, guapo y exitoso, jamás está en el mercado.

Otro mensaje de Javi interrumpió mis pensamientos y cambié de chat:

Javi:
Ele, te echo de menos.
Verte, nuestras conversaciones…

Fruncí el ceño. «Y, jodido, ¿por qué te casaste con ella?», pensé disgustada, y, acto seguido, me planteé darle esa respuesta, pero luego una vocecilla en mi cabeza sugirió: «¿Y si me echa de menos como amiga? Es normal irte de vacaciones y echar de menos a tus amigos…, ¿no? Pero supongo que no los deberías echar de menos cuando estás recién casado con tu mujer. En tu luna de miel, en un lugar paradisiaco…».

La situación me revolvía por dentro. Estaba segura de que algo se había removido entre nosotros desde el beso en el autobús turístico, pero ahora ya era tarde. Había elegido, se había casado, y yo… Yo no sabía qué estaba haciendo con mi vida.

Yo:

Y yo a ti.

7. ELENA



La cafetería en la que nos había citado Leo era una de esas cadenas con decoración sencilla pero elegante, orquestada a base de plantas y tonalidades neutras. Uno de esos lugares que yo no solía frecuentar, porque un café y un cruasán cuestan un ojo de la cara.

Lo encontré sentado en una agradable mesita al lado de la ventana, concentrado en la pantalla de su portátil. Lo primero que pensé al verlo, aun sin su traje confeccionado a medida, fue que era condenadamente guapo, ¿cómo se me había pasado tan desapercibido ese detalle el día de la boda?

«Estabas demasiado ocupada hundiendo tu vida profesional y personal», me recordé. «Ah, claro. Era eso…».

Desde la distancia, me fijé en su pelo oscuro y algo revuelto, vestía vaqueros y una camisa informal de color verde claro, que contrastaba con su piel morena e impecables zapatillas blancas. No pude evitar compararlo con Javi, quien, de un tiempo a esta parte, parecía haber comprado acciones de una famosa marca de gomina y no se despegaba de sus chinos y sus mocasines. Yo lo había acusado de rancio más de una vez, pero él se defendía alegando que esa era la moda en su entorno; un entorno que, por cierto, no sabía si de verdad le gustaba o en el que se había visto abducido para complacer al hermano y al padre de Aurora.

Avancé por el establecimiento algo insegura, nerviosa como si fuera una adolescente en una película americana a punto de dirigirse al capitán del equipo de fútbol, y, además, Dani me había avisado de que llegaría un poco tarde. No me apetecía empezar a hablar sobre nuestro catering sin la presencia de mi socio y no sabía qué podíamos tener en común Leo y yo, más allá de respirar el mismo aire. De hecho, cuando levantó la vista y me dedicó una sonrisa de

dientes blancos, me pregunté si perteneceríamos a la misma especie. Quizá él pudiera pertenecer a la de Aurora, pero yo, desde luego, jugaba en otra liga.

—¿Qué tal, Elena? —preguntó con voz grave. Me dio dos besos y el olor de su perfume me embriagó.

—Pues aquí estamos —contesté con una sonrisa tensa para después sentarme en una de las sillas libres con la agilidad de un Playmobil.

—¿Te apetece un café? ¿Algo de comer? Te lo traigo —se ofreció.

—Oh, no te preocupes, ya voy yo.

—Insisto —replicó con seguridad y sin borrar la sonrisa.

—Un café con leche, entonces.

—¿Seguro que no quieres algo más? Aquí todo está buenísimo.

Lo sabía. Y en cualquier otro escenario, me hubiera atiborrado de galletas y cruasanes, pero, en esta ocasión, debía parecer comedida.

—Nada, nada, pero muchas gracias.

Mientras Leo se ponía a la cola, busqué mi teléfono en el bolso. Tenía varios mensajes: Dani me avisaba de que aún se retrasaría un ratito, mi madre me invitaba a comer el domingo, un par de grupos parloteaban sobre temas que me dio pereza leer y, al final de la lista, un mensaje de Javi: una foto de un precioso atardecer.

Javi:
Ayer, en la puesta de sol, me acordé de ti.
Te hubiera encantado.

Me mordí el labio y miré a mi alrededor, nerviosa por si Dani aparecía detrás de mí y lo leía. Dudé: ¿exageraba? ¿Y qué si mi amigo me enviaba una foto? Sólo era una apreciación inofensiva sobre una hermosa puesta de sol y cuánto me gustan los atardeceres. Suspiré y desplacé la pantalla hasta su penúltimo mensaje, ese que había releído tantas veces en las últimas horas.

Ele, te echo de menos.

Verte, nuestras conversaciones…

Ese texto me dolía y, a la vez, me daba esperanzas. Una parte de mí quería odiarlo. La otra, que dejara a su mujer para fugarnos en una avioneta a lo Memorias de África y admirar las puestas del sol desde el cielo. Todo ello, con un dinero que yo no tenía, claro.

«Por el amor de Dios —me reproché—, ¡la mujer a la que quieres que deje plantada es tu mejor amiga!».

—Tienes cara de preocupación —la voz de Leo me devolvió a la realidad y observé cómo colocaba con destreza una pequeña bandeja con un par de cafés y unos dulces—. Es por si nos entra el hambre —comentó—. Nos espera una tarde larga y algo dulce siempre viene bien.

Volvió a ocupar la silla de enfrente con aire resuelto, confiado mientras volcaba un sobre de azúcar moreno en su taza.

—¿Cómo has pasado estos días? —preguntó con interés—. Supongo que no habrá sido fácil asimilar lo sucedido en la boda.

—Pues no han sido los días más felices de mi vida, que digamos —contesté obviando la parte de la cama, los lloros y el atracón de Ben & Jerry's—. Nuestra reputación está por los suelos, una de mis socias no quiere continuar con el negocio y yo… supongo que tampoco estoy en mi mejor momento personal.

Él asintió con comprensión.

—Hay épocas en las que parece que todo lo que puede ir mal va mal, ¿verdad? —Asentí—. Conozco muy bien esa sensación —pronunció bajando la voz—, así que no te voy a decir que todo saldrá bien, que dejes pasar el tiempo, que tus problemas se arreglarán…

—Te agradezco que no me des una lección de psicología barata, que es lo que llevo recibiendo de la mayor parte de personas con las que he hablado —confesé recordando los mensajes de WhatsApp para animarme o, más bien, aleccionarme desde un altar de superioridad moral.

—Seguro que tendrás un montón de frases para sobres de azúcar.

—¿Cómo?

—Sí, quiero decir que esas lecciones de psicología barata, como dices, aunque seguramente bienintencionadas, en general son dignas de ser escritas en un sobre de azúcar. —Alzó el suyo con las manos y recitó la frase—: «Uno aprende a ser feliz cuando entiende que estar triste no sirve de nada», proverbio chino. ¿Ves? No sé cómo podríamos vivir sin esta sabiduría legendaria, ¿qué pone el tuyo?

Tomé el mío y pronuncié en voz alta:

—«Podrás tener todo el dinero del mundo, pero hay algo que no podrás comprar: un dinosaurio», Homer Simpson.

Leo soltó una carcajada.

—¿En serio pone eso?

—¡Te lo juro! —Le tendí el sobre, divertida.

Con una sonrisa todavía en los labios, me animé a cortar una pata a uno de los cruasanes del plato. Leo sonrió como diciendo «Sabía que caerías» y cogió la otra.

—¿Y entonces? —pregunté.

—Entonces, ¿qué?

—Algo Ligero, ¿no hemos venido por eso?

—Oh, pensaba que esto era una cita Tinder —replicó tan serio que, por un momento me quedé descolocada.

—Entonces, ¿pagarás tú los cruasanes? Porque creo que me está entrando más hambre… —respondí con rapidez.

Leo ahogó la risa.

—Prefiero no entrar a comentar los términos económicos que manejas en tus citas.

—Eres tú el que ha abierto el melón —respondí.

«Tú ganas», pareció decir con la mirada.

—Entonces, ahora en serio, cuéntame, Algo Ligero, ¿qué te preocupa?

Volví a poner un gesto severo, o, descrito de manera más acertada, cara de chupar un limón, y observé cómo Leo retornaba a su pose profesional. Tomé aire, decidida a medir mis palabras.

—¿Y si no estoy haciendo lo correcto? ¿Y si estoy obcecada en continuar con un negocio sin futuro? En tirar de un carro sin ruedas.

—Pues para eso me contratas a mí —respondió con seguridad—. Primero vamos a analizar si merece la pena seguir, como tú dices, vamos a destripar vuestro negocio, ver sus puntos fuertes, débiles, las cuentas…

—Ufff, no quieras ver el Excel de las cuentas —dramaticé, aludiendo al documento caótico de Dani.

—¿Qué les pasa a mis cuentas? —preguntó mi amigo apareciendo por detrás con un café. Leo se levantó y se estrecharon la mano—. Soy Dani, un placer y gracias por recibirnos. Disculpad por el retraso, no ha sido fácil salir hoy del curro.

Dani se desplomó con cansancio en la silla que quedaba libre y observó a Leo. El aludido, extrañado, bajó la vista hacia su camisa buscando la mancha.

—¿Tengo algo?

—Te imaginaba diferente, sólo eso —contestó—. Cuando Jelen me dio tu tarjeta y vi tu nombre, pensé en un señor mayor con barriga y treinta años de experiencia.

Leo arqueó las cejas, divertido.

—Pues ya ves. Ni la barriga ni tanta experiencia, aunque todo es ponerse. —Señaló al platito, en el que cada vez quedaban menos dulces.

—Entonces, ¿estabais hablando de mis cuentas?

—Criticándolas, más bien —maticé sacándole la lengua.

Dani bufó, pero, antes de que tuviera tiempo a replicar, Leo tomó la palabra:

—Si os parece, y ahora que ya estamos todos, creo que deberíamos empezar por el principio, por la primera página de vuestro negocio. Espero que tengáis tiempo, porque tengo unas cuantas preguntas.

Así, a lo largo de las siguientes tres horas, acompañados por varios cafés, le contamos a Leo todo lo que se nos ocurrió sobre Algo Ligero: cómo empezamos, los eventos que habíamos tenido, las dificultades, los aciertos, revisamos en qué se había ido nuestro dinero, cómo habíamos invertido nuestras horas de trabajo, las acciones comerciales, las disputas entre nosotros y terminamos con el detalle sobre el día de la boda. Por supuesto, omitimos el tema de

Javi; Dani sólo comentó que yo tenía una situación personal algo complicada.

Leo me miró intrigado, pero, por suerte, no hizo preguntas al respecto. Seguramente, no podría ni imaginarse lo rocambolesco de la situación, y yo prefería conservar intacto lo poco que me quedaba de dignidad.

Cuando terminamos, me sentía emocionalmente exhausta, pero también con la sensación de haber puesto mis pensamientos en orden, al menos en lo que al negocio se refería.

—Esto ha sido como una sesión de terapia —comenté.

Leo sonrió satisfecho.

—Aunque bromeamos con lo de la psicología barata, esto suele ser parte del trabajo. Muchos de mis clientes lo único que necesitan es poner sus asuntos negro sobre blanco. Hablar de ello con un tercero imparcial ayuda a ser objetivo, sobre todo si ese tercero sabe qué preguntar —respondió, apoyándose en el respaldo de la silla mientras pasaba una mano por su pelo oscuro.

Lo observé lo más discretamente que pude: sus facciones eran armoniosas, los ojos, castaños y su sonrisa, si bien resultaba cordial, parecía contenida. Durante un segundo, me pregunté cómo sería en su máxima expresión. Leo quizá no era el tipo de tío para girarse por la calle, pero tal vez era la energía que desprendía, o su estilo sofisticado pero casual lo que hacía que el pack completo resultase de notable muy alto. Mientras conversaba con Dani sobre los gastos de la cocina que teníamos alquilada, me fijé en su camisa de marca y en que todos sus cachivaches electrónicos, el reloj, el móvil y el ordenador, parecían nuevos y caros.

Me pregunté por qué Leo, que a todas luces parecía un tipo exitoso, dedicaba su tiempo a dos pobrecitos como nosotros, ¿éramos acaso su obra de caridad?

—Creo que con toda esta información es suficiente por el momento —concluyó—. Dadme unos días para analizarla en detalle y os presentaré un plan para sanear vuestras cuentas, lavar la imagen de la marca, redefinir la estrategia y, lo más importante, conseguir nuevos clientes.

Dani y yo nos miramos esperanzados, pero también con cierta preocupación.

—¿Y esto cuánto nos va a costar? —mi amigo preguntó lo que ambos pensábamos.

—Nada.

—¡¿Nada?! —exclamamos al mismo tiempo.

—De momento. —Leo dibujó una sonrisa inquietante—. Os propongo lo siguiente: os ayudo, seguís los pasos y recomendaciones que os marque y, cuando comencéis a ver beneficios, me dais, por ejemplo, un cinco por ciento durante diez años, además de contratarme como asesor por un módico precio, claro.

Dani y yo nos miramos sin saber bien qué decir, sin saber si esas cantidades nos parecían adecuadas o si estábamos cayendo en una trampa. ¡Diez años! ¿Dónde estaríamos para entonces? La imagen de Javi con un montón de churumbeles, de los cuáles yo sería madrina, me atravesó la mente. ¡Maldito cerebro! ¿Por qué cuando pensaba en el futuro me lo imaginaba a él en lugar de a mí?

—Podéis pensarlo estos días, esperar a ver el plan. La prisa es la que vosotros tengáis.

—¿Por qué haces esto? —pregunté de pronto—. ¿Por qué nosotros?

«¿Es por lo patéticos que te parecimos en la boda?».

—Consideradlo como un proyecto pro bono. —Sonrió, y una sombra de cansancio se reflejó en su rostro—. O una inversión para mí, si así os sentís mejor. El logo de Algo Ligero quedará muy bien en mi portfolio. —Lo miramos algo confusos—. Me estoy instalando en Madrid y me gustaría ampliar mi cartera de clientes. Ahora mismo tengo una operación muy importante entre manos —explicó—, una empresa que se quiere expandir por todo el país y, bueno, es bastante estresante, por eso me apetece compatibilizarlo con algo un poco más… ligero. —Nos guiñó un ojo—. Además, vuestra comida está de muerte.

—Vaya, pues, gracias, tío —respondió Dani, que parecía impresionado—. No sé qué decir.

—Di que a partir de ahora me dejarás a mí hacer las cuentas.

—¡Eh! Que mi Excel tenía código de colores y todo —protestó con fingido enfado.

Nos despedimos poco después y quedamos en hablar en unos días. Aunque ya era tarde, como aún había mucha luz, decidí volver a casa dando un paseo. Mientras atravesaba las concurridas calles de Madrid, me dediqué a recordar pedazos de la conversación y algunas de las observaciones que Leo había hecho sobre nuestra empresa. Habría que ver su propuesta de plan de acción, pero no me cabía duda de que sería acertada. De pronto, pensé que me gustaría saber más cosas sobre él, ¿por qué se había instalado en Madrid? ¿De dónde venía? ¿Dónde vivía antes?

Seguramente lo averiguaría en los próximos días, si trabajábamos juntos, claro. Busqué mi móvil en el bolsillo para enviarle un wasap a Dani y me di cuenta, feliz, de que, durante todas esas horas en la cafetería, casi había olvidado los mensajes de Javi.

Sonreí esperanzada. Javi era un hombre casado, las cartas estaban sobre la mesa y yo debía comenzar a tomar las riendas de mi vida, a comportarme como una adulta, como la empresaria, la emprendedora que quería ser. Quizá el plan para relanzar Algo Ligero sirviera para centrarme en lo importante y, por fin, pasar página.

8. LEO



Al día siguiente, me desperté temprano y con energías renovadas. Contento, por fin. La reunión con Elena y Dani había ido de lujo y me gustaba todo: su negocio aún por explotar, las ventajas que le veía a empezar casi desde cero y ellos. Ellos también me gustaban. Tuvimos buena sintonía, estoy seguro, se habían abierto y hablamos de sus problemas, no como si yo fuera el asesor, sino un colega, y eso en mi campo siempre es bueno… Si luego te pagan, claro.

No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que su empresa de catering tenía mucho potencial, pero ellos eran un desastre: desorganizados, caóticos, todo lo bueno que plasmaban en sus recetas parecían haberlo olvidado en la gestión del negocio. No llevaban calendarios, ni agenda. Apuntaban las citas y las cuestiones importantes en un grupo de WhatsApp o en unos pósits que pegaban en la nevera de su cocina, y así, por supuesto, se les olvidaban.

Su documentación también era terrible. Un desorden de facturas, nada registrado y, por supuesto, todo sin regularizar, como, por ejemplo, el reparto de ganancias entre los socios, que aparecía recogido de mala manera en una servilleta cuya foto habían guardado en el archivo.

Había mucho trabajo por delante, pero eso era bueno. Perfecto para mí. Además, tal y como suponía, se habían quedado sorprendidos cuando jugué mi mejor baza y afirmé que, por el momento, no les cobraría. Este trabajo era una inversión, y Algo Ligero, el negocio que levantaría mi denostada reputación. Si todo iba bien, me vendría de maravilla quedarme con un porcentaje de sus beneficios y garantizarme el puesto de asesor en el futuro. No perdía de vista que eran muy amigos de @aurea_aurora, la influencer del momento, y, si lograse que la chica recuperara la confianza en ellos, si montásemos un evento que fuera la leche,

entonces nos lloverían los clientes: influencers, futbolistas, cantantes, empresarios…

Me lloverían los clientes.

Estaría salvado.

Algo Ligero se convertiría en la empresa de catering por excelencia y, quién sabe, quizá sus socios podrían valorar extender sus servicios a otras comunidades autónomas, abrir restaurantes, organizar eventos de forma integral... Las posibilidades eran infinitas.

Animado, di una vuelta en la silla giratoria de mi miniapartamento. Sabía que remontar Algo Ligero no iba a resultar sencillo, pero en ese instante la empresa era tan desastrosa que, a poco que hiciera, empezarían a relucir las mejoras.

Pensé también en mi trabajo oficial como tiktoker de geriátricos. Aunque era menos glamuroso que Algo Ligero, esa mañana me permití soñar que salía bien, que me contrataban como asesor para la expansión de sus centros. Si los dos proyectos triunfaban, la vuelta de Leonardo Andrés resonaría en toda la prensa económica, y ya era hora de que se dijera algo bueno sobre mí.

Una bilis amarga apareció en mi boca al recordar mis últimas semanas en Londres, cuando todo se fue al garete, incluida mi vida personal, para sorpresa de nadie. Sabía que mi relación con Stella tenía los días contados y supongo que el hecho de que mi empresa me despidiera fue la excusa que ella necesitaba para despedirme también de su vida.

Alcancé mi teléfono móvil y me planteé si enviarle un mensaje para decirle que estaba bien, que estaba rehaciendo mi vida, que seguía adelante sin ella. No habíamos vuelto a hablar desde mi partida y tampoco lo había echado de menos. Me sentí ridículo sopesando si escribirle, estaba claro que ya no necesitábamos nada el uno del otro.

Desbloqueé mi iPhone para escribir a Pedro, y la notificación de un mensaje de su hermana se desplegó ante mis ojos. Decía que no podía esperar a verme el próximo lunes en el centro, y me proponía quedar esa tarde para un café de trabajo con

la excusa de explicarme todo sobre Ocaso de Madrid y sus pacientes. También para darme sus ideas para los vídeos de TikTok.

Antes de contestarle, recordé la mierda que me pagaban y que ese trabajo podría hacerlo cualquier chaval de la generación Z con un mínimo de interés y sin formación. Además, aunque estaba seguro de las segundas intenciones de Mercedes y que ese «café de trabajo» acabaría en su casa o en la mía, si nuestra jefa o, peor, Pedro se enteraban, me podrían montar un pollo que no olvidaría. Éramos todos adultos, pero yo tenía ciertas reglas de oro: mejor no te acuestes con la hermana de tu mejor amigo, ni con tu compañera de trabajo, y mucho menos si ambas resultan ser la misma persona. Así que, aunque sonaba tentador, decidí mantenerme fiel a mis principios y tecleé una excusa. Además, quería aprovechar esos días previos a comenzar mi nuevo trabajo para empaparme de Algo Ligero y diseñar el plan de acción.

Elena y Dani me habían caído bien, habíamos tenido buena sintonía y estaba decidido a implicarme con ellos a muerte. De hecho, mientras pulsaba la tecla de enviar al mensaje de Mercedes, se me ocurrió una idea.

Leo ha creado un nuevo grupo.
ALGO LIGERO 2.0
Leo añadió a Dani.
Leo añadió a Elena.

Yo:
Hola!
Creo este grupo para comentar
algunas dudas que me vayan surgiendo
mientras estudio vuestros papeles 🙄

Dani:
Hey! Gracias.
Yo estoy en el curro ahora,
pero os leo en cuanto pueda.

Recordé que Dani me había comentado la tarde anterior que trabajaba en la empresa de carpintería de su padre y Rocío, por las mañanas, en una guardería. Los tres socios de Algo Ligero,

habían decidido que sería Elena quien dedicase todo su tiempo a la empresa. No me habían explicado el motivo, y reconozco que sentí curiosidad. Quizá, deduje, era porque ella se encargaba de diseñar la mayor parte de recetas del catering y llevar las redes. Esto último, con relativo acierto.

Una hora más tarde, sumergido en un océano de documentos imposibles de ordenar, ella escribió en el chat:

Elena:
Hola! Perdonad, que os acabo de leer.
Estaba probando algunas recetas nuevas y no miré el teléfono.
Gracias, Leo.
Dime qué necesitas e intento ayudarte.

Pensando en que la respuesta se parecía más a la de un chatbot que a la de una persona, respondí:

Yo:
Tengo varias dudas, en realidad.
¿Os molestaría mucho si
quedamos, por ejemplo, el jueves?
Prometo que no serán cuatro horas...

Sé que suena ruin, pero mi intención, además de resolver algunas dudas, era que se encariñasen conmigo. Que vieran que me esforzaba al máximo por ellos y jugar mi segunda gran baza: la carta de la pena. Sabía de sobra, en mi amplia experiencia con clientes de todo tipo, que el factor emocional tenía mucha relevancia a la hora de contratar o, mejor dicho, de rechazar un servicio. Y yo en eso me había vuelto todo un experto.

Dani:
Yo no puedo, tío, lo siento.
Ahora que el tema del catering está paralizado,
mi padre ha decidido que debo implicarme con él
en una obra de un cliente muy importante.
Me espera una semana increíble lijando puertas y muebles.
@elena, tú estás libre, no?
Puedes quedar tú con Leo y le cuentas?

Me sentí un poco decepcionado, puesto que la tarde anterior me había sentido muy cómodo hablando con Dani. Sin embargo, Elena me intrigaba. Percibía muchas versiones de ella: la profesional, esa que en la boda calmaba a una clienta enfurecida, la superada por las circunstancias fumando su primer cigarro en una década, y la que se reía un poco más relajada gracias a las frases de los sobres de azúcar.

Elena:
Sí, yo puedo.
Me dices la hora y el sitio?

9. ELENA



Después de recibir el mensaje de Leo con las indicaciones del lugar y la hora para vernos esa tarde, dejé el teléfono sobre la mesita baja del salón y volví a pulsar el play en el mando a distancia. La pantalla del pequeño televisor que teníamos en el piso se iluminó y las letras rojas de Netflix aparecieron precediendo a la película de miedo que había elegido. Al menos, ya había superado la fase de ver en bucle La boda de mi mejor amigo y llorar, pero seguía sin fuerzas para volver a los fogones y a los mandos de mi vida.

Así las cosas, no me había quedado más remedio que contar en el grupo creado por Leo una pequeña mentirijilla: había dicho que estaba ocupada probando recetas nuevas cuando en realidad, en el momento en que recibí el mensaje, me encontraba durmiendo cual despojo humano hasta las once de la mañana de un día laborable. Sabía que Dani no me había creído y le agradecía el detalle de no haberme dejado en evidencia delante de nuestro asesor. Aunque no tenía por qué dar explicaciones sobre mi vida, por alguna razón, no quería que Leo se llevase una imagen nefasta de mí, más lastimosa aún que el momento «vuelvo a fumar después de diez años» acontecido en la boda.

Me acomodé en el sofá, aún con el pijama puesto y mis pelos de recién levantada, y me concentré en la peli hasta que la voz de Katyusha me sobresaltó:

—¿Tú estar en paro? —preguntó sin un atisbo de pena por mi desgracia.

—Yo estar tomándome un descanso —respondí en su misma versión de español.

Ella arqueó una ceja. No me creía, y con razón. Sabía que mi compañera había estado viendo los vídeos del desastre de la

boda una y otra vez. Ponía el volumen de su teléfono tan alto que la musiquilla que los instagramers habían añadido a las grabaciones resonaba en mi cuarto como si fuera alguna clase de tortura psicológica.

—¿No tienes clase? —le pregunté.

—Turno de tarde —respondió, sentándose en el otro sillón. Guardó unos instantes de silencio y, como era una mujer que no podía estar callada más de sesenta segundos, añadió—: ¿Y qué vais a hacer con Algo Ligero?

Me sorprendió la corrección de la pregunta y me animé a responder:

—Pues estamos intentando que alguien nos ayude. Quizá hay que darle un lavado de cara a la empresa y volver a empezar. —Sonreí, sobre todo para animarme.

—Empezar de cero costar dinero. —Hizo el símbolo con los dedos—. ¿Tú segura de poder pagar alquiler?

Fruncí el ceño. La muy bruja estaba deseando que me largara del piso.

—Yo segura, sí. Muy segura —enfaticé.

Fijé la mirada de nuevo en el televisor dándole a entender que no quería seguir con la conversación y, captando la indirecta, se levantó. Por un momento, pensé que más me valdría haber convertido mi mentira en realidad, haber madrugado y empezado a probar recetas nuevas para Algo Ligero 2.0.

Con un alijo de remordimientos en el pecho, me prometí que a partir de esa tarde me pondría las pilas. Quizá, mientras Leo hacía su magia, yo podría apuntarme a un curso de cocina para mejorar mis técnicas, aunque para ello tendría que pagarlo, y, para pagarlo, tendría que conseguir un trabajo. Pensé en los trajes de chaqueta grises que descansaban en el armario y mis buenas intenciones empezaron a parecerme una cuesta arriba de lo más empinada.

*

La semana no resultó tan productiva como me había propuesto, pero al menos había conseguido levantarme a una hora razonable y comenzado a trabajar en algunos platos nuevos para el renacer de nuestro negocio. Cuando quise darme cuenta, ese jueves, me encontré rodeada de cacharros e ingredientes y con la cocina hecha un desastre. El reloj marcaba las tres y media del mediodía, no había comido y me quedaba poco más de una hora para preparar algo, ducharme y recorrer los casi cuarenta minutos de trayecto entre mi casa y el lugar en el que había quedado con Leo. Durante un momento, valoré si dejar la cocina tal y como estaba, pero sabía que Katyusha me soltaría una de sus reprimendas en ruso-castellano en cuanto volviera al apartamento esa noche. Consulté de nuevo el reloj para valorar mis posibilidades y decidí sacrificar mi almuerzo con tal de no tener que vérmelas con la rusa. Recogí y saqué brillo a los fogones con el tiempo justo para prepararme un sándwich antes de meterme en la ducha. Cuando salía con el albornoz puesto, sentí la vibración de mi teléfono. Era un mensaje. Rezando por que Leo hubiera retrasado nuestra cita media hora, me abalancé sobre él, esperanzada.

Era Javi.

Como cada vez que su nombre aparecía en la pantalla, mis pulsaciones se dispararon. El día anterior habíamos estado hablando un buen rato y me había enviado algunas fotos de su viaje. La mayoría eran de paisajes y animales para que, según él, yo pudiera vivir un poco la experiencia del Masái Mara. También me envió una imagen en la que él y Aurora aparecían en un maravilloso pícnic después de un viaje en globo. Se los veía felices, y eso, sin querer, me encogió el corazón. Sin embargo, si tan felices eran, ¿por qué Javi no paraba de escribirme?

Javi:
¿Y qué planes tienes hoy?

Dudé antes de responder. No me había atrevido a comentarle que estaba intentando reflotar la empresa con la que me había cargado el día de su boda; tampoco él me había preguntado

por mi futuro. Suponía que no se atrevía, y yo no tenía ganas de sacar el tema. Javi nunca había sido el mayor fan de Algo Ligero, ni cuando empecé ni cinco años más tarde, cuando buscábamos que el negocio se consolidara. No entendía por qué teniendo una carrera como Derecho, con una nota media de casi sobresaliente, decidía arriesgar mi futuro con un negocio que no acababa de despegar y que difícilmente me daría una estabilidad como la que podría alcanzar en un buen despacho. Si había aceptado que trabajásemos en su boda había sido sólo gracias a la insistencia de su mujer, la mejor amiga a la que yo fallaba una y otra vez. Volví a fijar la vista en la pantalla de mi teléfono, en nuestra conversación superflua, pero cargada de dobles lecturas.

Yo:
Poca cosa, quedaré con estos.

Javi:
¡Qué bien!
Cuando vuelva a Madrid,
odremos hacer algún plan.

Yo:
Claro, se lo diré a los chicos.

Javi:
Me refería a tú y yo.
No creo que a los demás les gusten
los autobuses turísticos.

Yo:
Creo que a nadie más le gustan…
Salvo que seas un guiri
y vayas hasta arriba de cervezas.

Javi:
O te gusten las vistas de Madrid.

Yo:
O estés ocioso.

Javi:
Como nosotros.

Yo:
Eh, que yo soy una persona muy ocupada.

Javi:
No lo pongo en duda.

Yo:
De hecho, ahora me tengo que ir al supermercado.
¿Has visto? La agenda llena.

Javi:
¿Así que me abandonas?

Yo:
Eres tú el que se ha ido al otro lado del mundo.

Javi:
Pero siempre conectados :)

Yo:
(Escribiendo…)
(Escribiendo…)

Javi:
Veo que no te salen las palabras.
De la emoción, seguro.
En fin, yo me bajaré ahora a la piscina.
Ya nos quedan pocos días por aquí
y hay que aprovechar.

Yo:
OK.

Javi:
Te espero en el autobús ;)

Yo:
Sí, Aurora, tú y yo.

Javi:
Eso quería decir.

Con el pelo envuelto en una toalla colocada a modo de turbante y una gota que rodaba por mi frente, releí la conversación, como buena friki que soy. Me sentía como si estuviera pisando terreno pantanoso todo el tiempo. ¿Y él? ¿Por qué seguía? ¿Por qué sacaba el tema del autobús? Además, ¿qué pasaba con Aurora? ¿Dónde estaba ella durante todo el tiempo que Javi me escribía?

¿Estaría al corriente de que hablábamos? ¿Y por qué no me había escrito? ¿Debería escribirle yo a ella?

Sí, debería, pero no conseguía reunir el valor.

Pensé en mi amiga, en lo maravillosa que era, en lo horrible que era yo y en que perderla significaría destrozar algunos de los recuerdos más felices de mi vida.

10. EL BÚHO TUERTO
Año 2013



El Búho Tuerto era el garito donde todos los universitarios acudían cada jueves, viernes y sábado. Estudiantes de cada rincón de Madrid colapsaban metros, autobuses y, los más pudientes, algún taxi para conseguir un hueco y, con suerte, una copa en el antro de moda. El tugurio apestaba a alcohol y a sudor, más lo segundo que lo primero. Decenas de cuerpos se contoneaban al ritmo de una música machacona, iluminados por una bola de discoteca que había vivido sus días de gloria allá por los ochenta. De vez en cuando, una nube de humo, el efecto Megatrón, invadía la pista provocando un halo de invisibilidad momentáneo bajo el que se robaban besos furtivos y se producía alguna que otra intoxicación.

Corría el rumor de que, si el zapato se te quedaba pegado al suelo en determinadas zonas, podías darlo por perdido. También decían que las señoras de la limpieza montaban un mercadillo los domingos con los objetos rescatados, adheridos a las baldosas como macarrones a una cartulina de manualidades.

Pero lo mejor del Búho Tuerto era el ambientillo, el cotilleo y, sobre todo, la expectativa de saber que allí estaría todo el mundo. Las posibilidades de ligar aumentaban con cada sorbo y cada hora que uno transcurría en la fiesta.

Ese viernes de diciembre, Elena no tenía ganas de salir. Llovía, hacía frío y la ciudad, iluminada por miles de bombillas navideñas, empezaba a helarse. Arrebujada con una manta en el sofá, hubiera continuado viendo la película que echaban en televisión, sin embargo, sus nuevas compañeras de clase la convencieron para cambiar el pijama por unos vaqueros ajustados y unos buenos taconazos que sabía que le destrozarían los pies. Un

dolor que merecía la pena porque había un buen motivo para acudir al Búho Tuerto esa noche: Javi estaría allí.

Una sonrisa tonta se le escapaba sólo de pensar en él. Lo había conocido durante los primeros días de facultad, en la clase de Derecho Civil I, cuando la suerte, o el llegar tarde, provocó que el único asiento libre estuviera a su lado. Elena había pasado la hora y media de la lección observándolo de reojo: el castaño claro caía como una cortina sobre su mirada gris y sus rasgos dulces contrastaban con la sudadera negra y sus tejanos desgastados. Tomaba apuntes y consultaba el código, absorto y con genuino interés. Y entonces, al terminar la clase, en lugar de ignorarla como ella había previsto, le habló:

—Ha estado muy bien, ¿verdad? Este tío es un crack. Creo que viene de uno de los mejores despachos de Madrid —comentó refiriéndose al profesor.

Ella, que apenas había prestado atención, pero sin ganas de quedar como una palurda, respondió:

—Sí, ha estado muy bien. Muy… guay. El derecho de la persona es lo más, resulta muy útil saber cuánto tiempo tiene que pasar para que te consideren muerto.

—Tiene su morbillo, sí —bromeó Javi.

—Por eso me he matriculado en esta carrera —siguió Elena —. Y porque no me daba la nota para Medicina.

—¿De verdad?

—Qué va. Me mareo con la sangre. —Sonrió.

—Entonces, ¿por qué te has matriculado? —preguntó el chico mirándola con interés.

Ella dudó un segundo.

—Pues por descarte —respondió con sinceridad—. No sabía bien qué hacer y, bueno, supongo que era la opción más fácil. —Javi asintió—. ¿Y tú?

—Yo siempre quise ser abogado —proclamó con orgullo acariciando su Código Civil. —¿Ah, sí?

—Sí, pero uno de los buenos. Como los de las series. Trajes caros, clientes ricos, pero también causas sociales.

—O sea, quieres ser una especie de Robin Hood, pero bien pagado, ¿no?

—Exacto. Y con cochazo.

—Y un casoplón en La Moraleja.

Javi había soltado una carcajada.

—Me gusta cómo piensas. Aunque, de momento, creo que me centraré en intentar sacar buenas notas, ¿te veré en clase?

—No se me ocurre un plan mejor.

Desde entonces, se sentaban juntos. Elena no se perdía ni una clase. Fingía un interés que, aunque impostado, le resultaba útil para los exámenes. Estudiaban juntos y hablaban durante horas. Como consecuencia, Elena había comenzado a enamorarse de él de forma irremediable. Pensaba que estaban hechos el uno para el otro: tenían un humor parecido, una visión similar de la vida y, además, iban a compartir profesión. Ya se imaginaba el despacho modesto en una calle acogedora de Madrid, en el que ambos resolverían casos de película. Una versión de futuro que nunca había contemplado… y que empezaba a gustarle.

Sólo había un pequeño problema: Javi tenía novia. Una novia que arrastraba desde el instituto, se llamaba Sara y que, por cierto, era idiota.

Esa noche, al entrar en el Búho Tuerto acompañada por sus compañeras, Elena escaneó el antro en busca de su amigo. Esa misma tarde habían estado hablando y sabía que aparecería a partir de las diez, cuando dejara a Sara en casa de sus padres. Tenía partido de baloncesto al día siguiente, según le había contado. Le había prometido que, si se encontraban, tomarían una copa y luego romperían la pista. Por supuesto, la imaginación de Elena, a quien siempre se le dio muy bien soñar, se disparó: Javi plantando a Sara, Javi confesándole que sentía algo por ella, Javi besándola bajo el efecto Megatrón. Un clásico.

Sin embargo, cuando el reloj se acercaba a las doce, aún no lo había visto por ninguna parte. Tampoco contestaba a los mensajes, algo raro en él. Elena llevaba ya un par de cervezas y una copa de más cuando, desde el centro de la pista, lo vio. Su pelo cobrizo y esa camisa azul a rayas que le quedaba de escándalo. Para

su desgracia, también vislumbró cómo estaba pegándose el lote con la que, a juzgar por su altura, debía de ser Sara.

Esa versión de la historia no la había contemplado.

Sabía que tenía novia, sí, pero verlo en directo dolía más de lo previsto. Mientras el DJ hacía saltar al garito con Wake me up de Avicii, Elena sentía que su corazón se rompía en pedacitos y que sus fantasías románticas se volvían ridículas.

—Voy al baño un momentito, creo que no me encuentro bien —gritó a una de sus amigas, que bailaba de forma desenfrenada.

—¡¿Quieres que te acompañe?! —le devolvió el grito preocupada.

—No, no hace falta. Ahora vuelvo.

Con un nudo en el estómago y evitando cruzarse con Javi, Elena se abrió paso entre cuerpos sudorosos y contoneantes hasta llegar a los baños.

Podría escribirse una tesis doctoral sobre el panorama que uno puede encontrarse en los baños de mujeres de las discotecas. En particular, en el Búho Tuerto, la decoración venía acompañada de una capa de mugre, superficies pegajosas y charcos negros de origen indeterminado. Por el suelo, restos de maquillaje, orín, tampones medio envueltos y chicas llorando mientras se contaban sus desgracias amorosas con amigas y desconocidas. Todo eso envuelto en efluvios, olores…, pero, eso sí, con mucha sororidad.

La cola casi salía por la puerta y Elena maldijo. No porque tuviera unas ganas tremendas de hacer pis, sino porque necesitaba intimidad. Un segundo para soltar una lágrima, recomponerse y decidir si seguir con la fiesta o llamar a un taxi. En ese momento, sólo quería llegar a casa, hacerse una bola y desaparecer bajo las sábanas. Notó cómo el labio inferior le empezaba a temblar. Maldito labio, siempre la delataba.

—¿Estás bien?

Escuchó una voz cantarina acompañada por un par de ojos verdes que la miraban con curiosidad. Era una chica a la que había visto por la facultad. Imposible no recordarla: era preciosa.

—He tenido noches mejores —contestó—. ¿Conoces esa sensación de no querer salir, hacerlo a regañadientes y luego darte

cuenta de que debiste quedarte en el sofá viendo una peli? Pues así me siento.

La chica asintió, comprensiva.

—Me pasa a menudo. De hecho, hoy es uno de esos días. Vine acompañando a una amiga que me ha dejado tirada para enrollarse con el primero que le ha entrado.

—Pues vaya amiga —respondió Elena, pensando que, a juzgar por lo impresionante que era esa chica, envuelta en un minivestido de lentejuelas azul, que contrastaba con su melena dorada, lo raro era que no se hubiese echado un ligue ella también.

—¿Y qué es lo que te ha pasado a ti?

Un rato más tarde, Elena y la chica, que se presentó como Aurora, compartían una cerveza sentadas en un banco de la calle. Abrigo, bufanda y gorro encima de sus galas de discoteca. Ya no llovía, pero los charcos aún brillaban con los destellos de las luces navideñas.

—Yo ya sabía que tenía novia, pero, no sé…, verlo en directo me ha impactado —comentaba Elena.

—Si te consuela, yo creo que las parejas del instituto están condenadas al fracaso. Seguro que en unos meses no están juntos y entonces tú tendrás tu oportunidad. —Suspiró Aurora—. Luego lo celebraremos con una buena fiesta. Y si no la deja, pues también lo celebramos. ¡Nos iremos tú y yo a quemar Madrid!

—¿Eres siempre tan positiva? —sonrió Elena contagiada por su energía

—Qué va. Sólo con los dramas ajenos —replicó con una sonrisa torcida.

—Seguro que mañana tu amiga se disculpa por haberte dejado tirada. Y, si no, es que no era tan buena amiga.

Aurora se encogió de hombros.

—Eso no me preocupa demasiado. Tampoco es la primera vez que lo hace… De hecho… —Provocó una pausa—No tengo claro que sea mi amiga. —Dio un sorbo a su cerveza y Elena la miró con curiosidad—. Me cuesta un poco hacer amigas —confesó—, buenas amigas. Quizá hay algo malo en mí…

Elena la observó y lo entendió de inmediato. Era difícil destacar al lado de alguien como Aurora. Lo sabía bien: había visto las miradas que atraía por los pasillos. Chicas y chicos la miraban con una mezcla de deseo y envidia. Aurora era luz, y estar a su lado te condenaba irremediablemente a ser como la cara oscura de la luna.

Aurora continuó:

—En fin, ¿recuerdas cuando dijiste que hoy era una de esas noches en las que te hubieras quedado en casa?

—Sí.

—Pues yo ya tenía el pijama puesto y todo. —Sonrió.

—¡Yo igual!

—Pero discutí con mi padre y necesitaba despejarme. No aguantaba estar en casa.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Pues porque estoy cansada de ser la rubia tonta. El cerebro de mosquito de la familia.

—Estás en la universidad —comentó Elena dando un sorbo a su cerveza—. ¿No es un poco pronto para saber si eres un cerebro de mosquito? Aún no hemos hecho ni los exámenes del primer trimestre.

Aurora se sentó en posición de indio sobre el banco y siguió:

—Mi padre es CEO de una gran empresa. Mi familia nada en dinero. Mi hermano fue premio fin de carrera y ahora estudia en Estados Unidos para seguir sus pasos. Son dos clones. —Puso los ojos en blanco—. Siempre hablando del IBEX y de cosas aburridísimas.

—Las comidas de los domingos en tu casa suenan apasionantes —ironizó Elena.

—Ni te lo imaginas. El caso es que luego estoy yo.

—Estudias Derecho, no está mal.

Aurora soltó una risa amarga.

—Estudio Derecho porque es la única carrera que mi padre considera respetable y que cree que soy capaz de aprobar. Dice que hasta un mono puede sacarla. Y yo no sólo no lo veo claro, sino que

me aterra pensar que voy a dedicarme a algo que odio. ¿Y si me paso la vida encerrada en un despacho, en reuniones que me aburren? ¿Y si no tengo propósito?

—Te entiendo. Yo también ando algo perdida. —Elena evitó mencionar que, gracias a Javi, sus notas en los parciales eran bastante buenas—. ¿Y qué es lo que te gustaría hacer?

Aurora puso ojos soñadores antes de terminar su cerveza y subirse la cremallera del abrigo.

—Me encanta la moda, la fotografía, los viajes… Recorrería el mundo para mostrar a la gente que existen cosas maravillosas. También me encantaría participar en desfiles como los de la Fashion Week…, haciendo fotos —se apresuró a añadir.

—O como modelo —la animó Elena.

—Creo que me moriría de vergüenza. —Sonrió.

—¿Y por qué no lo haces? Lo de las fotos, digo.

—Mi padre me corta el grifo. No apruebo, no hay dinero.

—Pero puedes hacer fotos sin pasta. Hay mil cosas a tu alrededor para fotografiar.

—Pero sí la necesito para la moda, para los viajes…

—Entonces te ayudaré a estudiar —aseguró Elena sin pensarlo—. Lo haremos juntas. Demuéstrale a tu padre que puedes con la carrera y, con suerte, te dará libertad para hacer lo que te dé la gana.

—¿Harías eso por mí?

—Eso es lo que hacen las amigas.

Aurora le dedicó una sonrisa radiante y sincera, una que podría ser la envidia de muchos de sus compañeros. La abrazó.

—Entonces yo te ayudaré con tu chico, pero me tienes que decir quién es.

—¡Ah, no, no! Prefiero mantener el secreto.

—¿Y cómo te voy a ayudar? ¿Es de clase?

—No, es del pueblo de verano —se inventó Elena de pronto sin saber bien por qué.

La chica vaciló antes de pronunciar:

—Bueno, pues te ayudaré con ese o con lo que tú me pidas. ¡Seremos buenas amigas! Las mejores.

11. ELENA



El local del paseo de Recoletos en el que habíamos quedado tenía las paredes revestidas de ladrillo y tranquilidad. Algunas personas leían o trabajaban acompañadas de un buen café en mesas con estructura de hierro que daban al sitio un aire moderno. Seguramente, al anochecer, el ambiente sería un poco más festivo, las luces, bajas y el cartel de desayuno, sustituido por el de after. Sin embargo, a las cuatro y media de la tarde, la gente de bien estaba en la oficina o pegada a una pantalla. No como yo, me reproché, para, justo después, convencerme de que aquello era una reunión de trabajo.

Leo, siempre puntual, ya me esperaba. Parecía relajado. Iba en polo y deportivas, más casual que el día anterior. Se me ocurrió pensar que quizá yo no le imponía tanto como Dani. Tal vez no sentía ninguna necesidad de impresionarme, al fin y al cabo, ¿quién era yo? Una pobrecita que había montado un desastre monumental y que ahora necesitaba un rescate. Una obra de caridad.

Aparté estos pensamientos, sorprendida por la velocidad con la que mi cerebro generaba ideas negativas últimamente. Yo nunca había sido pesimista, pero la ruina generalizada en la que se había convertido mi vida me sobrepasaba por momentos. Invoqué a la Elena profesional, la que no vomita sus desgracias, y me acerqué a la mesa.

Leo levantó sus ojos oscuros como el café. Su mirada era amable, pero yo me sentí empequeñecer como en esa escena de Alicia en el país de las maravillas. Sin dar señales de percatarse de mi agonía interna, se levantó de la silla y nos saludamos con dos besos. Tomé asiento.

—¿Y qué tal? —solté, intentando romper el hielo. Recordé que la última vez habíamos hablado con bastante soltura.

—Pues muy bien, ¿y tú?

—Bien —respondí con timidez mientras colocaba el bolso en la silla de al lado.

—Muchas gracias por venir —pronunció—. No quería molestaros, pero avanzaré mucho más rápido si resolvemos algunas dudas. Espero no haber interrumpido ningún plan importante.

—No te preocupes. Aunque cueste creerlo, últimamente los clientes no se pelean por estar en nuestra agenda —ironicé.

—Tiempo al tiempo.

—En fin, ¿te ha resultado muy caótica la información que te mandamos? —pregunté con compasión.

Él asintió.

—No ha sido fácil, pero he estado analizando todo y creo que lo tengo bastante claro.

—Salvo tus dudas.

—Eso es. Salvo mis dudas.

—Venga, pues dispara —respondí justo después de pedirle un café al camarero.

Leo colocó su portátil en medio de la mesa, movió el ratón y abrió una carpeta.

—¿Qué te parece si empezamos por la contabilidad?

Puse los ojos en blanco. Maldito Dani.

Una hora y media más tarde, con dos cafés por cabeza y la vista fundida por culpa del Excel creado por mi compañero, parecía que por fin habíamos podido aclarar todas las dudas. La mayoría estaban relacionadas con conceptos extraños en las facturas como «El moño de la tarta de la tía María», «Algodón de azúcar para todos» o un código de colores que no se podría descifrar ni con la piedra Roseta. Nuestro asesor demostraba una paciencia infinita y, además, ser un buen tipo.

—Lo de la boda fue brutal —comentó mientras apoyaba la espalda contra la silla.

—¿A qué momento te refieres? ¿A cuando Aurora casi sale volando porque su cabeza se transformó en un globo aerostático? ¿O a la parte del Iguazú de sorbetes?

—Esos también son momentos estelares —sonrió con cautela—, pero hablaba de antes. Cocináis de lujo, te juro que probé todos los canapés y también vi cómo apaciguabas la furia de esa señora. La tía Loles, ¿no? Estuviste genial.

Arqueé las cejas.

—¿Me viste?

—Pasaba por allí. —Se encogió de hombros—. Por eso luego me acerqué —reconoció—. A pesar del… incidente, me pareció ver potencial.

—Te lo agradezco. Eres la primera persona que nos dice eso en mucho tiempo. De hecho —bajé la voz—, cuando digo mucho, quiero decir que casi nadie confiaba en que sacaríamos el catering adelante. Los padres de Aurora no querían que fuésemos los elegidos, pero ella insistió. Ojalá esta vez no se hubiera salido con la suya —murmuré.

—A veces las cosas pasan por algo —replicó Leo—. A lo mejor, Algo Ligero necesitaba un parón para después despegar con más fuerza.

—Si tú lo dices… —Lo miré con suspicacia y me dedicó una sonrisa divertida.

—Sí, lo digo yo. Y de momento no tienes argumentos para llevarme la contraria. —Iba a replicar cuando me interrumpió—: ¿Qué? ¿Damos un paseo? Aún me quedan algunas preguntas y me apetece estirar las piernas.

Después de una pequeña pelea, conseguí pagar. La última vez, Leo se había dejado un dineral entre cafés y cruasanes a ocho euros y su cuenta con nosotros ya estaba en números rojos. Abandonamos el local y comenzamos a caminar por las elegantes calles del barrio de Salamanca rumbo al Retiro. La conversación era animada, pero la escena me resultaba un poco extraña, más propia de una cita Tinder que de una reunión de negocios.

Me sentí tentada de sacar el móvil y escribir a Aurora, con quien compartía (casi) todos mis desengaños amorosos, al menos

aquellos que no tenían que ver con Javi y con mis penosos intentos de reconstruir mi vida. Estaba segura de que, si supiera de la existencia de Leo, me pediría foto, resumen y se plantaría en casa con una botella de vino blanco y una bolsa llena de sushi para analizar hasta su forma de parpadear.

La echaba de menos. Quizá era hora de escribirle. Aunque Javi me había dicho que no se había enfadado, no lo terminaba de creer. Aurora y yo llevábamos años hablando todos y cada uno de los días, y, sin embargo, ahora estábamos a punto de cumplir dos semanas sin dirigirnos la palabra. Nuestro récord.

Sentí un pinchazo en el pecho y entonces me decidí: esa noche le mandaría un mensaje, pero el tema Leo y Algo Ligero, vetados. Bajo ningún concepto debía sacar el catering a colación, ni nada que le recordara que me había cargado el día de su boda y convertido su cara en la de Shrek delante de cinco millones de followers. Una pena, pensé comprobando de reojo cómo el chico caminaba tranquilo a mi lado con las manos en los bolsillos.

—Y ¿cómo de imprescindible es Rocío para Algo Ligero? —preguntó Leo de pronto.

—¿¡Có… Cómo!?

«¿De verdad este tío me está insinuando que prescindamos de nuestra tercera socia?, ¿Así, sin anestesia?», pensé alarmada. Vale que nuestra Madre de Canapés a veces era como un sargento, y últimamente, además, parecía haber tirado la toalla con nuestro negocio, pero ese no era motivo para defenestrarla así por las buenas.

—Quiero decir —aclaró Leo al ver mi cara de susto—, ¿qué pasaría si os presento un plan genial, pero Rocío no quiere seguir adelante? ¿Consideraríais seguir Dani y tú solos?

Lo medité un instante.

—Creo que no concibo Algo Ligero sin uno de mis dos socios —pronuncié con decisión—. Rocío ha tirado mucho del carro estos años, ha puesto gran parte de sus ahorros, incluso tuvo que retrasar su boda con Miguel para que pudiéramos hacer frente a las facturas. Quizá por eso es la que más quemada está de todos.

—Esa parte no me la habíais contado —comentó con tranquilidad.

Me encogí de hombros antes de añadir:

—Pues así es. Nuestra socia antepuso el catering a su vida personal, y eso desgasta. —Suspiré y Leo asintió—. En todo caso, supongo que, si tu plan fuera la leche y garantizase la supervivencia del negocio, sí que podríamos considerar seguir adelante sin ella, si es que está de acuerdo.

—Está bien saberlo —respondió—. Intentaré por todos los medios que el plan os encaje a los tres. Tengo varias ideas que podríamos poner en práctica, y, créeme, puedo llegar a ser bastante persuasivo.

—No sé por qué, pero no tengo dudas —respondí con sencillez—. Tienes pinta de ser el típico que consigue lo que se propone.

—No te creas —murmuró.

Lo observé intrigada. De pronto, me entraron ganas de saber más cosas sobre él. Me sentía en desventaja: nosotros le habíamos contado toda nuestra vida y milagros, al menos en lo relacionado con nuestro negocio, y, de Leo, yo sólo sabía lo que mostraban su web y la foto de perfil de sus redes sociales, que, además, eran privadas. En la página no había demasiados detalles, sólo un poco sobre su currículum: Economía en Madrid, periodos en Italia e Inglaterra y varias firmas de consultoría en puestos cuyo nombre resulta difícil pronunciar. Quise preguntarle por su vida, por su vuelta a Madrid, pero su voz me interrumpió:

—Cuéntame cómo empezasteis con Algo Ligero.

—Ya te lo hemos contado —me extrañé—. Después de terminar la carrera, Rocío y yo decidimos dar un giro a nuestras vidas y…

—Esa versión no. —Sonrió con picardía—. La de verdad.

—¿La de verdad?

—Todos tenemos una versión real —comentó despreocupado —. La historia sincera y mucho menos glamurosa o decorosa, según el caso, de por qué hacemos lo que hacemos: por qué estudiamos tal o cual cosa, elegimos a tal pareja o vivimos donde vivimos.

Alzó la vista a las copas verdes de los árboles y dibujó un gesto indescifrable, como si rememorara su propia «versión real». Tragué saliva. La mía tenía muchas aristas.

—Vamos, Elena —continuó—. Será secreto profesional.

—Está bien —me decidí—, pero, a cambio, después tú responderás a mis preguntas. También quiero tu versión real.

Soltó una carcajada y me fijé en su sonrisa blanca y en las arruguitas que se le marcaban al lado de los ojos.

—¡Vamos! —presioné.

—Eso te puede salir caro.

—¿De verdad me lo vas a cotizar?

—Soy un profesional —bromeó.

—Y yo muy tacaña —repliqué, para arrepentirme acto seguido.

«Elena, que va a pensar que le quieres ratear las facturas», me reprendí.

—Está bien, te concedo una pregunta. Una sola historia —decidió mientras se apoyaba en la barandilla del lago del Retiro.

—Acepto —respondí mordiéndome la lengua.

Sabía que una sola historia no saciaría mi curiosidad, pero, si volvía a casa diciéndole a Dani que había hecho dimitir a nuestro asesor el segundo día, antes incluso de empezar a trabajar con nosotros, me mataría.

—Se te da fatal negociar, ¿lo sabes? —Me guiñó un ojo.

Suspiré y respondí sin pensar:

—Lo sé, quizá por eso la vida me ha conducido hasta ti, para que me enseñes.

—Eso puede ser más difícil que levantar tu negocio de la ruina.

—¡Oye!

—Venga —me propinó un golpecito suave con su hombro—, cuéntame la historia.

Sonreí como una idiota hasta que me puse a pensar en serio. ¿Por dónde empezar? ¿Por decirle que Javi y Aurora estaban saliendo y yo, hecha polvo? ¿Que mi vida laboral no tenía rumbo ni expectativas?

Medité, ¿cuál era el verdadero origen de Algo Ligero?

—Creo que todo comenzó una tarde en la que Rocío caramelizaba cebolla en la cocina de nuestro apartamento. Sí, ese fue el punto exacto. El momento en el que Algo Ligero cobró vida.

12. EL CATERING



Elena entró en casa dando un portazo, como si con eso pudiera devolver al mundo un poco del caos que le había lanzado durante el día. Se quitó los tacones en mitad del pasillo, dejó el bolso tirado en el suelo y fue directa al sofá, donde se dejó caer como si acabara de correr una maratón.

—No sé quién es más idiota, si mi jefe o mis clientes. ¡Pero ¿quién se creen que soy?! ¿Un pulpo? ¿Un bicho con ocho brazos capaz de hacer todo a la vez? Y todo perfecto, claro. Como se te pase una cláusula, te cae una bronca que ni en el colegio —soltó, medio enterrada entre los cojines.

Desde la cocina, Rocío apareció con un cucharón en la mano y expresión de experta en dramas laborales.

—Existe una hoja de reclamaciones para eso. Se llama recursos humanos.

—Una que podamos usar, que no implique riesgo de despido.

—Pregúntaselo a Silvia. Ella es la de laboral, ¿no?

Elena suspiró decepcionada.

—Si hubiera forma de vencer al sistema, Silvia ya la habría encontrado. Así que creo que estoy atrapada. Acorralada en este destino gris y condenada al fracaso amoroso.

—Pero ¿qué pasa hoy, Jelen? ¿Es el día de abrir el tarro de las lamentaciones? ¿Te han pisado un callo?

—Ja, ja. Muy graciosa. Hoy he empezado genial el día, maravilloso, con el mensaje que a todo el mundo le gustaría recibir: Javi dándome explicaciones sobre por qué lo suyo con Aurora ya es oficial.

Rocío la miró con interés y le dedicó un gesto para que la acompañara a la cocina. Su amiga la siguió.

—¿Por fin es oficial? ¿Después de dos años mareando la perdiz?

—Eso parece. Y yo soy final y oficialmente la perdedora. Me encanta mi vida —ironizó—. Dime, por favor, que tenemos vino, quisiera ahogar mis penas con mi amigo Emilio Moro.

—¡Eh! Que esa botella era para mi cumpleaños.

—Te compro otra —pidió Elena suplicante—. ¿Tú sabes lo que son dos años de esperanzas inútiles después de lo que pasó antes de ese condenado viaje a Roma?

—Sí, lo sé. Es una entrada en el infierno para Javi, eso es —zanjó Rocío—. Y ahora, dame esa botella y prueba esto, por favor.

De pronto, Elena miró a su alrededor: cacharros por todas partes, olores flotando en el aire y un caos amable. Respiró, seguramente por primera vez en todo el día, y un aroma delicioso se coló por su nariz.

—¿Qué estás preparando? Huele increíble.

—Estoy caramelizando cebolla. Vi una receta buenísima y mi madre me dio algún truco extra. Hoy cenaremos rico, rico, rico...

—Siempre se cena rico en esta casa. Venga, que te ayudo, ¿qué puedo hacer?

Un rato después, con la cocina medio recogida, una copa de ribera en la mano y música chill de fondo, las dos amigas, enfundadas en sus delantales, probaban la cebolla con una crema de jamón y unos panecillos caseros.

—Se te da francamente bien cocinar, Jelen —comentó Rocío —. La salsa está buena, pero estos panecillos… Madre mía.

—¿Tú crees?

—¿Dónde aprendiste?

—Me gustaba cocinar con mi madre, pero la verdad es que he mejorado mi técnica a base de ver tutoriales. Últimamente lo hago muy a menudo. Es lo único que me hace desconectar de Javi —confesó—. Mientras pico, mido o decoro, dejo de pensar en todo. En él. En los demás. En todo.

—¿Alguna vez te has planteado dedicarte a esto? Profesionalmente, digo. —Rocío giraba su copa sobre la mesa.

—La verdad es que no. Ni se me había ocurrido —replicó Elena metiéndose otro canapé en la boca—. Además, no sé si tengo el nivel.

—Tienes más que muchos finalistas de MasterChef.

—¡Vaya! Eso sí que es un buen piropo.

Las dos amigas alzaron su copa y brindaron.

—En todo caso, mis padres no lo verían con buenos ojos. Desde luego, es una opción mucho más arriesgada que la de ser abogada.

—Sí, pero también mucho más bonita y divertida —pronunció Rocío con melancolía.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Lo has pensado alguna vez? Tu familia tiene un restaurante.

Rocío pasó una mano por su pelo castaño.

—Y precisamente por eso no quieren que me dedique a esto. El restaurante cierra un día a la semana. Y gracias. Imagínate mi infancia: ellos trabajaban siempre. Incluso en Navidad. Ahora abren hasta en Nochebuena. Si no hubiera sido por mi abuela, habría acabado como una niña callejera. Oliver Twist sin el gorrito rancio. Además, me gusta mi trabajo en la guardería, cuidar de esos pequeños monstruos me hace feliz. —Se encogió de hombros.

—¿Tan feliz como cuando cocinas? —la pinchó Elena.

—Quizá no, pero piensa que cuando cocino suele ser en mi tiempo libre, para mis seres queridos… Es posible que si lo hiciera por trabajo quizá ya no lo disfrutaría igual.

—A mí me encantaría que mi trabajo fuera cocinar contigo —se permitió soñar Elena—. Todos los días serían como esta tarde. Imagínate: música, recetas nuevas… La gente fliparía. Como cuando vienen nuestros amigos a cenar. Y vino. —Alzó su copa—. Mucho vino.

—Acabaríamos alcohólicas.

—Alcohólicas, pero felices.

Rocío sonrió, embriagada por el alcohol y las fantasías, aunque luego volvió a la realidad:

—¿Y qué quieres? ¿Abrir un restaurante? Te acabo de decir que mis padres no sabían lo que son las vacaciones, ¿recuerdas?

—No todo son restaurantes, ¿qué opinas…? No sé, ¿comida a domicilio? ¿Un catering? Algo para sacarnos unas pelillas y hacer lo que nos gusta.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Durante unos segundos, Rocío miró a Elena con ojillos luminosos. Un brillo especial que sólo sacaba a relucir cuando hablaba de Miguel, su novio flamante aunque a veces un poco torpe. Acto seguido, bajó la mirada y dio un último sorbo a su copa antes de pronunciar:

—Mejor pongamos los pies en el suelo y dejemos las tonterías. A dormir. Mañana friego.

Dejó a Elena sola, rodeada de restos de comida y pensamientos a medio cocinar.

Esa noche, acurrucada bajo las sábanas y con calcetines gordos, porque en el piso no se ponía la calefacción para ahorrar, Elena pensó en su vida paralela. Una sin cláusulas ni broncas de sus jefes. Una en la que cocinaba con Rocío, una en la que probarían recetas nuevas, una en la que tendrían lista de espera y fotos preciosas en Instagram. Rocío cocinaba como los ángeles, y ella no lo hacía nada mal. Si se lo tomaba en serio, quizá incluso podía igualarla. Lo único que fallaba era la repostería, pero nada que no arreglara un curso intensivo y mucha práctica.

Cerró los ojos e imaginó el momento de entregar la carta de renuncia. Sabía que por la mañana volvería a su vida gris, pero al menos esperaba soñar con algo un poco más esperanzador. Tenía que contárselo a Aurora. Rocío era la amiga que solía pincharle los planes, como el de cambiar la pintura del piso por papel o hacer un viaje de mochileras por Latinoamérica, pero Aurora era todo lo contrario. Dos pinceladas de una idea peregrina y ya tenía un nuevo proyecto vital. «Si Aurora supiera cocinar…», pensó, pero su amiga no sabía ni freír un huevo. No podría contar con ella para esto. Además estaba lo de Javi. Demasiados ingredientes inflamables en la misma olla. Con estos pensamientos, se quedó dormida.

A la mañana siguiente, la cocina estaba impecable y Rocío tomaba notas en un cuaderno.

—Buenos días —saludó Elena, todavía medio dormida—. ¿Qué haces tan temprano? Si estás con la lista de la compra, te recuerdo que me toca a mí y…

—Podemos hacerlo.

—¿Qué?

—Que podemos hacerlo —afirmó emocionada—. Lo de anoche: un catering para sacarnos un dinero. ¿Por qué no? Pequeños eventos, algo manejable, que no requiera muchísimo tiempo. Sólo los fines de semana. Así tú podrías compatibilizarlo con esa mierda de horario que tienes. Podríamos preparar recetas ricas, pero saludables. Quizá podríamos…, no sé, quitar el estigma que tienen la avena, la quinoa, las cosas integrales. Cocinar con productos de calidad y… Y que la gente flipe con nuestros sabores — entusiasmada, soltó un torrente de palabras.

Elena, que calentaba el café, de pronto sintió que no le hacía falta. La emoción ya corría por sus venas.

—Pero… ¿has dormido algo?

—Casi nada —reconoció—, aunque quizá valga la pena.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —se rio.

—¡Eh! Que yo también puedo tener ideas y soñar — murmuró.

—Sí, sí, si me encanta. Sólo que no pensé qué te fueras a tomar en serio mi comentario de ayer.

Rocío se encogió de hombros, como una niña que acababa de cometer una travesura.

—Resulta que por la noche me desvelé. Me entró hambre…

—¿Después de lo que cenamos?

—Me comí lo que sobró, y, joder, ¡estaba buenísimo! Esto debería probarlo más gente, pensé. Entonces empecé a darle vueltas a lo que dijiste. ¡A las dos nos encanta cocinar! Lo hacemos de miedo juntas y podríamos crear algo muy bueno.

Elena untaba mantequilla en una tostada. Las manos le temblaban. Su amiga la miraba como esperando un sí.

—Podría funcionar, pero ¿qué dirá Miguel?

—¿Miguel? ¿Qué tiene que ver Miguel en esto?

—Es tu novio. Si vas a trabajar los fines de semana...

Rocío hizo un ademán para restarle importancia.

—Miguel me apoyará. Además, ¿de verdad crees que tendremos eventos cada finde? Con uno al mes ya es para celebrarlo. Nos dará para comprarnos unos zapatos.

—Unos zapatos caros, espero.

Las dos se rieron.

—Caros, sí. Pero, en todo caso, piensa en lo que te digo. Será sólo un fin de semana, como mucho dos. Y los viernes por la tarde o sábados por la mañana, podemos practicar con recetas nuevas. Así vamos ampliando nuestra carta.

—Nuestra carta —murmuró Elena saboreando las palabras —. ¿Cuándo empezamos?

13. LEO



—Así que todo empezó por un mal día en el trabajo y un desengaño amoroso —afirmé contento por haber confirmado mis sospechas.

—Psé. Podría decirse así…

Observé a Elena, que caminaba a mi lado sujetando con fuerza el asa de su bolso, como si se lo fueran a robar. Deduje que seguía algo nerviosa y que esa historia que me acababa de contar escondía algo más. Quizá tenía que ver con esa relación pasada sobre la que no había entrado en detalles. Ni siquiera había mencionado el nombre del tipo. De todas formas, ¿acaso me importaba?

—Pues esa versión me pega más —la animé—. Muchos negocios importantes nacen de eso, del hartazgo. De las ganas de huir… O de tener mucha pasta.

Me encogí de hombros y me miró divertida.

—Ojalá fuera mi caso. Estar forrada. —Suspiró—. En fin, continuando con la historia: empezamos con muchas ganas, pero pasaron semanas hasta que conseguimos nuestro primer evento: el cumpleaños de un primo de Miguel. Eran treinta personas y nos esforzamos al máximo para que todo saliera perfecto. Recuerdo ese día como si fuera ayer. Los nervios, la emoción, la ilusión de ver a la gente disfrutar de nuestra comida… Esa noche subimos las primeras fotos a nuestras redes, y luego salimos a celebrarlo. Rocío y yo éramos inseparables.

Me clavó una mirada que decía sin palabras que Rocío debía seguir en el negocio. Levanté las manos en un gesto de rendición:

—Los tres. Me queda claro, jefa.

—Así me gusta —bromeó—. ¿Sabes que ni siquiera nos llamábamos Algo Ligero? Éramos Chef Ele & Ro.

—¿Chef Ele & Ro? Suena fatal. —Sonreí. El nombre me daba vergüenza ajena.

—Lo sé. Por suerte, lo cambiamos.

Me hacía gracia cómo Elena contaba sus andanzas con Rocío y Algo Ligero. Me gustaba escucharla. Saltaba a la vista que adoraba ese proyecto, y también a su amiga, que, por lo poco que sabía, parecía una buena tía.

—¿Y qué pasó después? —pregunté con interés.

—Después los pronósticos se cumplieron. Durante los siguientes seis meses, teníamos, como mucho, un evento al mes, y siempre era algo pequeño. Los sábados nos levantábamos a las seis para practicar en la cocina del restaurante de sus padres. A las doce llegaba el personal y teníamos que dejarlo todo impoluto.

—¿Y cómo os las arreglabais para cocinar si los eventos eran por la noche?

Elena sonrió con algo de vergüenza.

—Ofrecíamos sólo cosas frías —confesó. Y yo no sabía si admirar su capacidad resolutiva o apiadarme de su desesperación por salvar el negocio—. Madrugábamos, cocinábamos todo antes de las doce, lo empaquetábamos y salíamos por patas. A veces, si teníamos confianza, preguntábamos si había horno o microondas en el lugar del evento y, si había suerte, recalentábamos alguna cosa. Sé que suena cutre, pero no teníamos opciones para llevar la comida caliente. Imagínate un cumpleaños a las ocho de la tarde, en una carpa, sin instalaciones. Estábamos muertas.

—¿No podíais cocinar en vuestra casa?

—¿En nuestro horno? Si no caben ni dos docenas de canapés. —Me miró como si estuviera loco—. Además, no sé si te suena una cosa llamada control sanitario —se burló—. El caso es que, poco a poco, se corrió la voz y fuimos teniendo eventos cada dos semanas, o incluso casi todas. Entonces se nos unió Dani.

Sonreí al oír su nombre. Me había caído bien.

—¿Cómo lo conocisteis?

—Era camarero en el restaurante los fines de semana. Quería sacarse un dinero extra para seguir con sus estudios de cocina y no tener que trabajar en la empresa de carpintería de su padre. —Elena suspiró, como si la historia tuviera más fondo. Le dejé continuar—. Fue una gran suerte. Un día llegó antes de su

turno y nos pilló con las manos en la masa. Íbamos fatal de tiempo. El personal estaba a punto de llegar, quedaba mucho por hacer y encima había que dejar todo limpio.

—¿No habíais calculado bien?

—Digamos… que hubo un problemilla con un pollo rebelde que se chamuscó y tuvimos que volver a empezar. —Ahogó una carcajada—. Así que Dani se puso el delantal y, entre los tres, todo salió perfecto. Desde entonces, empezó a venir todos los sábados y ya nunca más se fue. No sé qué haríamos sin él.

Durante un segundo, sentí envidia de ese tipo alto y con aspecto bonachón que había conocido hacía un par de días. A pesar de las penurias y lo desastres que eran con la dirección del catering, formaban un buen equipo. Estaba seguro de que parte del éxito de sus recetas residía precisamente en eso. Me pregunté cómo sería trabajar con Elena, si también delante de los fogones tendría ese aire despistado pero resolutivo. Además, me sorprendí pensando si habría algo entre ella y Dani.

«¿Y a ti qué más te da?», me reproché. «Además, si tuvieran algo, me lo hubieran dicho…, ¿no? Es importante para el negocio».

«No Leo, no lo es, lo que pasa es que te estás volviendo un cotilla».

—Ahora toca mi pregunta. —Me regaló una sonrisa perversa.

—Es verdad. —Asentí—. Piénsalo muy bien, porque sólo tienes derecho a una.

La miré con picardía y juraría que se sonrojó. Apartó la vista y trató de disimular la risa.

—Entonces tengo que meditarlo. —Se cruzó de brazos con una mueca de concentración.

Esperé divertido. La verdad es que al principio me había decepcionado que Dani no viniera con nosotros, pero ahora me alegraba. Me lo pasaba bien con Elena. Tal vez era eso: centrarme en Algo Ligero, o en ella, me hacía olvidar mis propias penurias: mi exnovia, mi extrabajo en Londres, mi nuevo empleo como tiktoker en un geriátrico…

—¿Por qué volviste de Londres? —soltó ella de pronto.

«Mierda, mis problemas siempre encuentran la forma de volver».

Mi cerebro arrancó a toda velocidad. No quería mentirle, pero, si le decía la verdad, seguramente no quisieran trabajar conmigo, y no podía permitirme perder a otro potencial cliente.

—Necesitaba un cambio de aires —respondí—. Mi trabajo era muy estresante y la vida en Londres no es como aquí. Echaba de menos el sol. Además, rompí con mi novia y…

¿Por qué le había contado esto último?

—Espera, espera —me interrumpió—. Tengo más preguntas.

—Sólo tenías derecho a una —bromeé.

—¡Eh! Dame una tregua, que yo te he contado mi vida.

—Soy tu asesor, ¡tienes que contarme tu vida! Si no, ¿cómo voy a ayudarte?

Hizo un mohín y su gesto me provocó una sonrisa.

—Pero yo necesito una mínima información sobre ti. ¿Cómo sé que no eres un estafador, que no te quieres quedar con el know how de Algo Ligero y hacer tu propio catering que se llame… Leo Ligero?

—¿Know how? ¿Leo Ligero? —Estallé en una carcajada—. ¿Pero tú de dónde sales?

—Soy abogada, señor importante. Aunque no se note por mis tartaletas de foie, me he dedicado varios años al derecho mercantil.

—No trabajarías en patentes, marcas y nombres comerciales, ¿verdad? —solté haciendo alusión al mal gusto de Chef Ele & Ro y al original Leo Ligero.

—Ese es el peor chiste jurídico que he oído en mi vida. Si es que puede llamarse chiste.

Todavía conteniendo la risa por el nombre de mi supuesto catering, le pregunté:

—Venga, ¿qué quieres saber?

—¿Qué hacías en Londres?

—Asesoraba a gente como vosotros.

—Ajá.

—Pero ricos. Futbolistas, influencers, cantantes, incluso gente de la realeza —confesé.

No quería mentirle, pero me daba miedo que buscase mi nombre en Google, comenzase a hacer scroll por las páginas de resultados y leyera todas esas noticias que hablaban sobre mí. Las otras versiones de la historia.

—¡Vaya! —exclamó con admiración—. ¿Y por qué dejaste ese trabajo? Suena más interesante que asesorar a treintañeros con un negocio de catering fallido. Si tuviéramos una startup de esas que participan en rondas de financiación y cuyos socios se arruinan o se forran, pues todavía entiendo que decidieras ayudarnos, pero… nosotros hacemos canapés. —Se encogió de hombros con sencillez.

—Ya te lo dije, necesitaba un cambio de aires.

Nos sentamos en un banco del parque. Desde allí, el Palacio de Cristal relucía bajo el sol. Algunas personas descansaban en las escaleras que daban al pequeño lago y un hombre con un acordeón creaba un ambiente inesperadamente romántico, parisino. Si hubiera sido una cita, habría sido redonda. Pero no lo era. Esto era una reunión de trabajo, me recordé, justo cuando giraba la cabeza hacia Elena. Me gustaba su aspecto sencillo: vaqueros, blusa blanca y cara lavada. Con el pelo recogido y algunos mechones distraídos que caían por su cuello.

Nos miramos durante un instante, en silencio. Me fijé en sus ojos negros, en su boca, en su lunar justo debajo del labio inferior y me pregunté en qué estaría pensando.

De pronto, mi bolsillo comenzó a vibrar. Con fastidio, saqué el móvil. Era Pedro. Con un gesto de disculpa, descolgué.

—Llegas tarde —escuché la voz de mi amigo.

—Pero ¿a qué hora habíamos quedado?

—A las ocho.

Consulté mi reloj: las ocho y cuarto.

—Mierda, lo siento. Se me fue el santo al cielo. Todavía no me acostumbro a las horas de sol de Madrid. Pillo un taxi y voy para allá.

Lo primero que pensé fue que el taxi hasta la zona de Pintor Rosales me iba a costar un ojo de la cara. Lo segundo, que no

me hubiera importado quedarme con Elena un rato más, incluso a cenar.

—Venga, tío, que Mercedes está metiendo las pizzas en el horno y cuando llegues van a estar como un chicle.

—¿Está Mercedes?

—En cuanto se ha enterado de que venías, se ha plantado en mi piso —susurró—. Dice que tenéis que hablar del trabajo, que no te has querido tomar un café con ella.

—Eso no es exactamente así… —Puse los ojos en blanco. «No tomar ese café es lo mejor para los dos. Para los tres», quise decir —. Os veo en un rato, anda.

Colgué el teléfono y miré a Elena, que consultaba algo en el suyo con el ceño fruncido.

—Lo siento. Resulta que tenía una cena y llego tarde.

Ella guardó su móvil y nos levantamos.

—Te he entretenido, perdona. Te he llenado la cabeza con nuestros dramas y ya no sabes ni quién eres. Bienvenido a la realidad de Algo Ligero —bromeó.

Sonreí consciente de que llevábamos ya un buen rato sin hablar de su empresa, simplemente charlando. Agradecí el descanso mental. Salvo Pedro, mi madre y mi hermana, últimamente no tenía a nadie con quien hablar. Sentí lástima por mí mismo.

—¿Cuándo crees que tendrás el plan? —preguntó mientras nos acercábamos a la salida.

—Diría que en un par de días como mucho.

Ella asintió, conforme.

Cuando llegamos a la salida del parque, nos recibió el bullicio de la Puerta de Alcalá. Al menos no me resultaría difícil coger un taxi, pensé.

—En un par de días hablamos, entonces —dije.

—Si tienes alguna otra duda, me cuentas. O escribe por el grupo.

Asentí.

—Lo haré.

Nos dimos dos besos algo torpes y me di la vuelta.

—Adiós, Leo Ligero —escuché a mi espalda, pero cuando me giré, ella ya se perdía entre la multitud.

14. LEO



Desde el asiento de atrás, observé con inquietud cómo las cifras del taxímetro aumentaban a una velocidad inexplicable. Si no hubiera perdido la noción del tiempo, si mi reunión con Elena hubiera terminado a las seis y media de la tarde como había previsto, habría cogido el metro y ahorrado los casi veinte euros que me iba a costar la carrera. Sin embargo, me había olvidado de la hora y de mis planes. Curiosamente, eso me hacía sentir bien.

Cuando llegué al increíble piso con vistas al parque del Oeste donde vivía Pedro, un olor a pizza ligeramente chamuscada me golpeó.

—Mercedes quería que estuvieran calientes para cuando llegaras, pero se han quemado un poco —explicó mi amigo mientras me daba un abrazo en el recibidor.

—Es un detalle —comenté, abrumado—, pero no me importa la pizza fría. Anda que no hemos recenado pizza de la nevera los domingos de madrugada.

—Lo mejor para las resacas —añadió, y me guio hacia la terraza—. ¿Y qué? ¿Dónde has estado, Leovigildo?

—Pues con un potencial cliente. —Sonreí.

—¿Ya nos vas a poner los cuernos? —protestó Mercedes, que acababa de aparecer con una bandeja de pan de ajo.

—Ya sabes que no entrego mi corazón fácilmente —respondí con una sonrisa cargada de segundas intenciones.

Tenía que dejar las cosas claras con Mercedes. Habían pasado ya varios años desde que nos enrollamos en la fiesta de cumpleaños de su hermano, muy ruin por nuestra parte, lo sé. Todos íbamos demasiado borrachos y, para qué engañarnos, Mercedes está buenísima, pero sólo me interesaba eso. Después me fui a Londres, conocí a Stella y sólo volvimos a coincidir en Navidades, algún día suelto de verano y poco más.

Suponía que ahora que había vuelto de la City, que ya no estaba comprometido y que, seguramente, ella pensaría en mí como un perrillo de ojos grandes falto de cariño, era su momento de actuar. Y yo, aunque tuviera que luchar contra mis instintos más básicos, estaba dispuesto a hacer la madre de todas las cobras. No podía cabrear a mi único amigo, y tampoco estaban las cosas para líos.

—¿Y quién es ese cliente? —Pedro me tendió una cerveza fría y preguntó con interés.

—Pues no te lo vas a creer. Es la empresa de catering de la boda de Aurora y Javi.

Abrió los ojos como platos.

—¿Los tíos que se cargaron el evento del año? Pero ¿estás seguro de que quieres meterte ahí? Ya veo tu nombre en la prensa de nuevo. —Se llevó una mano a la frente.

—Es mi oportunidad. No hay empresa más en la mierda ni con peor reputación ahora mismo. Los vídeos del desastre siguen circulando, y sospecho que lo harán durante meses. —Provoqué una pausa dramática—. Si consigo levantar el chiringuito y que se conviertan en el catering de moda, me corono. Podré limpiar mi nombre —terminé casi con desesperación.

—¿Les has contado… tus antecedentes?

Observé a mi alrededor. Mercedes había desaparecido en el interior de la casa y respiré algo más tranquilo sabiendo que no estaba al acecho. Aunque fuera la hermana de mi mejor amigo, no quería que escuchara mis miserias.

—No. Si lo supieran, probablemente no querrían trabajar conmigo. Además, si antes de sacar esto adelante aparece mi nombre vinculado al suyo, seremos el hazmerreír de todos los medios. No es que vayamos a salir en el telediario, pero ya me imagino a los cuatro modernos de Twitter haciéndonos memes: «Pepe Gotera y Otilio montan un catering». —Cerré los ojos con disgusto.

—Deberías decírselo. Tienen derecho a saber con quién tratan.

—¡Pero si se lo estoy haciendo gratis! —Pedro arqueó una ceja—. Gratis al principio, quiero decir.

—Tú mismo, pero esto te puede traer problemas. Luego no digas que no te lo advertí.

En ese momento, Mercedes volvió a la terraza con la primera pizza y dimos por zanjada la conversación. El resto de la noche transcurrió de forma agradable, salvo por el momento en el que me recordaron mi nuevo trabajo como creador de reels sobre ancianitos. No quería poner mala cara, ni parecer desagradecido, sobre todo porque, al ritmo que iba gastando en taxis de veinte euros, mis ahorros no durarían mucho más.

De pronto, pensé en Elena. Si no tenían eventos, ¿de qué iba a vivir? ¿Por qué no se me había ocurrido preguntarle? Me había dicho que era abogada, pero no sabía cuánta experiencia tenía, ni si le resultaría fácil volver al sector después de haberlo dejado durante… ¿cuatro años?, ¿cinco? Apunté mentalmente que debía sacar el tema en la próxima reunión. De hecho, me sorprendí a mí mismo apuntando mentalmente varias preguntas. No sabía si era por ayudar a su negocio o como excusa para volver a hablar con ella.

«Leo Ligero».

Sonreí completamente evadido de la conversación de mis amigos. Saqué el móvil del bolsillo con disimulo y abrí WhatsApp. En mis conversaciones principales estaba el grupo Algo Ligero 2.0. Pensé en escribir algo, pero lo descarté. Dani no tenía contexto de lo que habíamos hablado, me convencí. Pinché en el grupo y después en el contacto de Elena. Observé su foto. Aparecía muerta de risa, con la cara llena de harina y estrujando una masa. La captura era a traición, pero la imagen era tan divertida que me provocaba una sonrisa sólo con mirarla. Aún no la había visto reír así, pero, si era capaz de salvar el catering, quizá lo consiguiera. Mercedes y Pedro continuaban enrocados en una discusión sobre algo ocurrido durante las Navidades. Con sólo un pedazo de neurona puesta en su conversación, abrí un chat y, tras dudar unos segundos, escribí:

Yo:

Prefieres una presentación

en PowerPoint o un documento de Word?

Las ganas de seguir hablando con ella habían vencido y dieron lugar a ese mensaje estúpido. Aunque mejor eso que un «Oye, ¿de qué vas a vivir mientras tu negocio se va al garete?».

Elena no contestaba y maldije tener desactivado el check azul. Pasé el resto de la cena arrepintiéndome de haber enviado esa tontería. Además, ella sabía que yo estaba de cena con mis amigos, así que supuse que pensaría que soy un friki adicto al trabajo.

«Genial, Leo Ligero», me dije, y me guardé el móvil con enfado.

Pasada la una de la madrugada, llegué a mi piso. Pedro me había mirado unas veinte veces con cara de «no puedes estar tan colgado del móvil», pero tuvo la elegancia de no decirlo. De pronto, me sentí inseguro: si tan desesperada estaba por levantar su empresa, ¿no debería estar más pendiente del teléfono?

«Es jueves por la noche, Leo, la gente normal hace cosas los jueves por la noche y no está con el móvil todo el rato. No como tú…».

Me metí en la cama dispuesto a ver una serie en el ordenador. Cuando abrí la aplicación de Netflix, vi que me solicitaba usuario y contraseña.

Mierda.

Stella me había eliminado de su cuenta, así que ya no podría seguir gorroneando la plataforma. Ahora tendría que crear mi propio usuario… y pagarlo. Otro gasto más para mis pobres finanzas. Sólo el alquiler del estudio en el que vivía me costaba casi lo mismo que lo que me iban a pagar en Ocaso de Madrid. Cerré los ojos, abatido. A mis treinta y dos años, ya me veía viviendo con mi madre otra vez. Me entró un escalofrío. No porque mi relación con ella fuera mala, sino por lo penoso de la situación.

Me levanté y cogí uno de los pocos libros que tenía, el único que no trataba sobre marketing o economía: Cien años de soledad; me lo había regalado mi hermana las Navidades pasadas con la esperanza de que el realismo mágico me hechizara.

Con un suspiro y el tomo entre las manos, volví a meterme entre las sábanas. Justo cuando iba a empezar la primera página, mi teléfono vibró. Encendí la pantalla. Era ella.

15. ELENA



Esa noche había cena de chicas y Rocío y yo preparábamos comida mexicana en el piso. La observaba de reojo mientras removía el guacamole, conteniendo una lágrima que amenazaba con rodar por mi mejilla. Pensaba que, si ella no cambiaba de opinión y Leo no encontraba una fórmula mágica para levantar nuestro catering, sólo volveríamos a cocinar juntas en ocasiones como esa.

«Venga, Elena, la reunión con Leo ha ido bien. No seas pájaro de mal agüero», me reprendí. Debía sacar los pensamientos negativos de mi cabeza, así que decidí centrarme en la conversación de mis amigas.

—¿Sabéis algo de Aurora?

«Vaya por Dios. No hay tema bueno». Suspiré.

La que preguntaba era Silvia, que en ese momento abría una bolsa de nachos y los volcaba en un bol para coronarlos con una montaña de queso.

Silvia era, junto con Aurora, lo mejor que me había llevado de la universidad. La conocimos en el tercer año de Derecho y, desde entonces, se había convertido en una más del grupo, además de entrar juntas con una beca en el despacho Pérez y Asociados. Yo estuve una temporada breve pero intensa; ella aún seguía allí, con una carrera brillante como laboralista.

Rocío negó con la cabeza y, sin apartar la vista de los aguacates que trituraba con saña, dijo:

—Dani habló con ella sobre el tema de los pagos y demás, pero yo sigo sin atreverme a escribirle. Me siento demasiado mal.

—Yo igual —murmuré.

—¿Y Javi?

Rocío se encogió de hombros, y yo, acorralada como un conejillo, supe que no me quedaba otra que confesar.

—Me escribió el otro día, pero no hablamos del catering. Ni de nada en particular —aseguré con torpeza.

Ambas me miraron con extrañeza.

—Jelen, no nos lo habías contado.

—¿Ah, no? —intenté disimular—. Será porque no le di importancia. Ya os digo, fue una conversación insulsa… Sin más.

La Madre de Canapés me fulminó con la mirada. Esa que utiliza cuando sabe que escondes algo y que viene a decir «a que voy yo y lo encuentro».

—¿Y de qué hablasteis? —indagó Silvia con fingida inocencia antes de que la otra tuviera tiempo para abrir la boca.

—Pues ya os digo, poca cosa —insistí, centrada en cortar cebolla como si estuviera desactivando una bomba—. Que lo estaban pasando muy bien, que Kenia era precioso y que Aurora no estaba enfadada.

Silvia y Rocío se miraron.

—¿Y tú le crees?

—¿Acaso tengo otra opción? —repliqué—. Pero la verdad es que había pensado en escribirle esta noche o mañana. No sé vosotras, pero yo la echo de menos.

Bajé la mirada sintiéndome como una cucaracha. Billete de ida al infierno. Caca de pájaro en la cabeza.

—Somos unas amigas terribles —sentenció Rocío—. Nosotras nos cargamos su boda y tú… —Miró a Silvia—. Tú ni siquiera fuiste.

—Eh, que mi hermana daba a luz ese día. Hubiera ido a las copas si unas señoritas que yo me sé no la hubieran liado parda.

Colocamos nuestra vajilla de colores en la mesita del salón y llevamos la cena, vasos, copas y servilletas. Por suerte, Katyusha esa noche estaba por ahí de picos pardos y, por un momento, con mis amigas alrededor, aunque sin Aurora, volví a sentirme en casa.

—Venga, vamos a escribirle —propuso Silvia ya sentadas en el sofá—. Empiezo yo. Al fin y al cabo, no puede tener nada contra

mí. Tampoco tengo la culpa de que mi sobrino decidiera venir al mundo el día de la boda de una de mis mejores amigas.

Cogimos nuestros teléfonos y, al desbloquear el mío, vi un mensaje de Leo. Abrí la aplicación y el chat para que no apareciera como «nuevo», aunque lo leería más tarde. Tenía que evitar que ninguna viera la foto del tío buenorro, y claramente no habitual entre mis contactos, que me escribía a las once de la noche, aunque fuera por trabajo. Además, si me pillaban, tendría que mentir. No podía decirle a Rocío que, a sus espaldas, estábamos buscando asesoramiento para remontar un negocio en el que ella ya no creía. Respiré hondo y abrí el grupo que teníamos con Aurora y en el que Silvia ya había dado el primer paso.

El origen del mal

Silvia:
Qué tal por Kenia?

—Igual está durmiendo —comentó Rocío metiéndose un nacho bien cargado de guacamole en la boca.

—¿Durmiendo? Si esa mujer es como un búho. Nunca entendí cómo puede tener esa piel tan perfecta durmiendo menos de seis horas.

—Ha hecho un pacto con el diablo, la muy perra. ¡Ay! Acaba de contestar.

Aurora:
¡¡Hola, chicas!!
Está siendo increíble.
Luego os mando fotos.
¿Cómo estáis vosotras?

—¿Veis? No parece enfadada —afirmó Silvia con alivio.

Rocío:
¡Nosotras estamos bien!
Estábamos cenando en el piso y nos acordamos de ti 🙄
Te echamos de menos.
Aurora:

¡Y yo a vosotras!
¿Qué habéis preparado?
Rocío:
Mexicano.
Aurora:
Uyy, me pirra el mexicano.
¡Por favor, repetimos cuando yo vuelva!
Rocío, ese guacamole que haces está de miedo.

—Jelen, di algo —exigió Rocío—. Tú y yo somos las principales culpables en todo esto. Las causantes de su desgracia. Que vea que te importa.

—Pero si dijo que no está enfadada —protesté.

—Rocío tiene razón —añadió Silvia a mi lado—, escribe algo, lo que sea.

Las miré sin saber qué decir. Tenían razón, pero estaba bloqueada. Quizá porque sentía que nos separaba una distancia y una cantidad de secretos que, en ese momento, me parecían insalvables: la historia con Javi, los mensajes de después de la boda en los que él decía que me echaba de menos, el tema del catering. De pronto, sentí que tenía secretos con todas mis amigas y me hundí un poco en el sillón.

—Ahora le digo algo —musité.

Yo:
¡Hola!
¿Y has visto algún león?

Rocío y Silvia me miraron con la cara de ese emoticono que tiene tres líneas por ojos y boca.

—¿Has visto algún león? ¿De verdad? ¿Eso es lo mejor que se te ha ocurrido? —soltó Silvia, y antes de que pudiera evitarlo, me arrancó el teléfono de las manos.

Vi con horror cómo la pantalla de la conversación desaparecía para dar lugar a la lista de chats. Como no podía ser de otra manera, mi amiga se fijó en el nombre de Leonardo Andrés (como para no fijarse) y sólo le llevó dos segundos abrir su foto. Por

suerte, Rocío se acababa de levantar al baño y no vio la expresión de Silvia ni su grito contenido:

—¿Pero quién es este dios?

Me abalancé sobre ella tratando de recuperar mi teléfono.

—No es nadie. Luego te cuento. No le digas nada a Rocío, por favor —le susurré justo cuando la puerta del baño se abría y sus pasos comenzaban a resonar por el pasillo.

Silvia asintió, no sin antes dedicarme un gesto malévolo. Uno que prometía un tercer grado. De pronto, nuestros teléfonos vibraron a la vez.

Aurora:
Queridas, especialmente Elena y Rocío,
quizá penséis que estoy enfadada por lo de la boda,
pero quiero deciros que no tenéis que preocuparos.
Las cosas no siempre salen como uno quiere.
Además, el evento se ha vuelto tan viral
que algunos de mis invitados se han beneficiado.
Dentro de lo malo, me alegra que mis seres queridos
hayan sacado algo bueno del desastre.
Javi ha sido un auténtico encanto,
no me ha dejado ni a sol ni a sombra y estoy muy feliz
de que por fin sea mi marido.
Están siendo unos días maravillosos.
@Elena y @Rocio, lo siento por Algo Ligero,
de verdad creía que vuestro catering sería un éxito,
pero tal vez debáis darle una vuelta al negocio.
Ya sabéis que podéis contar conmigo siempre que lo necesitéis.

Las tres nos quedamos en un silencio que sólo se vio interrumpido por el sonido de las teclas del móvil de Rocío.

Rocío:
Gracias por tu mensaje.
Me temo que Algo Ligero se acabó.
Lo de tu boda ha sido…
No sabes cuánto lo sentimos.

Aunque me da mucha pena, creo que
lo mejor es cerrar la empresa.
Aurora:
Yo también pienso que es lo correcto.

La tristeza que de pronto inundaba el salón y cortaba el ambiente contrastaba con la alegría de los platos de colores y la comida mexicana. Mis ojos se inundaron de lágrimas.

—¿De verdad lo tienes tan claro? —espeté.

—Claro como el agua —afirmó con un tono que no admitía más réplica y que me dolió.

No me atreví a seguir insistiendo. Intercambiamos algunos wasaps más con Aurora y comentamos sus fotos con la mitad de la fauna de Kenia con una alegría fingida, irreal, extraña en nosotras.

El resto de la cena transcurrió de manera incómoda, y a las doce y media, Rocío dijo que tenía que irse.

—¿Te llevo? —le preguntó a Silvia.

—No hace falta. He reservado un Cabi.

La acompañé a la puerta del que había sido nuestro piso y le di un abrazo de despedida.

—Lo siento, Elena —pronunció. Odiaba cuando me llamaba Elena—. Sé que Algo Ligero era tu sueño, y a mí también me duele, pero de verdad creo que es lo correcto.

Asentí sin pronunciar palabra, y en cuanto la puerta se cerró, escuché la voz de Silvia a mi espalda:

—Y ahora, señorita, me vas a contar quién es ese Leonardo Andrés, por qué parece un Indiana Jones del Decathlon y qué demonios quiere con ese PowerPoint.

16. ELENA



Mientras nos tomábamos las últimas cervezas, le conté a Silvia cómo había conocido a Leo y la argucia que Dani y yo tramábamos para remontar Algo Ligero. Mi amiga me escuchó en silencio, con mi teléfono en la mano, mirando alternativamente la pantalla y a mí, como si tratara de descifrar un jeroglífico.

—Rocío se va a pillar un cabreo monumental —dijo al fin.

Fruncí el ceño.

—Fenomenal. Que se enfade lo que quiera, pero la empresa no sólo es suya. Dani y yo también tenemos derecho a decidir.

—Lo sé, y tienes razón. Y no te digo que no lo hagas, sólo te advierto de las consecuencias.

Un escalofrío me recorrió al pensar en enfrentarme a Rocío. Tenía un carácter mucho más fuerte que el mío, y yo odiaba discutir.

—Quizá, si Leo nos presenta un plan increíble, Rocío cambie de opinión —aventuré, buscando una estrategia desesperada para evitar verme en el conflicto.

Silvia se recostó en el sofá y asintió.

—Es una posibilidad. Y, Elena, no me malinterpretes: si yo fuera tú, seguramente haría lo mismo. Yo también llevo años buscando mi camino. —Suspiró.

—¿Cómo vas con el tema de la fotografía? —me interesé.

Hizo un ademán con la mano.

—Mejor no preguntes. —Dibujó una sonrisa triste—. Pero, volviendo a ti, ¿qué pasa con Javi? ¿Qué has hablado con él? Sospecho que no nos has contado toda la verdad…

Guardé silencio. Dudé. No había podido comentar lo del autobús turístico con nadie, y necesitaba una segunda opinión. Pero, si lo hacía…, ¿qué pensaría de mí? Además de que soy una persona

horrible por enrollarme con el prometido de una de mis supuestas mejores amigas.

—Dice que me echa de menos —me limité a explicar—. Y creo que no debería decirme esas cosas mientras está en la luna de miel con su recién estrenada esposa.

Silvia meditó un instante.

—Estoy de acuerdo. No debería decirte eso, pero, Jelen, Javi siempre tuvo complejo de microondas: calienta, pero no cocina. Está claro que entre vosotros siempre hubo muy buena conexión —«Más que buena», pensé—, pero esto tiene que terminar. Él ya eligió. Se ha casado con Aurora y esos mensajitos de «Te echo de menos» o «Me acuerdo de ti con la puesta de sol de Kenia» tienen que parar.

—¿Cómo lo sabes?

Puso los ojos en blanco.

—Javi es muy básico —sentenció—. Sabes que le tengo aprecio, pero me parece fatal por su parte, se porta como un cabrón contigo. Siempre lo ha hecho. —Me dedicó una mirada larga y me estremecí. Silvia no sabía ni la mitad de las cosas—. ¡Olvídate de él y lígate a tu nuevo asesor! ¿Pero tú lo has visto?

Desbloqueó mi teléfono, maldije el día en que le revelé mi contraseña, y colocó en mis narices la foto que ya me sabía de memoria, aunque jamás lo admitiría.

—Sí, lo he visto —repliqué, arrebatándole el móvil—. Y justo por eso sé que alguien como yo no tiene nada que hacer con alguien como él. Vamos, está claro que nada en pasta. No viste el traje que llevó a la boda.

—Seguro que le quedaba increíble… —suspiró.

«La verdad es que sí», pensé.

—Puede ser. No lo recuerdo —mentí—. Pero estoy segura de que era de esos hechos a medida y que cuestan tres mensualidades de mi alquiler. Además, ha vivido en muchos sitios, tiene un trabajo glamuroso, y yo soy… Algo Ligero es como su obra de caridad. Le damos pena, y ese es un sentimiento que no me gusta despertar. Llámame loca…

—¿Cómo le vas a dar pena?

—No pena de tristeza, pena de penoso —bufé—, que es peor.

Mi amiga soltó una carcajada.

—Jelen, háztelo mirar. Además, el tío te manda mensajes a las once de la noche. Eso no es pena, es otra cosa, hazme caso. Como mínimo, interés. —El móvil vibró a su lado—. Vaya, es mi Cabi. Me tengo que ir, pero, antes, quiero ver cómo contestas a ese mensaje.

—No son horas.

—Pues lo leerá por la mañana. ¡Venga! Y espero que sea mejor que el mensaje del león de Aurora —amenazó.

Con una mueca, tecleé un par de frases rápidas y pulsé la tecla de enviar.

Yo:
Pues no lo sé.
Supongo que nos da igual el formato.
Lo que sea más fácil para ti.

—Vamos, no me seas rancia y seca —pinchó Silvia—. Dile algo más, sácale conversación.

—Pero ¿qué quieres que le diga? —protesté.

—Qué más da. Cualquier cosa. Hazlo aunque sólo sea para sacarte a Javi de la cabeza.

Volví a teclear:

Yo:
Es que no descansas? 🙄

—Así me gusta —aprobó, colgándose el bolso. Justo antes de salir del piso, colocó las manos sobre mis hombros y añadió—: No vamos a ponernos a repasar tu vida amorosa cuando el Cabifier Johny lleva casi cuatro minutos esperando y está a punto de sablarme cinco euros extra, pero reflexiona un poco: todos tus ligues y tus amagos de relación han sido un auténtico desastre, ¿y te has preguntado por qué? —Fruncí los labios y Silvia me cortó justo antes de que pudiera llamarla pesada—. Yo te lo diré: porque siempre los

comparas con Javi. Que tú y yo sabemos que es como el perro del hortelano. Y aunque te empeñes, no es tan guapo, ni tan listo, ni tan nada. Es más bien tirando a sieso —meditó—. Y ahora que se viste de esa forma tan rancia… En fin.

—No te faltan adjetivos para definirlo —ironicé enfurruñada.

—Para ese Leonardo Andrés también tengo adjetivos, pero son de otro tipo.

—Ya… Claro. —Se me escapó la risa.

—Pero a lo que voy es a que tienes que pasar página. PASAR PÁGINA —repitió con vehemencia—. Si no, te quedarás en esta espiral eternamente. No te jodas los próximos doce años, ya ha sido suficiente. Y dicho esto, me voy. Esta charla me está costando pasta.

Silvia me dio un abrazo y desapareció escaleras abajo. Cerré la puerta y empecé a recoger los restos de la cena. Me sentía patética. Un despojo de mujer. Entonces el teléfono vibró. Llamada entrante.

—¿Silvia? ¿Se te ha olvidado algo?

—Sí, decirte una cosa —contestó—. Tal vez, ahora que Algo Ligero está que si sí, que si no, quizá quieras que hable con Martín por si tuviera un hueco para ti en el despacho.

Cerré los ojos. Un alud de realidad me cayó encima.

—Bueno…

—Nos hace falta gente, y tú ya conoces cómo funciona esto —dijo sin entusiasmo—. Podría venirte bien para pagar el alquiler y que Katyusha no invente ninguna treta para echarte.

—¡No puede hacerme eso! —repliqué.

—Si no pagas el alquiler, sí.

Touché.

—Está bien —cedí—. Lo pensaré.

Colgué con disgusto. Pensar en volver a ejercer como abogada me provocaba vértigo del malo. Me hacía sentir como un pájaro enjaulado, un león en el zoo, o una burbuja de Coca-Cola atrapada en la botella. Y lo peor: volver al punto de partida, pero más vieja y sin esperanza. Sin un plan. Condenada a una vida gris. Al drama. Así era yo.

Estaba dispuesta a lanzar el móvil al sillón cuando vi un mensaje:

Leo:
El fin de semana descansaré,
pero me ilusionan los proyectos nuevos.
Y creo que vosotros tenéis mucho potencial.

Yo:
Me temo que eres el único que lo piensa…

Leo:
Esta tarde no eras tan pesimista.

Yo:
Esta noche Rocío me ha reconfirmado que no quiere
seguir con el catering.

Leo:
Pero eso ya lo sabías.

Yo:
Sí, pero supongo que escucharlo
directamente de su boca
me ha dolido más de lo que esperaba.

Sentada en el sofá y envuelta en una manta a pesar de las temperaturas que comenzaban a calentar las noches de Madrid, me quedé mirando la pantalla a la espera de su respuesta.

Leo:
Te prometo que haré todo lo posible.
Si hace falta, me dejaré todo mi sueldo en cruasanes
a ocho euros hasta que demos con la estrategia correcta.

El comentario me hizo sonreír.

Yo:
Te advierto que Dani come mucho.

Leo:
Pues pasearemos por el parque,
que es más barato.

Yo:

Creo que no salgo ganando.

Leo:
Eso depende de cómo lo mires.
Te llevas mi asesoramiento.
Y mi compañía, que no es poco.

Yo:
¿Eso lo vas a cotizar también en tu propuesta?

Leo:
Me lo tengo que pensar.
Igual decido cobrar una parte en puerros confitados.

Yo:
Pues no te arrepentirías, están buenísimos.

Leo:
Lo sabría si los hubiera llegado a probar en la boda.
Pero como fue el canapé del desastre, no me atreví.

Yo:
¿Alergia?

Leo:
Mal fario.
Pero estoy abierto a dejar mis supersticiones a un lado
y a hacer el esfuerzo de probarlos.
Al fin y al cabo, tengo que saber lo que estoy vendiendo…

Yo:
¿Y el mal fario?

Leo:
Ahora conozco a la cocinera 🙄

Yo:
¿La misma que envenenó a la novia en su boda?
¿Esa tronca?
¿Te vas a fiar de ella?

Leo:
Me cae bien.
Y creo que eso ya es un buen punto de partida.

Yo:
Pues no te van a salir gratis.

Los puerros, digo.

Absorta como estaba en mi conversación con Leo, me sobresalté al escuchar el sonido de la puerta seguido por unas pisadas atronadoras. Desde luego, era imposible que Katyusha pasara desapercibida.

—¿Por qué tú sonrisa bobo... bocalicona…?

—¿Bobalicona? —la corregí levantando una ceja—. Estoy hablando con mis amigas —mentí. No coló—. ¿Te lo has pasado bien en tu cita?

Se encogió de hombros.

—Ser demasiado bajito y hablar mucho. Pérdida de tiempo. Pero yo seguir intentando. Buenas noches.

Con sus pasos de gigante, se encerró en su cuarto. A juzgar por el careto con el que amanecía algunas mañanas, me pregunté si haría uso de su alijo de vodka para ahogar sus desengaños amorosos. Volví la vista a la pantalla: Leo había respondido. Sonreí.

Leo:
¿Qué quieres a cambio?

Yo:
Sabes que esto suena fatal, ¿verdad?

Leo:
Has empezado tú.

Medité mi respuesta mientras recordaba su imagen aquella tarde y, de pronto, se me ocurrieron muchas cosas indecentes que podría pedir. ¿Acaso me estaba invadiendo el espíritu de Silvia? «¡Lígate al asesor! ¿Pero tú lo has visto?», su comentario resonó en mi mente.

Sacudí la cabeza. No, ese no era mi estilo. Mezclar trabajo y ligues… Mal plan. Él era la única esperanza que le quedaba a mi pobre empresa.

Yo:
Si vamos a trabajar juntos, quiero información.
¿Y si eres un psicópata que quiere aprovecharse de nosotros y quedarse con nuestro catering?

Leo:
¿Quedarme con el catering? ¿Yo?
Si no sé ni freír un huevo.
Creo que mi carrera en solitario en
la restauración sería muy breve.
Pero está bien. Acepto.
Te concedo el derecho a información.
Una pregunta.

Yo:
Cinco.

Leo:
¿En serio estamos negociando esto?

Yo:
Exacto.

Leo:
Tres.

Yo:
Acepto.

Leo:
OK, pues trato hecho.
La semana que viene, en cuanto tenga
mi propuesta para Algo Ligero,
haremos intercambio de información
por puerros confitados.

Me metí en la cama pensando en mis tres preguntas. ¿Qué quería saber de Leo? Aparte de confirmar que no era un estafador, claro, porque su aparición había sido demasiado casual.

A pesar de la hora que era, me costó conciliar el sueño. Demasiados frentes abiertos: las preguntas de Leo, el tema del catering, mi posible e inminente vuelta al despacho y que la fecha de regreso de Javi y Aurora se acercaba. ¿Cómo sería nuestra nueva normalidad? Desde el día del autobús, no habíamos vuelto a pasar un momento a solas.

Después de diseccionar todos mis pensamientos, al final decidí centrarme en la única cosa que, en ese momento, lejos de

causarme malestar, me proporcionaba cierto confort, esperanza. Un poco de brisa fresca en medio de la tormenta en la que se había convertido mi vida.

Quizá podría preguntarle a Leo cuál era su lugar favorito en Londres, o su comida preferida, o dónde vivía en Madrid.

Con decenas de preguntas surcando mi mente, y sus posibles respuestas, me dormí.

17. LEO



Pasé los tres días siguientes encerrado en casa, ocupado con Algo Ligero y preparándome mentalmente para mi primer día en Ocaso de Madrid. Sólo salí para correr por el parque más cercano (no tenía fondos para pagar la cuota del gimnasio) y para comer con mi madre y mi hermana el domingo. Ellas no tardaron en comentar mi nuevo empleo.

—¿Tiktoker de geriátricos? Leo, has caído muy bajo —soltó Mona mientras repartía los platos de postre.

Mona se llamaba Mónica, pero mi madre (gran fan de Leonardo da Vinci) nos había bautizado a los dos con referencias artísticas. Así que éramos Leo y Mona: los raritos oficiales de la familia.

—Pues a mí me parece que puedes hacer una gran labor con esos ancianos —añadió mi madre en mi defensa.

Mona la miró como si hubiera perdido el juicio.

—Mamá, papá y tú os habéis dejado una pasta en pagarle a Leo, no un máster, un master and commander, lo más caro y repipi del catálogo, ¿y ahora te parece bien que se dedique a grabar tiktoks en un geriátrico?

—Si él es feliz… —replicó justo antes de servirle un generoso pedazo de tarta de queso.

—A ver, feliz, lo que se dice feliz… —titubeé—. Pero después del asunto de Londres, ¿qué otra opción me queda? Me lo tomo como empezar de nuevo. Como si volviera a ser becario, y ya subiré.

—Es que más bajo no se puede caer, hermanito. Vas a cobrar incluso menos que yo —murmuró Mona.

—Te he oído.

Mi madre me miró con tristeza y tendiéndome un trozo de tarta descomunal, como si todo ese azúcar, además de sacarme

barriga, pudiera arreglar mi vida.

—¿Y ese amigo de tu padre? El de la boda, ¿no ha podido ayudarte?

Negué mientras jugaba con la cuchara en la mermelada.

—Por desgracia, no. Ya bastante tiene ese pobre hombre con la que se lio ese día. —Evité contarles que mi leyenda había llegado incluso a esa boda. Mejor ofrecerles una versión más amable —. Pero conseguí un cliente.

—¿Qué me dices? ¡Eso es genial!

—Bueno, es una especie de inversión.

Mona arqueó una ceja,

—¿Y quién es ese cliente, si se puede saber?

—Los del catering —musité.

—¿Los del catering que la liaron parda? ¡¿Pero tú estás tonto?!

—Mona, tu hermano sabrá por qué hace las cosas —me defendió mi madre. Acto seguido, me miró, con el rostro surcado de dudas—. Sabes lo que estás haciendo, ¿verdad, Leo? No es que yo sea una experta, pero…

—Esos chicos cocinan de miedo —afirmé—. Sólo necesitan ayuda. Y levantar su reputación. Como yo. —Suspiré.

Me preparé para el sermón: que estaba destrozando mi carrera, que no sabía usar TikTok, que al día siguiente grabaría vídeos a la senectud con un sueldo de becario a los treinta y dos… Pero, para mi sorpresa, no, ambas se quedaron calladas. Como si se hubieran coordinado telepáticamente.

—Si crees que es lo mejor, te apoyaremos. Mona te ayudará con las redes, ¿verdad, Mona?

Mi hermana asintió justo antes de añadir:

—Y ojito con Mercedes, esa siempre ha estado colada por ti y no la quiero como cuñada. Es demasiado… No sé, no me da confianza. Es un lobo disfrazado de oveja.

—Mona, la pobre no te ha hecho nada.

—Yo sé lo que me digo. No te fíes.

Levanté las manos en señal de rendición. Mercedes era el último de mis problemas.

—Tendré cuidado. No tengo intención de perder otro trabajo.

—¡Ah! Y diles a esos del catering que ni sueñen superar la tarta de queso de mamá.

Mona se metió una cucharada a rebosar en la boca y dio por cerrada la conversación.

El lunes me desperté con energía. Iba a ser un día largo e importante: a las ocho y media debía estar en las instalaciones de Ocaso de Madrid, y, por la tarde, había quedado con Elena y Dani para presentarles mi propuesta.

Había intercambiado varios mensajes con Elena durante el fin de semana. Casi todos eran sobre mi trabajo como asesor, pero la conversación siempre terminaba desviándose. Resultaba fácil hablar con ella, y el extraño sentimiento de que le estaba mintiendo comenzaba a recorrerme cada vez que leía un wasap con su nombre en mi teléfono.

«No es mentir —me convencía—, sólo ocultar un poco de información».

Pero ocultaba mucha información. Básicamente, les estaba vendiendo una imagen. Una imagen de hombre exitoso y con una prometedora carrera profesional en Madrid después de haber alcanzado la cima en Londres. Si ella supiera que había caído en picado, la realidad de mi trabajo precario, el sueldo de becario y los titulares que habían copado las redes con mi nombre… Si ella supiera todo eso, desde luego no confiaría en mí.

Elena:
Estoy deseando ver tu propuesta esta tarde.

Yo:
¡Y yo conocer vuestra opinión!

Elena:
No quiero presionarte, pero eres nuestra única esperanza.

Yo:
Tranquila, no me siento presionado.
Sólo que no he pegado ojo en toda la noche.

Elena:
¿En serio?

Yo:
Guárdate la pregunta para los puerros ;)
Te dejo, que entro en una reunión importante.

Elena:
¡Suerte!

Mi «reunión importante» consistía en Mercedes y un nonagenario llamado Marcial, que me esperaban en la puerta del geriátrico. Tenía que reconocer que, incluso con ese sencillo uniforme blanco, la chica estaba espectacular.

—Así que tú eres el pipiolo que nos va a sacar por internet, ¿eh? —preguntó el hombre tendiéndome la mano en cuanto me acerqué a ellos—. ¿Qué móvil tienes?

—Eh… Un iPhone.

—Bien, bien. Al menos tiene buen material. —Miró a Mercedes como dándome el visto bueno. Ella sonrió y le dio una palmadita en el hombro.

—Bueno, Leo, bienvenido a tu primer día. Hoy Celeste tiene varias reuniones y no podrá verte hasta después de comer. Yo no puedo ocuparme de ti porque, en fin, tengo que hacer mi trabajo, pero hemos decidido que Marcial te ayudará.

—Seré tu jefe —añadió el anciano.

Arqueé una ceja mirando a Mercedes.

—Coordinador, Marcial, dijimos coordinador.

—Es lo mismo —refunfuñó—. Yo soy quien le enseña, ¿no? Pues eso.

Pasé el resto de la mañana acompañando a Marcial en una visita guiada por las instalaciones. Debía reconocer que Ocaso de Madrid era un buen lugar para envejecer. Parecía un hotel de cuatro estrellas: piscina, minigolf, biblioteca, sala de juegos, sillones acolchados para siestas legendarias… Aunque algunas zonas resultaban un poco deprimentes: salas donde todos dormían, ruidos raros, y un olor a antiséptico que el ambientador y la madera no lograban disimular.

—¿Y por qué quieres este trabajo? —preguntó el anciano.

—Bueno, tengo experiencia asesorando a empresas para mejorar su marca y, con ella, sus finanzas. Mercedes me habló de vosotros y aquí estoy.

Él me miró con suspicacia, como si no se fiara de mi respuesta.

—Pensaba que eras youtuber —dijo al fin.

«¿Pero este señor sabe lo que es YouTube?», pensé.

—No exactamente, pero grabaré unos vídeos sobre Ocaso de Madrid que ni el Rubius, se lo aseguro.

—Ese ya está pasado de moda —pronunció con desdén mientras continuaba con su paso renqueante por el jardín—. Mis nietos me tienen al día, no creas que porque me veas como un viejales me vas a poder engañar.

—No pretendía…

—He estado comentando con Celeste sobre la estrategia de contenidos —me cortó—, y vamos a hacer lo siguiente…

Pasamos las siguientes cinco horas grabando vídeos por todo el geriátrico. Al parecer, Marcial había realizado un casting previo para elegir a los ancianos más lozanos y al personal más atractivo. Por supuesto, Mercedes aparecía en todas las tomas. Por un momento, pensé que iba a quedarme sin almacenamiento en el teléfono, ya que mi «coordinador» no escatimaba esfuerzos para que todo quedase perfecto: «No puedes sacar a Amparo en su perfil malo, ¿no ves que le quedan cuatro pelos? ¿Qué imagen estaríamos dando teniendo en cuenta que presumimos de tener peluquería?», o «Emérito, ya sé que esa es tu camisa preferida y que la llevaste el día de tu boda, pero ¿no crees que hay que modernizarse? ¿Queremos que nos vean como unos vejestorios pasados de moda o como maduritos influencers?».

Marcial tenía comentarios para todos, y lo peor (o lo mejor): me divertí. No tenía nada que ver con mis días en Londres, encerrado frente a una pantalla.

Después de comer, me reuní con Celeste, quien, tras corroborar la eficacia de Marcial, me dio vía libre para trabajar desde

casa durante la próxima semana. Así podría editar todos los vídeos y hacerles una propuesta para sus redes sociales.

Mentalmente apunté que debía pedirle ayuda a Mona. Ella era una fiera en eso. Mil veces mejor que yo. Así le iba, trabajando en una de las mejores agencias de publicidad de Madrid, mientras que su hermano mayor… Bueno, mejor no comparemos.

Llegué a casa más contento de lo esperado, optimista, justo a tiempo para darme una ducha y correr a la cita con mis potenciales clientes de Algo Ligero.

18. LEO



—Hoy hemos llegado antes que tú —saludó Dani tendiéndome la mano.

—Son las seis y media clavadas —me defendí mientras me acercaba a Elena para darle los dos besos de cortesía.

En sus labios creí percibir un atisbo de sonrisa cómplice, fruto de nuestras conversaciones de los días anteriores, ¿o serían imaginaciones mías?

—Os habéis pasado de puntuales.

Nos sentamos, y mientras traían los cafés, hablamos de banalidades: el calor repentino de Madrid, el atasco en Castellana… Los tres estábamos algo nerviosos. Supongo que cada uno traía sus propias expectativas. Aquella tarde sabríamos si se cumplirían o si nos despediríamos con un apretón de manos y un hasta más ver. Me fijé en que el rostro de Elena estaba más contenido. No era la expresión risueña que recordaba. Incluso noté en sus ojos un toque de tristeza. ¿Tendría que ver con la situación del catering? Si era así…, ¿no era un poco pronto para venir con esa cara? Aún no les había enseñado la propuesta.

—Pues vamos a ello, ¿no? —comencé con tono seguro mientras encendía el portátil. Había montado la presentación en PowerPoint, el único programa para el que aún tenía licencia.

Los dos miembros de Algo Ligero asintieron y yo invoqué al Leo exitoso de antaño, ese que se camelaba a todos los inversores y a los hombres de negocios más exigentes con tres frases y una sonrisa.

—En primer lugar, quería daros las gracias por vuestra paciencia, por enviarme toda la información y, especialmente, a Elena por dedicar su tiempo a resolver mis dudas. —La aludida asintió en silencio—. Durante estos días, he estado haciendo una revisión integral de vuestra empresa y, con ello, intentado localizar

sus fortalezas y debilidades. Así que vamos a ello: el principal punto a favor es que la comida es increíble. En vuestro catering, no sólo nadie pasa hambre, sino que las recetas son originales y están preparadas con una delicadeza digna de restaurante de guía Michelin, y, creedme, he comido en muchos. Sólo por eso, este proyecto ya merece la pena.

—No es una sorpresa que cocinemos genial, ¿verdad, Jelen? —comentó Dani orgulloso—. Pero ¿y los puntos en contra? ¿Hay muchos?

Los miré con seriedad. Debía ser sincero con ellos:

—Los puntos en contra son… todo lo demás. —Suspiré—. La organización es pésima. No lleváis una agenda, ni un mísero calendario en el móvil para tener un registro de eventos. La contabilidad es un desastre, no sólo está mal hecha, sino que es desordenada, caótica. Sabéis que no tenéis dinero, pero no por qué, ni en qué lo gastáis, ni tenéis bien calculados los precios. Lo siento, Dani —me apresuré a decir al ver su mueca.

—Bueno, al fin y al cabo, no soy contable. —Se encogió de hombros—. Lo siento, hice lo que pude.

Elena le apretó el brazo con cariño.

—Rocío y yo lo hubiéramos hecho peor, créeme. Ella ni siquiera sabe abrir el Excel…

—Y además de la organización y la contabilidad —interrumpí —, no os habéis promocionado nada bien. Tenéis unas redes sociales bastante decentes, pero el contenido que subís es esporádico, desordenado, quizá un poco… pasado de moda.

—Ahora tenemos una locura de seguidores —comentó Dani.

—Sí, porque os empezaron a seguir tras el lío de la boda — repliqué, y me miraron con decepción—. Pero no pasa nada. Bueno, sí pasa, pero podemos aprovechar todo eso en vuestro favor. Ahora que estáis en el punto de mira, es el momento perfecto para limpiar vuestra reputación.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé.

—¿Alguna crítica más? —preguntó Dani, resignado.

—Hay que revisar los eventos en los que participáis. Tenéis que apuntar más alto. No más cumpleaños familiares salvo que vuestra tía abuela sea influencer.

Vi a Elena negar con la cabeza.

—¿Pero tú quién piensas que somos? Si no hemos hecho eventos grandes es porque no nos han contratado. Hay mucha competencia.

La miré fijamente.

—Elena, sé que hay competencia y sé que es difícil, pero, dime, ¿quiénes queréis ser? ¿Los que organizan el catering del sesenta y cinco cumpleaños de la tía Loles y sus amigas o los que organizan el catering de la Semana de la Moda de Madrid?

—Eso es imposible —sentenció.

—No, no lo es. Podríais organizar un evento así y quedaría perfecto con vuestra imagen, con la idea de vuestro catering. A la gente ahora le gustan los espacios diáfanos, el blanco, las plantas que cuelgan y decoran todo, los restaurantes de comida orgánica y las cosas, ¿adivinas cómo?, ligeras —concluí, orgulloso de mi discurso improvisado.

Dani y Elena se miraron, y, después, a mí. Crucé los dedos para que empezase a calar mi mensaje.

—Vale, ¿y qué tenemos que hacer? —quiso saber Dani.

Suspiré. Ahí estaba lo difícil.

—Empezar de cero.

—Define cero —pidió Elena.

—Primero, revisar todas las recetas y crear una carta nueva. Nombres claros pero sofisticados. Platos que llamen la atención de clientes exigentes. Luego, meterse a fondo en las cuentas: cuánto dinero tenéis, en qué se gasta, en qué se puede ahorrar. Dani, tu Excel va a pasar a mejor vida. Te enseñaré a llevarlo de forma ordenada —ofrecí—. Y como ahora andáis bastante justos, hay que definir qué gastos son imprescindibles. Como el alquiler de la cocina.

—Quizá podríamos volver al restaurante de los padres de Rocío —propuso Dani.

Elena y yo negamos al mismo tiempo.

—Lo de Rocío es un tema que debemos tratar después —comentó ella con tristeza—. Parece que no va a querer volver, así que mucho menos nos dejará la cocina del restaurante.

—Y, además, no podéis cocinar sólo cosas frías —añadí yo —. Necesitáis una cocina en condiciones, ese es el gasto más importante.

—Mi sueldo ya no será un problema —añadió.

Dani y yo la miramos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Vuelvo al despacho.

—¡¿Qué?! ¿Cuándo?

—Empiezo el miércoles. Silvia me ha comentado que podrían necesitar apoyo, y hoy he hablado con Martín. Está dispuesto a aceptarme de vuelta —le explicó.

El chico hizo una mueca.

—Lo siento. Siento toda esta situación. —La miró fijamente —. Sé que odias ese sitio y esa… esa vida.

Ella suspiró.

—Ya, pero tengo la mala costumbre de comer —afirmó—. Y es lo mejor si no quiero que Katyusha llame al casero para chivarse de mi situación y me acabe echando.

—¿Quién es Katyusha? —pregunté perdido—. ¿Y lo del despacho?

¿Y por qué Elena no me había contado nada esos días?

—Mejor te lo cuento luego —dijo ella—. Vamos a lo importante.

Aunque me quedé intrigado, decidí aparcar el tema y seguir con la reunión. Aun así, no pude evitar dedicarle una mirada un poco más larga de lo habitual. Ella torció el gesto.

—Bien —retomé—. Después de revisar la contabilidad, hay que trabajar las redes. Aprovechemos el tirón. Hay que subir vídeos cocinando cosas deliciosas, que la gente empiece a salivar al abrir Instagram. Cuidar la estética. Que todos quieran tener vuestras tartaletas en sus fiestas.

—Pero si acabas de decir que no hacemos cumpleaños.

—¡Exacto! Que todos quieran, pero que sólo unos pocos puedan pagaros.

—No sé si lo pillo.

—Tenéis que subir de liga —expliqué—. Si, después del escándalo de la boda, os quedáis con celebraciones pequeñas, ahí os vais a quedar. Tardaréis años en remontar, en que un player en condiciones os dé la oportunidad.

—Qué lenguaje tan sofisticado —comentó Dani, divertido.

Puse los ojos en blanco.

—Ya me entiendes —repliqué—. En cambio, si de pronto os dejáis ver, si os posicionáis en alto, los grandes se pelearán por vosotros. Eso sí, todo tiene que ser perfecto. Se acabaron los camareros adolescentes, las furgonetas cutres y la comida recalentada. A partir de ahora, seréis profesionales de verdad.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? Hasta ahora, lo hemos intentado y…

—Ahora me tenéis a mí.

19. ELENA



Su voz sonó tan segura y tan firme que, por un momento, me permití creer en él. A mi lado, Dani lo miraba fijamente, igual de encandilado. El tipo era un seductor nato, un vendedor. No sabía que lo había traído de vuelta a Madrid, pero podía imaginarlo camelando a los peces gordos de la City. El plan que había trazado sonaba bien. No parecía nada del otro mundo, pero nosotros no habíamos sido capaces de hacerlo realidad pese a nuestros esfuerzos.

Ahora, con un nuevo jugador en el equipo, quizá las cosas cambiaran. Quizá mis días en el despacho estuvieran contados. Ojalá. Observé a Leo, recostado en la silla, con esa seguridad que arrastraba a su paso. Esa aura de éxito. Y me pregunté, por enésima vez, qué había visto en nosotros.

—¿Y cuánto nos va a costar? —solté de pronto.

Dani me miró, sorprendido, como si acabara de caer en la cuenta de que este plan maravilloso no era gratis.

—De momento nada —afirmó, y yo arqueé una ceja. Demasiado bonito para ser verdad—. La parte negativa de este plan es que al principio trabajaremos todos gratis. Yo lo asumo y vosotros lo asumís. —Sentí la mirada de Dani perforando mi rostro—. No sé durante cuánto tiempo será así, espero que cinco o seis meses, siete como mucho. Pero vuestra situación financiera no permite ni que estos cafés los pague Algo Ligero. —Señaló las tazas de la mesa.

—Pues sí que estamos jodidos —murmuró Dani.

—¿Y después?

—Cuando lleguen los primeros ingresos y, con suerte, algún beneficio, empezaremos a ahorrar para tener un fondo de reserva. Y cuando tengamos algo de colchón, nos pondremos un pequeño

sueldo, en función de la participación y del trabajo. Y ahí entro yo. —Sonrió.

—¿Vas a cobrar lo mismo que nosotros? —inquirió Dani.

Leo arqueó una ceja, divertido.

—Dani, ¿cuánto estabas cobrando tú?

Mi amigo se sonrojó.

—Casi nada —admitió—. La mayoría de lo que sacábamos se lo dábamos a Elena, que se encargaba de todo… Y ni así le daba para pagar el alquiler.

Me miró y sentí el calor en mis mejillas. Yo organizaba casi todo en el catering: compras, recetas, clientes… ¿Era todo culpa mía? ¿Había llevado a Algo Ligero al fracaso? Cerré los ojos un segundo, atrapada entre el disgusto y la vergüenza, temiendo descubrir lo que Leo estaría pensando de mí y de mi nefasta gestión.

—Pues, a partir de ahora, cobraremos todos en función de las horas y el trabajo que dediquemos. Si, por ejemplo, Elena vuelve a jornada completa, su sueldo será más alto. Pero, Elena —se dirigió a mí—, de momento, no te lo recomiendo. Dejar tu trabajo, quiero decir; luego hablaremos sobre eso.

Asentí con un suspiro.

—Bien, ¿alguna pregunta más?

—¿Qué hacemos con Rocío? —soltó Dani, y ambos nos tensamos.

Leo se encogió de hombros.

—Yo os ayudaré en lo que queráis hacer, pero esa decisión es vuestra.

—Deberíamos hablar con ella —comentó mi amigo. Tiene derecho a saber lo que estamos haciendo. Este también es su negocio y debe decidir si quiere participar en el plan o no. Aunque creo que, como mínimo, debería dejar que los que queremos seguir adelante continuemos en el barco, ¿qué opinas, Jelen?

Asentí con un terror repentino a esa conversación con Rocío. Su tono tajante de la cena seguía resonando en mi cabeza.

—Si pensáis que puedo ser de ayuda, os acompaño y hablamos los tres con ella. Yo mismo le explicaré el plan —se ofreció Leo, y, por un momento, algo en mi pecho se relajó.

Con él, de pronto todo parecía más fácil. Le dediqué una sonrisa que me devolvió con un ligero asentimiento.

Nos quedamos en la cafetería una hora más, repasando los detalles del plan, hasta que Dani tuvo que marcharse, alegando que tenía una cita.

—¡¿Con quién?! —exclamé.

Me miró divertido y me guiñó un ojo.

—Se dice el pecado, pero no el pecador. Ya la conoceréis.

Sonreí y le deseé suerte a mi amigo. Al verlo levantarse, caí en la cuenta de que se había puesto especialmente guapo esa tarde: camisa blanca y vaqueros relucientes, ni rastro de los pantalones desgastados que solía vestir habitualmente. Estaba increíble, y pensé que no me extrañaba que Katyusha estuviera loca por él.

—¡Que vaya bien! —exclamó Leo.

Dani nos dedicó una sonrisa nerviosa y se despidió con un gesto.

—¿No tienes ni idea de quién puede ser?

Negué.

—Dani es muy reservado con su vida personal. Nos cuenta las cosas a su ritmo. La última vez que supimos algo sobre una pareja suya fue cuando ya lo habían dejado. —Me encogí de hombros.

—Pero pasáis mucho tiempo juntos.

—Sí, pero eso no quiere decir que nos lo contemos todo.

Leo sonrió.

—Tú tienes pinta de contarlo todo.

—¿Y eso?

—Intuición.

—Pues siento decepcionarte, pero no —repliqué, pensando que el motivo principal de no contarlo todo es que mis secretos podrían hacer daño a las personas que más quiero y, ya que estamos, dejarme sin amigos.

Pensé en Aurora. Se suponía que no había secretos entre nosotras, y, sin embargo, le ocultaba la peor de mis fechorías.

—En cualquier caso —continuó Leo, ahora con una mirada más cálida—, ¿quién es Katyusha? ¿Y lo del despacho?

Dudé. No sabía si evitar la pregunta o lanzarme a contarle lo estrambótico de mi compañera rusa y mi pasado como abogada. Frente a mí, Leo daba un sorbo a su café, que debía de estar ya frío. Compuso una mueca.

—¿Pedimos otro y te lo cuento? —me animé.

Él sonrió.

—Me parece perfecto.

20. LEO



Abandonamos la cafetería casi a las nueve y media, cuando los camareros nos avisaron de que estaban a punto de echar el cierre. Ya en la calle, el aire caliente de finales de junio acarició nuestras mejillas. Habíamos estado hablando sin parar durante casi dos horas. Elena me había contado todo sobre la Torre de Babel en la que ahora vivía y el despacho de abogados o «el barco de esclavos», como ella lo llamaba, en el que tenía que volver a trabajar si quería pagar las facturas.

—Estoy seguro de que va a ser algo temporal —afirmé deseando tener razón—. Quizá, si logramos reflotar Algo Ligero, no sólo podrás dejar el despacho, sino, incluso, acompañar a Katyusha a la puerta.

—Ojalá tengas razón —suspiró—. No quiero compartir casa con estudiantes toda mi vida. De hecho, creo que ni siquiera quiero compartir casa. Me gustaría vivir sola, a mi aire.

—¿Y no has pensado en encontrar algo un poco más económico? —repliqué, pensando que, aunque la idea de vivir sola es algo de lo más común, en Madrid es más bien una pretensión de ricos.

Elena negó enérgicamente con la cabeza mientras caminaba a mi lado.

—No te creas que hay opciones mucho más baratas. Ese piso es mi hogar. Es donde más feliz he sido en los últimos años y es… es antiguo, acogedor. Lo hemos llenado de plantas. No sé, tiene algo especial. Un día te lo enseñaré.

—¿El día de los puerros confitados, por ejemplo? —sugerí —. Te recuerdo que estás en deuda. Yo ya he trabajado en mi propuesta, ahora te toca a ti demostrarme que merece la pena apostar por vuestras recetas.

—¡Pero si tú mismo has dicho que probaste nuestros canapés en la boda y te encantaron!

—Bueno, quizá se me haya olvidado —repliqué divertido, y me acerque a ella, que hizo un mohín, pero no se apartó—. Imagínate que estoy invirtiendo mi tiempo libre en remontar un catering que sabe fatal. A lo mejor el día de la boda había bebido mucho y por eso todo me sabía a gloria.

Ella soltó una carcajada.

—¡Pero si no estabas borracho! Parecías muy sobrio cuando me diste tu tarjeta.

—No lo sabes, soy muy tolerante al alcohol.

—Ya…, claro. —Provoqué una pausa—. ¿Echarías atrás nuestra propuesta?

—Puede —me hice el interesante—. En tus manos está.

Nos miramos durante un instante intentando contener la risa.

—¿Me estás chantajeando?

—¿Te dejas chantajear?

Quizá me estaba pasando con mis comentarios, pero empezaba a divertirme, y Elena, lejos de parecer incómoda, me seguía el juego.

—El viernes —propuso tras una breve pausa—. El viernes Katyusha tiene noche de Tinder y lo más seguro es que no esté en casa.

—Y si está, pues la conoceré —repliqué—. Noche de Tinder con nosotros.

—Créeme, no quieres eso.

—Así puedo tener el honor de escuchar sus pasos de elefante —continué, ignorando su comentario.

—O de convertirte en su cita de esta semana. Ten cuidado, porque, como te despistes, caerás bajo sus encantos.

—Oh, no soy fácil de encandilar.

—Pues ella es toda una profesional.

Sonreímos parados frente a un paso de cebra mientras el semáforo pasaba del verde al rojo y luego al verde otra vez. «Esta

chica tiene algo», me dije, algo que me atraía y me había llevado a inventarme una excusa terrible para cenar con ella.

—El viernes, entonces.

Afirmó.

—¿Se lo decimos a Dani o…?

Pareció dudar.

—Mejor no. Quizá tenga planes con su chica, quienquiera que sea.

—Claro, claro.

—Hasta el viernes, entonces.

Nos despedimos con torpeza y yo decidí volver a mi casa andando. ¿Qué era eso del viernes? ¿Una reunión de trabajo? ¿Una cita? ¿Una quedada con una amiga? Pensé en llamar a Pedro para contárselo, pero me preocupaba que se chivase a Mercedes y que eso pusiera en peligro mi nuevo puesto de trabajo en Ocaso de Madrid, antes de tener siquiera tiempo para demostrar mi valía. En todo caso, ya me imaginaba el comentario de mi amigo, qué, básicamente, consistiría en recomendarme que no incumpliera mis propias reglas y no me trincara a mi nueva socia, o compañera de trabajo, o lo que fuera.

Puse los ojos en blanco en medio de esa conversación conmigo mismo o con un Pedro imaginario. Es cierto que yo siempre había tenido cierta fama y dejado más de un corazón roto a mis espaldas, pero la relación con Stella, de alguna manera, me había cambiado. Aunque las cosas no habían terminado muy bien entre nosotros y aunque lo nuestro al final se pareciera más a una pareja de conveniencia que a un par de enamorados, descubrí que ya me había cansado de ir de flor en flor, de recorrer la noche de Londres, Roma o Madrid en busca de compañía rápida, que, como las hamburguesas del McDonald’s, quitan el hambre, pero luego te dejan el estómago lleno de remordimientos y con sensación de vacío.

Ya en casa, me di cuenta de que, por primera vez desde mi llegada a Madrid, me sentía bastante contento: al día siguiente me quedaría tranquilamente en mi piso, editando los vídeos que había grabado con Marcial, me prepararía una comida ligera y haría algo

de deporte. El viernes cenaría con Elena y, aunque me costase reconocerlo, eso era lo que más me apetecía de todo.

21. ELENA



En la cocina del apartamento teníamos un calendario colgado en la pared. Siempre me habían gustado esos almanaques. Me encantaba dibujar equis con rotulador mientras esperaba con ilusión alguna fecha importante: un viaje, una cena, las vacaciones… Sin embargo, esa semana, mirarlo me provocaba una sensación de angustia. Una desazón que podría describir con una serie de adjetivos calificativos como tristeza, ansiedad o ganas de tirarme por un puente. Sí, esto último no es un adjetivo calificativo, lo sé.

En unos días comenzaría en mi «nuevo viejo trabajo», y sólo de pensar en volver a esa época gris, ya se me saltaban las lágrimas. Mientras desayunaba mis tostadas sentada en la mesa de la cocina, me aferraba con fuerza al pensamiento de que sería algo temporal. Que Leo conseguiría que Algo Ligero resurgiera de las cenizas y que mi vida volvería a la normalidad, o incluso sería mejor: sin compañera de piso, sin temor a las facturas y a quedarme otra vez en números rojos y sin estabilidad.

Como si la hubiera invocado, Katyusha apareció por la cocina, lista para comenzar el día. Había que reconocer que, a pesar de su descomunal tamaño, al menos para mí, que apenas rozaba el metro sesenta y cinco, era bastante guapa. Rubia y con unos ojos azules enormes que incluso a Aurora le provocaban cierta envidia. Al verla pulular concentrada en busca de una taza en el armario, de pronto, se me encendió una bombilla:

—Katyusha, ¿el viernes por la noche vas a estar en casa?

Se giró a la velocidad de la luz y me interrogó con su mirada azul.

—Tengo cita, ¿por qué? ¿Tener tú cita también? —Arqueó una ceja.

—No, cita no —me apresuré a replicar. Porque no era una cita, ¿correcto?—. Una reunión de trabajo.

—¿Estará Dani? —preguntó con interés.

«Mierda», pensé. Si Katyusha sospechase que mi amigo podría venir a nuestro apartamento, estaba segura de que dejaría sus planes con tal de coincidir con él e intentar intercambiar un par de frases en ese español suyo tan peculiar.

—Dani no puede venir. Tiene planes —solté, dudando si debería contarle que se estaba viendo con alguien.

Vi cómo la esperanza se desvanecía en sus ojos.

—Oh. Pues no, yo no estar en casa. Así que Rocío y tú tener piso libre.

Asentí satisfecha y sin entrar en detalles. Rocío no iba a ser mi compañía para esa noche. Y tampoco quería a Katyusha rondando. Estaba segura de que enseguida convertiría a nuestro asesor en uno de sus objetivos, y la escena de Katyusha sentada entre nosotros en el sillón me vino a la mente como una premonición, o, mejor dicho, como un recuerdo, pues era lo que ocurría cada vez que Dani se atrevía a aparecer por casa.

Al mediodía, me encontraba practicando nuevas recetas cuando mi teléfono comenzó a sonar. Era Dani.

—Hey, ¿qué tal tu cita ayer?

—¡Fantástica! —escuché su voz alegre.

—¿Cuándo nos vas a decir quién es?

—No seas pesada. Os lo contaré cuando sepa que las cosas van en serio. —Provocó una pausa—. ¿Qué tal vosotros? ¿Os fuisteis mucho más tarde? ¿Me perdí algo?

—Nos fuimos sólo un poco después que tú —mentí sin saber bien por qué—. No te perdiste nada.

—Tenemos que hablar con Rocío —afirmó—. No podemos empezar a trabajar con Leo sin que ella lo sepa.

—Lo sé…

—Así que había pensado en que podemos quedar con ella este finde. Podemos ir a su piso y…, ya sabes, hablar del tema.

Suspiré. No me apetecía nada. Lo más probable era que Rocío se cabrease, habría gritos, lágrimas… Nuestra Madre de

Canapés era pura intensidad.

—Está bien —pronuncié—. Estoy de acuerdo en que no podemos posponerlo más.

—Lo pondré por el grupo —afirmó Dani—. Y se lo diré a Leo: creo que si nos acompaña, las cosas serán más fáciles.

—Estoy de acuerdo, aunque lo siento por él —bromeé.

—Para eso le pagamos.

—Dani, no le pagamos, en realidad —lo corregí.

—Bueno, Jelen, tienes razón. Pero a él le interesa esto, ¿no? Todos ganamos. Además, me parece un buen tipo, nos ayudará.

Asentí y colgamos el teléfono. Sólo unos minutos más tarde, leí los dos mensajes de Dani. El primero lo escribía en el grupo del catering que teníamos con Rocío, proponiéndole tomar unas cervezas el sábado por la tarde para «terminar de cerrar algunas cosas». El segundo mensaje lo escribía en el grupo de Algo Ligero 2.0 y le pedía, o más bien suplicaba, a Leo que nos acompañase en el mal trago que íbamos a pasar. Leo contestó al momento aceptando la quedada. Sólo unos segundos después, mi teléfono volvió a vibrar:

Leo:
Creo que voy a necesitar más información sobre tu amiga.
Lo del sábado promete ser todo un reto.

Yo:
¿Crees que serás capaz de convencer
a Rocío de que tu propuesta siga en pie?

Leo:
Créeme, he vendido hielo en el Polo Norte.

Yo:
Pareces muy seguro de ti mismo.

Leo:
Suelo conseguir lo que me propongo…
casi siempre.

Yo:
¿Casi siempre?
¿Algún fracaso que me quieras contar?

Leo:
¿Qué? ¿Por qué?
Luego lo utilizarás en mi contra.

Yo:
Para mi desgracia, tú tienes
mucho más material sobre mí.

Leo:
Me gusta jugar con ventaja.
Pero está bien.
Te lo contaré.

Yo:
Soy toda ojos.

Leo:
Intenté convencer a mi hermana Mona de que
viniera a la boda de Aurora y Javi.
Probé mil formas de sobornarla.
Pero fue imposible, dijo que no quería saber nada
de esos esnobs.
Es un poco hippie.

Yo:
Espera, espera.
¿Tu hermana se llama Mona?
¿Leo y Mona?
¿Pero qué les pasa a tus padres?

Leo:
Ya ves.
Siempre hemos sido una familia de raritos.
Pero prefiero no seguir desvelando mis secretos.

Yo:
¿Por si cambio de opinión
y decido no dejarte entrar en mi casa?

Leo:
Suelo causar el efecto contrario en las mujeres...

Yo:
Eres un engreído.

Leo:
Me lo has dejado a huevo.
Nos vemos el viernes, Elena…

Yo:
Nos vemos el viernes, Leo Ligero.

Sonreí divertida y pensando en su último comentario, consciente de que, detrás del tono engreído, había una gran dosis de realidad. No sabía nada sobre el pasado amoroso de Leo, más allá de esa exnovia, sin embargo, no me sorprendía que las mujeres no quisieran dejarlo escapar.

Cerré la conversación y busqué en el historial de chats de la aplicación el nombre de Aurora. Me moría por contarle que iba a tener una pseudocita, pero no me veía preparada para el tercer grado al que me sometería. Además, era más que probable que se lo contase a Javi, y, aunque la idea de darle celos resultaba muy tentadora, no me sentía lista para eso.

En cualquier caso, le envié un mensaje a mi amiga interesándome por su viaje; tenía que hacer un esfuerzo si no quería que nuestros años de amistad se fueran por la borda, al fin y al cabo, habíamos compartido muchas cosas. Ella me había apoyado con Algo Ligero cuando nadie creía en mí, y las dos habíamos dado carpetazo y tomado un rumbo muy distinto al que presagiábamos cuando comenzamos la universidad.

Sin ella, seguramente Algo Ligero no existiría tal y como después lo cocinamos.

22. ALGO LIGERO. Año 2019



—Ele, ¿qué te parece este? —preguntó Aurora apartando la cortinilla del probador.

Elena observó a su amiga, que daba vueltas delante del espejo analizando su atuendo. Intentó buscar las palabras correctas:

—Pues pareces Julia Roberts en la película Pretty Woman. Y no me refiero a la parte del glamour, precisamente.

—Tienes razón, quizá esto es demasiado…

—¿Poco acertado? ¿Escandaloso? —Las chicas sonrieron mientras bajaban la vista a la minifalda y al top de cuero que envolvían a Aurora y que dejaban poco a la imaginación—. Además, no parece que transpire mucho —añadió Elena con una mueca.

—Tienes razón. —Con un suspiro, la rubia dio media vuelta y volvió a esconderse dentro de la cabina—. Algún día tendré un asistente personal —comentó—. Y me traerán la ropa a casa.

—¿Y perdernos estos momentos de probar toneladas de modelitos en las tiendas?

—Probaré en mi casa mientras bebemos champán —afirmó Aurora detrás de la cortina. Unos segundos después, reapareció—. ¿Qué te parece este?

Al verla, Elena dibujó una o con los labios. Ataviada con un impresionante vestido negro salpicado de lentejuelas y con una abertura hasta el muslo, su amiga parecía lista para pasear por una alfombra roja.

—Estás increíble.

—¿Crees que a Javi le gustará?

—Es imposible que no le guste —había respondido con un nudo en la garganta.

Hacía un par de meses que Javi y Aurora salían de forma oficial después de mucho tiempo de un coqueteo ligero e incesante que había traído a Elena por la calle de la amargura. Javi estaba

claramente interesado en Aurora, pero no dejaba de lanzarle señales confusas a ella, y después de lo que ocurrió justo antes del viaje a París , aquello le dolía en el alma. Como una herida que aún continuaba abierta.

Por eso no terminaba de asumir que sus amigos al fin fueran pareja. Había pasado años aguantando a las novias de Javi: la jirafa que jugaba al baloncesto, la empollona que quería ser jueza y a quien le copiaba en los exámenes (al menos, gracias a esa aprobó Derecho Administrativo), y luego, aquella choni que resultó ser una amiga de la infancia con quien el chico se había reencontrado gracias a Facebook.

En el fondo de su corazón, Elena sabía que ninguna de ellas era la adecuada y que, tarde o temprano, esas relaciones tocarían a su fin. Entonces llegaría su momento. Sin embargo, lo que menos esperaba era que Javi, de entre todas las mujeres del planeta, fuera a elegir a su mejor amiga. ¡Nunca había dado indicios de que le gustara! O, al menos, no más allá del plano estrictamente físico. De hecho, alguna vez le había comentado que con Aurora no se podían tener conversaciones trascendentales o un poco más complejas. No tenía un sentido del humor rápido, como Elena, o una forma divertida de contar historias. Aurora era preciosa y además buena persona, pero ahí quedaba todo. Eso le había otorgado una falsa tranquilidad a Elena que duró años y quizá fue el desencadenante de una serie de errores que ya no podía deshacer.

Para empezar, jamás había confesado sus sentimientos a ninguno de sus amigos. Después de conocer a Aurora en aquella discoteca, comenzaron a sentarse los tres juntos en clase y, a medida que su amistad fue haciéndose más fuerte, se volvieron inseparables. Con ellos, era feliz y no quería arriesgarse a estropearlo todo.

Tuvo que morderse los labios en muchas ocasiones. Los juegos del Yo nunca le resultaban una tortura. En algún momento y con alguna copa de más, estuvo a punto de romper su silencio, en especial cuando Javi acudía a ella con el corazón roto después de otro desengaño amoroso.

—¿Por qué no serán como tú? —le había dicho más de una vez—. Contigo todo es fácil.

«Entonces, ¿por qué no me eliges?», pensaba ella. Pero se callaba. Incluso aquella noche en la que tuvo la oportunidad perfecta, en la que fue «ahora o nunca», en la que, por primera vez en tantos años, la línea de la amistad se volvió difusa durante unas horas.

Ni siquiera entonces se atrevió.

Y después supo que ya no lo haría.

Aurora, por su parte, jamás sospechó nada, o, si lo había hecho, había fingido muy bien. Después, a diferencia de ella, no tuvo ningún problema en aceptar cuando Javi le pidió salir. No se detuvo a pensar en las consecuencias para su amistad. Quizá le dio igual. Quizá Aurora había sido más egoísta y también más valiente que ella. Había tomado sus decisiones pensando en lo mejor para sí misma, cosa que Elena no podía reprocharle, al contrario, se maldecía por no haber actuado con mayor rapidez antes de ese viaje en el que todo cambiaría.

—Y con esto, me acabo de pulir mi sueldo del mes como becaria —anunció Aurora tendiendo la tarjeta de crédito a la dependienta.

—¿Tú crees que a tu padre le importará?

Aurora la miró con una sonrisa desafiante.

—Me da igual. He tomado una decisión.

—¿Independizarte?

—¿Estás loca? Si me independizo, no me podría permitir todo esto.

Elena sonrió a medias y pensó en sus vaqueros desgastados y en la blusa de dos temporadas atrás, pero era libre y eso valía más que todos los modelitos nuevos del mundo.

—¿Entonces? ¿Cuál es tu decisión?

—Voy a dejar la empresa de mi padre. Es un rollo. Eso del departamento laboral, que si se despide gente, que si otros se quejan de su salario o se dan de baja… No quiero pasarme toda mi vida haciendo eso.

—Créeme, lo entiendo…

—Y tú me has inspirado, Ele. Con tu proyecto del catering. Si tú puedes intentarlo, ¿por qué yo no? —afirmó con ojos ilusionados.

—Pero ¿qué es lo que quieres intentar?

—Me voy a hacer influencer.

—¡¿Qué?!

—Como lo oyes. ¿Has visto mi cuenta de Instagram? Ya tengo varios miles de followers, sólo necesito profesionalizarme un poco: mejores fotos, looks más rompedores, hablar un poco de mi vida privada…

Elena arqueó las cejas.

—¿Vas a contar tu vida privada?

—Contaré sólo lo que quiero que la gente sepa.

—¿Y qué dirá Javi?

—¿Javi? ¿Qué importa lo que diga Javi? —Se rio—. ¿Acaso me meto yo en su vida? Que, por cierto, no tiene.

—Sí, últimamente se pasa el día en el trabajo… ¿Y tu padre?

—No le gustará, pero cuando vea que puedo ganar mi propio dinero con las redes, no tendrá motivo de queja. Siempre quiso que dirigiera un negocio, ¿no? Pues eso es lo que voy a hacer, voy a dirigir el mío.

Paseando por la calle Serrano cargada de bolsas, con su melena rubia y su cuerpo de escándalo, Aurora parecía capaz de todo. Elena no tuvo dudas de que conseguiría su propósito y, por un momento, tampoco las tuvo sobre por qué Javi la había elegido. Era evidente. No hacía falta fijarse mucho para saber que no podía competir, ni con su talla treinta y seis, ni con ese carácter afable y decidido. La personalidad de la chica era arrolladora, y no quedarse atrapado por sus encantos resultaba imposible. De hecho, hasta le parecía que Javi había tardado demasiado en caer rendido a sus pies.

—Y ahora, cuéntame, ¿qué tal vais con Chef Ele & Ro? —cambió de tema.

—Pues… —dudó—. Podría decirse que no vamos mal. Teniendo en cuenta que acabamos de empezar, conseguir más o menos un evento al mes no está mal. Hemos tenido algunos

cumpleaños y en octubre nos han contratado para una fiesta de empresa.

—¡¿Qué me dices?!

—Bueno, son quince trabajadores, pero quizá se corra la voz. —Se encogió de hombros.

Chef Ele & Ro había arrancado lento, pero dentro de las expectativas de sus socias. Por primera vez en mucho tiempo, Elena estaba agotada pero contenta. El catering ocupaba todos sus pensamientos, incluso en los días más grises en el despacho, cuando se le amontonaba el trabajo y los clientes se volvían insoportables. Su negocio le daba esperanza, era como una luz al final del túnel, por eso no le importaba madrugar los fines de semana o acostarse a las tantas probando recetas nuevas.

El proyecto había surgido en un momento clave, justo cuando Javi y Aurora anunciaron su noviazgo. Para Elena, ese era el clavo al que agarrarse: cuando sentía que su vida personal se desmoronaba, se aferraba a que sería una mujer de éxito en lo profesional y, de una forma u otra, feliz.

—Siento decirte esto, Ele, pero no me lo puedo callar —comentó Aurora de pronto con cierto nerviosismo.

Elena la miró con ojos como platos. Lo primero que pensó fue que habría descubierto sus sentimientos por Javi.

—El nombre que habéis elegido para vuestra empresa es horrible. Necesitáis algo con más gancho, que atraiga a la clientela.

Elena frunció el ceño, aliviada. Tenía que reconocer que ese nombre tampoco le entusiasmaba.

—A ver, ¿y cómo lo llamarías tú?

—A juzgar por el tipo de recetas que preparáis y por la moda de lo orgánico y lo healthy…

—Ajá…

—¿Qué te parece… ¡«Algo Ligero»!?

23. ELENA



Aurora:
Y ¿cómo llevas lo de Algo Ligero?

Yo:
Más o menos.
El lunes empiezo en el despacho, de nuevo.

Aurora:
Eso es una buena noticia, ¿no?

Yo:
Pues depende de cómo lo mires…
Siento que empiezo de cero,
y no mola.
No mola nada.

Aurora:
Lo sé, Ele.
Pero en cuanto me instale, haremos una noche de sushi y pensaremos ideas.

Yo:
¿Ideas para qué?

Aurora:
Pues para tu futuro,
¿para qué va a ser?
¿Crees que no sé lo importante que era Algo ligero para ti?
Me imagino que debes de estar muy triste…
quizá perdida.
Pero no te preocupes,
encontraremos algo.
¿Sabes? He pensado que
en la empresa de mi padre

tienen un catering en el que podrías colaborar,
y aunque no sea lo mismo…

Yo:
Para, para…
¿Nunca dejas de pensar?

Aurora:
No hasta que mi mejor amiga sea feliz.

Yo:
Destrocé tu boda…
Ya no merezco el título de mejor amiga.
Soy la peor amiga.
El grinch de la amistad.
Estoy despedida.

Aurora:
Tonterías.
Eso es agua pasada.
Ahora, vamos a centrarnos en lo que de verdad importa.
Que es buscarte un nuevo trabajo.
Uno que te apasione :)

Yo:
No me voy a negar.
Yo pongo el vino.

Me sentía bien hablando con mi mejor amiga. Al menos, me daba la sensación de que, al hacer las paces con ella, mi vida volvía a tener cierto orden. Javi llevaba un par de días sin escribir, y eso, aunque me provocaba tristeza, también me daba tranquilidad. Una versión optimista de mí pensaba que quizá las cosas no fueran a salir tan mal. Al fin y al cabo, ¿qué había cambiado? Javi y Aurora llevan juntos más de cinco años. Casarse era sólo legalizar una relación que ya tenía todas las formalidades excepto el anillo. Quizá su enlace fuera el empujón que yo necesitaba para tener una vida amorosa saludable. O, sencillamente, vida amorosa.

Mi mente voló hasta la imagen de Leo, que en los últimos días se proyectaba en mi cerebro con más asiduidad de lo razonable. Él y sus ojos oscuros y esas camisas que le sentaban tan

condenadamente bien. Supongo que los wasaps que intercambiábamos casi todos los días, y que yo recibía con la alegría del niño que recibe un chupa-chups, ayudaban a que no me lo pudiera sacar de la cabeza.

«Es mi esperanza para recuperar mi negocio», me repetía, convencida de que nuestra relación sólo revestía carácter profesional y que, pese a la insistencia de Silvia, yo no tenía ningún interés más allá de que era nuestro asesor.

Un asesor demasiado atractivo, eso sí.

Y que me tenía cada vez más enganchada.

Mientras apuntaba en una hoja de papel la lista de la compra para la cena de esa noche, la pantalla de mi móvil se iluminó otra vez.

Aurora:
Pues…
Javi está un poco raro estos días.

Saltaron todas mis alarmas y me abalancé sobre el teléfono.

Yo:
¿Raro?
¿Raro en qué sentido?
Quizá la comida keniata le esté dando retortijones
y trate de disimular.

Aurora:
Jaja, no creo que sean retortijones.
A veces está como distante, taciturno.
No deja de mirar el móvil…
Quizá mi padre lo tenga agobiado con
algún tema del trabajo,
pero le pedí expresamente que no le molestase,
al menos estos días.

Yo:
A lo mejor simplemente
tiene ganas de volver a casa.

Ya sabes que a Javi nunca le gustó demasiado viajar.
Si hasta se agobiaba los veranos
en el pueblo de su abuela.

Aurora:
Eso no es viajar…

Yo:
¡Por eso!
Estoy segura de que será una tontería.
No tienes de qué preocuparte.

Aurora:
Está bien.
Te haré caso.
Al fin y al cabo, tú eres quién mejor lo conoce.
Siempre habéis tenido una amistad especial.

La bilis me subió por la garganta. ¿Acaso Aurora sospechaba algo? ¿Algo sobre nuestro beso? ¿Algo sobre la cantidad de mensajes que Javi me había enviado a lo largo de su luna de miel? Una lluvia torrencial de remordimientos comenzó a invadir mi pecho, ¿me estaba convirtiendo en una mala persona? ¿Qué estábamos haciendo Javi y yo? ¿Estamos arruinando entre los dos la vida de Aurora? Bajé la vista a la lista de la compra y, al recordar mis planes para el viernes, un sentimiento calentito me atravesó el pecho junto con una última pregunta: ¿qué pintaba Leo en todo esto?

24. LEO



—¿Qué es de tu vida, tío, Leocadio, que no se te ve el pelo?

Pedro y yo nos habíamos encontrado esa tarde de viernes en nuestro bar de siempre. Un local cutre con cerveza barata y barra libre de cacahuetes.

—Mucho trabajo —afirmé, contento por poder pronunciar esa frase después de dos meses de vagar por el desierto—. Parece que las cosas van razonablemente bien en Ocaso de Madrid. No me pagan mucho, pero, al menos, vivo bastante relajado. Edito los vídeos en casa…

—Para decepción de mi hermana, supongo —me interrumpió mordaz.

Puse los ojos en blanco.

—Puede ser, pero ya sabes que no estoy interesado en tu hermana. —Me encogí de hombros—. Y ella debería saberlo también. No he dicho ni hecho nada para darle a entender que…

—Que sí, que sí —me cortó Pedro—. Sólo comento una realidad. No para de hablar de ti, ya sabes cómo es. Le gustas desde que estábamos en primaria.

—Pues ya lo siento…

Mi amigo se encogió de hombros y dio un largo trago a su cerveza.

—Ya me jodería tener que aguantarte también en las comidas familiares. —Me propinó un codazo.

—Pues tu madre estaría encantada.

—Eso no lo dudo, tienes un puñetero imán para las mujeres de mi familia. —Provocó una pausa seguida de un rictus amargo—. Aunque lo mejor es que mi madre no se encariñe con nadie. Ya bastante tiene la pobre con superar la pérdida de Marta. —Suspiró.

—Por Dios, hablas de ella como si hubiera muerto.

Pedro torció el gesto mientras apretaba la cáscara de un cacahuete.

—Muerto, plantado a su prometido a las puertas del altar para pirarse a Australia… Es un poco lo mismo.

—Lo superarás. —Asintió sin convicción, se encogió un poco en su asiento y su mirada pareció perderse en algún punto de la pared del local. Le di una palmada en la espalda y decidí cambiar de tema—: Pues con los chicos de Algo Ligero parece que también avanza la cosa.

—¿Ah, sí? —Había captado su atención.

—Sep. Les ha gustado mi propuesta y mañana vamos a intentar convencer a la socia de la discordia de que el catering debe continuar.

—Suena apasionante —comentó con ironía—. Quién te ha visto y quién te ve.

—Ríete, ríete lo que quieras, pero cuando ese negocio comience a aparecer en los mejores eventos, seré yo quien se ría. Estoy seguro de que puedo conseguirlo —afirmé.

Pedro me miró con una sonrisa ladeada.

—Oye, Leoncio… ¿Hay algo que no me estés contando?

—¿Algo como qué?

Maldije a mi amigo, que sabía leerme como nadie.

—La verdadera razón por la que estás tan obsesionado por levantar ese negocio.

—Siento empatía por ellos. Están pasando por un mal momento y parece que, de un tiempo a esta parte, me he vuelto todo un experto en malos momentos. —Suspiré—. Supongo que conseguir salvar su negocio en parte es… como salvarme a mí mismo.

Pedro arqueó una ceja. El muy cabrón me conocía desde la guardería, entonces tomé aire y pronuncié:

—Y, vale, y te adelanto que no tiene nada que ver con mis razones, pero, como dato, hoy tengo una especie de cita con mi socia.

Soltó una carcajada.

—¡Lo sabía! Pobre Mercedes —bromeó—. Confirmamos que no tiene nada que hacer.

*

Me presenté en el apartamento de Elena puntual, con una botella de vino y un postre. Ya conocía el edificio, pero nunca había atravesado la línea del portal. Llamé al timbre y cuando el portón se abrió, un delicioso olor penetró por mis fosas nasales. Deseé que viniera de su apartamento. Subí hasta el primer piso por las viejas escaleras y mi estómago dio un salto al verla esperándome apoyada en el quicio de la puerta, ataviada con unos vaqueros viejos y una blusa y un mandil amarillo. Tenía un cucharón de madera en la mano y estaba algo despeinada y con las mejillas sonrojadas. Juro que en ese momento pensé que prefería mil veces esa imagen a la de una despampanante mujer con un pijama lencero.

¿Qué me estaba ocurriendo?

—Has llegado pronto —comentó un poco agobiada—. Aún no he terminado de cocinar… ni me he duchado.

—¡Lo siento! Si quieres me voy. Me puedo dar una vuelta a la manzana.

—No, no te preocupes. Si no te importa esperar…

—Se me da genial esperar. Te puedo dar conversación o ayudarte.

Ella sonrió y me invitó a pasar. Me incliné para darle dos besos que resultaron más torpes de lo que me habría gustado. La respiré cuando nuestras mejillas se rozaron, qué bien olía. Su pelo, toda ella, desprendían una mezcla entre canela, caramelo y naranja que me hizo pensar en si sus labios sabrían igual.

Le tendí la cajita con el postre y la botella de vino, cuya etiqueta observó antes de dedicarme un gesto de satisfacción, y la seguí hasta la cocina. Por el camino, me fijé en que el apartamento era todo luz y color. Los muebles, en su mayoría de madera clara, contrastaban con los fuertes tonos naranjas, amarillos y verdes que decoraban el sofá, cojines, alfombra y demás mobiliario. Me resultó un lugar acogedor y familiar y, de pronto, sentí empatía con Elena:

pude entender a la perfección por qué odiaba compartir su refugio, su hogar, con desconocidos.

—¿Y Katyusha? —pregunté.

—Tenía una cita. Me dijo que no la esperase despierta, que «ella pensar que este sí llegar a ser conquistador de su corazón».

—Madre mía, que… ¿intensidad?

Ella se encogió de hombros ocultando media sonrisa.

—Intensidad o desesperación, según se mire.

Ya en la cocina, me quedé sorprendido ante el despliegue de canapés que estaban dispuestos encima de la mesa. La boca se me hizo agua de inmediato al observar el surtido de piezas que aguardaban en las bandejas.

—¿Estos son para la cena? —pregunté.

—Ajá. Tal vez me he pasado —me miró algo avergonzada —, pero quería que probases algunas de las nuevas recetas en las que estamos trabajando. Además de los prometidos puerros, claro.

—No seré yo quien se queje, aunque no sé si podré resistirme mucho tiempo a birlar una de esas tartaletas —afirmé mientras admiraba una fuente con varias filas de canapés coronados con lo que parecía un canutillo de jamón ibérico.

Con sus pequeños dedos, cogió uno y lo sostuvo delante de mis narices.

—La regla número uno en esta casa es que no se pasa hambre.

«Estoy deseando conocer la regla número dos», pensé. Buceé en sus ojos, en sus labios, que me provocaban con una sonrisa divertida y sexy, y en su cuerpo menudo, que, a pesar de estar cubierto por un mandil de cocina horrible, de pronto era lo que más me apetecía saborear de todos los manjares de aquella cocina.

—¿Leo? —su voz y el canapé delante de mis ojos me despertaron—. ¿No quieres? Si te lo tienes que pensar tanto con cada aperitivo, nos van a dar las uvas.

Lo depositó en mi mano y me sentí estúpido, un panoli.

—¡Vamos, prueba! —animó justo antes de girarse de nuevo hacia los fogones.

Di un primer mordisco y una deliciosa combinación del dulce y salado invadió mis papilas gustativas.

—¿Esto es…?

—Salsa de melón —afirmó contenta.

—Está increíble.

—¿Puntuación?

—Cinco sobre cinco.

Me miró decepcionada.

—Tienes que ser más duro. Y crítico. Si vamos a dejar Algo Ligero en tus manos, espero críticas constructivas.

—¿La crítica a vuestra contabilidad no fue suficiente?

—Esa fue una crítica más bien destructiva. Creo que Dani no volverá a hacer una suma en su vida…

Solté una carcajada y me acerqué a ella, que había comenzado a estirar con un rodillo una bola de pasta.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pronuncié todavía con el delicioso sabor del melón en la boca. Elena miró a su alrededor y meditó—. La cocina no es lo mío, pero se me da genial fregar —añadí con convicción.

—Se me ocurre algo mejor —respondió tendiéndome otro mandil en el que aparecía un dibujo de un huevo con la frase «Me tienes frito pero contento»—. Vas a ayudarme a preparar el postre.

25. ELENA



La imagen de Leo haciendo galletas en mi pequeña cocina era extraña y reconfortante al mismo tiempo. Mientras preparaba el helado casero y la crema de chocolate que las acompañarían, no podía evitar observarlo de reojo. Parecía muy concentrado en apretar el molde contra la masa y chasqueaba la lengua con fastidio cada vez que una de las delicadas formas se rompía antes de llegar a la bandeja de horno, lo cual ocurría en dos de cada tres ocasiones.

—¿Cuántas galletas hay que hacer? —preguntó con exasperación.

—Pues depende de las que te quieras comer.

Dirigió la vista hacia la mesa en la que parte de la cena esperaba y luego a la bandeja que tenía delante.

—Creo que así es suficiente.

Solté una carcajada al observar doce tristes galletas arrugadas. Me miró con súplica.

—Tienes razón, así es perfecto.

Suspiró aliviado y añadió:

—Ya lo hacía antes, pero que sepas que, después de hoy, valoro mucho más tu trabajo. Santa paciencia con los malditos moldes. No quiero ni imaginar cómo será colocar todo de forma tan meticulosa en esas tartaletas que luego nos zampamos de un solo bocado —rezongó.

—Me parece más divertido que estar todo el día sentado delante de una pantalla de ordenador. Al menos, tienes la sensación de estar haciendo algo creativo, algo que la gente disfruta y que generalmente viene acompañado de un momento de ocio. El resultado es más… No sé, ¿tangible?

—Eso desde luego, pero me gusta la comodidad de una mesa de despacho.

—A mí me quema —murmuré.

Me observó intrigado y supuse que rumiando su siguiente pregunta.

—Háblame de tu trabajo como abogada, ese al que no quieres volver.

—Pues no hay mucho que contar. Trabajé en un despacho varios años antes de montar Algo Ligero —repliqué mientras introducía la bandeja con las galletas en el horno.

. —¿Y no te gustaba?

—Ni fu, ni fa. —Me dedicó un gesto interrogante—. Podría trabajar de abogada o montando bolis Bic. La satisfacción que me reportaría sería la misma.

Un poco exagerado, ¿no?

Me encogí de hombros antes de responder:

—Algo Ligero es mi vocación. Una que me costó mucho encontrar, por cierto. —Hice una pausa, era el momento de dar la vuelta a la tortilla—. Y ¿cuál es la tuya?

Me miró sorprendido.

—¿Mi vocación? Tendría que pensarlo… Creo que nadie me había hecho esa pregunta desde hace mucho tiempo. Quizá la última persona fue la orientadora del colegio —bromeó.

—¿Y no vivió para contarlo?

—Se jubiló a tiempo.

—¿Entonces?

Mientras Leo meditaba su respuesta, me acerqué al armario y saqué dos copas. Le tendí una que tomó con gesto distraído.

—Supongo que nunca he tenido una vocación clara. He sido bueno en todo y en nada. Lo que se conoce como un mediocre.

Lo miré sorprendida mientras me disponía a descorchar la botella de vino blanco. ¿Mediocre? ¿Él? Lo observé pasmada. Entonces, ¿qué había dejado Dios para los demás? Antes de que me diera tiempo a intervenir, seguramente para aportar alguna sandez que además me dejara en evidencia, continuó:

—Se me daba bien estudiar, pero no era de sobresalientes. Se me daban bien los deportes, pero jamás destaqué en ninguno. ¿Las artes? Olvídate, no son lo mío. Cocinar ya ves que tampoco…

Puse los ojos en blanco.

—Venga, señor exitoso. Señor senior business advisor, no me vengas con el juego de la pena.

—¡Eh, no! No es juego de la pena, te estoy diciendo la verdad. Yo aquí abriendo mi corazón en canal en tu cocina… —bromeó, pero supuse que había un resquicio de verdad en sus palabras.

—Supongo que tan mediocre no serás si conseguiste un puesto como el que tenías en Londres. Vi tu página web. Has trabajado con clientes increíbles.

Leo me dedicó una mirada que no supe descifrar.

—Sí, es lo que pone mi página web —confirmó.

—¿Y acaso no es cierto? —Sonreí mientras servía el vino.

Él me devolvió una sonrisa ligera y que, por un momento, me pareció falsa.

—Sí, lo es.

Entonces percibí que había algo que no me estaba contando. No sabía el qué, pero en ese momento, me dio igual. Aparté el pensamiento como si nada, como cuando piensas fugazmente que deberías llevar paraguas porque el cielo está encapotado, pero sales de casa sin él y luego te cae el diluvio. Lo observé sentado en la mesa de mi cocina, donde yo desayunaba todos los días, con el delantal de «frito pero contento», y juro que en ese momento podría haberme confesado que era un asesino en serie y me habría dado igual. Lo invitaría a pasar al salón para seguir con la cena, comer las galletas de postre y, con un poco de suerte, comernos el uno al otro después.

Sacudí la cabeza. Me invadía el espíritu de Silvia otra vez.

Levantó la vista de su copa y nos miramos. Su expresión contenida, los labios apretados, la mandíbula tensa, sus pensamientos indescifrables.

—Seguro que eras el que más ligaba de la clase —rompí el silencio y soltó una carcajada.

—Tampoco. A las niñas no les gustan los tipos llenos de acné.

—Me lo estás poniendo difícil.

Con un gesto, le pedí ayuda para llevar las bandejas con la cena al salón. Sonreí satisfecha para mis adentros al observar cómo se le hacía la boca agua al ver el atracón que nos esperaba. Cuando todo estuvo dispuesto, y Leo sentado en el sofá, delante de los canapés, con la expresión de un niño en la noche de Reyes, una sensación de familiaridad me embriagó. La misma que me recorría cuando mis amigas venían a cenar al piso y me sentía como en casa. Tan en casa que, cuando me dio por mirar mi atuendo, me di cuenta de que llevaba unas pintas terribles, con mis vaqueros viejos y dados de sí y el delantal amarillo asqueroso con varios lamparones.

«¿Y así piensas seducir a alguien?», escuché a una vocecilla en mi cabeza. No, me respondí, no estaba ahí para seducir a nadie. Esto era sólo… una cita de trabajo. «Una cita para la que Aurora se hubiera puesto de punta en blanco», volvió la voz. «Así consiguió ella a Javi —me dije—, y por eso yo, el desastre de Elena…, estoy como estoy».

—Voy a ir a cambiarme —afirmé un poco más turbada de lo que hubiera deseado.

Me agaché para posar la copa en la mesa y Leo me sujetó por la muñeca con suavidad, como si fuera un acto reflejo.

—¿Por qué? Estás genial.

El contacto con su piel me quemaba, y, como si se diera cuenta, me soltó. Miré mi indumentaria y luego a él.

—Porque… ¿tengo manchas y llevo puesto lo peor que hay en mi armario?

Leo se miró.

—Yo también tengo una mancha. —Apuntó a una salpicadura en su camiseta inmaculada—. Y el jersey que traigo —señaló a la sudadera que descansaba en el otro sofá— es viejo. Viejísimo. Empatados.

Solté una carcajada.

—¿Viejo de hace dos semanas?

—¡Eh! ¿Pero qué concepto tienes de mí?

—Déjame que vaya a quitarme esto, al menos —respondí en cambio mientras me desabrochaba el delantal.

Desaparecí durante un instante y me escondí en el cuarto de baño. Observé mi aspecto en el espejo y me sorprendió ver que no estaba tan mal después de todo. Los vaqueros que llevaba me quedaban como un saco, sí, pero la blusa de flores había sido una de mis favoritas varias temporadas atrás. Se la veía gastada, pero aún conservaba parte de su esplendor y me favorecía. Con los dedos, recogí el pelo con una pinza, como de costumbre. Miré a mi izquierda, donde descansaba un pequeño cestito con algunos botes de maquillaje y pensé en retocarme un poco. Enseguida deseché la idea. No iba a intentar ser otra persona, ya no. Ni por Javi, ni por Leo, ni por nadie.

Me dediqué un último vistazo con algo de extrañeza. No sabía el qué, pero me veía algo distinto. Muy sutil, pero diferente. Salí del cuarto y recorrí el pequeño pasillo hasta que enfoqué el salón en el que Leo esperaba acomodado en el sofá.

Se me escapó una sonrisa tonta.

Quizá era eso lo que me había mostrado el espejo.

26. LEO



—¿Y esto qué es? —pregunté mientras masticaba, o, mejor dicho, saboreaba un canapé con lo que parecía guacamole y…

—Es un canapé de papas con guacamole y ventresca de atún.

—Está increíble, ¿este lo servisteis en la boda?

—Así es.

—Ya decía yo que me sonaba.

Estábamos sentados en el sillón del salón con toda una mesa a nuestros pies repleta de canapés de distintas formas, sabores y temperaturas. Hacía ya un buen rato que comenzaba a sentirme lleno, pero la comida estaba tan deliciosa que el dolor de estómago del día siguiente valdría la pena. Elena, a mi lado, parecía relajada con las piernas cruzadas como un indio y su copa de vino blanco en la mano.

—Aunque casi todo nuestro menú es comida orgánica, healthy…

—Ligera.

—Eso. En la boda, casi todo fue más ligero si cabe —se rio —. Todo debía ser como… No sé, etéreo.

—¿Como la novia? Parecía una ninfa.

—Sí, como la novia. —Su rostro, hasta el momento alegre, se apagó durante un instante.

—Saldremos de esta —afirmé con toda la seguridad que mi ego y la media botella de vino que había bebido me permitieron.

Ella asintió antes de añadir:

—Habrá que conseguir otro video viral.

—Podemos buscar nuevas víctimas. ¿A quién crees que le podemos tirar encima la bandeja de sorbetes? Dime alguien a quien odies.

—No desearía tanto mal a nadie.

—Siempre hay alguien: un jefe odioso, una amiga traidora, un exnovio…

Agitó su copa en el aire.

—¿A quién le tirarías tú la bandeja?

—¡Eh! Te he preguntado yo.

—Está bien… —claudicó mientras apoyaba la espalda en el sofá. Bebió otro sorbo mientras meditaba su respuesta—. ¿Vale tirársela a mi yo del pasado?

La miré sorprendido.

—Esa es una respuesta demasiado profunda.

—Es que yo soy demasiado profunda.

—Fingiré que no he pensado en las segundas intenciones.

Soltó una carcajada que me golpeó como el aire fresco y me incorporé para coger la botella que descansaba encima de la mesa.

—Oh, oh… Nos hemos quedado sin reservas —lamenté, sosteniéndola en el aire con una mueca de decepción. Elena negó mientras se levantaba del sofá y se dirigía a la cocina. Desapareció un instante y la escuché abrir la nevera y trastear.

—En esta casa no se pasa hambre ni sed —afirmó apareciendo de nuevo en el salón con otra botella y una bandeja con las galletas y el helado.

—Me gusta esta casa, ¿puedo venir a vivir aquí? —bromeé, y durante un momento, me quedé pensando que podría acostumbrarme a esto, y no me refería a la comida exquisita o a la barra libre de vino. A eso mejor no acostumbrarme si no quería terminar como un tonel, me refería a acostumbrarme a Elena, a su compañía, a lo cómodo, acogedor y fácil que resultaba todo con ella.

Lo comparé con mi relación con Stella. Todo completamente diferente: cenas elegantes en restaurantes caros, sitios de moda… Apenas un par de veces habíamos visto una peli en su apartamento, que era como de revista de diseño. Cuidaba muchísimo su imagen, como si no quisiera que la descubriera con la guardia baja. ¿Y yo?, me pregunté, ¿cómo me vería ella? Quizá tampoco le había dado muchas opciones para abrirse, quizá, o, más bien, seguro, me había

enfocado más en lo que esa relación podía aportarme a nivel profesional, a nivel de contactos, que en lo personal, en lo importante.

Ya no quería ser ese Leo. Me gustaba mucho más la versión que se sentaba en ese sofá amarillo, que se había puesto una sudadera vieja (aunque no tanto como le había asegurado a Elena) y que conversaba sin pretensiones con una chica increíble con la que no necesitaba representar un papel de hombre triunfador. La miré un instante y supe que debía decirle la verdad. Tragué saliva. No quería arruinar la noche.

—¿Estás bien? —escuché su voz, y, justo después, el sonido del tapón saliendo de la botella—. Te has quedado pensativo.

—Sí, es sólo que… pensaba que yo también le tiraría la bandeja de sorbetes a mi yo del pasado.

Ella asintió mientras rellenaba de nuevo las copas.

—Genial. Veo que estamos los dos en paz con nuestro pasado.

El pasado quedó en un segundo plano durante las horas que permanecimos sentados en ese sofá charlando de la vida y arreglando el mundo a nuestra manera. Elena resultó ser una gran conversadora, divertida y con respuestas rápidas y ocurrentes. Me contó algunas historias sobre su infancia, su familia y también anécdotas sobre el catering.

—¿Y cómo se tomó tu familia que quisieras dejar el trabajo? —pregunté.

Ella meditó antes de responder:

—En parte bien y en parte mal.

—Me queda muy claro. —Me reí.

Dibujó una mueca.

—Quiero decir que, por un lado, sabían que tarde o temprano terminaría dejando el derecho. Nunca fue lo mío. Durante unos años, cuando estaba estudiando y cuando empecé a trabajar, intenté que me gustase, convertirme en una buena abogada, que todos estuvieran orgullosos…, pero es que no era feliz.

—Y cocinando sí.

—Cocinando sí. Invité a mis padres a una comida como esta —señaló la mesa—, aunque un poco menos sofisticada dados mis escasos conocimientos. Y entonces se lo dije, que dejaba el despacho para dedicarme a la empresa que acabábamos de montar Rocío y yo.

—Sabes que ponerles todo esto delante es como hacer chantaje emocional, ¿verdad?

—Por supuesto.

Arqueé una ceja.

—Pequeña manipuladora —bromeé—. Prefiero no saber qué quieres de mí.

—Entonces mejor no preguntes, ¿no? —sentenció con lo que me pareció una sonrisa maliciosa que hizo que mi estómago pegase un brinco.

—El caso es —continuó como si nada, como si no me hubiese dejado noqueado durante un instante— que, por un lado, mis padres estaban contentos de que hubiese encontrado mi lugar, mi vocación, pero, por otra parte, les preocupaba que el negocio fracasara y que yo me encontrase… pues como ahora. —Suspiró, y, con un gesto, la animé a seguir—. Me refiero a empezar de cero. Llevo cinco años alejada de la abogacía, y cuando vuelva al despacho, serviré para poco más que para hacer fotocopias y revisar acuerdos de confidencialidad. Tengo treinta años y estoy en el punto de partida. Sus miedos se han cumplido.

Se encogió en el asiento y yo despegué los labios para decirle que la entendía, que estábamos en el mismo barco. Ese era un buen momento para contarle mi existencia miserable, cómo la había cagado en el trabajo, cómo yo, el supuesto ejecutivo agresivo y exitoso, había dejado que me hicieran la envolvente y me despidieran después de haber hundido mi reputación y de ser la comidilla en la socialité británica. En ese instante, embriagado por el vino, el olor a galletas y, sobre todo, por la compañía de Elena, necesitaba abrirme con ella. Estaba seguro de que me entendería, de que seguiría confiando en mí para remontar su empresa, al fin y al cabo, los dos necesitábamos una segunda oportunidad. Era ahora o nunca.

—Pues, ahora que lo dices, resulta que yo…

—¡Espera! —me cortó con un gesto para que guardara silencio. Agudicé el oído, pero no escuché nada—. Katyusha —susurró.

Se levantó del sofá como una exhalación y, antes de que me diera cuenta, me había tomado de la mano y me guiaba por un pasillo mientras, a mi espalda, escuchaba como unas llaves giraban la cerradura de la calle. De pronto, me vi en su cuarto mientras ella cerraba la puerta con sigilo y se ponía un dedo sobre los labios. Aún llevaba mi copa en la mano y tuve que beber para ahogar ese gesto que me pareció increíblemente sexy y que guardaría en mi memoria para los restos.

—Lo siento —susurró—. Si Katyusha te descubre, me temo que no saldrás de esta casa jamás, y, si no, pregúntale a Dani. —Arqueé las cejas y ella prosiguió utilizando un tono de historia de terror—: El día en que se conocieron, estábamos cenando en el salón. Ella se sentó en medio de los dos y el pobre no pudo marcharse hasta las dos de la mañana. No había forma de que se callara…

—No sé si yo tengo los encantos de Dani —repliqué sintiendo una inesperada punzada de envidia hacia el chico.

Me lo imaginé cenando con Elena tantas veces en ese sofá, trabajando codo con codo con ella, viéndose los fines de semana.

«Pero ¿qué te pasa, Leo?».

—¿Dani y tú…? —me escuché preguntar como un imbécil mientras me sentaba en el borde de la cama.

Ella me miró, sorprendida.

—¿Dani y yo? —reprimió una risa y se sentó a mi lado—. ¡Qué va! Es uno de mis mejores amigos…, y es guapo —se encogió de hombros—, pero nunca he pensado en él, ya sabes, en ese sentido.

Respiré con alivio y ninguno de los dos pronunció una palabra al respecto. Observé con detenimiento a mi alrededor. La estancia no era muy grande, y la decoración, con cama, armario, mesa y estantería, sencilla. Algunas plantas adornaban los rincones y, en una esquina, descansaban apilados lo que parecían varios

libros de cocina. Una de las paredes estaba decorada con un corcho y fotografías. Me levanté para observarlas. En todas aparecía Elena. En dos de ellas, posaba con Dani y Rocío, los tres con sus uniformes inmaculados de Algo Ligero, sonriendo orgullosos. Había visto esa foto en su página web, sin embargo, me gustaba mucho más la que había justo al lado, parecía tomada sólo unos segundos antes o después, y en ella aparecían muertos de risa, felices, con la ilusión de todo lo bueno que está por venir cuando te embarcas en un proyecto de ese tipo. Me detuve en el rostro de Elena, en esa carcajada auténtica que afloraba de su boca, en los ojos casi cerrados, en su expresión de alegría. Y, de repente, sentí que yo quería provocarle eso. Quería verla reír así.

—Cuando levantemos Algo Ligero, te sacaré otra como esta —le dije.

—¿Como esa?

—Sales feliz.

Me miró con una mezcla de ternura y tristeza y volví a fijar la vista en el corcho.

—Esta cara me suena —señalé.

—Claro, fuiste a su boda. Es Javi.

Volví a mirar la fotografía. Elena y Javi sentados en un puente con un río de fondo y un atardecer precioso detrás. Ella fijaba la vista en la cámara con una sonrisa, y él la miraba a ella. Y esa mirada…

Algo no me cuadraba. La foto parecía reciente, pero… ¿por qué miraba así a Elena? ¿Sentía algo por ella? ¿Y ella por él? Quise preguntar, pero tenía la sensación de que comenzaba a parecerme a la vieja del visillo. Me giré y observé cómo Elena entreabría la puerta de la habitación. Escuchamos unos pasos pesados que resonaban por el apartamento.

—Sigue por ahí… —susurró, y un gesto de disculpa apareció en sus ojos castaños—. Aunque, después de sus citas, siempre come algo y se va a dormir.

Miré el reloj.

—Mis padres no me han puesto toque de queda hoy. No tenemos prisa —bromeé.

Sonreí y nos sentamos en el suelo. Yo me apoyé contra la cama; ella, contra la pared. En el pequeño cuarto, nuestras piernas se rozaban. Efectivamente, no tenía prisa. En ese momento, quería quedarme allí, con ella, todo el tiempo del mundo.

27. ELENA



—¿Y cuánto tiempo llevas en Madrid?

—Unos tres meses

—¿Viviste durante mucho tiempo en Londres?

—Tres años, más o menos.

—¿Y te gustó? Yo sólo he estado de viaje. Estuvo bien, pero no sé si me imagino viviendo allí…

—Sí, la verdad es que me gustaba. Sobre todo, por la vida social, los sitios de moda, conocer gente interesante… En mi trabajo estaba muy bien relacionado y cada semana había algún evento al que valía la pena acudir.

Estudié la mueca de Leo, daba la sensación de que medía cada una de sus palabras. Parecía bastante reservado a la hora de hablar de su vida, por momentos, incluso incómodo. Me embargaba la curiosidad, pero no tenía ganas de parecer una chismosa o, lo que es peor, demasiado interesada. Suficientemente raro era que estuviésemos encerrados en mi habitación, escondidos de mi compañera de piso como dos adolescentes.

—¿Sabes que conocí a varios jugadores de fútbol? Y actores…

—¿Alguno que se pueda contar?

—¿Te suena Harry Potter?

—¿¡Conociste a Daniel Radcliffe!?

Meditó un segundo.

—Conocí al tío que le dio voz al elfo doméstico.

—¿A Dobby? —Asintió—. Guau, Leo. Te codeabas con la flor y nata de Inglaterra.

—¿Me lo dices de coña? —Se rio.

—Nooo.

—Noto cierta ironía en tu voz.

Negué con la cabeza intentando contener la risa.

—Jamás osaría. Además, creo que tú tienes muchos más motivos para burlarte de mí. —Suspiró.

—¿Como cuándo hiciste que tu amiga la supermodelo se transformara en un pez globo? Jamás se me ocurriría utilizar eso en tu contra… —se mofó.

Fingí una mueca de dolor, como si me acabara de clavar un puñal en el pecho.

—Sólo me lo recordarás de vez en cuando durante…

—¿El resto de tu vida?

Dibujé un mohín y él se puso serio.

—No soy de esos. No te preocupes. Si tuvieran que recordarme a mí todas mis cagadas, no tendría vida suficiente.

Sonreí. Me gustaba el Leo que estaba conociendo esa noche, y de pronto me descubrí comparando ese momento con todas las penosas citas de los últimos años.

«Pero esto no es una cita», me recordé.

Pero, si lo fuera, sería mejor que cualquiera de los encuentros con hombres que había tenido desde… ni me acordaba, y que, en realidad, tampoco habían sido demasiados. Mi obsesión por Javi me había llevado a pasar por distintas fases de duelo: negación (no puede ser que esté saliendo con mi mejor amiga), ira (voy a ponerlo celoso con cualquier mindundi y fijo que vuelve, el muy capullo. Spoiler: esta fase fue un fracaso), negociación (si pienso en otra cosa y me centro en mi trabajo, seguro que vuelve), depresión (cuando anunció su compromiso con Aurora) y… ¿aceptación?

Esa fase era la última, la definitiva. Observé a Leo, que me dedicaba una sonrisa tranquila, cálida, reconfortante. Me di cuenta de que, con tanto confort, las piernas se me estaban durmiendo y me revolví en el pequeño espacio para cambiar de postura. Él hizo lo mismo.

—Siento tenerte aquí encerrado —me disculpé avergonzada.

—Hay cosas peores. Como tener que darle conversación a Katyusha, supongo.

—Sí, eso es mucho peor, créeme.

—¿Estás bien? —preguntó ante mis movimientos espasmódicos con las piernas.

—Creo que no siento la pierna.

Leo se desplazó hasta colocarse a mi lado, los dos pegados contra la pared.

—¿Puedo? —Señaló mi pierna.

Asentí como una imbécil sin saber muy bien a qué estaba diciendo que sí. Colocó una mano en mi tobillo y me giró con suavidad hasta que mi rodilla quedó apoyada en su regazo. Sus dedos comenzaron a trazar círculos por encima de la tela de mis vaqueros.

—Tuve una época en la que me pasaba mucho —comentó.

—¿Cómo? —pregunté sumida en una especie de trance sin despegar la vista de sus manos.

—Se me dormían las piernas y los brazos.

Levanté la mirada con preocupación, despertando.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. Los médicos dijeron que era una respuesta de mi organismo al estrés.

—¿Por eso dejaste Londres?

—En parte —replicó con voz triste. Quise tirarle de la lengua y que me contase todo. Quise…—. Pero ahora estoy mejor —afirmó cortando mis intenciones—. Mucho mejor. —Suspiró mientras apoyaba la cabeza contra la pared, pero sin soltarme.

—¿Y tu familia está contenta con tu vuelta?

—Oh, sí. Mi madre y Mona se llevaron una alegría.

No pude contener una carcajada al recordar el nombre de su hermana.

—¿Qué te pasa? —se hizo el ofendido.

—Es por lo de tu hermana —pronuncié incorporándome.

—¿Mona?

—Me parece increíble que seáis Leo y Mona.

—Ya te expliqué que mi madre era una loca de Leonardo da Vinci y mi padre le consentía todo, hasta poner nombres raros a sus hijos. —Suspiró con nostalgia.

—Tu padre…

—Falleció hace más de un año. Yo estaba en Londres. Parece que todo ha ido cuesta abajo desde que él se marchó.

—Lo siento…

—No quiero ponerme cenizo, ahora las cosas me van algo mejor —comentó con un tono con el que supuse que trataba de animarse más a sí mismo que a mí—. Además, formo parte de un dúo fraternal llamado Leo y Mona, he aprendido a sobrevivir.

—En el colegio debía de ser terrible.

—Bah, no te creas. La mayoría de los estudiantes no pillaban la referencia.

Ahogué la risa.

—¡No te rías! Es otra experiencia vital que te estoy confesando: Mona y yo, potenciales víctimas que salen airosos gracias a la ignorancia de sus compañeros —dramatizó.

—Creo que no te voy a poder tomar en serio…

—Pues deberías —afirmó tirando de mi pierna y acercándome más a él.

—¿Y si no quiero, señor Da Vinci?

—Me gustaba más Leo Ligero. Creo que me pega. —Sonrió con malicia y yo solté una carcajada nerviosa.

—Si te ríes tanto, Katyusha nos va a oír y se va a unir a la conversación —susurró, acortando un poco más la distancia entre nosotros—. Y no queremos eso.

—No queremos, no —respondí sin apartarme.

Estábamos muy cerca, apenas unos centímetros separaban mi nariz de la suya. Yo apoyaba mis manos en la alfombra, haciendo equilibrios para mantener una postura lo más digna posible teniendo en cuenta que una de mis piernas seguía atrapada entre las manos de Leo. Por nada del mundo me quería mover. Corrijo: no quería alejarme. De hecho, quizá embriagada por las dos botellas de vino que nos habíamos bebido, por la noche o por el torbellino de mariposas que podría vomitar sólo con abrir la boca, lo único que me apetecía era colocar los brazos alrededor de su cuello, acariciar su pelo color azabache, cerrar los ojos y olvidar el mundo.

Como si me leyera los pensamientos, o, más bien, como si se acabara de dar cuenta de que el contorsionismo no era lo mío, pasó un brazo por mi cintura, sosteniéndome con suavidad. Yo apoyé mi mano, ahora libre, en su hombro. Ninguno de los dos pronunció palabra, supongo que por miedo a romper el momento. Se mordió el labio y buceé en sus ojos oscuros como dos agujeros negros en los que podría perderme por toda la eternidad. Nos acercamos un poco más, como atraídos por una fuerza magnética. Cerré los ojos y sentí el roce de su nariz, su aliento a alcohol. Mi corazón latía a toda velocidad y juraría que, en el silencio de la habitación, casi podía escuchar el suyo. Sólo faltaban milímetros, un mínimo movimiento para que nuestros labios se juntaran y…

De pronto, un portazo.

Sonó tan cerca que abrimos los ojos como platos y el hechizo se rompió. La carroza se convirtió en calabaza y los caballos, en ratones. Leo se alejó con suavidad, como si se percatara del error que estaba cometiendo, y el estómago se me encogió un poco.

—Lo siento, yo… Perdona —pronunció.

Aparté mi pierna, que, después de todo, estaba despierta como un gallo en la mañana, y comenté lo único que se me ocurrió:

—Creo que Katyusha ya se ha ido a dormir.

—¿Siempre hace eso?

—¿Dar ese portazo? Casi siempre. Empiezo a pensar que las puertas rusas tienen algún tipo de amortiguación o algo.

—Puedes ponerles unos burletes —replicó él incorporándose.

Lo imité y continuamos la conversación más absurda y banal de la historia de las conversaciones.

—Tienes razón. Quizá así amortiguarían otros sonidos —contesté arrepintiéndome en el acto.

Él sonrió. Como si nada. Como si no hubiéramos estado a punto de besarnos sólo un par de minutos antes.

—Creo que es hora de que me vaya.

Asentí y, después de otear el pasillo, nos movimos sigilosamente por el pequeño apartamento hasta la puerta.

—Gracias, Elena, ha sido una noche fantástica —susurró Leo ya en el rellano—. Y la mejor cena que he tomado en mucho tiempo.

—Genial —balbuceé con torpeza

—Hablamos mañana.

Fue a acercarse para darme dos besos de despedida, y ¿qué hice yo, señoras y señores? Adivinen : le di la mano.

Le-di-la-mano.

¿Alguien al volante en mi cerebro? «Nadie al volante, mi capitán. La nave tripula sola y sin control».

Leo me miró desconcertado, pero, finalmente, dibujó una sonrisa elegante, como todo en él, y estrechó mis dedos congelados como un témpano. Si no había circulación en mis articulaciones, ni tampoco en el cerebro, ¿dónde estaba?

Lo observé mientras se giraba y bajaba las escaleras con agilidad. Esa noche no podría pegar ojo. Sentía el cuerpo paralizado, ¿me habría quedado en estado catatónico después del shock del no-beso? Me puse una mano en el pecho y respiré con alivio. Mi corazón debía de ser lo único que trabajaba en ese momento, el único órgano que no estaba en huelga, bombeaba con cada latido todas las preguntas a las que todavía no era capaz de dar respuesta.

28. LEO



Al día siguiente, Pedro y yo habíamos conseguido sentarnos en un pequeño rincón en un bar de la calle Ponzano, de esos de Madrid de toda la vida, con sendos cortos de cerveza que descansaban sobre una barra en la que también se disponían en fila varias bandejas con encurtidos y otros aperitivos. Todo muy castizo, todo muy del Madrid que había extrañado tantas veces en la fría Londres. Era la hora del mediodía y todos los locales de la calle estaban de bote en bote.

—¿Que has hecho qué?

—Pedro, tío, que ya te lo he dicho. No me hagas repetirme como el ajo.

—No, no, quiero escucharlo otra vez. Venga, dilo conmigo: Ayer…

—... Ayer casi me lío con mi nueva socia —repliqué arrastrando las palabras—. ¿Contento?

—¡Pues no! ¡Contento no! ¿Por qué no lo hiciste?

—Pues porque no puedo romper mi regla —expliqué.

—¿Qué regla?

—La de no involucrarme con alguien del curro. ¿No te das cuenta? No puedo arriesgarme a perder lo poco que he conseguido durante estos meses.

—Creo que mi hermana no piensa lo mismo —bromeó mientras se metía una aceituna en la boca.

—¡Y dale con tu hermana! Tu hermana no tiene nada que hacer —se me escapó. Al escuchar el comentario, Pedro casi se atraganta con el hueso—. Quiero decir que, no sé, es tu hermana y…

—¿Y qué más da que sea mi hermana?

Arqueé las cejas.

—¿Pedro? ¿De verdad te daría igual que saliera con tu hermana?

—¿Te daría igual a ti que saliera con la tuya?

—¡No es lo mismo! Y estás muy raro hoy. —Se encogió de hombros y desvió una mirada distraída a la barra—. De todas formas, ya te he dicho que no estoy interesado en Mercedes. —Esbozó un gesto de decepción—. Es muy guapa y todo eso, pero no es mi tipo.

—¿Y Elena sí lo es?

Le di un sorbo a mi cerveza para disimular una sonrisa.

—Puede.

—Pues entonces yo intentaría ver hacia dónde te lleva todo esto. —Estuve a punto de abrir la boca, pero mi amigo me interrumpió—: No te digo que vayas y te metas en su cama a la primera de cambio, sólo que no te cierres la puerta. Llevas una época fatal, tío: primero pierdes a tu padre, luego tu trabajo, tu novia… Te mereces algo bueno, y esa chica parece que te viene bien. Déjate llevar, es mi consejo. —Me dio una palmada cariñosa en el hombro antes de dedicar un gesto al camarero para que sirviera otra ronda.

Llegué a casa algo más contento y relajado de lo que había salido. La conversación con Pedro me había venido bien y, además, ya casi no recordaba lo que me gustaba la hora del vermú en España.

Abrí la nevera y un brik de leche y un paquete de huevos fueron los únicos que me saludaron. Suspiré. Debí haber hecho algo de compra, pero, entre mis dos trabajos y todas las cosas que tenía últimamente en la cabeza, lo había olvidado. Puse los huevos a cocer y abrí una lata de atún pensando en lo pobre de mi comida en comparación con la espléndida cena de la noche anterior. Antes de sentarme a comer, tomé una foto y, sin pensarlo mucho, se la envié a Elena. De forma inconsciente, llevaba todo el día buscando una excusa para hablar con ella, sobre todo, después de que nos despidiéramos con un apretón de manos. Dios, había sido tan capullo y la había dejado tan cortada que me había dado la mano.

Yo:

¿Cómo calificarías esta comida en nivel de patetismo?

Le di al botón de enviar y me quedé esperando la respuesta. ¿Qué me pasaba? Jamás había tenido tantas reticencias para ligarme a una chica: veía a una que me gustaba, iba a por ella y, no es por ser creído, pero, generalmente, caía en mis redes. Quizá con Elena sentía que me jugaba mucho más.

«El trabajo —me dije—. Es por eso. Necesitas reflotar Algo Ligero para salir de la mierda».

Eso y que sabía que le estaba ocultando información de forma deliberada. Cuanto más me acercase a ella, cuanto más intimásemos, más me sentiría obligado a contarle la verdadera razón por la que me había ido de Londres. Pero, si se lo contaba, entonces cabía la posibilidad de que me echase del negocio y, de paso, de su vida por mentiroso. Podría perder todo en lo que se tarda en pronunciar un par de frases y no quería arriesgarme.

Mientras masticaba mi triste comida, valoré que lo mejor sería confesar mi secreto una vez que hubiésemos triunfado. Así no habría dudas sobre mi valía y tanto ella como Dani comprenderían mis motivos.

«¡Pero si vas a trabajar gratis! —exclamó una vocecilla dentro de mí—. «¡A la mierda lo que piensen!».

Elena:

Nivel de patetismo 10/10
Nivel de cocina 0/10
Podrías haberte llevado un tupper ayer.
Lo siento, no lo pensé.

Yo:

Pero conseguimos huir de Katyusha.
Yo creo que podemos darnos por satisfechos.
Lo del tupper me lo apunto para la próxima.

«¿Habrá próxima?».

Yo:

De hecho, tengo unos tupper especiales que uso cuando voy a casa de mi madre.

Elena:

¿Son tamaño familiar o qué?

Yo:
Son más bien una olla exprés
envuelta en papel de plástico.

Elena:
Nivel de patetismo 10/10
jajjajajaja

Yo:
Estoy dispuesto a pasar por eso.
A dejar mi dignidad a un lado…
Con tal de no tener que ingerir más platos
preparados por mí con sólo dos ingredientes
y un toque de microondas.

Elena:
Te lo recordaré para futuras ocasiones.
Por cierto, hablando de Katyusha,
esta mañana me sometió a un interrogatorio:
Tú no estar sola anoche.
Tú no comer toda esa cena.
Tú no beber todo ese vino.

Yo:
¡Qué sagaz nuestra amiga la rusa!
¿Y qué le dijiste?

Elena:
Le reconocí que había cenado con alguien en casa
y traté de hacerle el lío diciéndole
que ya le había dicho que había quedado con Rocío.

Yo:
Interesante…

Elena:
Si hubiera sido Dani, sí que le hubiera parecido interesante.

Yo:
Eh, que yo tengo mucho encanto.
Voy a empezar a cogerle manía a Dani.
Don perfectito.

Elena:
jajajajaja

Deja a Dani.
Ya bastante tiene con esa cita secreta.
Anda canturreando canciones
y cocinando postres sin parar.

Yo:
Pues espero que no se los coma todos
o en unos meses no entrará en su talla de pantalones.
Aunque ese es un mal menor…
Yo estaría dispuesto a coger unos kilitos
con tal de pegarme cenas como la de ayer.

Elena:
Bueno, siempre podemos montar
Algo Ligero comida a domicilio.

Yo:
Yo prefiero que cocines tú.

Elena:
Cocinaría yo.
Soy la dueña, ¿recuerdas?

Yo:
Me refería a verte cocinar.
Como ayer.

Elena:
La desgracia es que Katyusha
suele estar en mi cocina.

Yo:
Estoy dispuesto a correr el riesgo.

Y las horas pasaban y pasaban y Elena y yo continuábamos la charla. Terminé de comer y cambié mi preciada siesta de los sábados por conversar con ella, tumbado en el sofá de mi apartamento. Las indirectas volaban como flechas, como una pelota en un partido de tenis, esperando a ver quién da el mejor golpe. Nos volveríamos a ver en apenas unas horas, ya que esa tarde habíamos quedado en ir a casa de Rocío para contarle mi plan sobre Algo Ligero. No conocía a esa chica, pero sospechaba que tenía un carácter fuerte.

«Podré con ello», me dije sin poder evitar pensar que Algo Ligero se estaba convirtiendo en un asunto cada vez más personal.

29. ELENA



Esa tarde, Dani y yo esperábamos en el portal de Rocío en pleno barrio de Malasaña. Cuando Leo apareció con su paso tranquilo entre el bullicio de gente que charlaba a las puertas de los bares colindantes, mi corazón dio un salto, y decenas de imágenes de la noche anterior comenzaron a proyectarse en mi cerebro como si fueran una película de animación: él y yo cocinando las galletas, charlando en el sofá con una copa de vino, sentados en el suelo de mi habitación, su mano en mi cintura, su boca a escasos milímetros de la mía…

Noté cómo el rubor me subía a las mejillas e intenté apartar esos pensamientos por el bien de mi salud mental y para intentar no hacer ni decir alguna de mis tonterías.

La noche anterior, cuando Leo abandonó mi piso, apenas pude pegar ojo pensando en todas las derivadas de la escena que habíamos vivido. ¿Y si nos hubiéramos besado? ¿No sería raro? ¿Y si eso influía en Algo Ligero? ¿Y si por un rollo de una noche tirase por tierra las posibilidades de reflotar mi negocio?

«Pero Leo es un profesional —me dije—, y también le interesa que a nuestro catering le vaya bien».

«Así que puedes enrollarte impunemente con él», concluyó la voz de Silvia.

Sí, pero, a pesar de intentar convencerme de mil formas, sabía que era un riesgo. Un riesgo que, analizando lo bien que le quedaba esa camisa de lino con las mangas remangadas hasta los codos, quizá valía la pena correr.

—¿Qué tal, Elena? —pronunció con voz grave y guiñándome un ojo. Acto seguido, le estrechó la mano a Dani.

Asentí con la cabeza en señal afirmativa. Visto desde fuera, mi gesto podría quedar de lo más interesante o una muestra patética de que me había quedado sin palabras desde la noche anterior. Eso sí, hablando por WhatsApp había sido de lo más locuaz. Algo es algo.

—¿Estáis preparados? —preguntó Dani con un tono que intentaba sonar animado pero que dejaba traslucir la preocupación. Esa tarde nos jugábamos mucho.

—No lo tengo nada claro —contesté.

—Vamos, vamos —nos animó Leo—. He traído cruasanes y cervezas.

—Buena mezcla, ¿no?

—Supuse que con algo acertaría.

—Me gusta cómo piensas. —Dani le dio una palmada en la espalda.

—Y por eso me vais a contratar.

Me maravillaba lo bien que encajaban Leo y Dani. Dos personas que, a priori, no parecían tener demasiado en común, pero que habían desarrollado una conexión inesperada. Esa mañana, en nuestro grupo del catering 2.0, se habían puesto de acuerdo para ir juntos al WiZink Center a ver un partido de baloncesto.

Subimos en el ascensor hasta el tercer piso, donde Rocío nos esperaba apoyada en el marco de la puerta acompañada por Miguel. Nuestros amigos dibujaron una sonrisa que se congeló en cuanto vieron a Leo. No me pasó desapercibida la mirada interrogante que intercambiaron entre ellos y que después me dirigieron. «Como si yo me pudiera echar semejante novio», pensé de forma fugaz.

—Este es Leo —presentó Dani—. Es un amigo… que va a ayudarnos con una cosa.

Leo les dedicó la mejor de sus sonrisas, a la que mis amigos respondieron con cierto recelo, y Miguel, con una mirada analítica.

Un rato más tarde, todos nos sentábamos en el amplio salón de la casa. La tensión se palpaba en el ambiente y en las conversaciones sobre el tiempo y la plaga de cotorras de Madrid.

—¡No puedo más! —exclamó de pronto Miguel—. Dani, ¿es él tu cita? —Señaló a Leo.

—¡¿Qué?! —exclamamos los tres a la vez.

—Sí —replicó Miguel—, tu cita misteriosa, cuya identidad no quieres revelar y por la que me dejas tirado los jueves de pizza.

—¿Pero desde cuándo llevas quedando con… tu cita? —pregunté con tono inquisitivo.

—Dos meses —afirmó Miguel en su lugar—. ¿Eres tú? —preguntó a Leo, que se atragantó con la cerveza.

—¡No! —exclamó Dani—. No te ofendas, tío, pero me gustan las mujeres. —El aludido levantó las manos con gesto de paz —. Leo es nuestro asesor.

—¿Asesor para qué? —preguntó Rocío con el ceño fruncido.

—Para Algo Ligero —repliqué con valentía. Mi amiga me miró—. No quiero cerrar el negocio —confesé, procurando que no se me notara el temblor en la voz—. Y hemos pensado en contratar a Leo para que nos ayude. Ha preparado un plan.

—¿Pero de dónde ha salido? Y ¿contratar? ¿Con qué dinero?

—Lo conocí en la boda de Javi y Aurora —expliqué.

—¡Ya sé! —exclamó Miguel—. Es el tío con el que estuviste fumando.

—Intentando fumar —corrigió Leo—. No se le daba muy bien…

—El caso es que tiene un plan para remontar el catering —apoyó Dani mientras animaba a Leo a sacar su tablet de la mochila y comenzar con la explicación.

Miré a Rocío suplicante, pero su rostro presentaba una imagen indescifrable. Recostada en el sofá y con los labios fruncidos, no sabría decir si esa mueca era de tristeza, enfado o indignación. Llevábamos años siendo amigas, pero seguía costándome leer sus gestos. Dado que no se pronunció al respecto, Leo comenzó a explicar el plan acompañado por las breves aportaciones que Dani y yo hacíamos para intentar convencer a nuestra socia.

Después de una hora de números, gráficos y un detallado plan de acción, se hizo el silencio. Miguel había participado de forma

muy activa en la conversación y miraba a su mujer con rostro alegre, como si él ya estuviera convencido de embarcarse de nuevo en esa aventura, aunque ni siquiera formase parte de la plantilla del negocio, al menos de forma oficial.

—¿Y bien? —me atreví a preguntar a Rocío, a pesar del miedo de que me fuera a saltar a la yugular de un momento a otro.

—Os agradezco el esfuerzo, y, Leo, te agradezco las molestias que te estás tomando, pero yo no voy a participar en este plan.

—¿Te rindes? ¿Ya está? ¿Así sin más? —protesté.

—Ya hablamos de esto el otro día, Elena —replicó—. Y mi decisión es firme. No puedo embarcarme en esta aventura con vosotros. No ahora —musitó. Dani y yo la miramos extrañados, y ella, conteniendo una sonrisa, pronunció—: Estoy embarazada.

Nos quedamos en shock durante un segundo para después estallar en vítores y abrazos a nuestros amigos.

—Pero ¿desde cuándo lo sabes? —pregunté.

—Desde hace un par de meses, lo he mantenido en secreto porque es pronto…

—Como Dani con su cita —aportó Miguel. Su mujer continuó:

—¿No te has fijado que no he tomado ni una gota de alcohol en todo este tiempo?

—Pues… nop —respondí avergonzada por no haber prestado atención a mi amiga.

—Jelen, yo no puedo ayudaros ahora. Entre el trabajo y esto —se redondeó la tripa—, no puedo empezar otra vez de cero con el catering. Eso y que sigo pensando que mucho tienen que cambiar las cosas para que a Algo Ligero le vaya bien.

—Cambiarán —pronunció Leo con seguridad.

Nos miramos y yo le agradecí la confianza con un ligero movimiento de cabeza. Ahí sentado, con su pose de seguridad, su tablet en la mano y mirada decidida, me pareció un tío alucinante. Y un tío fuera de mi alcance también, a pesar de lo sucedido la noche anterior. Volví a centrarme en Rocío, que abría la boca para añadir:

—En la cena del otro día te di una respuesta muy firme porque de verdad estaba decidida a cerrar. No veía qué podría cambiar con respecto a los últimos años, pero ahora que tenéis a Leo, que parece que sabe lo que hace, no me opondré a que sigáis adelante, aunque yo no pueda ayudaros. Al menos por ahora y al menos de la forma en la que veníamos trabajando.

—Podrías aportar recetas nuevas —sugirió Dani—. Ni muerta te quedarías sin cocinar.

Rocío sonrió.

—Me parece bien. Eso puedo hacerlo. —Miró a Miguel, que asintió satisfecho.

A partir de ese momento, la velada se relajó y todos respiramos un poco más tranquilos. Miguel y Rocío sacaron algunas raciones de picoteo y no pude más que sorprenderme por lo bien que Leo parecía estar encajando con mis amigos.

—Volví de Londres hace unos meses —explicó, sometido a un interrogatorio por parte de Miguel—. Me apetecía un cambio, empezar de cero.

—Pues eso sí que es valiente por tu parte.

Leo asintió y creí ver en su rostro una mueca de resignación. Volví a meditar sobre su huida de Londres, ¿tendría que ver con su exnovia? Quizá le había roto el corazón y por eso él había abandonado la City. Fruncí el ceño y descarté la idea. Ese tipo de cosas les pasan a las panolis como yo, no a tipos como él. Y, en todo caso, yo siempre fui demasiado cobarde como para abandonar nada. Prueba de ello era que llevaba doce malditos años enganchada a Javi. Doce. Ojalá hubiera tenido el valor para huir, por ejemplo, a Francia. Podría haberme convertido en una gran chef, estilo Ratatouille, vuelto por todo lo alto, quizá con una estrella Michelin y…

—¿Jelen? —escuché la voz de Rocío. Todos me miraban.

—¿Sí?

—Te habías quedado en Babia… —Me sonrojé—. Te preguntaba por Aurora, que si has vuelto a hablar con ella.

—Sí, esta mañana, de hecho. Parece que las cosas están mejor entre nosotras. Todo bien. ¡Oye, qué bueno está este jamón!

—afirmé tratando de cambiar de tema.

No quería que mis amigos pronunciaran la palabra Javi, que solía ir justo después de la palabra Aurora.

Así, me puse a comer embutido a dos carrillos, como si eso me impidiera hablar, o, lo que era aún más descabellado, como si impidiera a mis amigos seguir preguntando.

—¿Y has vuelto a hablar con Javi? —continuó Miguel.

—Muy poco —respondí escueta justo antes de meterme un trozo de pan en la boca. Mi imagen debía de resultar penosa.

—Me alegro —afirmó Miguel—. Sé que lo pasaste mal en la boda, pero creo que ese tipo no te merecía. —Se encogió de hombros.

Sentí la mirada de Leo clavada en mí, y quemaba.

—Miguel tiene razón —continuó Dani para mi disgusto—. No es que Javi me parezca un mal tipo, pero esto tenía que acabar. —Bebí un trago de vino asintiendo con la cabeza y clavando la vista en mis deportivas—. Y, oye, no nos has contado la historia del pendiente.

—¿Pendiente? —hipé.

—Sí, el que apareció misteriosamente en el bolsillo de su chaqué. El de las golondrinas.

—Parece una historia interesante —afirmó Leo dibujando una sonrisa curiosa.

—Oh, no…, no lo es. No hay mucho que contar —respondí de forma categórica, rellenando una segunda copa de vino, o, más bien, volcando media botella en ella.

—Un hombre no se queda con un pendiente por casualidad —continuó Dani.

—Y una mujer tampoco lo pierde por casualidad.

«¿Por qué sacan ese maldito tema precisamente ahora?», pensé.

—¿Qué os parece si lo dejamos para más tarde? No parece tener muchas ganas de hablar de ello. ¿Os apetece un juego de mesa? —intervino Rocío salvándome la vida, antes de que se desvelasen mis trapos sucios y antes de que me diera una indigestión con el embutido y el vino.

Mis amigos, y diría que también Leo, parecieron decepcionados, y yo agradecí que Rocío me rescatase. Cuando creí que nadie miraba dibujé un silencioso «gracias» con los labios. No me apetecía que Leo se enterase de mi penosa historia con Javi. ¿Se podía ser más patética?

«Sí, soy patética», me dije, pero, al mirar mi teléfono móvil, comprobé, para mi desgracia emocional, que me había vuelto a escribir.

Javi:
Estoy en Madrid.
¿Cuándo nos vemos?

30. LEO



Rocío desplegó el Catán encima de la mesa y las piezas rodaron como si quisieran escapar de la prisión que resulta la caja. En ese momento, pensé que el Leo de hace unos años, incluso meses, se hubiera inventado una excusa y se hubiera pirado de allí, dejando a esos pringados con sus juegos. Al Leo del pasado se le hubieran ocurrido un millón de planes mejores que pasar la noche construyendo puentes y conquistando territorios sobre un tablero de cartón. Ese Leo hubiera preferido ir a una discoteca o un lugar pijo de copas. Se hubiera juntado con tíos exitosos como él, y seguramente, después de un rato no demasiado largo de conversación banal, se hubiera llevado a casa a alguna mujer deslumbrante cuyo nombre no recordaría a la mañana siguiente, pero le daría igual.

Sí, eso es lo que hubiera hecho el Leo del pasado, el que vivió en Roma y el que llegó a Londres con la idea de convertirse en una versión mejorada de sí mismo. Sin embargo, unos años más tarde, después de haber tirado mi carrera por la borda y haber tenido que abandonar la capital británica como un fugitivo, allí me encontraba, en el luminoso apartamento de Rocío y Miguel, alegrándome de forma inesperada y genuina por esa pareja de futuros padres a los que acababa de conocer, pero que ya me caían bien, deseando ir al basket con Dani y sintiendo una curiosidad que iba más allá de lo razonable por la chica que comía jamón a dos carrillos para evitar hablar de sus líos amorosos. Había tenido algo con Javi, lo había sospechado la noche anterior y sus amigos lo acababan de confirmar. Me podía la intriga y quería averiguar más.

Me sentía cómodo, como si ese siempre hubiera sido mi sitio y esa gente, los amigos que se comportaban como si me hubiera ido a unas largas vacaciones y hubiera vuelto como si nada.

De pronto, sentí un escalofrío.

¿Y si fracasaba en mi plan para Algo Ligero y los decepcionaba? ¿Y si realmente no era tan fiera en mi trabajo como creía y no conseguía mis propósitos? A juzgar por la que había liado en mi antiguo puesto, mis habilidades estaban en cuarentena.

«No fue culpa tuya —traté de convencerme—, o no del todo».

¿Y si se enteraban de mi pasado y decidían darme de lado? Quizá Dani ya no querría verme y Elena no me volvería a hablar. Esa idea me dolió más de lo que esperaba.

Le pedí a mi cerebro que apagase durante un rato esos pensamientos que me asediaban cada dos por tres y me centré en el juego.

—Os voy a dar una paliza —afirmé ante los abucheos y las risas de los demás.

—Eso habrá que verlo —replicó Miguel con un crujido de dedos.

—¿No ves lo desgastado que está el tablero? —mencionó Dani—. Eso es porque juega por las noches.

—¿Me estáis vacilando?

Las carcajadas del grupo se vieron interrumpidas por la voz de Miguel:

—Ahora lo vamos a comprobar.

*

Unas horas más tarde, después de una competición muy reñida y con el estómago lleno, porque en casa de Rocío y Miguel tampoco se pasa hambre, nos despedimos del matrimonio y salimos a la calle.

—¿Me llevas? —le preguntó Elena a Dani mientras este se acercaba a una de las motos de alquiler.

—Me temo que no voy a casa —contestó él.

—¿Te vas con tu ligue secreto? —pregunté alzando las cejas. El aludido sonrió—. Parece que vais en serio.

—Estoy contento —se limitó a decir, dedicándonos una sonrisa—. ¿Puedes llevar tú a Elena?

—Puedo coger un taxi. No quiero que des un rodeo por mi culpa —afirmó, y su comentario me extrañó: ¿no quería que diese un rodeo o no quería quedarse a solas conmigo?

—No es molestia —respondí buscando la aplicación de las motos en el teléfono.

—Genial, os dejo. Me están esperando —pronunció Dani, feliz y con una prisa evidente por llegar con su amada, quienquiera que fuese.

Después de perder a Dani de vista, caminamos unos metros hasta encontrar la siguiente moto. Elena parecía incómoda.

—No hace falta, de verdad. Habitualmente me lleva Dani porque vivimos cerca, pero puedo llamar…

Negué con la cabeza.

—Me pilla de camino.

—¿Ah, sí?

—Más o menos —reí—, pero en una motillo de estas se llega rápidamente a todas partes. —Palmeé el manillar—. ¡Vamos! —Le tendí un casco—. En diez minutos estarás en casa.

Nos subimos en la moto y sentí cómo sus brazos me rodeaban. Me gustó la sensación. Aunque sonara penoso, los únicos brazos que me habían rodeado en los últimos meses eran los de mi madre y los de Mona, que me estrujaba con sus achuchones en cuanto me descuidaba. Sin embargo, este abrazo era distinto.

La noche era cálida y la brisa anunciaba el comienzo del verano. El motor rugió y avanzamos por las amplias avenidas de Madrid. Los brazos de Elena, tensos al principio, comenzaron a relajarse y, poco tiempo después, sentí su cabeza apoyada contra mi hombro.

—Me alegra que vayas tan tranquila —comenté—. Sólo hace como cuatro años que no monto en una de estas. Tengo la aplicación de casualidad, de cuando vivía aquí.

—¡¿Qué?! —exclamó como despertando de repente—. Eso se avisa antes.

—Entonces no te hubieras subido.

—La verdad es que no —se rio.

—¡Vaya! Esperaba que me dijeras que lo hubieras hecho igualmente, con tal de disfrutar de mi compañía.

—Tu compañía no vale tanto como mi vida —replicó.

—Eso es porque todavía no me conoces lo suficiente. —Nos paramos en un semáforo—. Ya estamos llegando.

—Qué pena… —bromeó.

—Oye, que, si quieres más adrenalina, te puedo dar otra vuelta a la manzana. La señorita manda.

—La señorita ha tenido suficiente por hoy.

—¿De motos o de mi compañía? —me atreví a preguntar, apretando el acelerador en cuanto el semáforo cambió de color.

Elena no contestó, pero casi pude sentir su sonrisa cerca de mi hombro. Aparqué justo delante de su portal y ella soltó su abrazo. A pesar del calor, sentí frío. Se apeó con agilidad y se quitó el casco, dejando su pelo castaño alborotado. Me lo tendió con solemnidad.

—Gracias por traerme.

—Cuando quieras.

Sonrió y nos quedamos de pie en medio de la acera, sin saber qué más decir, sin ganas de irnos. Si en lugar de una noche de Catán con amigos, hubiera sido una cita, en este momento la besaría. Ya era la tercera vez que me pasaba con ella, que se daban momentos perfectos para besarla, pero, obviamente, no podía. Ni debía. Al menos de momento.

—Elena…

—¿Sí?

—¿Qué es lo que pasa con Javi? —vomité la pregunta.

Ella se tensó entera y, para mi sorpresa, la mirada que me dirigió a continuación fue una de las más tristes del mundo.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo —pronuncié apoyándome en la moto.

—¿Siempre tienes tiempo? —Sonrió.

—Para ti sí.

Me dedicó una sonrisa misteriosa seguida de un suspiro.

—Bueno, te ibas a enterar igualmente. Mis amigos son unos bocazas.

—Tus amigos te quieren —afirmé convencido.

—Una cosa no quita la otra.

La miré largamente.

—Es… complicado. Y largo. Muy largo.

—Puedes empezar por el principio.

—Esto será como las mil y una noches, entonces.

Me mordí el labio para no decirle que estaba dispuesto a pasar las próximas mil y una noches con ella, y lo peor fue que me asusté de mis propios pensamientos.

—Bien, me convertiré en un sultán persa, entonces.

31. LA HISTORIA DE JAVI Y ELENA. AÑO 2017. PARTE I.



Los años de universidad habían pasado en un suspiro entre apuntes desordenados, cafés interminables, madrugadas de estudio y exámenes que provocaban nervios y risas compartidas. Elena, Javi y Aurora ya estaban en el último curso de Derecho, y la incertidumbre sobre qué les depararía el futuro comenzaba a pesar sobre ellos como una nube densa que amenaza tormenta. Javi seguía decidido a convertirse en un abogado de renombre, y últimamente no se le veía el pelo, sumergido como estaba en sus estudios para lograr la mejor nota posible y así entrar en un buen bufete. Aurora apenas pasaba por clase, había conseguido sacar la carrera curso a curso con notas raspadas y eso le parecía más que suficiente, al fin y al cabo, no importaba lo que quisiera, su futuro ya estaba escrito y aún no sabía cómo escapar de él. Por último, Elena continuaba atrapada entre sus dudas, las expectativas de su familia y la penosa realidad de que, si no se dedicaba al derecho, ¿qué haría? Y luego estaba el tema de Javi. Después de cuatro años, seguía secreta e irremediablemente enamorada de él. Un sufrimiento al que, se convencía, debía poner punto y final.

Aquella tarde, en la biblioteca, Elena estaba sentada en una mesa cubierta de apuntes desordenados, con subrayadores y bolígrafos de colores. Sus ojos cansados se deslizaban por el texto mientras murmuraba en voz baja con la esperanza de retener cada artículo, cada concepto.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó en un susurro Aurora, que, sentada a su lado, pasaba las páginas de los apuntes de Derecho Tributario con calma y con menos interés que si ojeara una revista de moda.

—¿Por el examen? Claro que sí. ¿Tú no?

La chica se encogió de hombros.

—Me he aprendido lo básico.

Elena la miró fijamente y, disimulando una sonrisa, pronunció:

—Nos tienes a todos engañados.

—¿Qué?

—Vas de rubia tonta, pero nos das mil vueltas —le dijo con cariño—. No te esfuerzas la mitad de lo que lo hacemos Javi o yo, y ahí estás. Año a año.

Aurora dibujó una mueca.

—Pero eso no es suficiente para mi padre. Siempre seré la rubia con serrín en el cerebro.

—Pero tú no quieres hacer más.

—Tienes razón, no quiero. No en esto.

Aurora soltó una risa amarga y se encogió de hombros en un intento vano por hacer creer a su amiga que el futuro realmente era para ella una preocupación menor.

—Tú también eres muy buena en esto —afirmó—. Un poco más empollona, pero no se te da mal. —Le propinó un codazo suave —. Además, tienes a Javi para que te ayude. No entiendo cómo no habéis acabado juntos, sois como dos polos de un imán —comentó con tono desenfadado—. Ojalá yo encontrase a alguien así… — Suspiró.

Elena sintió cómo se le encendían las mejillas y trató de disimular mientras subrayaba unas líneas en sus apuntes. Suponía que Aurora se lo decía en tono de broma, pero no podía negar que la idea le daba vueltas en la cabeza, y que, en algún rincón secreto de su mente, esperaba que Javi también pensara lo mismo, que eran el uno para el otro. Observó a su amiga durante un instante, con su pelo rubio que parecía brillar en la biblioteca y sus ojos verdes siempre alegres.

Aurora despertaba admiración y atraía las miradas allá donde fuera. Por eso, aunque los tres eran amigos, Elena no podía evitar sentir un leve pinchazo en el estómago cada vez que la veía hablando con Javi en los pasillos, riéndose o compartiendo con complicidad alguna broma. Jamás había confesado sus sentimientos por el chico, ni al aludido ni a su mejor amiga, y en ocasiones

pensaba que no sabía qué podía resultar más catastrófico, si su falta de iniciativa o que hiciera uso de ella.

Justo cuando Aurora terminaba de pronunciar sus palabras, Javi apareció a su lado, como si estuviera sincronizado con cualquier conversación que mencionara su nombre.

—¿Estabais hablando de mí? —preguntó con una sonrisa cansada, dejando caer su mochila sobre la mesa—. Espero que sea algo bueno, viejas brujas —las chinchó.

Aurora le lanzó una mirada cómplice a Elena antes de responder:

—Jamás osaríamos criticarte. Además, no queremos que tu ego se infle más de lo que ya lo está y nos devore a todos.

Elena rio, y Javi se cruzó de brazos con una expresión exagerada de ofensa.

—¡Cómo te pasas! ¿Mi ego? Si yo no tengo de eso. Soy la humildad personificada. Que esté a punto de convertirme en el mejor abogado de todo Madrid no significa nada. De hecho, miradme, aquí con la purria. —Las señaló y se llevó una mano al pecho con un dramatismo digno de un actor de teatro.

—Pues la purria te pide que nos traigas unos cafés, haznos el favor —intervino Aurora.

—Eso, eso —añadió Elena divertida—. Así vas practicando, que será lo que te toque en cuanto empieces a trabajar…

*

Cuando terminó el examen, Javi se giró hacia Elena con una sonrisa traviesa.

—Tengo un plan indecente que proponerte.

A Elena se le paró el corazón durante un segundo por su sonrisa, por su mirada, por las expectativas del plan indecente. Por suerte, respondió con la cabeza fría:

—¿Ah, sí? ¿Más indecente que dormir una siesta para recuperar todo el sueño que he perdido estos días?

—Mucho más. ¿Vamos a nuestro bus?

—¿Y Aurora?

—Ya sabes que se marea en los autobuses. Además, se ha ido. Tenía… un cumpleaños, creo. Venga, ¿qué me dices? Tú, yo, los guiris alemanes…

Elena asintió intentando que la emoción no la delatara. Subirse al autobús turístico de Madrid se había convertido en una especie de tradición secreta, una en la que sólo participaban Javi y ella cuando Aurora tenía planes y cuyos momentos atesoraba como el recuerdo más valioso. No eran turistas, claro, pero el recorrido les permitía escapar de la rutina y hablar de cosas que normalmente no salían en la facultad, ni siquiera en un bar. Era como una especie de espacio seguro aunque un poco raro, era su espacio.

Así que, después de hacer la cola, subieron al autobús y se dirigieron directamente a la primera fila de la planta superior, desde donde podían contemplar la ciudad. Madrid brillaba en tonos dorados bajo el sol del atardecer. No podía ser más bonito…, ni más romántico.

—¿Sabes? —comenzó Javi, rompiendo el silencio mientras avanzaban lentamente por la ciudad—. Voy a empezar a buscar prácticas en un despacho grande, de los de primera liga. Ya he enviado algunos currículums. Quiero sentir esa presión, ese ritmo intenso.

—¿Ese maltrato? —rebatió ella.

—Si es necesario, estoy dispuesto a pasar por ello. Sueño con ser un gran abogado, alguien que realmente marque la diferencia. Un referente —terminó con emoción—. Tú lo sabes mejor que nadie.

Elena lo miró, y no pudo evitar sonreír por la intensidad en sus ojos, por la determinación. Había visto esa expresión muchas veces, pero nunca dejaba de asombrarle.

—¿Te imaginas defendiendo a alguien en un caso importante? —fantaseó ella con una sonrisa burlona—. No sé, Javi. Me cuesta imaginarte tan serio. Aunque haber cambiado esas sudaderas negras por camisas y chinos ha sido un paso importante. No sé si para bien, pero…

Javi se hizo el ofendido, aunque su sonrisa le delataba.

—¡Eh! Me subestimas. Puedo ser muy serio. Además, te contaré un secreto. —Se acercó a ella, que se dejó embriagar por el

aroma del perfume que ya le resultaba tan familiar—. He estado practicando una sonrisa victoriosa pero no arrogante para cuando pula a mis oponentes en los tribunales.

Elena intentó no soltar una risotada.

—¿Y practicas eso en el espejo?

—Por supuesto —respondió en tono solemne—. Cada abogado exitoso necesita una sonrisa ganadora, y la mía va a ser la mejor.

—Estás fatal…

Ambos estallaron en carcajadas mientras el autobús pasaba frente a algunos de los monumentos más famosos de la ciudad. Entre risas, Elena sintió cómo la tensión en su pecho disminuía, aunque, por un momento, volvió a recordar que, a diferencia de él, ella no estaba segura de qué quería hacer con su vida después del verano. Bajó la vista y jugó con uno de los mechones de pelo que se habían soltado de su coleta. Como si le leyera el pensamiento, él preguntó:

—¿Y tú? ¿Qué tienes pensado?

—Pues... no estoy segura. No sé si el derecho es para mí. Tal vez me gustaría hacer algo diferente, algo menos... intenso. Menos rígido, pero no sé ni por dónde empezar.

Javi levantó una ceja.

—¿Y desaprovechar tu talento? Elena, serías una abogada increíble. Piensa en todas las veces que me has sacado de apuros con tus ideas o cómo analizas los casos en clase. Además, en el fondo te gusta…, aunque a veces lo niegues.

Ella suspiró, sintiéndose pequeña frente a la pasión de Javi.

—Es que no sé si tengo lo necesario para ser feliz con esta vida. Quizás… —Provocó una pausa para buscar las palabras adecuadas—. Quizás yo no sirva para estar diez horas sentada en una oficina. No sé si me veo así el resto de mi vida.

Javi la observó con seriedad.

—Mira, puede que Aurora tenga la capacidad de elegir. Ella ya tiene medio camino resuelto; con las conexiones de su familia y su actitud de «todo me da igual», conseguirá un trabajo de lo que

quiera y donde quiera. Tú y yo, en cambio… —dijo, dejando la frase en el aire.

—¿Tú y yo qué? —quiso saber Elena, con el corazón latiendo un poco más rápido.

Javi se rascó la nuca, incómodo.

—Pues que tú y yo sabemos lo que es tener que esforzarnos para conseguir algo. No lo vamos a tener fácil, y ya sabes lo sencillo que es que todo se vaya a la mierda. ¿Estarías dispuesta a tirar por el barranco todo lo que tu familia se ha sacrificado por ti? —Elena estuvo a punto de replicar, pero Javi continuó en un tono que sacaba a veces a relucir y que la hacía sentirse como una niña que había descuidado sus tareas—: Venimos de familias humildes, trabajadoras, sería un insulto que no nos esforzáramos al máximo por llegar lejos. Y los dos podemos, Elena. Los dos. Tú y yo.

Javi la miró con intensidad y le tendió una mano. Elena la cogió y un torrente de emociones bailaron en su interior. Antes de que pudiera pronunciar palabra, el autobús hizo una parada y el alboroto de alemanes que bajaban y subían pareció pinchar su burbuja. Eso sí, Javi no la soltó hasta el final del trayecto.

*

Unos días después, Elena estaba en clase, en la misma fila de siempre, con el libro abierto frente a ella y los apuntes alineados sobre la mesa. Sin embargo, su mente estaba a kilómetros de distancia. Las palabras del profesor se mezclaban en un murmullo lejano mientras ella volvía a recordar, casi de manera involuntaria, el instante en que Javi le tomó la mano en el autobús.

La escena se repetía en su cabeza como un eco persistente: el roce de su piel, el calor de su mano, la sensación de cercanía que la había dejado sin aliento. ¿Significaba algo para él o sólo era un gesto casual? ¿Los amigos se daban la mano tanto rato? Pero, si de verdad ella le gustaba, ¿por qué no la había besado? No lograba sacudirse las dudas, y una parte de ella se sentía ridícula por ver tantos significados en algo que, probablemente, Javi ya había olvidado.

Echó un vistazo rápido hacia donde estaba el chico, varias filas más adelante. Tomaba apuntes, concentrado como siempre. Elena suspiró, intentando apartar la maraña de emociones que le revolvía el estómago, y se prometió a sí misma no darle más vueltas, o, al menos, intentarlo.

Al finalizar la clase, se reunieron, y Aurora apareció con una sonrisa pícara y emocionada.

—¿A qué viene esa cara? ¿Te ha dado una sobredosis de azúcar? —bromeó Javi.

—Mucho mejor. Se me ha ocurrido una idea increíble. —Dio unos saltitos—. ¿Qué os parece si nos vamos a París?

—¿A París?

Javi y Elena cruzaron una mirada interrogante.

—¡Sí! Mi padre tiene un apartamento allí y he pensado que podríamos ir el fin de semana después de los exámenes, sería una manera increíble de celebrar que terminamos la carrera. Si aprobamos, claro. Además, sólo tendremos que comprar los billetes de avión. —Se encogió de hombros, mirando expectante a sus amigos—. ¿Qué me decís?

Un viaje a París los tres juntos parecía casi irreal. Aurora no sólo era el alma de la fiesta, sino también la reina de las sorpresas, y esa idea era…

—¡Es una idea increíble! ¡Estoy dentro! —exclamó Javi, y se giró hacia Elena—. ¿Qué dices? Te apuntas, ¿no?

—Sí, claro. Cuenta conmigo. No me lo perdería por nada del mundo —respondió finalmente, contagiándose de la emoción de su mejor amiga.

Aurora soltó un gritito de alegría y los abrazó a ambos.

—¡Perfecto! Nos vamos a París. ¡Los tres! Prometo que será un viaje inolvidable.

Javi alzó las cejas y le lanzó una mirada de complicidad a Elena. Por un segundo, ella se sintió como si estuviera al borde de algo, como si el viaje a París pudiera ser el comienzo de una aventura que cambiaría su vida.

32. LEO



—¿Y qué pasó en París? —pregunté.

Apoyado contra la pared del portal de Elena, intentaba juntar las piezas de la historia que acababa de escuchar. Una mezcla de confesiones a medias que me intrigaba.

—Pues fuimos, lo pasamos bien y, unos pocos meses después del viaje, Javi y Aurora comenzaron a salir.

—Pensaba que a Javi le gustabas tú.

—Yo también —replicó ella escondiendo la mirada—, pero ya ves. A veces las cosas no son como nos imaginamos, o como queremos que sean. Supongo que Javi salió ganando.

—¿Por qué dices eso? —protesté.

—¿Es que no está claro? Aurora es el premio gordo. Aparte de guapísima y un encanto, su padre está forrado. La carrera de Javi ha despegado desde que comenzó a salir con ella. Él ha cumplido su sueño, y supongo que Aurora, de alguna manera, también. Los dos querían lo que tienen.

—No parece que le vaya nada mal, no —comenté pensando en sus cinco millones de seguidores.

—No. Y mírame a mí. —Abrió los brazos—. No tengo nada. Estoy en el mismo lugar de hace cinco años. El lunes volveré al despacho donde empecé a trabajar como becaria y mi trabajo será…, pues de becaria, más o menos.

Elena escondió un mechón de pelo detrás de la oreja y apretó sus labios con tristeza. Yo la miré intentando contener una mueca de pena. No quería compadecerme de ella, no quería que se sintiera más frágil y diminuta. Tenía que convencerla de que en su historia todavía no había un punto y final.

—Elena, lo has intentado. Es más, lo estás intentando. Esto no se ha acabado. Has sido valiente y has decidido luchar por tu sueño, y salirse de la ruta preestablecida es más de lo que mucha

gente se atreve a hacer. Has sido más valiente que Javi, si lo piensas bien. Él hizo lo que todo el mundo.

—Salirme de la ruta me ha llevado al precipicio —musitó.

Puse los ojos en blanco.

—No seas dramática. Tú no eres así. Eres fuerte y saldrás adelante.

La miré y sus ojos de pronto me recordaron al gatito de Shrek. No podía negar que había algo en esa mirada que me dejaba sin saber qué decir, sin aliento, me dejaba con las ganas de dar un paso al frente, estrecharla entre mis brazos y hacerle olvidar a ese idiota de Javi y a los miedos que ocupaban sus pensamientos en ese instante.

«Por Dios, Leo…, te estás pasando de intenso», me reprendí.

—¿Podemos seguir con esta conversación en otro momento? Estoy un poco cansada —sugirió Elena, frotándose los ojos como si ese viaje por sus recuerdos la hubiera golpeado de frente.

—Claro, como quieras —respondí sin disimular la decepción, pero esbozando una sonrisa tranquila.

Ella me devolvió otra fugaz, apenas un segundo, pero fue suficiente para que me diera cuenta de que había algo más. No era sólo cansancio. Había algo que se guardaba, y que quizá nunca soltara del todo, al menos por el momento.

Nos quedamos en silencio unos segundos. La calle estaba bañada por la luz cálida de las farolas, que iluminaba las aceras y las fachadas de los edificios. El aire nocturno, aún cargado de la humedad del verano, rozaba la piel con una suavidad pegajosa. Nos despedimos finalmente y, antes de darme la vuelta para irme, le dirigí una última mirada. Se había quedado en el portal, como si tuviera algo más que decir, pero con los labios sellados. Caminé un par de pasos y luego me giré.

—¿Elena?

—¿Sí?

—Ese tío no te merecía —solté—. No hay que ser muy listo para darse cuenta.

Ella negó con la cabeza y me dedicó una última sonrisa.

—Hasta mañana, Leo Ligero.

Me coloqué el casco y observé cómo entraba en el portal del edificio. Me sentía raro. Me sentía bien y estúpido a la vez. No sabía en qué momento Elena había pasado de ser la socia de ese negocio en ciernes a alguien que, de repente, se había instalado en mi cabeza, en mis pensamientos, y que no parecía querer marcharse.

Mientras recorría las calles en la pequeña scooter, pensé en ella, en esa sonrisa breve, en su historia con el dichoso Javi. No me había equivocado al pensar que había feeling entre ellos cuando vi esa foto en su habitación, pero todavía había algo que no me cuadraba: la historia que me acababa de contar era de hacía más de siete años, y esa foto, bastante reciente, ¿acaso habían tenido algo de espaldas a Aurora? ¿Había seguido ella enamorada todo este tiempo a pesar de todo? ¿Podría tener yo una oportunidad?

Llegué a casa y, mientras buscaba las llaves, no pude evitar pensar en el follón en el que me metería si seguía por este camino. No podía saltarme mis propias reglas, no podía tener nada con Elena. Lo estropearía todo.

De pronto, sentí una vibración en el bolsillo.

Elena:
Leo,
gracias por escucharme.

Yo:
No te pienses que esto te va a salir gratis.
Como mínimo, una docena de canapés.

Elena:
Me parece un precio justo.
Buscaremos el día.
Buenas noches 🙂

Dejé el móvil sobre la mesita. A la mierda mis reglas.

33. ELENA



Cuando me desperté el domingo, permanecí un buen rato tumbada en mi cama con la vista pegada al techo, como si el gotelé pudiera dar una respuesta a todas mis plegarias, o bien decidiera caerse en ese instante sobre mi cabeza y así pusiera fin a mis problemas. Sonreí. Debía inventarme una excusa más original si quería evitar acudir al trabajo al día siguiente. Tenía hambre, pero ni siquiera me importaba. Mi cabeza daba vueltas a lo que le había contado a Leo la noche anterior. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué le había soltado parte de la historia de Javi? Y, lo más raro, ¿por qué me sentía tan aliviada?

Leo me escuchó sin esa mirada de pena que la gente suele poner cuando hablas de algo tan patético como enamorarte de alguien que elige a tu mejor amiga en vez de a ti. No me dio consejos ni me dijo «Hay muchos peces en el mar». Simplemente, me escuchó. Como el día de la cafetería, cuando quedamos por primera vez para hablar de Algo Ligero y eso, de alguna manera, me hizo sentir menos estúpida, menos sola, menos… fracasada. No necesitaba una solución a mi drama amoroso, lo que me faltaba era que alguien, por primera vez, no me mirara como si estuviera rota o como si hubiera perdido el juicio. Como, de un tiempo a esta parte, solían hacer mis amigas.

Durante un momento, me planteé si contarle el resto de la historia, la parte más dolorosa y dramática, lo que sucedió justo antes y después del viaje y cómo malviví, durante los siguientes años, mendigando mensajes y miradas de Javi con la esperanza y, sobre todo, con el convencimiento de que significaban algo más. Ilusa de mí, que creía que no se casaría con ella. Jamás.

Di media vuelta en la cama preguntándome si el semblante de Leo continuaría tan neutro si conociera ese segundo acto de la historia.

«¿Por qué te importa tanto la opinión de Leo?», pensé de pronto. Qué más me daba, si, al fin y al cabo, era una persona que acababa de aparecer en mi vida y a la que apenas conocía.

«Y con la que casi te has enrollado», me recordé.

«Y con la que te quieres enrollar», añadió la voz de Silvia en mi cabeza.

Maldita sea. Como si no tuviera ya suficientes problemas.

«Ese tío no te merecía», volvieron las palabras de Leo a mi mente.

«¿Y tú sí?», pensé justo antes de volver a quedarme dormida, derrotada por el cansancio a pesar de lo animado del diálogo interno en mi mente.

*

El lunes me desperté como si tuviera un funeral. Bien pensado, era el funeral de mi antigua vida. Por supuesto, no faltaron los mensajes con condolencias o, en realidad, ánimos. Mis amigos me escribieron, mis padres y también Leo. Eso me alegró un poco. Aun así, me vestí de negro, como mi alma, y, ya lista para salir, vi que tenía otro mensaje en el móvil.

Javi:
¡¡Hoy es tu gran día, Ele!!
Me alegro de que hayas reconsiderado tu carrera
y vuelvas al despacho.
El mundo del derecho se estaba perdiendo a una
magnífica abogada.
¿Comemos esta semana?
Te paso a recoger el miércoles.

Respondí a su mensaje con un «OK, gracias», apagué la pantalla y guardé el teléfono en el bolso. La rabia circulaba como la sangre por mis venas. Javi jamás había apoyado mi negocio y ahora

sentía que se regodeaba de mi fracaso y de mi vuelta «al camino correcto». Respiré hondo, me puse los auriculares con mi canción favorita del momento y, cuando me bajé del metro, hice acopio de toda la seguridad que me fue posible reunir. La iba a necesitar.

Ya en el despacho, el aroma a café de máquina y el eco de teclas resonando me golpearon como un déjà vu inevitable. Observé a mi alrededor y pude comprobar que, aunque el lugar seguía siendo el mismo, yo había cambiado. Sentí que me despertaba de un sueño: los menús exquisitos, el ajetreo de los eventos, la libertad que da trabajar para uno mismo… Acorralada de nuevo entre esas cuatro paredes, Algo Ligero me parecía un recuerdo lejano.

Mis tacones resonaron en el suelo de mármol y no me reconocí en la imagen que me devolvió el espejo del recibidor: traje de raya diplomática de riguroso negro (ese día estaba de luto), un moño tirante y zapatos con los que ya me dolían los pies, acostumbrada como estaba a mis zapatillas de deporte para andar por la cocina. Tomé aire y avancé por el mismo pasillo que había recorrido hacía cinco años. Un grupo de empleados charlaban y tomaban café en una de las salas. De pronto, descubrí que en el grupo estaba Silvia y mi pecho se relajó un poco.

—¡Silvia! —exclamé, sintiéndome menos sola.

Mi amiga me abrazó y me miró con preocupación.

—¿Cómo estás?

—Aquí, que ya es algo —susurré—. Tengo que…, bueno, adaptarme.

Ella asintió con comprensión. Reparé en que estaba muy elegante, vestida como una ejecutiva. También, en que me había contado que la habían ascendido y en lo poco atenta que había estado a la vida de mis amigas en los últimos meses.

—Tú tranquila. Seguramente tendrás que contestar a algunas preguntas incómodas, porque imbéciles hay en todas partes, pero después será como coser y cantar. Y yo estaré aquí —afirmó—. Venga, vamos a saludar. Así te lo quitas del medio.

Respiré hondo y esbocé una sonrisa falsa en un intento fallido de fingir seguridad al acercarnos a mis antiguos compañeros.

—¡Elena! ¡Cuánto tiempo sin verte! —escuché apenas hube llegado al grupo. Era Marta, con la misma sonrisa amplia y cordial de siempre, pero que ahora parecía un poco… ¿condescendiente?

Dirigí una mirada fugaz a Silvia y me acerqué sintiendo cómo los ojos de la abogada me examinaban con curiosidad y malicia velada. El tipo de mirada que alguien reserva para cuando ve a otro caer y levantarse sin mucha dignidad. Como se levantó la pobre Aurora el día de su boda, bañada en sorbete.

—¡Marta! Ha pasado tiempo, ¿verdad? —respondí, tratando de sonar encantada, como si volver a ese despacho fuese una decisión perfectamente calculada y lógica, en lugar de una última jugada desesperada tras el fracaso de Algo Ligero.

—Así es… ¿Cómo te ha ido? ¿Ya de vuelta por aquí? —preguntó con tono casual, aunque el interés en su mirada la delataba.

Sabía que quería escuchar la historia, que se moría por saber qué había pasado con mi negocio y por qué yo, que me había ido en busca de éxito y libertad, y, básicamente, pensando que todos ellos eran unos pringados por aceptar ese futuro gris, ahora regresaba con el rabo entre las piernas.

—Bueno, pues… —intenté sonar desenfadada—. Ya sabes, el negocio no salió como esperaba. A veces, las cosas no resultan como uno planea, pero, bueno…, de todo se aprende. ¡A ti te veo muy bien, por cierto!

Le dediqué esa mentira a sabiendas de que había cogido unos cuantos kilos y ni su figura ni su piel se veían tan tersas como la última vez que nos vimos. Ella encajó el golpe, pero no sin antes dedicarme una sonrisa igual de hipócrita mientras me miraba con cierta satisfacción, como si mi regreso reafirmara que los que triunfan son siempre los más sensatos, los que eligen la opción segura.

Por supuesto, en un despacho de apenas veinte abogados, mi reaparición fue la noticia del día. Mis antiguos compañeros me abordaban en los pasillos, y cada uno tenía su propia versión de la historia de Algo Ligero que querían contrastar conmigo.

—¡Pero qué sorpresa verte! ¡Cuéntame! ¿Qué fue del catering? —preguntaba uno tras otro, con una mezcla de curiosidad, empatía y morbo.

—Sí… Bueno… —respondía yo, una y otra vez, tratando de sonar casual—. No se dieron las condiciones. Ya sabes cómo es emprender.

Sabía que, tras mis excusas, habría murmullos en los pasillos, comentarios entre las pausas para el café: «¿Has oído? Tuvo que volver porque lo del catering fracasó. Quién lo habría dicho, ¿no? ¿Habéis visto los vídeos de la boda de Aurora».

Pero lo peor no era enfrentarme a esos murmullos; lo peor era ver cómo mis antiguos compañeros habían progresado en sus carreras y alcanzado los puestos de mayor nivel de responsabilidad, pero también de salario. Los mismos por los que yo tendría de haber decidido quedarme allí. Ellos, con su ropa impecable y sus escritorios impolutos, eran ahora socios o asociados sénior. Y ahí estaba yo, asignada a los casos más básicos, revisando cláusulas de confidencialidad y redactando documentos que prácticamente podría hacer en piloto automático.

Para añadir un toque de ironía a mi ya tortuosa situación, mi jefa era nada menos que Patricia, quien en su día solía traerme café. Ahora, ella estaba allí, en una mesa con vistas a la calle, y yo, otra vez al final de la jerarquía, encargándome de detalles que no requerían mucha habilidad, sólo paciencia… y toneladas de humildad.

—Ele, a pesar de todo, me alegra mucho tenerte de vuelta —dijo Silvia con una sonrisa amable, acompañada de un par de galletas de chocolate para endulzar el momento.

Le agradecí el gesto e intenté centrarme en mis nuevas tareas. Las horas parecían pasar a cámara lenta y empecé a recordar por qué había dejado la profesión. ¿Todos los días iban a ser iguales?

Al llegar la hora de salida, recogí mis cosas, agotada. Quería gritarle al mundo mi frustración, pero en ese momento vibró mi teléfono con un mensaje de Leo, justo a tiempo para levantarme el ánimo.

Leo:
Buenas noticias.
Me imagino que hoy te vendrán bien :)
Te informo de que hemos subido bastantes seguidores gracias a las últimas fotos que he colgado en vuestra cuenta de Instagram.
La gente pregunta cuándo vais a volver.
Necesitamos recetas nuevas.
¡Algo Ligero aún respira!

Una sonrisa automática se dibujó en mis labios. Entré en la cuenta de Algo Ligero y descubrí varias imágenes y un par de reels tomados en… ¡mi casa! Leo debía de haberlos grabado mientras yo estaba escondida en el baño decidiendo si cambiarme o no de ropa. Las había subido hacía varias horas y ya contaban con varios cientos de likes y más de dos mil visualizaciones. En ese momento, hundida y cansada como estaba, me entraron ganas de llorar.

«Algo ligero aún respira».

Y ahí estaba Leo, recordándome que, aunque el negocio no hubiese sido el gran éxito con el que había soñado, tampoco estaba muerto. Sus mensajes seguían llenando la pantalla de mi móvil, hablaba de Algo Ligero como si aún fuese un proyecto lleno de potencial y haciendo que mi corazón latiera un poco más rápido. Juraría que no era sólo por el catering.

Mientras caminaba de vuelta a mi casa, una sonrisa involuntaria volvió a cruzar mi rostro. Guardé el teléfono. No sabía cómo, ni cuánto tiempo y esfuerzo nos llevaría, pero en mi interior algo me decía que mi historia con Algo Ligero aún no había terminado.

Y con Leo…

Con Leo acababa de empezar.

34. ELENA



Tal y como había prometido, el miércoles, Javi hizo su aparición en forma de wasap. A lo largo de esa semana, habíamos hablado varias veces, del trabajo, principalmente. Él parecía genuinamente feliz de que yo volviera al ejercicio de la abogacía y había compartido conmigo algunos detalles de su vida profesional que, hasta el momento, más o menos, desconocía. Javi llevaba años trabajando como abogado en una de las empresas del padre de Aurora. Consiguió un puesto de prácticas en cuanto salimos de la universidad y, después de un par de años de duro trabajo, fue promocionado a asociado y también a flamante yerno, primero de manera oficiosa y después oficial.

A veces me preguntaba si sería feliz, si esa era la vida que había imaginado cuando era un joven soñador en primero de carrera. Desde luego, los trajes caros y clientes ricos los tenía, pero su trabajo distaba mucho de parecerse al de Robin Hood. No ayudaba a los pobres ni tenía casos pro bono, asesoraba a una megacorporación y su objetivo principal era que las cuentas y la reputación de su suegro se viesen intactas.

Todo en él había cambiado: su forma de vestir, su forma de comportarse e, incluso, sus metas vitales. «Ele, en eso consiste madurar», me repetía cada vez que le sacaba el tema, mientras que yo dudaba de a quién querría convencer, si a mí o a sí mismo.

Sentada en mi escritorio sin vistas, leí su mensaje:

Javi:
¿Tomamos un café esta mañana?

Yo:
Javi, no puedo salir del despacho así como así.

¿No ves que soy casi la becaria?

Javi:

Está bien. Comeremos, entonces.

Eso puedes, ¿no?

Te iré a buscar al mediodía.

Y no admito un no por respuesta.

Y así, Javi se había plantado en la puerta de mi despacho con un traje azul marino impoluto y un ligero bronceado que le confería un aspecto saludable y, para qué engañarnos, atractivo. Muy atractivo. Una sensación de vértigo me revolvió el estómago y, en milésimas de segundo, intenté convencerme, en vano, de que era hambre.

En cuanto llegué hasta él, casi por instinto, nos abrazamos. Me gustaría pensar que fue un abrazo cortés, pero no. Me rodeó con sus brazos y apretó mi cuerpo contra el suyo con fuerza. Me había echado de menos, y la realidad era que yo también a él. Con la cabeza apoyada en su hombro, como tantas veces, respiré hondo y el olor familiar de su perfume me hizo sentir como si estuviera de vuelta en casa. Permanecimos así durante unos instantes, en medio de la calle. Cerré los ojos y, como un fogonazo, una serie de imágenes comenzaron a proyectarse en mi mente: el beso en el autobús, Javi caminando hacia el altar, Javi dando el «sí, quiero», su mirada en el catering de la boda antes de que todo se torciera y, después, su gesto de odio cuando destrocé su día y envenené sin querer a su mujer. Este último recuerdo me estremeció y, como si me lo pidiera mi instinto, me separé de él algo aturdida.

—Te he echado de menos —pronunció.

—Y yo a ti —respondí con la boca pequeña.

Era verdad, lo había echado de menos, pero sentía que habían cambiado demasiadas cosas en mi vida y en mí misma desde su partida. Comenzamos a caminar hacia un restaurante cercano y, mientras Javi parloteaba sobre las maravillas de Kenia, mi teléfono móvil vibró. Rebusqué en el bolso hasta dar con él y desbloqueé la pantalla. Era un mensaje de Leo que simplemente decía «Hola».

Una ola de calor comenzó a invadir mi pecho como un abrazo, como cuando bebes chocolate calentito en pleno invierno. Sonreí, y Javi pareció darse cuenta. Me apresuré a guardar el móvil.

—¿Quién es? —preguntó.

—Silvia —respondí sin pensar. Pareció creerme.

—¿Cómo le va?

—Bien —repliqué escueta, deseando cambiar de conversación.

Un rato después, estábamos sentados en una de las mesas del restaurante. Aunque la conversación fluía con más o menos naturalidad, sentía que algo no iba bien, que no éramos los de siempre. A lo mejor tenía que ver con ese resplandeciente aro dorado que llevaba en el dedo anular y del que me costaba apartar la mirada. Se me hacía raro, me rompía el corazón y me liberaba a partes iguales. Quizá así teníamos que ser, quizá esa era nuestra nueva versión, la que deberíamos haber adoptado hacía cinco años, cuando él y Aurora comenzaron a salir.

Terminamos el segundo plato, Javi se aclaró la garganta.

—Oye, Elena…

Lo miré como un gatito asustado. Nunca me llamaba Elena.

—Llevo tiempo pensando si sacar este tema, pero es que…

«Oh, no, oh, no. Va a hablar del beso», me dio tiempo a pensar. Maldita sea, no estaba preparada para dar una respuesta a lo que fuera a decir. Continuó:

—Lo de la boda fue… No sé, fue demasiado. De verdad que llevo dándole vueltas todos estos días y no he querido sacar el tema, porque… porque no me resulta fácil.

—Lo siento —me apresuré a decir—, y lo sentiré toda mi vida. Te pido disculpas de nuevo y también en nombre de mis socios. Sé que es imperdonable. Nosotros… Yo…

Él negó con la cabeza, y yo estaba a punto de tranquilizarme hasta que escuché sus siguientes palabras:

—Ellos no tienen la culpa. —Arqueé las cejas—. Dani y Rocío. Al fin y al cabo, no saben lo que pasó entre tú y yo… Lo del autobús.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunté confundida.

—Pues, hombre, está claro que lo de la boda no fue casualidad. Sabías de sobra que Aurora no puede comer marisco.

—Ella también lo sabe y, aun así, se comió como veinte canapés.

—Se los ofrecieron.

—¿Me estás culpando a mí por un error de una camarera?

—Pues sí, tú estabas allí, podías haberlo impedido.

—¡¿Acaso crees que soy omnipresente?! Bastante tenía yo con lidiar con los tres millones de intolerancias de tu tía Loles.

—No te pongas así —replicó apoyándose en el respaldo del asiento.

—¿Cómo me voy a poner? Estás sugiriendo que me cargué a propósito la boda de mi mejor amiga.

—Te enrollaste con su prometido unos días antes, ¿qué clase de amiga es esa?

—¡¿Qué?! —No daba crédito—. ¿Pero tú qué tienes, disociación de la personalidad? ¿Hola? Tú también estabas allí y tú me besaste. ¡Tú! —exclamé levantándome de la silla.

—Me provocaste.

—¡¿Yo?!

—Habíamos bebido mucho, ¿qué pensabas que iba a pasar?

Arqueé las cejas y deseé que el rubor no subiera más a mis mejillas. Mi labio inferior comenzaba a temblar y, con todo ello, en mi interior circulaba una rabia que necesitaba controlar. No quería parecer débil, no lo era. Ya no.

—Javi, pensaba que subiríamos a ese autobús, nos tomaríamos la última cerveza rodeados de guiris y bajaríamos como los buenos amigos que se supone que somos. —Él estaba a punto de interrumpirme y le corté—. Pero te digo una cosa, también pensé que tendrías valor. Valor para ser consecuente con tus decisiones y con tus actos. Tengo una pregunta para ti: ¿Aurora sabe que hoy has quedado a comer conmigo? —Su silencio fue la respuesta más clara—. Pues no hay más preguntas, letrado.

No quería montar un numerito en el restaurante, pero tampoco quería quedarme ahí plantada escuchando cómo se me

acusaba de haber arruinado la boda a propósito. ¿Qué le había dado a Javi esa mañana? ¿Qué le había pasado al volver a España? No entendía nada. Se había pasado las dos semanas anteriores enviándome ridículos mensajes de «Te echo de menos», ¿y ahora esto?

—Y si esta va a ser tu actitud, no vuelvas a llamarme —afirmé mientras dejaba un billete de veinte euros encima de la mesa para, acto seguido, darme la vuelta con toda la dignidad que fui capaz de reunir y marcharme.

Ya en el despacho, le conté a Silvia lo ocurrido. Mi amiga me miró con ojos comprensivos y utilizó una serie de adjetivos calificativos para referirse a Javi y a su comportamiento.

—Después le seguiremos criticando, pero ahora tengo que terminar un informe urgente —se disculpó.

Pasé el resto de la tarde sumida en mis pensamientos y cayendo en la más profunda desesperación. Ahí estaba yo, vestida con un traje gris, revisando unos papeles aburridos, con mi empresa de catering pendiendo de un hilo, en manos de un asesor al que acababa de conocer y por el que comenzaba a sentir cosas que no sabía a dónde me llevarían, Javi me odiaba y a saber si en mi futuro encuentro con Aurora me esperaría la misma reacción.

Contaba las horas para poder marcharme de ese lugar, para poder ir a hacerme una bola en mi sillón amarillo. Ojalá Katyusha no estuviera esa tarde; ni siquiera en mi casa tenía intimidad. Un rato después, mi teléfono móvil vibró con otro mensaje de Leo. No había contestado a su extraño wasap saludando esa mañana y me sentí mal. Me recorrió una pequeña decepción al comprobar que no era a mí a quien escribía, sino al grupo que teníamos con Dani para Algo Ligero.

Abrí la conversación privada con él y comencé a escribir, ¿qué decirle? ¿Que había estado muy ocupada? Me sentía patética. Patética con todo.

Borré el comienzo del mensaje y bloqueé el teléfono.

En ese momento, necesitaría un milagro para levantarme la moral.

35. LEO



Trabajar como tiktoker de un geriátrico no es lo que uno imagina cuando es niño y le preguntan qué quiere ser de mayor. Tampoco creo que sea el sueño de nadie al terminar un máster que cuesta una pasta, ni siquiera un máster gratis. Si me preguntasen, esta sería mi última opción laboral de entre un millón, pero ahí estaba yo, ajustando el brillo y aplicando filtros mientras la cara de la señora Tomasa sonreía en la pantalla. La anciana aparecía dicharachera, enérgica y mostraba un talento inigualable para contar chistes de los años setenta. Mientras editaba, no pude evitar preguntarme cómo sería mi versión con noventa años, si yo también acabaría en un lugar como Ocaso de Madrid y qué clase de contenido subiría a mi cuenta de TikTok si es que algo parecido existiera.

Pinché en el botón «publicar» y el reel de Tomasa comenzó a circular por internet. Ahora sólo quedaba esperar a que subieran las visualizaciones y los likes. Cada vez que posteaba contenido, me volvía un pequeño adicto a la pantalla, a las métricas que mostraban las visualizaciones y comenzaba a empatizar un poco con los influencers. Decidí revisar las publicaciones anteriores y hacer clic en otro de los vídeos de Tomasa. Cientos de comentarios aparecieron ante mis ojos. Increíble. Quizá, pensé, la gente sólo quiere ver a una mujer feliz contando sus historietas, y, para qué engañarnos, Tomasa tenía gracia, y Marcial había resultado un excelente director de casting.

Aunque ser tiktoker de un geriátrico no era el trabajo que imaginaba, se me daba bien y eso me gustaba, me reconfortaba, me hacía sentir útil después del desastre. Además, estaba logrando compatibilizarlo de forma más que decente con Algo Ligero. Hasta ese momento, había podido revisar y aclarar sus cuentas, actualizar su página web, dar una vuelta a su imagen de marca y estaba trabajando en sus redes sociales.

Abrí su cuenta de Instagram y mi pecho dio un salto al ver que teníamos un par de mensajes de clientes potenciales, gente que, a pesar del incidente de la boda, quería confiar en Elena y en su equipo para llevar a cabo algún pequeño evento. Lo apunté en nuestro nuevo calendario compartido y anoté en mi agenda que debía enviar un mensaje al grupo para comentarlo. Acto seguido, revisé las fotos que había subido hacía un par de días y que, si bien no eran tan exitosas como los vídeos de Tomasa, estaban teniendo un alcance más que aceptable. A los consumidores les encanta ver platos deliciosos y bien presentados. También me di cuenta de que los vídeos más visualizados eran aquellos en los que aparecía Elena cocinando. Deslicé la pantalla y un vídeo comenzó a reproducirse y una música, a sonar. La chica se mostró ante mis ojos mientras preparaba una salsa que después depositó en un cuenco. No sabía que la estaba grabando, por lo que sólo se preocupaba por la receta, que ojeaba, y porque el horno estuviera a la temperatura perfecta para introducir una bandeja de galletas. Observé cómo fruncía el ceño al probar una cucharadita de la vinagreta para, justo después, dibujar una mueca de satisfacción. La salsa estaba buenísima y ella era preciosa. Preciosa con su pelo recogido, el delantal con las letras de Algo Ligero bordadas en el pecho y una sencilla blusa de flores. En la última escena del vídeo, Elena miraba a la cámara y, tras unos segundos de incertidumbre, sus labios se ampliaron en una genuina sonrisa.

Y ahí estaba.

El motivo por el que los espectadores quedaban atrapados y no podían hacer otra cosa que pasar al siguiente vídeo para ver más, para verla a ella. Las visualizaciones me confirmaban que no era yo que empezaba a estar loco por Elena, sino que quizá eran su magnetismo y sencillez los ingredientes necesarios para levantar de nuevo el negocio. Ingredientes que habían tenido sobre la mesa todo el tiempo, pero que parecían habérseles olvidado.

En las publicaciones antiguas de Algo Ligero, sus socios jamás aparecían. Dani me había dicho que les daba vergüenza, que no eran fotogénicos y que a la gente lo que le interesa son los platos.

Empezaba a darme cuenta de lo equivocados que estaban, pero para eso me habían contratado a mí.

Como un obseso, volví a ver el reel, prometiéndome que esa sería la última vez. Deseé viajar al pasado y transportarme de nuevo a la cocina del piso de Elena, y también deseé haber sido más valiente o menos precavido cuando tuve la oportunidad. ¿Qué habría sucedido si la hubiera besado? ¿Tanto habrían cambiado las cosas?

«¿Y si luego sale mal, Leo?», susurró una voz dentro de mí. Elena sonreía en mi pantalla. «A la mierda si sale mal». Ya lo había decidido, ¿no?

De pronto, recordé que a esas horas ella estaría en el despacho. Me imaginé que sería duro volver a encontrarse con viejos compañeros y, sobre todo, sentir que volvía a empezar de cero en su vida profesional. Ojalá le pudiera confesar cuánto la entendía. Cerré las redes sociales y abrí WhatsApp.

Yo:
¿Cómo vas, Elena?
¿Sobrevives o estás preparando un plan de fuga de la cárcel? 🙄

Elena:
«Sobrevivir» es una palabra
demasiado optimista…

Yo:
¿Tan mal ha ido?

Elena:
Define «mal».

Yo:
Mal estilo boda de Aurora.

Elena:
No tan mal, entonces.
Sólo me he reencontrado con viejos compañeros
que antes me servían café y ahora son mis jefes
y que me han preguntado qué ocurrió con Algo Ligero.

Yo:
Es normal que pregunten…

Elena:

¿Con tono condescendiente?

Yo:
La gente es así. Además,
ese es el tono de los cobardes, piénsalo.

Elena:
No sé si lo dices como consuelo
o como una amenaza.

Yo:
Un poco de las dos.
Más lo primero que lo segundo.
Además, tengo una buena noticia.

Elena:
Alégrame el día, por favor.
Soy toda ojos.

Yo:
Un par de personas nos han escrito por un evento.
Están interesados en contratar a Algo Ligero.

Elena:
¡¡¿¿De verdad??!!

Yo:
Lo que lees.
No te hagas muchas ilusiones, porque son cosas
pequeñas: el cumpleaños de un niño y una pequeña
fiesta de empresa, unos quince empleados.
Pero por algo se empieza.

Elena:
(Escribiendo...)
(Escribiendo…)

Yo:
¿No dices nada?
¿Te has quedado en shock?

Elena:
Es que no tengo palabras.

Yo:
Eso es raro en ti.
Pero, vamos, concédete un respiro y alégrate.

Te lo has ganado.

Elena:
Más bien, tú te lo has ganado.

Yo:
Yo sólo subí tu vídeo a las redes.
Has sido tú quien ha atraído a los clientes.

Elena:
¿Seguro que no has hecho sobornos?

Yo:
Palabrita.
Aunque yo igual sí que me dejo sobornar…
Ve llenando la nevera.
Iré haciendo hambre.

Elena:
Se me ocurre algo mejor.
O casi mejor.

Yo:
😳

Elena:
¿Tienes plan para el sábado?

Yo:
Cocinar con vosotros, ¿no?

Elena:
Me refiero a por la noche.

Yo:
Nada por ahora.

Elena:
Pues resérvame el hueco en tu agenda.

36. LEO



Esa mañana de sábado viajaba en metro a las afueras de Madrid, al lugar donde los chicos de Algo Ligero tenían alquilada su cocina. Balanceado por el suave traqueteo del vagón, pensaba en Elena, como casi a todas horas desde las últimas semanas. Reflexionaba sobre todas las cosas que me había contado hasta el momento. Sabía que cuando decidió emprender su negocio de catering, lo hizo con el mismo impulso que ponía en todo: una mezcla de pasión, ideas audaces y la completa convicción de que podía salir adelante. Sin embargo, después de varios años sin que el negocio terminara de despegar, empezó a darse cuenta de que el emprendimiento requería algo más que buenas recetas y entusiasmo. Lo sucedido en la boda de Aurora había terminado por hundirlos, pero ahí estaban de nuevo. Supongo que eso es lo que tienen algunos sueños, que uno no quiere despertarse de ellos.

Cuando entré en el local, Elena y Dani ya me esperaban. La cocina, a pesar de ser modesta, estaba perfectamente organizada para ser funcional. El suelo de azulejos blancos y las superficies de acero inoxidable brillaban bajo la luz pálida de los focos insertados en el techo. El aroma de una tanda de panecillos recién horneados llenaba el aire, un toque acogedor, familiar, que hizo que me sintiera más relajado y pudiera comprender por qué ese lugar se había vuelto tan importante para ellos, era la esencia misma de lo que Elena, Dani y Rocío habían creado: cálido y lleno de vida, con un desorden perfectamente cuidado y pedacitos sutiles de los cocineros en forma de unas fotografías en la nevera, pósits en las puertas de los armarios o un libro de recetas abierto por el capítulo de los postres. Aquel era el tipo de cocina que uno podría esperar encontrar en una novela o en una película romántica, un rincón sencillo, pero lleno de historias por contar. De pronto, me sentí orgulloso de pertenecer a ese pequeño equipo.

—Me encanta —pronuncié a modo de saludo.

Elena levantó la vista de la tabla en la que cortaba algunas verduras y me dedicó una sonrisa. Sin soltar el cuchillo, intentó, sin éxito, apartarse un mechón de pelo que se había soltado del moño que coronaba su cabeza. Me acerqué a ella y lo tomé entre mis dedos con suavidad para colocarlo detrás de su oreja. Ella me miró con sus ojos negros, una mezcla de sorpresa, diversión y corriente eléctrica impactó en mi pecho como un latigazo. Tenía los labios entreabiertos y el recuerdo de nuestras bocas casi rozándose aquella noche me golpeó. Quería acercarme más a ella, hundir las manos en su pelo y besarla. Sentía que, si no me controlaba, podría hacerlo en cualquier momento, en ese mismo instante, si no fuera porque…

—Es genial, ¿verdad? —interrumpió Dani—. La cocina, quiero decir.

—Perfecta —repliqué apartándome rápidamente mientras Elena se giraba de nuevo hacia sus verduras.

Dani me dedicó un gesto que no dejaba lugar a dudas de que había pillado mis intenciones y, para mi sorpresa, me dio una palmada en la espalda como diciendo «Ya lo siento por interrumpir».

—No esperaba que fuera tan… acogedora —comenté en un intento por fingir normalidad.

El chico sonrió con una mezcla de orgullo y diversión.

—Es modesta, pero aquí es donde nace todo. No necesitamos mucho para hacer magia en la cocina. Y, además, no es nuestro lugar definitivo.

—No era —matizó Elena.

—¿Qué queréis decir?

Ella explicó:

—Estábamos buscando algo más grande. Si la boda de Aurora hubiera salido bien, nuestra intención era mudarnos a una cocina un poco más… amplia. Pero ya ves —suspiró—, demos gracias si podemos conservar este local. Por suerte, el arrendador nos lo deja a buen precio.

—Y lo sobornamos con comida —se rio Dani.

—Pues ese gasto no aparece en las cuentas —bromeé.

Dani palideció.

—¿Eso también lo tenemos que poner?

—Si lo pagas con la tarjeta de Algo Ligero, sí.

—Mierda.

Exageré un gesto de exasperación.

—Dani, si me sigues trampeando las cuentas, no vamos a mejorar nunca. ¿No ha sido suficiente tortura el Excel?

—Sospecho que vas a tener que revisar todos los movimientos de nuestra tarjeta bancaria —afirmó Elena.

—Pues creo que voy a empezar a pedir sobornos yo también. Como vuestro casero.

—Venga —interrumpió Dani—, te enseñaré lo que estamos preparando.

Pasé las siguientes horas tomando notas de los platos que elaborarían para los pequeños eventos que, gracias a mi capacidad de persuasión, había conseguido cerrar para la próxima semana. Todo debía ser perfecto. Contrataríamos a un par de camareros profesionales y, aunque el margen que nos quedase fuese mínimo, necesitábamos volver a recuperar la reputación de Algo Ligero.

Tomé varias fotos y vídeos para las redes mientras Elena, con su concentración meticulosa, movía una cuchara de madera con destreza en una enorme olla de sopa y Dani organizaba los ingredientes sobre una mesa de trabajo. El contraste entre ellos era evidente y perfecto: Elena era el motor creativo detrás de todo, y Dani, con su actitud relajada, supervisaba, cortaba, cocinaba y emplataba sembrando la calma en el lugar.

Me sentí un poco como un intruso.

—Ya que estás aquí, ¿por qué no me ayudas a preparar algo? —sugirió Elena un rato después mientras me pasaba una bandeja con ingredientes que coloqué encima de la mesa—. ¿Te atreves con una nueva receta para el evento de la próxima semana?

Me quedé un poco sorprendido, pero asentí. Al fin y al cabo, una vez terminada mi sesión de fotos, el repaso de las cuentas, los menús y la logística de los eventos, no tenía nada más que hacer, y, la verdad, no me apetecía irme. De hecho, en mi mente estaba la idea de quedarme un rato a solas con Elena cuando el trabajo

terminara. Tomé la bandeja con algo de inseguridad y me coloqué a su lado.

—Me atrevo, chef —respondí bromeando, mientras veía cómo sacaba tomates y albahaca fresca del frigorífico.

—Pues vamos allá —contestó con una sonrisa cómplice, pasándome un delantal y un cuchillo—. Vamos a preparar una guarnición de tomates especial. Necesito que piques los tomates, ¿te ves capaz?

—Intentaré no hacer un destrozo.

—Pobres tomates —se rio Dani.

—Lo decía por mis dedos —bromeé.

Comencé a cortarlos con cuidado, sintiéndome un poco torpe al principio. Mientras lo hacía, Elena se encargaba de preparar una olla y poner en el fuego una sartén. La cocina se llenaba del ruido sutil de los utensilios, el chisporroteo del aceite y el suave canturreo de Dani, que experimentaba con el que, según él, sería su «postre estrella». El ambiente era agradable, familiar. Trabajábamos envueltos en un silencio cómodo acompañado por un toque suave de jazz que sonaba en un altavoz colocado en un rincón. Yo me dedicaba a seguir las instrucciones de Elena con diligencia, intentando no mostrar la ineptitud evidente que sentía cada vez que me enfrentaba a un paso nuevo. Nuestras manos se rozaban de vez en cuando, cada vez que me pasaba un utensilio o un trapo para limpiar la mesa. Sentía una conexión en cada gesto, en cada mirada cargada de intenciones que me decía que entre nosotros se estaba cocinando algo más que esa guarnición de tomates.

—¿Cómo va todo? —preguntó Dani. Se acercó y observó la escena con una sonrisa maliciosa.

—Todo bien —respondió Elena, sin levantar la vista—. Leo está demostrando ser un buen ayudante en la cocina.

—Me estoy convirtiendo en un chef experto —dije de guasa, mientras dedicaba un gesto para que probase la salsa que burbujeaba en la olla.

—Experto no sé, pero ese delantal te queda de muerte, ¿qué opinas, Elena? —afirmó Dani con intención. Lo fulminé con la

mirada, pero decidí replicar a su comentario antes de que ella pudiera responder:

—Es que los delantales son un complemento muy favorecedor, ¿así es como conquistaste a tu chica secreta? ¿Esa cuya identidad no nos quieres desvelar? —Arqueé las cejas y escuché la carcajada de Elena a mi espalda.

La sonrisa de Dani se congeló durante un instante, luego me propinó un golpe amistoso en el brazo.

—Vaya, vaya. El león saca sus zarpas…

—Has empezado tú.

—¿No nos vas a contar quién es? —intervino Elena con un mohín.

—Aún no. Lo sabréis cuando sea el momento.

Nos miramos con un gesto de decepción y volvimos al trabajo.

Una hora y media más tarde, los platos estaban preparados y la cocina, recogida. Dani consultaba su reloj, impaciente, y Elena terminaba de verter la salsa en un tupper.

—Puedes marcharte, Dani. No hagas esperar a tu Julieta.

—Pero…

—No intentes disimular —añadí—. Sabemos que vas a quedar con ella. Esa camisa está demasiado planchada para ser tú.

Dani se miró y luego alzó la vista con las mejillas sonrojadas.

—¿Tanto se nota? Quizá debería arrugarla un poco antes de irme…

—¡Vete! —exclamó Elena con una carcajada, dando un suave empujón a su amigo.

Ambos caminaron juntos hasta la puerta y, antes de irse, Dani le susurró algo a Elena al oído. Ella puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. La puerta de la cocina se cerró y perdimos a Dani de vista. A dos metros de distancia, Elena y yo nos miramos y el ambiente se cargó de electricidad, de expectativas.

37. ELENA



Dani era mi mejor amigo. Si no contamos a Javi, claro, si es que todavía le podía llamar amigo. Me sentía fatal, pero pasé toda la mañana deseando que se marchara, deseando quedarme a solas con Leo. No tenía claro qué esperaba que pasara, pero necesitaba resolver la tensión que sentía cada vez que su mano rozaba la mía, la sensación de vértigo cuando se acercaba, cuando me observaba, como un león que estudia a su presa.

Había fantaseado toda la mañana con el momento en que la puerta de la cocina se cerrase y nos quedáramos solos. Entonces me acercaría a él, que me devolvería esa mirada oscura, esa que se guardaba y que sólo sacaba a relucir cuando estábamos cerca, cuando no había nadie más. Con el pulso firme, colocaría de nuevo mi mechón de pelo aventurero, que se empeñaba en escaparse del recogido, y, con sus dedos, me acariciaría la mejilla, el cuello. Un viaje previo al que luego emprenderían sus labios. Los mismos que quería dejar de observar como una tonta y que deseaba sentir sobre mi piel. Cerré los ojos un momento y tragué saliva. Al abrirlos, yo seguía ahí, plantada delante de la puerta mientras él colgaba el delantal en una percha.

—¿Nos vamos? —sugirió antes de girarse.

—Sí.

«Mierda», pensé sintiendo que la fantasía del beso se iba a quedar sólo en eso. Salimos de la cocina y caminamos hacia el metro. Él, tranquilo, yo, intentando asimilar la decepción.

—Gracias por venir hoy —pronuncié en un intento por acallar mis pensamientos.

—Ha sido un placer —respondió—. Me ha gustado mucho conocer vuestra cocina y poder formar parte del equipo durante un

día. Está bien sentirse parte de algo.

Lo miré intrigada.

—¿No eras parte de un equipo cuando trabajabas en Londres?

—No era como esto.

—¿Tan de andar por casa?

—Tan unido. —Sonrió y provocó una pausa—. Cambiando de tema, ¿sabes que Dani me ha estado dando ideas para las redes sociales?

—¿Ah, sí?

—Ha sugerido añadir algo así como… ¿Cómo decirlo? Un toque más… «divertido».

—¿Divertido? ¿En qué sentido? Porque de Dani me puedo esperar cualquier cosa, como un plato con una sonrisa dibujada con guisantes y dos huevos por ojos…

—Pasa demasiado tiempo con sus sobrinos, ¿verdad?

No pude evitar soltar una carcajada.

—No te haces una idea.

Bajamos las escaleras del metro y caminamos por el túnel azulejado hasta el andén.

—¿Crees que todo saldrá bien el sábado que viene?

—Estoy seguro. Además, ahora que me he convertido en un chef de prestigio gracias al cursillo acelerado de picar tomates, casi nada puede fallar.

—¿Casi? —pregunté intrigada.

El tren entró en la estación y el traqueteo hizo que a duras penas escuchase la contestación de Leo:

—Me pregunto si estar contigo todo el día no podría ser un poco… peligroso.

—¿Peligroso? —balbuceé sintiendo los latidos de mi corazón impactar contra mi pecho.

—Por falta de concentración —comentó en tono despreocupado mientras se sentaba en uno de los asientos vacíos y me invitaba a hacer lo mismo.

—¿Falta de concentración de quién? —me atreví a preguntar.

Meditó durante unos segundos, que se me hicieron eternos, y sonrió clavando en mí sus ojos oscuros.

—¿Crees necesario que te lo diga? —Colocó el dedo índice sobre mi nariz.

—Yo creo que sí —respondí intentando que no se me notasen los nervios en la voz. Me estaba gustando ese juego.

—Pues tuya, por supuesto.

—¡¿Qué?! —exclamé, y él soltó una carcajada, limpia y clara. Me crucé de brazos y le dediqué un mohín—. Yo puedo cocinar y concentrarme en las condiciones más adversas —afirmé—. No seas creído. No te queda bien.

Leo pareció a punto de responder con algo sarcástico, pero se quedó en silencio durante un momento y me observó fijamente. De repente, su rostro se suavizó, y el tono de su voz cambió por completo.

—Tienes razón. No me queda bien, pero no por eso deja de ser cierto lo que te acabo de decir. Tú me distraes. Por suerte, mi trabajo no implica quemar nada…

—Llevas nuestra contabilidad. Eso me parece mucho peor —bromeé intentando tomar consciencia de lo que estaba pasando.

Él se encogió de hombros.

—La siguiente es mi parada —pronunció—. Entonces, ¿nos vemos esta noche?

—Es verdad. Mi plan para agradecerte los eventos —repliqué fingiendo que no llevaba pensando en ello toda la semana—. Estate preparado a las ocho. Te mandaré la dirección.

Leo asintió y yo observé cómo se levantaba del asiento y cómo, después de dedicarme un gesto de despedida con la mano, salía del vagón. Mi intención burbujeaba como la lava de un volcán: esperaba no liarla esa noche.

38. ELENA



Aurora:
¿Por qué llevo días sin saber nada de mi mejor amiga?

Yo:
Lo siento, soy lo peor.
Pero el trabajo me tiene absorbida…
El despacho, ya sabes cómo es.

Aurora:
Pero hoy es sábado.
¿Por qué no nos vemos esta noche?

Yo:
(Escribiendo…)
(Escribiendo…)
He quedado con alguien 🙄

Aurora:
OMG.
¿Ese alguien es un hombre?

Yo:
Eso parece, sí.

Aurora:
¡Pero, Ele!
¿Por qué no me has dicho nada?
¿Desde cuándo sales con él?

Yo:
Es que por el momento no hay nada que contar.
No salgo con él. Sólo…
nos estamos conociendo.

Aurora:

Tienes que contárnoslo todo.
Se lo diré a Javi y quedamos un día la semana que viene.
Los tres,
como en los viejos tiempos.

Yo:
No sé si la semana que viene puedo.
Creo que tengo algo con la familia,
pero te voy diciendo y ya quedamos.

Aurora:
Está bien.
Pero no me des largas.
Te echo de menos.
Si estás evitándome por lo de la boda,
olvídalo, por favor.
No quiero perder a mi mejor amiga.

Yo:
No pienses que te evito :(
Es que últimamente ando un poco liada.
Pero te prometo que nos vemos pronto.

Mientras escribía estas últimas palabras, los remordimientos se asentaron en mi pecho sustituyendo el color rosa y las nubes de azúcar que había dejado Leo por una niebla oscura que me recordaba lo mal que me estaba portando con los que se suponía que eran dos de mis mejores amigos. No había vuelto a hablar con Javi desde nuestra terrible comida, y tampoco había tenido valor para escribir a Aurora y preguntarle qué tal le iba la vida, al fin y al cabo, le había fallado de todas las formas posibles y sentía que continuaba haciéndolo cada vez que hablaba con ella.

Tenía que arreglar esa situación, aunque todavía no sabía cómo. Quizá debía quedar un día a comer con la pareja y fingir que estábamos de maravilla. Tal vez de esa forma haríamos una especie de reseteo y todos volveríamos a seguir con nuestras vidas, aunque de forma más distante. De vez en cuando, pensaba en Javi, en todo lo que lo había querido a lo largo de los años y en que seguía sin saber sus verdaderos sentimientos hacia mí. Sin embargo, me daba

cuenta de que, de un tiempo a esta parte, era Leo quien ocupaba la mayor parte de mis pensamientos. Leo era luz, y Javi, un laberinto complejo que ya no veía como una aventura, sino como una prueba que no tenía muchas ganas de emprender. Me había cansado.

Me miré al espejo, lista para salir a la calle y también algo nerviosa. Me había puesto un sencillo vestido blanco de verano y el pelo caía suelto sobre mis hombros. Me veía guapa.

—¿Tú cita hoy? —escuché la voz de Katyusha a mi espalda —. Estar muy guapa —añadió observándome de arriba abajo.

Para mi sorpresa, lejos de juzgarme, su mirada parecía satisfecha, con cierto punto de orgullo.

—¿Ser hombre de otro día? —preguntó.

—¿Cómo?

Arqueó una ceja.

—Tú otro día tener hombre escondido en habitación. Yo oír salir.

Me sonrojé. A pesar de su nivel cuestionable de español, no se le escapaba una a la rusa.

—Lo has soñado, Katyusha —respondí con un guiño y una sonrisa cómplice que ella me devolvió. Quizá la primera desde que compartíamos piso.

Salí de casa y le envié un wasap a Leo. La cita había sido idea mía, y él me había preguntado mil veces a lo largo de la tarde dónde quería ir, qué quería hacer, pero yo sólo había mencionado el Mercado de San Miguel, en el centro de la ciudad. No era un lugar que frecuentara muy a menudo, porque solía estar lleno de turistas, pero la idea de ir allí y probar platos diferentes con Leo me apetecía mucho.

Cuando llegamos, las luces del mercado parpadeaban suavemente sobre los puestos llenos de colores y aromas que se mezclaban en el aire. El bullicio era como una canción alegre, aunque un poco ruidosa, con risas que se cruzaban y conversaciones que fluían mientras la gente hacía cola para conseguir una tapa y un vino.

—Hace siglos que no vengo a este lugar —comentó Leo mirando alrededor en cuanto pusimos un pie en el interior del

mercado.

—Pues lo primero es encontrar un sitio donde sentarnos —sugerí.

—Con un rincón para apoyar las copas y las tapas, me conformo.

Me cogió de la mano y nos abrimos paso entre el gentío en busca de algún rincón con un par de taburetes libres. Yo le seguí igual que un mosquito sigue a la luz, con todos mis sentidos puestos en la mano cálida que sujetaba la mía con una mezcla de suavidad y firmeza. Me gustaba la sensación.

—¡Aquí! —exclamó victorioso después de un par de vueltas.

Estábamos al lado de un puesto que vendía comida tailandesa. El hombre detrás del mostrador, con su delantal salpicado de curry, nos ofreció un plato humeante que me hizo cerrar los ojos con sólo olerlo. Era un curry rojo, picante, con un toque dulce de coco y el aroma de las hojas de albahaca que flotaban sobre el caldo espeso.

—¿Te atreves con el picante? —le pregunté.

—Hemos venido a jugar —replicó, haciendo un gesto al cocinero para que nos preparase uno de los deliciosos platos.

Cuando lo tuvimos ante nosotros, levanté la cuchara con una sonrisa desafiante.

—En tres, dos, uno…

Ambos la sumergimos en el curry y, mientras el sabor especiado se deslizaba por mi garganta, observé a Leo, que compuso una expresión que me hizo reír, como si tuviera reticencias a dar el primer bocado. Al probarlo, su cara se iluminó.

—¡Esto está increíble! —exclamó.

Nos reímos disfrutando del picante, que parecía despertar nuestros sentidos. Cada cucharada era una mezcla de sensaciones, y, mientras tanto, nuestras manos, sin que lo planeáramos, se rozaban de vez en cuando, como si el contacto fuera inevitable.

—Creo que me van a empezar a llorar los ojos en breve. Voy a estar guapísimo… Esto lo has hecho adrede.

Solté una carcajada.

—Me has pillado. Te he traído aquí para bajarte el guapo, que lo tienes muy subido.

—¿Ah, sí?

—Sí —reiteré, algo menos envalentonada. Tomé otra cucharada y añadí con mi verborrea habitual—: Seguro que tu novia te decía lo mismo.

Me moría de ganas por sacar el tema, ¿qué había salido mal entre Leo y su exnovia? ¿Por qué lo habían dejado? ¿Por qué nunca hablaba de ella? Ese era mi momento. Entre el vino y el picante, no iba a conseguir a un Leo con la guardia más baja.

—Mi novia no decía muchas cosas —respondió con un tono más serio del que esperaba. Arqueé las cejas con interés y él continuó—: Supongo que nuestra relación era más… de postureo.

—¿Y por qué salías con alguien así?

—Porque me venía bien. —Se encogió de hombros—. Ella estaba muy bien relacionada y yo necesitaba contactos. Nos conocimos en un evento y todo encajó. Yo amplié mi agenda y ella consiguió un novio que la acompañara y que pudiera compatibilizar con su trabajo.

—Que era…

—Trabajaba en un banco. Tenía un puestazo. Vivíamos de lujo —confesó, y, de pronto, me sentí terriblemente insegura y cutre, sobre todo, al percibir cierta nostalgia en su mirada—, pero las cosas no funcionaron.

Removió el contenido de su plato con aire distraído, y yo me debatía sobre seguir preguntando o no. No me hizo falta.

—Y no me extraña que no funcionasen —añadió, no sé si para mí o más bien para sí mismo—. Casi nunca estábamos solos, y si lo estábamos, solía ser un plan que no necesitase de muchas palabras: cine, teatro, una película en casa que luego acaba en una noche de sexo en la que te duermes al final. Supongo que no es eso lo que quiero, pero me ha costado mucho darme cuenta.

Me miró con una intensidad que me pilló desprevenida. Le di un sorbo a mi copa justo antes de preguntar:

—¿Y qué es lo que quieres?

39. LEO



«Creo que a ti», dijo mi mente.

—¿Y tú? —respondí en cambio.

—¿Yo?

—Nunca me has hablado de tus ex.

—Nunca hemos sacado el tema.

—Pues ya lo tenemos encima de la mesa. —Arqueé las cejas, inquisitivo—. Sólo me has hablado de Javi, y, que yo sepa, no lo podemos considerar un ex…

Elena observó a su alrededor, algo incómoda.

—Es que no hay mucho más que contar —respondió al fin —. No es que haya estado a dos velas, pero… Aparte de Javi, no hay nada interesante que reseñar. Nadie que valga la pena.

—Vaya, o tú eres muy exigente o es que Javi es un gran tipo.

—Creo que ninguna de las dos cosas, en realidad —repuso con cansancio—. ¿Qué? ¿Vamos al puesto de sushi?

Me sorprendieron su respuesta y su evasiva. Pensaba que pondría a Javi por las nubes o como un ser inalcanzable, y, en cambio, me encontré con un tono monocorde que sonaba como un golpe al darse de bruces con la realidad. La seguí hasta el puesto de sushi. Volvimos a darnos la mano para abrirnos paso entre la multitud y pensé que, con tal de mantener ese pequeño contacto, podría estar saltando de un puesto de comida a otro durante toda la noche. Elegimos una bola de arroz rellena de aguacate, acompañada de un topping de mango y crema de wasabi que se deslizaba sobre los granos blancos con una suavidad perfecta.

—Esto parece demasiado bonito para comérselo —comenté mientras cogía un par de palillos—. ¿No te pasa lo mismo cuando cocinas? ¿No te da pena que los preciosos canapés que preparas se los coman de un bocado?

Me dedicó una sonrisa con los carrillos llenos y, después de tragar, pronunció:

—Me gusta que la gente piense que es demasiado bonito para comérselo. Todos sabemos que lo van a hacer igual. Además, en las redes queda de lujo.

—Tú sí que quedas de lujo en las redes —solté, acercándome un paso más con la excusa de ser empujado por la gente que se agolpaba a nuestro alrededor. Me miró largamente antes de replicar:

—Eso es que no has visto a Aurora. Yo no he nacido para la exposición pública.

—He visto a Aurora el día de la boda.

—¿Y no te quedaste encandilado con su presencia? —Noté un deje de rencor en su voz.

Me encogí de hombros.

—No es mi tipo.

Elena me dedicó una sonrisa ladeada.

—Tiene contactos.

—Está casada.

—Hace un mes no lo estaba.

El tono mordaz de su respuesta y la sombra que apareció en su mirada me sorprendieron.

—¿A dónde quieres ir a parar?

Ella negó.

—Olvídalo. Son tonterías mías. —Hundió el último trozo de sushi en el cuenco de salsa de soja y se lo metió en la boca.

—¿Piensas que la elegiría a ella antes que a ti? ¿Como hizo Javi? —Levantó la vista y supe que había dado en el blanco. Me agaché un poco, hasta poner mi nariz a la altura de la suya, y escruté su expresión—. Cómo se nota que no me conoces.

—¿Tú crees? —se puso seria—. Me acabas de decir que salías con tu exnovia por los contactos, ¿por qué con Aurora no habría sido igual? Su padre es una de las personas mejor relacionadas de todo Madrid, ¿qué te hace diferente de Javi?

Fruncí el ceño, enfadado. Enfadado porque tenía razón, porque el Leo del pasado hubiera elegido a Aurora: la chica guapa,

bien relacionada, con un padre forrado que podría lanzar mi carrera al estrellato con sólo un par de llamadas. Por eso la había elegido Javi, por eso la hubiese elegido yo. No dudaba que a ese tipo le gustase Aurora, al fin y al cabo, era preciosa y, por lo que todos decían, un encanto. ¿Por qué no hacerse la vida fácil? Me odié a mí mismo por empatizar tan bien con Javi, pero luego me vi allí, en el Mercado de San Miguel, con la compañía de Elena. Recordé el catering, lo bien que habíamos estado esa mañana en la cocina con Dani y cómo me había sentido en casa con Rocío y Miguel. Comparé esas últimas semanas de mi vida con mis años en Londres y supe que hasta ahora había vivido en blanco y negro. Elena era un foco de luz, de alegría y color, aunque ella no lo supiera. Lo sentí por su amigo, por haber dejado pasar la oportunidad, y me alegré por mí, porque aún estaba a tiempo.

«¿Qué te hace diferente de Javi?». La pregunta continuaba resonando en el aire.

—Que yo no voy a desaprovechar mi oportunidad. Yo te elijo a ti —pronuncié con mi voz más firme y más grave, intentando transmitir todo el significado de mis palabras. Ella permaneció seria un instante eterno. Al final, contestó:

—¿Qué soy, un pokemon?

Solté una carcajada que ella siguió. Cuando se reía de esa manera, sentía que el mundo a su alrededor se desvanecía un poco. El ambiente de pronto volvió a relajarse. Elena me miró con una sonrisa un poco más profunda, una que decía más de lo que sus palabras podían expresar, y yo me moría de ganas de desentrañar todos sus significados.

—Anda, Leo Ligero, vamos a por el postre.

Con la duda de si le habrían calado mis palabras, la seguí hasta un puesto de dulces árabes, con baklava relleno de nueces y miel que brillaban con el dorado de las luces del mercado.

—Son mis favoritos —comentó Elena—. Dani tiene una receta increíble para prepararlos. Pídele que un día los haga.

—Le diré que los lleve al partido de basket de la semana que viene —bromeé.

—Parece que os habéis hecho buenos amigos.

—Así es. Es un buen tipo, pero con muchos secretos. No suelta prenda sobre quién es su chica misteriosa, ¿tú lo sabes?

Negó con la cabeza y mordió uno de los dulces.

—En algún momento lo soltará. Hasta entonces, dirá que somos unos cotillas por intentar meternos en su vida privada.

Me reí y probé un pedazo también, disfrutando de la mezcla de sabores.

—No sé si Dani podrá superar esto. —Señalé el baklava.

—No se lo digas dos veces. —Se rio—. Se toma las competiciones culinarias muy en serio.

Un buen rato más tarde, las luces de las farolas iluminaban el mercado. El tiempo discurría entre risas, charlas y miradas furtivas y la complicidad entre nosotros era palpable. Estábamos sentados frente a frente, en dos taburetes en una de las barras con vistas a la calle. Nuestras piernas habían terminado entrelazadas y aprovechábamos cualquier excusa para robar un roce, una caricia. De pronto, nos dimos cuenta de que éramos de las pocas personas que quedaban en el lugar y que los puestos comenzaban a echar el cierre. Elena consultó su reloj.

—Creo que es hora de irnos, ¿no? Esta gente se querrá marchar a su casa —dijo como si intentara romper el hechizo que se había formado a nuestro alrededor, pero no me moví. No quería que terminara. No aún.

—Sí, pero… ¿no te apetece un postre?

—¡¿Otro?! —exclamó—. No puedo cenar más esta noche o no pegaré ojo. —Me mordí la lengua para no decirle que eso era lo que quería, pasar la noche con ella, que no pegara ojo—. Además, mañana he quedado temprano en la cocina con Dani. Aún tenemos algunas cosas que ultimar para el evento y por semana… Ya sabes, el despacho no admite más amores.

—Está bien —claudiqué—. Venga, te acompaño a casa.

Abandonamos el mercado y el calor de la noche madrileña del mes de julio nos recibió en cuanto pusimos un pie en la calle. Comenzamos a andar y sentí cómo nuestras manos, inevitablemente, se buscaban. Entrelacé mis dedos con los suyos y

no pronunciamos palabra hasta llegar al lugar donde había dejado la motillo con la que volveríamos a casa. A pesar de las altas temperaturas, sentí frío cuando nos soltamos. Abrí el hueco del asiento y saqué uno de los cascos. Se lo coloqué con cuidado mientras ella me miraba con una sonrisa contenida en los labios. Me coloqué el mío y nos montamos. Sus brazos me rodearon, su cabeza se apoyó en mi hombro y el trayecto hasta su casa se hizo corto y se hizo eterno, igual que una noche de Reyes.

—Gracias, Leo. Me lo he pasado genial —pronunció devolviéndome el casco ya delante de su portal.

—Yo también. —Me quité el mío, pero sin bajar de la moto.

Nos quedamos allí plantados unos instantes, igual que las últimas veces. Todo igual que las últimas veces. ¿Y si daba un paso adelante? ¿Y si me atrevía a darle un beso y ella me lo devolvía? Allí estaba yo, parado frente a ella, intentando reunir el valor suficiente. Su expresión, tan ligera durante la cena, ahora era seria, como si intuyera algo más detrás de mi silencio. Habíamos pasado toda la noche jugando al filo del abismo, entre bromas, sonrisas, confesiones y esa conexión que ninguno de los dos se molestaba en esconder. Tomé aire.

—Elena —murmuré en apenas un susurro—, yo...

—¿Sí…? —musitó, con la voz quebrada, expectante.

Me apeé de la moto y di un paso hacia ella. Supe en ese instante que no había vuelta atrás. No quería que la hubiera.

—No puedo irme aún. Me he pasado toda la cena queriendo besarte y toda la mañana —confesé con la voz llena de algo que no lograba definir, quizá vulnerabilidad, quizá deseo—. De hecho..., creo que llevo queriendo besarte desde que te vi con la tía Loles en la boda.

Vi la sorpresa dibujada en sus ojos y cómo la confusión daba paso al atisbo de una sonrisa.

—Voy a tener que estar agradecida a sus intolerancias, entonces.

—Muy agradecida —repliqué, y todo a nuestro alrededor pareció desdibujarse.

El bullicio de Madrid, las luces, la gente… Nada existía excepto nosotros dos. Me acerqué un poco más, mis ojos fijos en los suyos. El espacio entre nosotros se redujo a nada, y sentí que mi corazón latía con tanta fuerza que estaba seguro de que ella podía escucharlo, sentirlo bombear. Con una mano temblorosa, rocé su mejilla. Su piel estaba cálida, suave y la sentí estremecerse bajo mi tacto.

Asintió, sin decir nada. Y eso fue todo lo que necesité. Me incliné hacia ella, despacio, dejando que el momento se construyera por sí mismo, y entonces mis labios rozaron los suyos.

Y el mundo se detuvo.

Un beso suave al principio, como una exploración. Sentí sus manos aferrándose a mi camisa, como si buscara algo a lo que agarrarse mientras el momento nos envolvía. La acerqué aún más a mí, rodeando su cintura con cuidado, como si temiera romperla. Pero ella era fuerte, valiente, y en ese instante, sentí que era todo lo que necesitaba, todo lo que había estado buscando.

El beso se hizo más profundo, no quería que terminara. Quería quedarme así para siempre, con sus labios contra los míos, nuestras lenguas buscándose, su cuerpo pegado al mío. Con un jadeo, nos separamos, aunque sólo lo suficiente como para que nuestras frentes se tocaran. Podía sentir su respiración suave contra mi piel, y cuando abrí los ojos, vi que sonreía. La sonrisa más bonita del mundo.

Quise decir algo, pero no encontraba las palabras. Permanecimos abrazados, simplemente mirándonos, dejándonos envolver, meciéndonos como en un mar en calma. Y en ese instante, supe que nada volvería a ser igual. No podía. Porque, por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba exactamente donde quería estar. Con ella.

Madrid seguía a nuestro alrededor, vivo y bullicioso, pero, en ese momento, sólo existíamos Elena y yo.

40. ELENA



El sol se colaba tímidamente por las rendijas de la persiana, dibujando líneas doradas sobre las sábanas desordenadas de mi cama. Abrí los ojos lentamente, sintiendo esa extraña mezcla de ligereza y vértigo que no recordaba haber vivido en mucho tiempo.

Rememoré el momento en que los labios de Leo se encontraron con los míos, el calor de su aliento, el roce suave pero decidido que hizo que mi corazón se acelerara y olvidase todo lo que no fuera ese contacto, esa chispa, ese incendio.

Giré la cabeza hacia la almohada vacía a mi lado y la miré con decepción, ¿cómo habría sido despertar con él? Con su pelo desordenado y esa sonrisa juguetona que parecía guardar sólo para mí.

La fantasía era peligrosa, pero la realidad era que había terminado la noche abrazándome a la almohada en lugar de a él, convencida de que no podía repetir errores del pasado.

Enfadada conmigo misma, me incorporé lentamente para dejar que mis pies tocaran el suelo mientras mi mente se llenaba de imágenes de la noche anterior. Su mirada mientras me dejaba en el portal. Sus ojos, que buscaban los míos, como si esperara algo, como si estuviera listo para seguirme hasta mi piso si yo se lo pedía. Y estuve a punto de hacerlo. Por un segundo, había considerado invitarlo a subir, escondernos de Katyusha (que, probablemente, estaría pasando la noche con alguno de sus ligues) y arrastrarlo hasta mi habitación. El pensamiento me arrancó una sonrisa, aunque también vino acompañado de un nudo en el estómago. ¿Qué habría pasado si lo hubiera hecho? ¿Habría cruzado otra línea de la que no habría vuelta atrás?

Me levanté y fui a la cocina. El ruido familiar de la cafetera me devolvió un poco a la realidad, aunque mi mente seguía volviendo al mismo lugar: a él.

Mientras el café se preparaba, mi móvil vibró sobre la encimera. Lo miré distraída y entonces vi su nombre en la pantalla y sentí cómo mi corazón daba un pequeño salto.

Leo:
Buenos días, Elena.
No puedo dejar de pensar en lo de ayer…
El baklava estaba de lujo ;)

Yo:
Sí, sin duda fue lo mejor de la noche 🙄

Leo:
Así que esas tenemos…

Ya sentada en la mesa de mi cocina, solté una carcajada. Katyusha, que acababa de hacer su aparición con un pijama de perros salchicha y su melena rubia recogida en un moño deshecho me miró de reojo.

—Veo que cita ir bien.

Miré al teléfono y después a ella y respondí:

—Mejor que bien.

*

Cuando llegamos al lugar del evento, el aire ya estaba impregnado del estrés que acompaña a cualquier gran apuesta. Nos jugábamos mucho y todos lo sabíamos: nosotros y nuestros clientes. La sala era pequeña pero elegante, con una luz cálida que rebotaba en destellos dorados sobre los vasos y cubiertos perfectamente alineados. Dani estaba a mi lado, nervioso como un niño el primer día de colegio, y Leo, con su cámara en mano, revisaba cada rincón como si buscara el ángulo perfecto para la foto de portada de una revista gastronómica. Me guiñó un ojo y yo me sentí como a diez centímetros del suelo.

Después del beso de la semana anterior, no habíamos desaprovechado ni un solo momento para estar juntos, ni un solo instante para volver a juntar nuestros labios. Leo había acudido cada tarde a buscarme a la salida del despacho, y cada vez que lo veía ahí plantado, con su camisa arremangada y una mirada que escondía mil promesas… Estaba enamorándome de él, igual que ocurren las cosas inevitables. En ocasiones, cuando estaba sola, el vértigo me paralizaba: ¿y si no salía bien? ¿Y si se repetía la historia de Javi? Después, envuelta en su abrazo y mientras sus labios se posaban en mi pelo, la sensación desaparecía casi por completo. Aún tenía mis reservas.

La noche anterior, Leo me había propuesto cenar en su apartamento. La invitación me sorprendió, y una parte de mí ya estaba corriendo hacia allí. Me moría de ganas de ver el lugar donde vivía, de conocerlo un poco más, de dejar de besarnos en la calle como dos adolescentes a punto de explotar y pasar la noche juntos, de dormir entre sus brazos. Sin embargo, rechacé la oferta con una excusa: que debía estar descansada para el evento del día siguiente; si él se quedó decepcionado, no dio muestras de ello.

Leo y yo habíamos hablado mucho a lo largo de las últimas semanas, sin embargo, había algo que aún no sabía de mí y que no debía tardar en contarle.

Respiré hondo en un intento por mantener el control y centrarme en el evento, en nuestro primer intento serio de resucitar Algo Ligero después de la boda de Aurora. «Céntrate, Elena —me dije—, intenta no mirarlo aunque sean cinco minutos…».

Recogí la baba no tan imaginaria que me colgaba cada vez que miraba a Leo y me metí en mi papel de empresaria. Al fin y al cabo, ese era mi sueño.

—Las mesas están perfectas, Dani. Los manteles, impecables y el menú tiene una pinta increíble —afirmé, como si decirlo en voz alta hiciera todo más real. Algo Ligero había vuelto.

—¿Y si no les gusta la crema de aguacate con mango? Es arriesgado —murmuró él con una inseguridad que no le había visto otras veces.

—Si no les gusta, pediré disculpas personalmente y les enviaremos unos tuppers de puré de calabacín a su casa, que es más tradicional —respondí con un tono más ligero, intentando calmarlo. Funcionó a medias; soltó una risa nerviosa.

Leo apareció detrás de nosotros, apuntándonos con su cámara.

—Un par de fotos para la posteridad, chicos. Vamos, sonreíd. Dani, tú también, que parece que te va a dar algo.

—Leo, estamos a dos segundos de un ataque de pánico y tú pides sonrisas —protestó mi amigo, aunque no sin evitar sonreír.

—¿En la primera cita con tu chica secreta te pusiste así de tenso? No quiero ni imaginar el final… —bromeó.

—En la primera cita con mi chica secreta, sólo tenía que alimentar a una persona, no a treinta que están esperando a que fallemos.

—No están esperando a que fallemos —afirmé—. Si así fuera, no nos hubieran contratado. ¡Nadie quiere ver su evento arruinado!

—A lo mejor quieren hacerse virales gracias a otro desastre de Algo Ligero.

Leo le dio una palmada en la espalda justo antes de pronunciar:

—Todo irá bien. No tengo dudas. Ahora las cosas son distintas, estamos juntos en esto y todo está bajo control, ¿verdad, Elena?

—Verdad —balbuceé, queriendo creerlo.

Sentí un destello de orgullo al verlo tan cómodo en su papel. Había algo en su confianza que se contagiaba, y en ese momento, justo antes de que empezara la acción, me sentí agradecida de tenerlo ahí.

Un rato más tarde, la música de fondo comenzó a sonar y los invitados llegaban. Eran empleados de una pequeña empresa celebrando su aniversario número quince y se notaba en sus caras que estaban listos para disfrutar de la noche. Las dos camareras que Leo había contratado, Laura y Clara, resultaron ser rápidas, diligentes y, sobre todo, encantadoras. Laura servía con una

eficiencia que casi daba miedo, y Clara, con su sonrisa, se metía a los comensales en el bote. Sin embargo, las miraditas de reojo que le lanzaba a nuestro asesor me ponían nerviosa.

—Parece que se lo quisiera comer —soltó Dani dedicándome una mirada intencionada.

—¡Primera tanda de aperitivos lista! —anuncié, ajustándome el delantal e ignorando deliberadamente su comentario.

No me había atrevido a confesar a mis amigos lo ocurrido con Leo. Quería guardarlo para nosotros, para mí, un poco más de tiempo, antes de que se estropease, pensé con disgusto.

Mi amigo me dedicó una sonrisa justo antes de sacar uno de nuestros aperitivos estrella: tartaletas de salmón y mousse de limón, pequeños bocados diseñados para impresionar.

Leo nos seguía como una sombra, cámara en mano, grabando vídeos y sacando fotos que, después, iba colgando en las redes para que nuestros followers pudieran seguir el evento minuto a minuto.

—Todo está saliendo genial —murmuró Leo en mi oído, con una sonrisa cálida que me obligó a apartar la mirada antes de derretirme allí mismo.

A medida que avanzaba la noche, la atmósfera se llenaba de risas y conversaciones animadas. La crema de aguacate y mango resultó un éxito. Los invitados la elogiaron tanto que Dani empezó a relajarse y, por momentos, incluso parecía disfrutar del evento. Volvía a ser él mismo.

En un momento dado, mientras Leo grababa un vídeo de las camareras sirviendo una bandeja de brochetas de pollo con sésamo, nuestras miradas se cruzaron. Fue un instante breve pero cargado de significado. Él me sonrió, y yo, como una adolescente idiota, sentí que el estómago se me encogía.

—¿Todo bien? —me preguntó al rato, acercándose mientras supervisaba el emplatado del plato principal.

—Sí, todo en orden. Aunque creo que estoy a cinco minutos de que la cara se me quede petrificada con esta sonrisa nerviosa pero cordial que llevo puesta.

Leo rio y, justo después de mirar a su alrededor y comprobar que estábamos fuera del campo de visión de Dani, se inclinó un poco más hacia mí.

—Por cierto, no sabes cuánto he fantaseado con verte de nuevo con ese uniforme.

Sus dedos rozaron mi espalda y el vello de la nuca se erizó como si me hubiera invadido una corriente eléctrica. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, las mejillas encendidas. Me giré hacia él y me mordí el labio de forma instintiva.

—Leo, céntrate.

—Me lo estás poniendo difícil. —Sonrió con malicia.

Miré a nuestro alrededor y le lancé un gesto de advertencia, aunque no pude evitar que se me escapara una sonrisa.

—No podemos dejar que Dani nos pille. No todavía…

—Lo sé, lo sé. Perdona. Es sólo que…

Estaba a punto de pronunciar algo, pero las palabras murieron en su boca.

—¡Acabo de conseguir otro evento! ¿Os lo podéis creer? —escuchamos la voz de Dani a nuestra espalda—. En un par de semanas. No es gran cosa, pero…

No sin esfuerzo, cambié el chip y volví a centrarme en el trabajo. Abracé a mi amigo, elogiándolo por conseguir ese nuevo cliente, y la velada continuó sin contratiempos. Cuando llegó el momento del plato fuerte, Dani y yo servimos el risotto de hongos y trufa como si estuviéramos ofreciendo el Santo Grial. Los invitados lo devoraron, y, para nuestro alivio, más de uno pidió repetir.

Al final, cuando el postre llegó a las mesas (una mousse de chocolate blanco con frutas rojas), supe que lo habíamos logrado: habíamos sobrevivido a nuestro primer evento.

Las felicitaciones no tardaron en llegar.

Antes de que los últimos invitados se fueran, el cliente que nos había contratado se acercó a nosotros.

—Esto ha sido fantástico, chicos. Profesional, delicioso y perfectamente organizado. Sois la prueba viviente de que uno puede levantarse tras la caída. Contad con mi recomendación.

—Gracias, Arturo, esto significa mucho para nosotros —respondí, intentando no sonar demasiado emocionada.

Dani y yo intercambiamos una mirada triunfal, mientras Leo, desde atrás, grababa el momento con una sonrisa que decía «esto va directo a nuestras redes sociales».

Cuando por fin nos quedamos solos en el salón, con los platos vacíos y las copas apiladas, me dejé caer en una silla, agotada pero feliz.

—Bueno, esto ha sido un éxito, ¿no creéis? —preguntó Dani, que ya había recuperado su habitual energía.

Leo asintió, sentándose a mi lado.

—Un éxito rotundo, ¿verdad, chef? ¿Lista para volver a la acción? —añadió, mirándome directamente.

—Lista. —Sonreí.

Se rio, y ese sonido me llenó de calidez. Cuando Dani se levantó para ir a buscar algo en la cocina, me incliné hacia Leo y, cogiéndolo de la mano, susurré:

—Me muero de ganas de celebrarlo contigo. —Tragó saliva y me dedicó esa mirada oscura que me hacía estremecer—. Puedo llevar el uniforme. A nuestra celebración, digo. Sería lo propio, ya sabes, temático.

Antes de que él pudiera responder, Dani regresó con una botella de vino que había encontrado lista para brindar por el futuro de Algo Ligero. Nos soltamos las manos justo a tiempo y, cuando este se dio la vuelta para buscar un abrebotellas, escuché la voz de Leo en mi oído, como un susurro, como si lo estuviera soñando:

—Mejor sin uniforme.

41. LEO



Esa mañana, el parque del Retiro estaba salpicado de corredores madrugadores, paseadores de perros y alguna que otra pareja perdida en su propia burbuja. Pedro me esperaba en nuestro sitio de siempre, dando saltos ligeros como si fuera a empezar a trotar en cualquier momento.

—Venga, Leo, que, si tardas más, no llegaremos al vermú —bromeó.

Reí y me até las zapatillas con calma, disfrutando de ese segundo extra de tranquilidad antes de que mi amigo me llevara al límite de mi resistencia.

—No sabía que habíamos quedado para una maratón —respondí, poniéndome a su lado mientras avanzábamos por el sendero de grava.

El ritmo era constante, pero no demasiado exigente, al menos al principio. Siempre había tenido más resistencia que yo, y estaba en forma, el muy zorro, pero no me importaba; necesitaba este rato para despejarme y, sobre todo, para poner en orden mi cabeza.

—Entonces, cuéntame, ¿cómo fue el evento? —preguntó, casi sin preámbulos, mientras esquivábamos a un hombre que paseaba a un mastín gigante que parecía más un caballo que un perro.

—Un éxito —dije, sin poder evitar que mi voz sonara un poco más orgullosa de lo habitual—. La gente estaba encantada, Dani se lució con el menú y Elena estuvo genial. Todo el mundo los felicitó.

—¿Y a ti te felicitó alguien? —comentó jocoso.

—Ja, ja. Muy gracioso. Ahora yo formo parte del equipo, así que siento que las felicitaciones se hacen extensivas hacia mí. Además, yo les conseguí el evento.

Mientras hablaba, recordaba las escenas de aquel día. Me gustó ver a Elena en su papel de chef, emplatando, organizando y supervisando todo. Lo hacía de maravilla y, además, estaba

tremendamente sexy. Recordarlo hizo que mi paso se ralentizara un poco, pero Pedro no pareció notarlo.

—¿Y qué tal con los yayos?

—Va bien —respondí, alejando mis pensamientos sobre Elena y volviendo a la conversación—. De hecho, más que bien. Los vídeos están funcionando mejor de lo que esperaba y los residentes empiezan a pedirme que los grabe haciendo cosas. La semana pasada, una señora tocó el piano para mí mientras cantaba unas canciones del año de la polca, y el vídeo tiene ya como veinte mil reproducciones.

Pedro soltó una carcajada, lo suficientemente alta como para que un par de corredores nos miraran de reojo.

—Quién te ha visto y quién te ve. El tiburón de la City que ahora graba vídeos a ancianitas.

Le di un pequeño empujón.

—Adaptarse o morir, tío.

Pedro asintió, y vi cómo dibujaba una sonrisa amarga, probablemente pensando en sus propios fantasmas. Iba a abrir la boca para preguntarle, pero sus palabras se adelantaron:

—Y ¿qué tal con Elena?

Solté un suspiro, más para ganar tiempo que por cansancio.

—Pues creo que bastante bien —repliqué escueto.

Pedro redujo el paso, señal inequívoca de que necesitaba más detalles.

—Ya te conté que nos enrollamos, ¿no?

—Sí, pero eso fue hace días. No me digas que se lo estás poniendo difícil —me provocó.

Negué con la cabeza, sonriendo un poco ante su insistencia.

—Vale, mira —dije, acelerando un poco el paso para evitar su mirada directa—. El día del evento, al terminar, nos fuimos a casa de Elena con Dani, aprovechando que Katyusha estaba en una fiesta.

—¿Katyusha?

—Es la compañera de piso de Elena.

—Qué raros son tus nuevos amigos… Venga, sigue.

—Pues hay poco que contar: entre el cansancio, el vino y que Dani no se iba ni a tiros, acabamos quedándonos dormidos los tres

en su salón.

Pedro estalló en risas, obligándome a sonreír también.

—¿En serio? Ese Dani es un crack. Es como ese amigo que siempre aparece en el momento menos oportuno. ¿No sospecha que hay algo entre vosotros?

—Pues claro, pero creo que ese día estaba tan contento de que las cosas nos hubieran salido bien que no quería irse a su casa. Además, su chica estaba de viaje o algo y no tenía con quién celebrar. Prefiero dejar que las cosas sigan su ritmo… Nos estamos conociendo y estoy bien con eso. —Aproveché para cambiar de tema —: Oye, ¿y tú? Hace tiempo que no me cuentas nada de tu vida.

Pedro suspiró, y su rostro se oscureció un poco.

—Pues todo mal, tío. El curro está fatal —confesó—. Mi jefe ha decidido que soy su saco de boxeo personal. Correos a todas horas, reuniones absurdas y, encima, todo lo que sale mal es culpa mía.

—¿Has pensado en cambiar de trabajo? —pregunté, preocupado.

—Claro, pero no es tan fácil. Necesito el dinero, y, con este ritmo, no tengo tiempo ni de respirar, mucho menos de buscar otra cosa y hacer entrevistas. Y luego resulta que, el otro día, Marina me envió un mensaje desde Australia. Parece ser que está «explorándose a sí misma», «creciendo como persona»... Y la realidad es que creo que está tirándose a ese tío con el que aparece en Instagram día sí, día también…

—Te dije que la eliminases de amigos.

—Pues, sorpresa, no lo he hecho. Me plantó en el altar y sigo sin poder despegarme de sus fotos, así de patético soy. Venga, vamos a acabar esta vuelta antes de que mi jefe decida mandarme un correo para decirme que estoy respirando mal.

Pedro era el tipo que siempre tenía un comentario listo, una respuesta rápida, una broma para salvar el momento. Pero, debajo de todo eso, empezaba a notarse el desgaste. Como si su vida se hubiera convertido en una sucesión de cosas que «ya iría arreglando», pero que nunca terminaba de encarar del todo.

Ojalá pudiera hacer algo más que correr a su lado y escuchar. Ojalá pudiera encontrarle un atajo, una ruta alternativa donde todo doliera un poco menos. Pero, por ahora, sólo podía estar ahí. Volver mañana. Seguir trotando.

Porque, a veces, lo único que puede hacer un amigo… es no irse.

42. ELENA



Estábamos paseando por el centro de Madrid en una de esas tardes de verano en las que el calor se cuela entre los edificios y el sol quema tanto que podría freírse un huevo en la acera. A pesar de todo, las calles estaban abarrotadas, los turistas caminaban a paso lento y las terrazas estaban llenas de gente disfrutando de una cerveza fría o un tinto de verano helado. Leo me cogía de la mano, como si fuera la cosa más natural del mundo, y yo, que la última persona con la que había caminado de la mano había sido mi abuela, no podía evitar mirarlo de reojo cada poco para asegurarme de que estaba pasando. Esa semana, entre el trabajo y las tareas de Algo Ligero, no habíamos tenido demasiado tiempo para vernos, pero, por fin, ese sábado, era todo mío.

Acabábamos de salir de una librería de segunda mano en la que él había insistido en entrar porque quería encontrar un libro de recetas tradicionales para seguir mi ejemplo y mejorar sus dotes culinarias. Así no tendría que vivir a base de los tuppers que su madre le preparaba o de tristes huevos fritos con atún. Al final, habíamos salido con un libro de cocina rápida para vagos, algo que, en mi opinión, le pegaba mucho más.

—El título no representa la esencia del libro —afirmó agitando el ejemplar mientras caminábamos—. Platos increíbles con tres ingredientes y en veinte minutos. Debería llamarse «Cocina eficiente para personas ocupadas».

—¿Y ese eres tú? —me burlé.

—Por supuesto. —Me apretó la mano—. Hablando de libros, ¿alguna vez has pensado en escribir tu propio libro de cocina? Uno con tus recetas, o las de Algo Ligero.

—Pues la verdad es que no. —Lo miré sorprendida con la idea.

—Llevo pensando en ello desde hace unos días… Podemos darle una vuelta. Si tú quieres. Llevaría bastante trabajo y un poco de inversión, pero, si lo vendemos bien, podemos sacarnos un dinero extra que no vendría nada mal.

—¿Hay algo que no se te ocurra? —pregunté encandilada y visualizando mi imagen en un libro de cocina, como Carlos Arguiñano.

—Bueno, cada uno tiene sus defectillos… No me pidas a mí que cocine —replicó alzando el libro.

Le propiné un pequeño empujón en el brazo mientras reía. No sabía si era la conversación o simplemente el hecho de estar con él, pero me sentía ligera por primera vez en mucho tiempo. Y también de manera efímera, porque, al levantar la vista para cruzar una calle, me quedé helada.

Justo al otro lado del paso de cebra, Javi y Aurora. Leo, que, por supuesto, no se había percatado de nada, continuaba con su parloteo. Deseé haber llevado gafas de sol, no sólo para intentar pasar desapercibida cual actriz de Hollywood, sino para poder contemplar a la espectacular pareja impunemente. Se notaba que venían de la luna de miel: la piel de Aurora lucía ese precioso color dorado que adquiría cada verano, y el aire relajado de ambos era inconfundible. Quizá fueran imaginaciones mías, pero me dio la impresión de que llevaban un brillo especial, ese que tienen las parejas que acaban de casarse y que vienen de vacaciones de algún lugar exótico. Incluso iban vestidos de colores claros y lino. Conjuntados, como en un anuncio de El Corte Inglés.

De pronto, escuché un grito:

—¡¡¡Ele!!!

Aurora cruzó corriendo el paso de peatones ante la mirada atónita de Javi, que acababa de reparar en mí, y de Leo, que observaba a Aurora entre asustado y divertido. Ella se lanzó a abrazarme con esa energía inagotable suya. Sentí cómo me rodeaba con los brazos y me apretaba con fuerza. Aurora siempre había sido efusiva, pero en ese momento su abrazo me pareció incluso más

cariñoso que de costumbre. Le devolví el gesto, feliz de recuperar a mi mejor amiga, y, por un momento, deseé haberle dado ese abrazo el día de su boda. No haberme enrollado con su novio. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo. En cuanto me soltó, me dedicó una mirada rápida y pasó directamente a fijarse en Leo, que estaba parado a mi lado con gesto tranquilo contemplando la escena.

—¿Y tú eres…? —preguntó Aurora, con ojos que brillaban de curiosidad.

—Soy Leo —se presentó, acercándose a ella para darle dos besos—. Un placer. Tenía ganas de conocerte, Elena me ha hablado muy bien de ti.

Le dedicó una de esas sonrisas encantadoras made in Leo y casi pude sentir cómo Aurora se derretía en el asfalto de Madrid. Nadie se resistía a sus encantos, ni siquiera mi amiga la diosa.

—Encantada, Leo. Resulta que yo no había oído hablar mucho de ti. —Mi amiga me dedicó una mirada reprobadora a la que respondí con una sonrisa de disculpa y un intento de comunicarme telepáticamente con ella para decirle «Ya te cuento luego».

Fue entonces cuando escuché un carraspeo y noté la presencia de Javi, que acababa de cruzar la calle y se había acercado a nosotros en silencio. Su gesto era casi inexpresivo, pero lo conocía lo suficiente como para saber que estaba sorprendido y poco contento con la presencia de Leo, que, como si se pusiera en guardia, colocó una mano sobre mi hombro y lo apretó con suavidad, combatiendo así toda la tensión que se había depositado sobre mi espalda al encontrarme con quien fue el amor de mi vida.

—Vaya, Elena. Me alegro de verte —comentó Javi, saludándome con una leve inclinación de cabeza, pero sin acercarse demasiado. Su tono pretendía ser amistoso, pero había algo en su mirada que me hizo sentir una incomodidad que no tenía antes. Aurora, como si lo percibiera, lo miró extrañada.

—Yo tampoco esperaba encontraros… ¿Qué tal la luna de miel? —pregunté, tratando de mantenerme casual y alegre.

—¡Increíble! ¿Has visto mis fotos en Instagram? Kenia ha sido… ¡Buah! No hay palabras. Los animales, esos atardeceres

preciosos… —respondió Aurora rápidamente, con una sonrisa tan grande que, por un momento, me emocioné con ella.

—¿Y dónde os habéis conocido? —soltó Javi de pronto.

—En vuestra boda —se apresuró a responder Leo sin disimular un deje de satisfacción en la voz.

—¡¿Qué?! —exclamó Aurora mirándonos de hito en hito y señalando a Leo con el dedo índice.

—Estaba invitado por la parte de tu padre —explicó él.

Aurora me miró emocionada; Javi, incrédulo.

—Tenéis que contármelo todo —afirmó ella dando una palmada—. La semana que viene cenamos los cuatro. Así nos conocemos todos mejor y conoces nuestro nuevo apartamento —se dirigió a mí—. Una cena de parejas, ¿qué os parece?

Me quedé muda por un segundo. La escena me parecía surrealista, y, por la forma en que Javi me miraba, tampoco parecía estar especialmente entusiasmado con la idea.

—Suena genial —respondió Leo, para mi sorpresa, sin dudarlo ni un segundo—. Nos apuntamos.

Me volví hacia él, con una mezcla de estupefacción e histerismo. Como respuesta, me sonrió, como si aceptar esa invitación hubiera sido la cosa más natural del mundo.

—Será divertido —añadió, no sé si para mí o para mis amigos.

—Perfecto, ¡lo organizamos, entonces! —exclamó Aurora, encantada, agarrando a Javi del brazo con ojos resplandecientes—. Estoy deseando conocerte mejor, Leo. Seguro que nos hacemos buenos amigos.

—No me cabe duda.

Mientras ellos se despedían y se alejaban, noté que Javi se quedaba mirándome un segundo más de lo necesario antes de seguir a Aurora. Presagiaba que, en unas horas, mi teléfono vibraría con un mensaje en el que me reprocharía no haberle dicho nada sobre mi nueva… ¿cita? ¿Ligue? ¿Novio? Cuanto más pensaba, más sentía que se complicaban las cosas a mi alrededor.

Finalmente nos quedamos solos, suspiré y miré a Leo, que tenía una sonrisa divertida en el rostro.

—Te lo estás pasando en grande —protesté.

Se encogió levemente de hombros.

—¿Me apetece darle a ese Javi en las narices? No te lo voy a negar. Pero, aparte de eso, son tus amigos y puede estar bien conocerlos. Si no nos lo pasamos bien, no volveremos a quedar con ellos.

Lo miré asombrada.

—Aurora será un encanto contigo, como lo es siempre con todo el mundo. Es santa. Y Javi últimamente es… complicado.

—Será divertido, ya verás

Acortó la distancia que lo separaba de mí y me dio un beso en la mejilla. No pude evitar sentir un pequeño cosquilleo. En el fondo, aunque la idea de aquella cena me tenía algo nerviosa, la perspectiva de enfrentarme a una parte del pasado dolorosa para mí con la mano de Leo sosteniendo la mía era algo que me emocionaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Y cuándo voy a conocer a tus amigos? —pregunté de pronto.

—Amigo, en singular —replicó—. He pasado tanto tiempo viajando estos últimos años que perdí la mayor parte de amigos que tenía en Madrid.

De pronto, sentí pena por él. Por lo solo que debía de haberse sentido durante estos últimos meses, y comprendí por qué venía con tanta alegría a las quedadas con Dani o con Rocío y Miguel.

—Pues a tu amigo en singular. ¿Cómo se llama?

—Pedro. Es todo un personaje. —Se rio.

—Genial, dile que haga hueco en su agenda.

43. ELENA



Hay visitas que esperas, y luego están las que no ves venir ni en un millón de años. Esa noche de domingo, cuando yo estaba en pijama y bata y lista para un colacao con galletas antes de irme a la cama a pegarme un maratón de Netflix, Aurora apareció frente a mi puerta con una bolsa llena de sushi y dos botellas de vino blanco bajo el brazo. La miré, sorprendida, mientras ella sonreía con esa mirada verde y el aire despreocupado y amable que la caracterizaba. Me abrazó.

—¿Y esta sorpresa?

—Es que, después de encontrarte por la calle, tenía ganas de una noche de chicas. ¡Tenemos que ponernos al día!

Antes de que tuviera tiempo a replicar, ya se había adentrado en el piso y se dirigía hacia la cocina como si estuviera en su casa. Saludó a Katyusha, que se encontraba preparando la cena y que la miró dibujando una sonrisa.

—¿Tú volver de viaje? —preguntó con amabilidad.

Cómo no, Aurora también se había ganado a mi compañera, que no perdía ocasión de intentar hacerse amiga suya.

—Oh, sí —contestó mientras sacaba el sushi de la bolsa—. Ha sido increíble, Katyusha. Los paisajes, la gente, la comida…

—¿Tú buenas fotos?

—Las mejores, ¿las has visto?

Katyusha asintió y siguieron conversando mientras yo las miraba desde el marco de la puerta de la cocina envuelta en mi bata de estrellas y pensando en el giro que de repente había dado la noche.

En un intento por resultar útil, saqué un par de copas de un armario mientras presenciaba el momento en el que mi amiga, con

esa delicadeza natural, le decía a Katyusha que había venido a hablar de un tema muy importante conmigo y que necesitábamos algo de privacidad. Mi compañera asintió y Aurora, en su negociación, le dejó el salón mientras nosotras cenaríamos en la cocina, eso sí, con la puerta cerrada.

Acababa de abrir la primera botella de vino cuando, sin rodeos y sin más preámbulos, empezó su interrogatorio:

—Ele, me tienes en ascuas, ¿por qué no me hablaste de Leo? —preguntó con los ojos llenos de curiosidad.

Sabía que se moría por conocer los detalles, y que no pensaba dejarme en paz hasta que le contase todo con pelos y señales. Me metí un trozo de sushi en la boca para darme tiempo a medir mis palabras.

—Oh, Leo… Me temo que la historia no te va a gustar —respondí, intentando esquivar su mirada y agarrando mi copa como si fuera un escudo.

—¿Por qué? —preguntó sin más.

«¿Qué puede gustarme menos que el que me pusieras la cabeza como un globo y el día de mi boda se fuera al garete?», me imaginé que respondería. Sin embargo, no lo hizo. Sólo me miraba con sus ojos verdes interrogantes y con genuina preocupación. Aurora era demasiado buena y yo debía serle sincera. Al menos con esto.

—Lo conocí el día de tu boda. Después de… Ya sabes. —Agaché la cabeza—. No podía creerme lo que acababa de pasar. Estaba desolada. Y no sabes cuánto lo siento, te pediré mil perdones toda mi vida —pronuncié de carrerilla, a lo que ella negó con la cabeza en un movimiento rápido, invitándome a seguir con mi historia—. El caso es que salí a fumar.

—Pero si tú no fumas.

—Ese día sí…

Aurora soltó una pequeña carcajada antes de añadir:

—Yo también hubiera fumado, la verdad. ¿Entonces?

—Entonces apareció Leo y yo vomité el horror de mi situación: que había hundido vuestra boda, que me había quedado

sin amigos, sin negocio… Y entonces se ofreció a ayudarme con Algo Ligero.

Suspiré escudriñando su mirada y con miedo a su reacción, pero Aurora seguía comiendo como un pajarillo y prestando atención a mis palabras.

—Unos días más tarde, después de hablarlo con Dani, nos reunimos con él y el resumen es que ha preparado un plan para reflotar nuestro negocio. Así que ahora estamos Dani, él y yo. Rocío…

—Rocío está embarazada y no va a seguir adelante, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros con gesto divertido.

—Sabes que eres mi favorita, pero no mi única amiga. —Me guiñó un ojo—. Hablé con ella hace unos días y me lo contó. Me dijo que ya lo sabías, pero no hablamos sobre Algo Ligero, supongo que pensaría que eras tú quien debía decírmelo… Y tampoco hablamos sobre Leo. —Hizo un mohín.

Diseccioné sus palabras y me entraron escalofríos. Para empezar, había dicho que yo era su amiga favorita, y me sentí fatal. No me merecía ese puesto. No desde hacía cinco años. Sobre todo, no desde el beso en el autobús turístico. Después pensé en su conversación con Rocío. Rocío y Silvia también eran sus amigas y le ocultaban que siempre había habido algo entre Javi y yo. Jamás habíamos hablado del tema entre las cuatro, y, hasta donde yo sabía, entre ellas tres tampoco. El corazón me dolió por mi amiga, que seguía hablando ajena a mis reflexiones.

—Ele, sé que Algo Ligero se ha convertido en tu vida y que si sigues en el despacho a tiempo completo, jamás serás feliz. Sólo te pido que cualquier paso que des con el negocio lo intentes hacer de forma más… —Buscó sus palabras—. ¿Profesional? Todos veíamos que apuntar los eventos y los menús en pósits en la nevera no iba a ninguna parte.

Sonreí y, lejos de sentirme mal por su comentario, reconocí que tenía razón.

—Ahora tenemos a Leo. Es bueno en lo que hace y me da confianza.

Aurora suspiró, asintiendo, y yo le sonreí agradecida y le serví un poco más de vino.

—Y te gusta —añadió.

Me encogí de hombros.

—Un poco —reconocí sin poder disimular la sonrisa.

Aurora dio una palmada y me miró con un nuevo brillo en los ojos.

—Me muero por conocerlo.

—Pues no vas a tardar, teniendo en cuenta esa cena que nos has organizado…

Puso cara de inocencia.

—Tengo que darle mi visto bueno. Y, dime, ¿ha pasado algo entre vosotros?

—Algo —murmuré—. Pero poco. Nos estamos conociendo. Además, con el tema del catering de por medio… No sé, me da miedo que todo se me vaya de las manos.

—¡Deberías dejar que las cosas se te vayan de las manos de vez en cuando! Y más con ese tío.

Sonreí pensando que no, que no debía dejar que ninguna situación se escapase de mi control. Me estaba volviendo experta en eso, y con Javi las cosas no habían ido nada bien. Hablamos un rato más de temas banales, pero pronto empecé a intuir que Aurora tenía algo más en la cabeza. Lo vi en su expresión, en esa mirada que de vez en cuando se quedaba perdida en algún punto en las baldosas de mi cocina.

—Bueno, y, cuéntame, ¿cómo fue la luna de miel?

Su rostro se iluminó, como si recordara momentos felices. Me contó todo sobre los safaris, los amaneceres en las llanuras, la calma de estar en medio de la naturaleza y cómo ella y Javi parecían estar en otro mundo, lejos de todo y de todos.

—Fue maravilloso, Ele. Todo lo que había soñado —afirmó con una sonrisa, aunque pude notar un ligero temblor en su voz—. Aunque… ya te dije que Javi está un poco raro.

—Quizá es por el trabajo, como hablamos —me apresuré a responder. Tenía que quitarme de la cabeza la teoría de que Javi pudiera estar raro por mí.

—Puede. Pero he hablado con mi padre y me ha dicho que lo han dejado descansar, así que debe de ser otra cosa. —Aurora suspiró, como si dudara si contarme algo más.

Finalmente, se recostó contra el respaldo de la silla, dio un largo suspiro y cambió de tema. Yo le seguí la corriente sin atreverme a meter el dedo en la llaga.

A medida que la noche avanzaba, nuestras risas y bromas se hicieron más sinceras, y el vino terminó por relajar el ambiente. Pero, en el fondo, las preguntas seguían ahí, y a pesar de la felicidad que ella intentaba mostrar, no podía evitar preguntarme si mi amiga, al igual que yo, escondía algún secreto que no se atrevía a decir en voz alta. Uno que podría cambiar nuestra amistad para siempre.

44. LEO



Los días transcurrían en un suspiro. Hacía meses que no estaba tan ocupado y tan feliz. Sentía que mi vida, al fin, estaba recuperando su rumbo. Saqué el teléfono del bolsillo para contestar el último mensaje de Elena. Bendita noche del Mercado de San Miguel. Besarla había sido una de las mejores decisiones en mis últimos… No sé, en muchísimo tiempo. De hecho, creo que no fue una decisión, sino un impulso. La tensión entre nosotros se había vuelto casi insostenible y ambos sabíamos que terminaría rompiendo de una forma u otra. El caso es que desde entonces vivía con una sonrisa bobalicona en la boca que no pasaba desapercibida para nadie, y mucho menos para mi hermana Mona.

—¿Cuándo nos la presentarás? —había preguntado, sin cortarse un pelo, en la comida del pasado domingo.

Le dediqué una mueca mientras mi madre nos miraba con interés.

—No quiero que la asustes, gracias.

—¿Yo? ¡Pero si yo soy encantadora! —protestó.

—Sólo la someterías a un tercer grado y luego le harías un traje a medida. Como a la pobre Mercedes.

Mona bufó mientras se recostaba en el sillón del salón de la casa de mis padres.

—Lo de Mercedes es distinto. Ya te dije que no me gusta…

—Tampoco la conoces tanto… —intervino mi madre.

—Pero se oyen cosas… —replicó en tono misterioso.

—Cuando crea que es el momento, ya os la presentaré —lancé un mensaje tranquilizador—. Pero necesito tiempo. Aún es pronto y no sé a dónde nos llevará esto.

Me encogí de hombros y, de pronto, me sentí incómodo contándole a mi madre y a mi hermana mis historias amorosas. Por suerte, mi madre cambió de tema.

*

Mi trabajo en Ocaso de Madrid iba viento en popa. Celeste y Mercedes se mostraron encantadas con los vídeos que había conseguido editar con mucha paciencia y con la inestimable ayuda de Mona, a quien le debía una. Incluso Marcial había soltado alguna lagrimita de emoción al ver a sus compañeros salir tan favorecidos y con una musiquilla «emotiva, pero no mucho» de fondo.

—¡Es perfecto! —había exclamado Mercedes, que, por supuesto, también estaba ahí para opinar—. Con ese ritmo y esa luz que desprenden los vídeos, apetece vivir aquí.

—De eso se trata —comenté.

—Está genial, Leo. Ahora lo que necesitamos es que prepares la estrategia para comenzar a subirlos a las redes. ¡Estos vídeos tienen que hacerse virales! —había añadido Celeste.

—No es tan sencillo que un vídeo se haga viral… —repliqué intentando rebajar las expectativas.

—Ojo, ese en el que Segis aparece bailando la conga tiene mucho potencial.

Sonreí.

—No sé si es el target del público de TikTok.

—¿El qué? —preguntó mi jefa.

—Haré lo que pueda —respondí en cambio—. Y para la semana que viene, os traeré mi propuesta de planificación y los vídeos cargados en la web. Así sólo habrá que pulsar el botón «publicar» y, ¡BUM!, saltaremos a la fama —bromeé.

Lo mejor de mi nuevo puesto como community manager de Ocaso de Madrid era que podía trabajar desde casa y aprovechaba el tiempo para dedicarme, además de a buscar otros trabajos, a poner en marcha el plan de Algo Ligero. Ya había comenzado a preparar una contabilidad nueva, revisado los escasos fondos que había en el banco y preparado un calendario de publicaciones para sus redes sociales. Por el momento, todo iba viento en popa y contábamos con unos pocos eventos para las próximas semanas. Si bien no eran de gran envergadura, sí nos servirían para ir generando algunos ahorros más que necesarios para sanear nuestra economía.

—¿Vendrás al evento? —escuché la voz de Mercedes a mi espalda cuando abandonaba el despacho de Celeste.

—¿Qué evento?

—El congreso de geriátricos, ¿cuál va a ser? ¿No te lo ha comentado Celeste?

—Pues… no.

—Se le habrá olvidado. Anda con muchas cosas estos días. Cada año, el congreso lo organiza un geriátrico de la Comunidad de Madrid, y este año nos toca a nosotros, lo cual, como comprenderás, nos viene de perlas con el tema de nuestra expansión.

—¿Cuándo es? —pregunté con interés.

—En un par de semanas.

—Genial, creo que no tengo nada programado en mi agenda —bromeé.

—Y si lo tuvieras, harías bien en cancelarlo. Después de las jornadas para compartir ideas, logros, formación…, suele haber una fiesta. ¡Barra libre de comida y bebida! —exclamó Mercedes—. Es un buen momento para hacer contactos, estrechar amistades… —Me guiñó un ojo y en ese mismo momento apareció Marcial.

—¿Y nosotros qué? Deberíamos tener derecho a participar.

—Vosotros tendréis vuestra propia fiesta más adelante.

—Sí, con purés de verduras y canciones de Marisol, no te jode.

Mercedes puso los ojos en blanco tratando de evitar una carcajada.

—No te preocupes, Marcial —lo animé—. Este año será diferente, piensa que ya estaréis en las redes y a los usuarios de Instagram no les gusta ver purés de verduras.

—Tú hazme el favor de conseguirme un buen gin-tonic —sentenció el hombre por lo bajini. Asentí

—Te traeré de estraperlo la mejor ginebra que encuentre.

—Así me gusta, chaval —replicó antes de desaparecer por el largo pasillo.

Sonreí contento por estar ganándome la confianza del anciano. Parecía un buen hombre y me gustaba su implicación con el centro para mejorar la vida de quienes vivían allí. Eso o que no encontraba nada mejor que hacer.

—Mercedes, ¿cuánta gente suele ir al evento?

Ella pareció pensarlo unos instantes.

—No sé, ¿doscientas, trescientas personas? Algo así.

«Es tu oportunidad, Leo». afirmó mi cerebro. Si conseguía que ese evento lo gestionase Algo Ligero, me coronaría. Pero sólo quedaban dos semanas. Tenía que haberme enterado antes, maldije.

—¿Por qué? —continuó Mercedes.

—Me gustaría ayudar, ¿qué tal le va a Celeste con la organización?

—Creo que regular. Siempre lo deja todo para última hora…

—Perfecto —murmuré.

—¿Qué?

—Nada, nada…

—Contaré los días hasta la fiesta. Este año será genial.

—Seguro que sí —respondí distraído. Tenía que dejar de hablar con Mercedes y entrar al despacho de Celeste antes de que contratase a un catering, si es que no lo había hecho ya.

—Lo que me gusta es que este año estarás tú —añadió ella bajando un poco el tono de voz.

«Mierda, mierda, mierda…».

—Va a haber mucha gente.

—Sí, pero con el resto de la gente no quiero olvidarme de la fiesta y escapar por la cocina. —Me guiñó un ojo.

—Mercedes, yo no…

No tuve tiempo de terminar la frase cuando la puerta del despacho de la jefa se abrió.

—¡Celeste! —exclamé—. ¿Tienes un momento?

Me fui corriendo y dejé a la pobre Mercedes allí plantada. Sin querer, me había dado una información tan valiosa que la hubiera besado, sin embargo, lo único en lo que podía pensar era en que tenía que utilizar todos mis recursos para convencer a la jefa y conseguir que el evento tuviera tanto éxito que quien sintiera ganas de besarme fuera otra.

45. LEO



—Llego tarde, lo sé —se disculpó Dani en cuanto llegó al que se estaba convirtiendo en nuestro café de referencia—. Mi padre no me lo está poniendo nada fácil en el tajo. —Se desplomó en uno de los sillones que rodeaban la pequeña mesita sobre la que apoyábamos las consumiciones.

Durante un momento, nos vi a los tres y pensé que si estuvieran Rocío y Miguel seríamos algo muy parecido a Friends.

—No te preocupes —dijo Elena propinándole unas palmaditas de consuelo en el brazo—. Estábamos haciendo tiempo, o, mejor dicho, yo estaba intentado sonsacarle a Leo esa información tan importante, pero no suelta palabra. —Me fulminó con la mirada con una mueca de diversión, a lo que respondí encogiéndome de hombros.

—Soy un tipo duro.

Y era verdad, me estaba costando no contarle a Elena la buena noticia, pero quería esperar a que estuvieran los dos. Ahora que Dani había llegado, me hubiera gustado hacerme de rogar un poco más, pero la emoción me invadía.

—Bien, pues, ya que estamos todos… ¡Os he conseguido un evento! Y no es un evento cualquiera. Es un evento de entre doscientas y trescientas personas. Nuestra oportunidad para limpiar la reputación de Algo Ligero de una vez por todas.

—¿¡Qué!? —exclamaron al tiempo con los ojos como platos.

—Lo que oís. Es en dos semanas, así que ya podéis empezar a preparar vuestras mejores recetas. ¡Algo Ligero se pone en marcha otra vez!

Dani y Elena se miraron.

—Pero, espera, espera, ¿cómo ha sido? ¿Quién es el cliente?

Tragué saliva. Estaba claro que eso era lo primero que me iban a preguntar, y, aunque me dolía y temía que me pillaran, preferí convencerme de que tenía que mentir o adornar mi vida.

—¿Recordáis que os dije que estoy trabajando para un cliente bastante importante aquí en Madrid?

—Sí, algo de que ibas a llevar su expansión a otras geografías —recordó Dani.

—Eso es. Pues este cliente, que es un geriátrico muy importante, celebra un evento en dos jueves con el personal de todos los centros de la Comunidad de Madrid.

Dani arqueó una ceja.

—Espera, espera, espera. Ese superevento… ¿es para un geriátrico? —Sonrió.

—¿Y qué problema hay? —repliqué indignado.

—Pues que no es como muy… ¿glamuroso?

—Y qué más da el glamour, Dani. Doscientas personas son doscientas personas. Y saldrá en las redes —añadí sin hacer alusión a que yo mismo era el community manager y me encargaría de su promoción—. Dicen que tiene una estrategia muy buena.

—Está bien. Tenéis razón. Es una gran noticia.

—Y vuestro primer evento después del día D.

—D de desastre… —comentó Elena.

Asentí.

—¿Cómo lo has conseguido? —indagó Dani—. ¿Les has dicho quiénes somos y han aceptado?

—Mi jefa me tiene en mucha estima —repliqué guiñándole un ojo—. Y, bueno, se organiza fatal.

Me observaron con admiración. Por suerte, no habían visto el papel lamentable de esa mañana cuando casi había tenido que suplicar a Celeste. Eso sí, mi suerte ni me la creía. Como les había dicho, Celeste era una persona bastante desordenada y con tendencia a dejar las cosas para última hora. Cuando entré a su despacho, ojeaba los presupuestos de distintos proveedores, así que fue mi oportunidad. El pequeño problema era que el presupuesto apenas les dejaba margen de beneficio. Eso sí, la publicidad iba a ser brutal. Sobre todo, porque ahí estaría yo, de pluriempleado

oculto. Esa noche me tocaría grabar vídeos para mis dos trabajos y que unos no se enterasen de que trabajaba para los otros. Tragué saliva con nerviosismo. Si cualquiera me descubría, estaba muerto. Sobre todo, mis socios del catering, que me tenían como un importante empresario que lideraba fusiones y adquisiciones; bajo ningún concepto debían averiguar que mi día a día consistía en grabar vídeos con un nonagenario llamado Marcial y luego editarlos con un millón de filtros para que sus colegas no parecieran unas momias.

—O sea, que nuestro margen de beneficio será muy escaso —meditó Dani un rato después de que les explicara las condiciones —. ¿Y tú crees que nos compensa?

—¡Por supuesto! El evento saldrá en la prensa y las redes, y, si todo va bien, los otros centros se quedarán con vuestra referencia para futuras celebraciones. Además, ¿cuánto habrá pasado desde la boda? ¿Un mes? ¿Dos? La gente alucinará cuando os vea de nuevo. ¡Estos tipos no se rinden, pensarán! —exclamé contento.

Observé cómo Elena miraba a su amigo con indecisión.

—Quizá deba pedir un día en el trabajo —murmuró—. Y no sé cómo se lo tomarán teniendo en cuenta que acabo de incorporarme.

—Puedes decir que estás enferma —propuso Dani.

—¿Y que luego se me vea en las redes? No, gracias.

Elena me miró con agobio. Quise preguntarle si estaba bien y deseé por un momento que Dani se esfumara para quedarme a solas con ella.

—Bien, pues decidido, ¿no? —afirmó Dani—. Leo, eres el mejor asesor que hemos tenido nunca.

—El único —completó Elena.

—Decidido —afirmé—. Pero vamos a preparar el evento juntos. No dejaremos nada al azar, todo irá al milímetro. Sin camareros adolescentes ni problemas con las intolerancias, prepararemos cartelitos con luces de neón si es necesario.

Ambos asintieron y pasamos la siguiente hora planificando el evento. Teníamos pocos días por delante y mucho trabajo.

*

Cuando salimos de la cafetería, sentí un alivio inmediato al ver cómo Dani, por fin, se despedía con su entusiasmo habitual. Seguramente habría quedado con su chica misteriosa. Era un buen tipo, de esos que te alegras de tener como amigos, pero había momentos, como ese, en los que deseaba que tuviera prisa por irse.

—Bueno, pues nos vemos mañana —se despidió Dani, levantando la mano en el aire.

—¡Genial! —respondí con la mejor sonrisa que pude poner.

Elena se acercó a él y se dieron un abrazo. A continuación, vimos cómo se alejaba calle abajo y, cuando desapareció entre la multitud, el mundo se ralentizó. Me giré hacia Elena, que estaba a mi lado, y vi la misma mezcla de impaciencia y alivio reflejada en su cara.

—Pensé que no se iba nunca —murmuré, incapaz de evitar la sonrisa que me estaba traicionando.

—Estaba a punto de empujarlo —respondió ella, con ese tono que siempre me hacía reír—. Soy la peor amiga del mundo… —musitó conteniendo una sonrisa.

—Yo también soy un amigo fatal —añadí.

Le sonreí, me acerqué a la moto y saqué el casco del asiento trasero.

—¿Lista para que te lleve a casa? —pregunté, intentando sonar casual, aunque mi pulso iba demasiado rápido para conseguirlo.

—Lista —respondió ella, con esa mirada que me hacía olvidar todo lo demás.

Se subió detrás de mí, sus manos rodeando mi cintura, y yo tuve que concentrarme en el camino mientras arrancaba la moto. Sentirla tan cerca, con su calor filtrándose a través de la chaqueta, hizo que el trayecto pareciera más breve de lo habitual. Madrid pasó en un borrón de luces, pero mi mente no estaba en el tráfico ni en las calles; estaba en Elena, en cómo se apoyaba ligeramente contra mi espalda, como si confiara en mí más de lo que yo creía merecer.

Cuando llegamos a su portal, apagué el motor y me quité el casco y me giré. La luz amarilla del farol iluminaba su rostro, y, por un segundo, me quedé sin palabras. Ella se quitó el suyo y me miró con esos ojos que siempre parecían saber más de lo que yo estaba dispuesto a admitir.

—Buenas noches.

—¿Buenas noches? ¿Eso es todo? —inquirió, alzando una ceja y sonriendo de lado.

Su tono me descolocó, pero en el buen sentido. Fue como si me empujara justo a donde yo quería ir. No respondí, al menos no con palabras. En lugar de eso, me incliné hacia ella, dejando que la distancia entre nosotros se desvaneciera.

El beso fue lento al principio, como si ambos estuviéramos confirmando algo que ya sabíamos desde hacía tiempo. Pero luego todo cambió. Fue profundo, intenso, y, por un instante, el mundo entero desapareció. Sólo existía Elena, su sabor, el tacto de su piel, y el deseo contenido durante demasiado tiempo.

—Llevo todo el día esperando esto —le susurré contra sus labios cuando finalmente nos separamos, aunque no mucho.

—¿Sólo hoy? Yo llevo toda la semana —respondió ella, haciendo que soltara una risa baja.

Acaricié su mejilla, queriendo prolongar el momento, pero sabiendo que, si no la dejaba ir, probablemente no podría controlarme.

—Deberías subir. Es tarde —le dije, aunque odiaba esas palabras tanto como ella.

—Ya lo sé —respondió con un suspiro, pero no se movió enseguida, como si dudase.

Finalmente, retrocedió unos pasos hacia la puerta, pero, antes de entrar, se giró para mirarme una última vez. Me quedé allí, apoyado en la moto, como un idiota. Porque, sí, lo era. Elena tenía esa capacidad de hacerme sentir como si todo lo bueno de mi vida estuviera concentrado en ella.

Cuando la vi desaparecer en la oscuridad del portal, me quedé unos segundos más, sin encender la moto, sin moverme. El aire frío de la noche me rodeaba, pero yo sólo podía pensar en el

calor de sus manos en mi cintura y en cómo, en cuestión de días, mi vida acababa de cambiar de una forma que no podría ignorar nunca.

46. LEO



Sólo habíamos dado un par de pasos en el restaurante y ya podía sentir la incomodidad que irradiaba Elena trepándome por el cuello. La conocía lo suficiente para notar cómo sus hombros se tensaban y su respiración se volvía un poco más rápida. Le apreté la mano, un gesto silencioso de apoyo. Ella levantó la vista y me miró, nerviosa pero agradecida. Estaba preciosa. Ese vestido negro de verano que dejaba parte de su espalda al descubierto realzaba su figura menuda. El cabello le caía en ondas ligeras y yo no podía evitar mirarla de reojo de vez en cuando, contento por que fuera mi cita de esa noche a pesar de las circunstancias que rodeaban al evento. Me había pasado toda la tarde pensando en cómo sería Javi, quería verle la cara a ese tipo y entender qué tenía de especial para haberla tenido enganchada durante tanto tiempo.

El camarero nos condujo a una mesa acogedora, y apenas unos minutos después, contemplamos cómo Javi y Aurora se acercaban. Aurora entró como un torbellino de alegría, radiante con su sonrisa de siempre, mientras Javi caminaba a su lado con una expresión más contenida, casi distante. Tenía buena apariencia, lo admito, pero había algo en su forma de mirar a Elena que no me gustó.

—¡Ele! —exclamó Aurora, soltando a Javi para abrazar a Elena como si llevaran años sin verse.

Elena se levantó para recibirla, devolviendo el abrazo con una sonrisa. Sin embargo, en cuanto los brazos de Aurora se separaron, percibí cómo echaba un vistazo rápido a Javi, como esperando algo. Él, en cambio, se quedó inmóvil, incómodo, con las manos en los bolsillos, como si no supiera qué hacer. Me levanté para estrecharle la mano.

—¿Qué tal? —pregunté con una sonrisa cortés.

—Bien —respondió, estudiándome con cuidado mientras me devolvía el saludo.

Elena y Javi se acercaron torpemente para darse dos besos. Fue un saludo breve, frío, y luego ambos se alejaron como si el contacto físico los incomodara. Aurora, por su parte, me envolvió en un abrazo efusivo.

—¡Tenía muchas ganas de cenar con vosotros! —Dio una palmada de alegría antes de sentarse en una de las sillas libres.

Todos nos acomodamos, y Elena me lanzó una mirada nerviosa pero también agradecida, como si mi presencia le sirviera de ancla. Le guiñé un ojo. Ojeamos las cartas, intercambiamos algunas palabras sobre los platos, y pronto llegó el camarero con las copas de vino. El silencio comenzó a colarse entre nosotros, así que decidí romperlo antes de que se volviera insoportable:

—Bueno, ¿y qué tal África? —pregunté, mirando a Aurora con una sonrisa.

—Impresionante —respondió, entrelazando sus dedos con los de Javi—. La gente, los paisajes, los safaris… Fue como un sueño, ¿verdad, cariño?

—Sí —replicó Javi justo antes de dar un sorbo a su copa—. Fue… inolvidable. —Miró a su mujer—. ¿Quieres contarles tú, Aurora?

Aurora empezó a narrar sus aventuras con entusiasmo: los safaris al amanecer, los mercados llenos de colores y olores, la vez que casi perdieron el avión. Mientras hablaba, Javi asentía de vez en cuando, pero sus ojos no estaban en su mujer, y sospechaba que su mente tampoco. Su incomodidad con la situación comenzaba a hacerme gracia, así que decidí añadir un poco más de diversión.

—Nosotros no hemos ido a África —dije, interrumpiendo a Aurora con una sonrisa—, pero hemos recorrido todos los puestos de comida callejera de Madrid. Una experiencia igual de exótica, diría yo.

Elena se rio, entrando en el juego.

—Exacto. Aunque la última casi acaba en tragedia.

—El otro día probamos un curry tan picante que le dije: «Si salimos vivos de esto, me caso contigo».

Elena me miró con los ojos como platos y una marca divertida en la boca. En cambio, Javi apretó la mandíbula.

—¿Y tú qué respondiste? —preguntó Aurora divertida.

—¡Dije que por supuesto! —Nos miramos ilusionados, embriagados por nuestra propia broma.

—¿No os parece un poco pronto? —comentó Javi con un tono cargado de reproches—. No sé, os acabáis de conocer y tal.

—¡Y a ti qué más te da! —le reprendió Aurora indignada—. No todos tardan tanto en decidirse como uno que yo me sé… —Le pellizcó el brazo con cariño.

—Sólo digo que parece apresurado. ¿Desde cuándo se conocen? ¿Un mes? ¿Dos?

La situación me estaba divirtiendo, pero mucho. Era como si mi mera presencia lo irritara, como si el simple hecho de que yo existiera y estuviera allí sentado con ellos le recordara que había perdido la oportunidad de su vida.

—No te preocupes, tío —lo tranquilicé, intentando aligerar el ambiente—, estábamos de broma.

Elena, a mi lado, frunció el ceño, me lanzó una rápida mirada y replicó:

—Y si no lo estuviéramos, ¿qué?

El tono de su voz había cambiado, de ligero a desafiante. Javi la miró con una mezcla de sorpresa y molestia.

—Sólo me preocupo por ti —dijo finalmente.

—Pues deja de hacerlo —repuso Elena, inclinándose hacia adelante—. Soy mayorcita.

Aurora miraba a su marido y a su amiga alternativamente, como si no entendiera qué estaba pasando.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? ¿Me he perdido algo?

Elena fue la primera en responder, sus ojos clavados en Javi:

—Tú no, pero Javi sí —dijo con firmeza—. Te guste o no, voy a volver con Algo Ligero.

47. ELENA



Javi estaba sentado frente a mí, con el ceño fruncido y esa mueca de desagrado que, lejos de intimidarme, me irritaba profundamente. Su voz guardaba ese tono condescendiente que uno esperaría de un profesor harto de explicar el mismo tema a un estudiante particularmente torpe. Estaba harta de que me hiciera sentir así.

—¿Y cuál es tu plan, si se puede saber? —preguntó, cruzando los brazos sobre la mesa—. ¿Volver a dejar el despacho en unos meses? ¿Ganarte todas las papeletas para que no te vuelvan a contratar jamás?

El comentario provocó que Aurora le lanzara una mirada de advertencia que Javi ignoró por completo. Sentí cómo mi espalda se enderezaba automáticamente, en un reflejo de pura indignación.

—¿Y por qué iba a necesitar que me contratasen otra vez? —contraataqué.

—¿No está claro? —replicó, mirando alrededor de la mesa, como si buscara apoyo entre los presentes. Pero no iba a encontrarlo —. En cinco años no has sido capaz de levantar el negocio. Y eso por no hablar de lo de la boda.

Aurora dejó su copa de vino sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Dejemos lo de la boda, por favor —pidió con disgusto.

—No, no lo dejamos —replicó Javi, girándose hacia ella. Su voz se tornó más suave, casi conciliadora, pero las palabras seguían siendo una daga—. Nos destrozó el día, cariño.

—Pero eso no viene al caso ahora. Elena es libre de hacer con su vida lo que quiera. ¿Por qué te metes?

—Porque somos sus amigos. Y los amigos no deberían quedarse de brazos cruzados mientras comete el mismo error.

—No va a cometer ningún error —intervino Leo, quien hasta ese momento había permanecido callado, observando la escena como un partido de tenis. Su tono era tan tranquilo, tan seguro, que logró acallar a Javi por un segundo—. La otra noticia es que ahora yo trabajo para ellos. —Sentí cómo mi pecho se inflaba de orgullo al escuchar a Leo hablar con esa confianza—. Les haré todo el trabajo sucio: las cuentas, la publicidad… Así ellos sólo tendrán que dedicarse a lo que mejor saben hacer: cocinar. Será un éxito.

Le sonreí agradecida, y Javi soltó un resoplido como si estuviera dispuesto a presenciar un desastre inminente.

—Ya veremos en qué acaba todo esto.

—Eso es —afirmé—. De hecho, te invito a verlo en directo. Venid a nuestro próximo evento. —Leo me miró, entre alarmado y divertido—. Algo Ligero llevará el catering del congreso organizado por Ocaso de Madrid. Acudirán unas trescientas personas —redondeé al alza.

Aurora abrió mucho los ojos, claramente intrigada.

—¡¿Una fiesta en un geriátrico?! —exclamó Javi, dejando escapar una risa burlona.

—¿Trescientos invitados? Guau, suena genial —terció Aurora, que intentaba salvar la situación y no paraba de lanzar miradas acusadoras a su marido.

Entonces Leo se inclinó hacia ellos, como si les estuviera contando un secreto.

—Os prometo que nunca habréis visto nada igual. Será el congreso mejor organizado de todo Madrid —pronunció con ilusión —. Pero tendremos que colaros por la puerta trasera, como si fuerais parte del staff…

—¡Qué divertido! —Aurora soltó una carcajada, encantada con la idea—. ¡Por supuesto que iremos! ¿Verdad, Javi?

Javi dudó un segundo, mirándome de reojo antes de asentir con una sonrisa de cortesía.

—Si te hace ilusión…

—Ver a Elena entre bastidores es toda una experiencia —añadió Leo.

Sentí una extraña calidez al escuchar a Leo hablar de nuestro trabajo juntos.

Aurora aprovechó para cambiar rápidamente de tema, guiando la conversación hacia asuntos más ligeros. Después, la cena transcurrió con una armonía superficial y de forma demasiado lenta. De vez en cuando, intercambiaba alguna mirada rápida con Javi y me dolía no ver en sus ojos al Javi que había conocido en la universidad.

Al salir del restaurante, Aurora me abrazó con fuerza y me susurró al oído:

—Leo tiene mi visto bueno. ¡Más que bueno! No dejes de tenerme informada.

Sonreí y le devolví el abrazo, reconfortada por su sinceridad. Cuando me volví hacia Javi, su expresión era más seria.

—Cuídate —dijo, con un tono seco que me dejó un sabor amargo.

Finalmente, caminando por las calles de Madrid, Leo y yo nos alejamos del restaurante. El aire fresco de la noche acariciaba mi piel, ayudándome a despejar la incomodidad de la cena. Paseamos en silencio durante varios minutos, hasta que Leo se detuvo de repente y se giró hacia mí.

—Y ahora, cuéntame qué es lo que de verdad ocurrió con Javi.

48. LA HISTORIA DE JAVI Y ELENA. PARTE II



Elena llegó a casa de Javi con una mochila al hombro y un par de paquetes de palomitas en la mano. El aire cálido de principios de verano se colaba entre los edificios de la capital, cargado de posibilidades y anunciando el que prometía ser el verano de sus vidas. Aunque no lo reconocería en voz alta, Elena tenía un nudo en el estómago. Si bien se repetía que era una tarde más entre amigos, como tantas otras que habían pasado juntos, había algo en el ambiente que la hacía diferente. Quizá era el hecho de que ambos acababan de graduarse, o que en unas horas viajarían rumbo a París con Aurora. O tal vez había creído percibir algo distinto en él, en Javi, con su sonrisa fácil y esos ojos que parecían entenderla más que nadie.

La puerta del piso se abrió antes de que pudiera tocar, como si él la hubiera estado esperando. Javi apareció con una camiseta algo arrugada, el pelo revuelto, una lista de cosas garabateadas en un papel en una mano y una pizza congelada que agitaba como si fuera un trofeo en la otra.

—Pizza, peli y maleta. ¿Qué más se puede pedir? —anunció, invitándola a pasar.

Elena soltó una carcajada y entró en el piso de estudiantes dejándose contagiar por su entusiasmo. Metieron la pizza en el horno y se dirigieron a su cuarto, un espacio desordenado pero cálido, donde Javi se desplomó en la silla giratoria observando con desagrado el caos de ropa que esperaba meter en la maleta.

—¿Por dónde empezamos? —le preguntó a Elena, con la esperanza de que ella pudiera poner orden.

—No sé. Tú eres la experta en meter un millón de cosas en un espacio pequeño. Por eso te he llamado. —Ella le lanzó una mirada fingiendo enfado—. Por eso y porque eres mi mejor amiga, y la más lista, y la más…

—Termina la frase, venga —instó ella, reprimiendo una sonrisa.

—… y la más paciente para aguantar mis tonterías. —Se rio y le lanzó un par de calcetines.

Ella puso los ojos en blanco conteniendo una sonrisa y empezó a sacar camisetas, pantalones y una colección infinita de calcetines desparejados. Mientras la ayudaba, Javi hacía comentarios sobre cada prenda, arrancándole más de una carcajada.

—¿Por qué tienes esta camiseta aún?

—¡Esa es vintage! —protestó él, fingiendo indignación—. Me la regaló mi abuela cuando aprobé mi primer examen de Derecho.

—Es vintage de basura, Javi.

Él se encogió de hombros.

—Sobrevivirá hasta que mi madre venga a hacer su próxima limpieza.

El tiempo pasó volando. Antes de que se dieran cuenta, la maleta estaba lista, la pizza, servida en dos platos y Los Vengadores comenzaba en el televisor. Se acomodaron en el sofá, Javi con los pies sobre la mesa y Elena abrazando un cojín mientras comía palomitas.

Por un rato, las risas y la acción de la película llenaron el silencio, hasta que Javi, de repente, se giró hacia ella.

—A veces me pregunto cómo será todo después de esto —su tono era serio, preocupado, como si reflexionara en voz alta.

Elena dejó las palomitas en la mesa y lo miró, desconcertada.

—¿Después de la universidad?

Javi asintió, pero evitó mirarla directamente.

—Sí. No sé… Supongo que ahora cada uno de nosotros irá por su lado. Espero que tú no —su voz bajó en el último comentario, cargada de una vulnerabilidad que no solía mostrar.

Elena sintió un cosquilleo en el pecho. ¿Qué quería decir con eso exactamente? Había algo en su voz, en la forma en que lo había

dicho, que parecía una confesión disfrazada.

—Yo tampoco quiero que cambien las cosas entre nosotros, Javi —su respuesta fue sincera, aunque contenía un matiz de incertidumbre.

Él la miró, y en esa mirada había algo que le hizo contener la respiración. Había ternura, sí, pero también un fuego que nunca antes había visto en él.

—Elena… —su voz era apenas un susurro—, creo que… No, no creo. Estoy seguro de que… —Se interrumpió, como si estuviera luchando con sus palabras.

Entonces, con un gesto que pareció tan impulsivo como inevitable, se inclinó hacia ella. Elena contuvo la respiración mientras la distancia entre sus cuerpos desaparecía, y cuando sus labios se rozaron, fue como si el mundo entero se detuviera. Era un beso cargado de años de tensión contenida, de emociones no expresadas, de todas las veces que ella había soñado con este momento y de todas las que él había estado a punto de hacerlo realidad pero luego se había echado atrás.

Elena se perdió en la intensidad del beso, en la forma en que Javi la sostenía como si fuera algo precioso. Sus manos se enredaron en su cabello, y lo que comenzó como un gesto tímido pronto se convirtió en algo más profundo, más apasionado, las manos por debajo de la ropa, sus lenguas buscándose con desesperación. Se separaron para tomar aire y sus miradas se encontraron. Habían cruzado una línea desde la que ya no había vuelta atrás.

—No sé si… —Javi señaló hacia la puerta de su habitación.

—Sí —la voz de Elena apenas fue un susurro antes de que él la besara de nuevo.

Esta vez sin timidez en el gesto. Era un beso cargado de certeza, de esa clase de pasión que nace cuando las barreras se derrumban. Javi la atrajo hacia él con urgencia. A duras penas, se levantaron del sillón, sin despegar sus labios, sin soltar el enredo de su abrazo. Tropezaron torpemente con la mesita del salón, pero ninguno se detuvo. La risa nerviosa de Elena llenó el aire cuando Javi intentó disculparse, pero ella lo silenció presionando un dedo sobre sus labios.

Cuando Javi cerró la puerta de su dormitorio, la atmósfera se volvió densa. Ya no había nervios, sólo una extraña y embriagadora sensación de calma. Se dejaron caer sobre la cama, entrelazados. El mundo exterior desapareció por completo. Las sábanas arrugadas se mezclaron con la ropa que iban dejando atrás, y el caos habitual de la habitación se transformó en un escenario improvisado pero perfecto.

Cada caricia era un descubrimiento, cada susurro, una confesión. Javi murmuraba su nombre como si fuera un mantra, mientras Elena se sorprendía de lo natural que se sentía con él. Habían pasado tanto tiempo reprimiendo lo que sentían que ahora parecía imposible detenerse.

En algún momento, Javi se detuvo para mirarla. Sus ojos, tan familiares, tenían ahora una intensidad nueva, abrumadora.

—No sé cómo hemos esperado tanto para esto —dijo, con una sonrisa suave que hizo que el corazón de Elena diera un vuelco.

—Quizá el momento no era el adecuado —respondió ella, acariciando su rostro.

—Ha valido la pena esperar —replicó él, con una mezcla de seriedad y vulnerabilidad que la desarmó por completo.

Elena lo besó de nuevo, dejando que el gesto hablara por ella.

El resto de la noche transcurrió entre risas nerviosas, caricias y susurros que parecían llenar el espacio vacío de la habitación. Cuando el cansancio finalmente los venció, se quedaron acostados uno al lado del otro, con los dedos entrelazados, mirando el techo como si fuera un cielo lleno de estrellas.

—Esto cambia todo, ¿verdad? —preguntó Elena en voz baja, rompiendo el silencio.

—Sí —respondió Javi, girándose hacia ella—. Lo cambia todo.

Ella le sonrió, con una extraña paz en su interior. Por primera vez en mucho tiempo, todo parecía tener sentido. Mientras Javi acariciaba su mano con suavidad, cerró los ojos, permitiéndose disfrutar del momento sin pensar en lo que vendría después.

A la mañana siguiente, mientras el metro los llevaba al aeropuerto, las palabras no eran necesarias; bastaban las miradas, las caricias furtivas, las sonrisas cómplices. Cuando Aurora llegó, decidieron, sin necesidad de discutirlo, que lo ocurrido la noche anterior debía permanecer entre ellos. Ya se lo contarían más adelante, cuando fuera el momento.

Aurora estaba radiante, emocionada por el viaje. Mientras esperaban para embarcar, Javi rozó la mano de Elena con la suya. Fue un gesto rápido, casi imperceptible, pero suficiente para que ella supiera que no estaba sola con sus sentimientos.

Y cuando el avión despegó hacia París, Elena miró por la ventana, sintiéndose más viva que nunca. Pero, en el fondo de su mente, una pregunta permanecía sin respuesta: ¿qué significaba realmente lo que había pasado? No podía saberlo en ese momento, pero el viaje que estaban a punto de emprender cambiaría su destino para siempre.

49. LA HISTORIA DE JAVI Y ELENA. PARTE III



Los viñedos franceses se extendían como un manto infinito, iluminados por un sol que apenas despuntaba entre nubes esponjosas. El tren viajaba con una velocidad que parecía reflejar el ánimo de los tres amigos. Aurora se acomodaba en su asiento, hojeando una revista de moda, mientras Javi y Elena compartían auriculares para escuchar música desde su teléfono. Sus manos descansaban en el espacio estrecho entre ambos, lo suficientemente cerca como para que sus dedos se rozaran de vez en cuando, provocando pequeños chispazos que ninguno de los dos se atrevía a mencionar.

Elena intentó concentrarse en la música, pero su mente seguía atrapada en la noche que había pasado con Javi. Cada vez que sus ojos se cruzaban era como si ambos supieran que lo que había pasado había cambiado todo, aunque ninguno de los dos pareciera dispuesto a ponerle palabras. Elena estaba deseando que Javi le robara un beso fugaz, pero el momento no parecía llegar nunca.

Cuando el tren se detuvo finalmente en París, el bullicio de la estación los envolvió como una ola. Aurora lideró el camino con una energía contagiosa, emocionada por mostrarles «su ciudad».

—¡Ahí está! —exclamó, señalando un elegante coche negro con chofer que los esperaba en la entrada.

Javi levantó una ceja, como si viera un espejismo.

—¿Es en serio? —preguntó, entre incrédulo y divertido.

Aurora se encogió de hombros con una sonrisa despreocupada.

—Papá insiste en que tengamos un chofer cada vez que venimos. Dice que el tráfico aquí es una pesadilla. Además, ¡es París! Hay que hacerlo bien.

Entraron en el coche y Elena y Javi observaron atónitos cómo Aurora se dirigía al conductor con familiaridad y en un perfecto francés.

—Una tiene sus secretillos —se limitó a decir.

Pierre, que así se llamaba el hombre, los condujo a través de un laberinto de calles que parecían sacadas de una película de época. Las fachadas de los edificios desprendían elegancia y ostentación con sus balcones adornados por delicadas filigranas de hierro forjado. Finalmente, se detuvieron frente a un edificio que parecía resumir el lujo parisino en un solo vistazo: portero uniformado, ascensor privado y un vestíbulo decorado con mármol reluciente.

El apartamento de Aurora era aún más impresionante. Los techos altos estaban decorados con molduras intrincadas, y los muebles de diseño parecían elegidos para un catálogo de arquitectura de interiores. Pero lo que realmente cortaba el aliento era la terraza, desde donde se podía ver la Torre Eiffel brillando bajo la luz de la tarde.

—Bueno, ¿qué os parece? —preguntó Aurora con una sonrisa triunfante mientras extendía los brazos como una presentadora de televisión.

—Es... increíble —admitió Javi, caminando lentamente por el salón como si quisiera absorber cada detalle.

Elena asintió en silencio, sintiendo que el apartamento era tan intimidante como hermoso. A pesar de todo, no podía evitar sentirse fuera de lugar, como si invadiera un mundo que no le pertenecía y en el que, hasta ese momento, no había percibido que su mejor amiga encajara tan bien.

Esa noche, Aurora anunció que su padre quería invitarlos a cenar.

—Mi padre siempre está de viaje, y justo hoy, él y mi hermano acaban de llegar. Se mueren por conoceros —pronunció con un tono alegre pero que a Elena le sonó falso. Aurora nunca se

había llevado bien con su padre, ni con su hermano, y tenía sus dudas de que esos dos hombres tuvieran interés por compartir la velada con dos mindundis como Javi y ella.

A pesar de sus prejuicios, la cena resultó muy agradable. El hombre, un magnate en toda regla, dirigía una de las empresas más influyentes de Europa. Era encantador y carismático, pero también con un aire autoritario que dejaba claro que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. Durante la velada, Javi y Elena conocieron también al hermano mayor de Aurora, Eduardo, un joven algo mayor que ellos, elegante y seguro de sí mismo que acababa de llegar de Nueva York, donde trabajaba en un banco.

Entre copas de vino y platos exquisitos, el padre de Aurora dirigió la conversación hacia sus planes de futuro:

—Es un alivio ver a jóvenes tan prometedores —afirmó, mirando a Javi y a Elena—. Acabáis de terminar la carrera y un mundo de posibilidades se abre ante vosotros. Si sois listos, sabréis aprovecharlas. ¿Tenéis algún plan de futuro? ¿Qué os gustaría hacer?

Se dirigió en primer lugar a Elena, que se encogió en su silla antes de responder:

—Aún no lo tengo claro… Me he dado unas semanas para decidirme.

—Yo quiero ser un buen abogado —afirmó Javi en cambio—. El mejor, de hecho. Es mi vocación y estoy dispuesto a dejarme la piel por ello. —Sus ojos se iluminaron.

—Un chico con ambición, sí, señor —comentó satisfecho por su respuesta—. Te llevarías bien con Eduardo. —Miró a su hijo, y Elena observó cómo Aurora se revolvía, incómoda. Nunca había palabras buenas para ella—. Quizá puedas enviarme tu currículum, Javier —sugirió.

—¿De verdad? —preguntó este sorprendido.

—Sí. Aurora y Eduardo son mis mayores tesoros, pero no puedo esperar que Eduardo lo haga todo, y Aurora…

—Aurora no tiene interés —replicó ella, cortante.

El hombre suspiró.

—Mis negocios son extensos y necesitan una dirección sólida. Aurora..., bueno, tiene otros intereses. Siempre he querido mantenerlo todo en familia, pero a veces… A veces no puede ser.

El comentario quedó flotando en el aire, pero Javi no pudo ocultar el destello de interés y emoción en sus ojos. El padre de Aurora cambió de tema rápidamente, pero la semilla ya estaba plantada.

*

En los días siguientes, Elena comenzó a notar pequeños cambios en el comportamiento de Javi. Era más atento con Aurora, más receptivo a sus historias y comentarios, e incluso comenzó a bromear sobre lo bien que se entendían. Aurora, por su parte, parecía disfrutar de la atención, aunque nunca daba la impresión de estar interesada en algo más que una amistad. Elena buscaba desesperada un gesto de complicidad en Javi, un roce, un susurro cuando Aurora no parecía estar atenta, pero comenzaba a dudar de si las miradas del chico habían cambiado de significado. Estaba confusa. Confusa, perdida y, sobre todo, sintiéndose completamente sola con sus dos mejores amigos.

Una tarde, mientras Elena y Aurora paseaban por un mercado parisino, esta rompió el silencio con una pregunta inesperada:

—Elena, ¿tú sientes algo por Javi?

Elena se detuvo en seco, sorprendida por la directa.

—¿Por qué preguntas eso? —respondió, intentando ganar tiempo.

Aurora se encogió de hombros, fijándose distraídamente en una tienda cercana.

—Es que... últimamente hemos estado pasando mucho tiempo juntos, y, no sé, me pregunto si te importaría que..., bueno, que entre él y yo pasara algo.

Elena sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Pero Aurora la miraba con esa mezcla de sinceridad y dulzura que hacía imposible responder con la verdad.

—Claro que no me importa —mintió, con una sonrisa que sabía que no llegaba a sus ojos—. Si te hace feliz, adelante.

Aurora pareció aliviada, y Elena se obligó a mantener la compostura durante el resto del paseo. ¿Por qué le había dicho eso? ¿Por qué no le había confesado lo ocurrido con Javi? Probablemente, pensó, porque en ese momento, ya empezaba a dudar si Javi seguía sintiendo algo por ella o no. ¿Cómo podía haber cambiado de opinión tan rápido? Intentó hablar con él, encontrarse un momento a solas, pero parecía evitarla.

Esa noche, sola en su habitación, lloró en silencio, permitiéndose sentir el dolor de ver su futuro con Javi deslizarse entre sus dedos.

*

Ya de vuelta en Madrid, Elena llegó al bar unos minutos antes de la hora acordada, como solía hacer. Los colores cálidos del local y el murmullo acogedor de las conversaciones parecían no alcanzarla. Todo se sentía irreal, como si estuviera atrapada en una escena que no quería protagonizar.

Javi apareció poco después, con su andar despreocupado y esa chaqueta de cuero que siempre había considerado su «amuleto de la suerte». La sonrisa que le dedicó al entrar era la misma de siempre, pero Elena notó algo distinto en su mirada: una seriedad que no encajaba con él, un preludio de la conversación que les aguardaba.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó, sentándose frente a ella.

—No, acabo de llegar —respondió, aunque llevaba allí más de diez minutos.

Pidieron lo de siempre: una caña para él, un refresco para ella. Elena observó cómo Javi tamborileaba los dedos contra la mesa mientras esperaban, un tic que sólo aparecía cuando estaba nervioso. Cuando les sirvieron las consumiciones, Javi tomó aire.

—Elena, tenemos que hablar.

Un nudo comenzó a formarse en su estómago, pero asintió, tratando de mantener la calma.

—Dime.

Él desvió la mirada un instante antes de continuar:

—Lo que pasó antes del viaje... —empezó, escogiendo las palabras con cuidado— fue un error.

Elena sintió que el suelo se desmoronaba bajo sus pies. Era como si el aire del bar se hubiera vuelto denso, imposible de respirar.

—¿Un error? —repitió con la voz quebrada.

—No me malinterpretes —contestó él rápidamente, como si así pudiera aliviar el impacto de sus palabras—. Fue genial. Me encantó compartir ese momento contigo, yo… Nunca lo olvidaré. Pero creo que estaba confundido. No debió pasar.

Elena parpadeó, sintiendo cómo sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas.

—¿Confundido?

—He estado pensando mucho... en todo. Y creo que quiero intentar algo con Aurora. Quería decírtelo a ti primero, porque…

El nombre de Aurora cayó entre ellos como una losa. Elena sintió una punzada en el pecho, una mezcla de incredulidad y dolor que casi la dejó sin palabras.

—¿Aurora? —logró decir, sin poder disimular el temblor en su voz.

Javi asintió, evitando su mirada.

—Lo último que quiero es hacerte daño. Pero también... también quiero que sigamos siendo amigos.

Elena intentó encontrar algún rastro del Javi que conocía, del Javi que la había hecho reír, que la había besado como si ella fuera lo único que importara en el mundo. Pero ese Javi parecía haber desaparecido. Ahora, frente a ella, sólo había alguien que hablaba de mantener una amistad mientras le arrancaba el corazón. ¿Qué podía decirle? ¿Que no? ¿Y perderlo a él y perder a su mejor amiga?

—Claro, amigos —respondió, obligando a sus labios a formar una sonrisa.

Javi pareció aliviado por su respuesta, como si con eso todo estuviera resuelto.

—Sabía que lo entenderías. Siempre has sido... increíble, Elena.

Ella asintió, incapaz de responder. Comprobó su vaso, el líquido que apenas había tocado, y de repente todo el lugar le parecía insoportable: el ruido, las luces, incluso la presencia de Javi.

—Tengo que irme —soltó de forma abrupta, levantándose.

—¿Ya? —preguntó Javi, sorprendido—. Pero si acabamos de llegar…

—Tengo cosas que hacer —murmuró, recogiendo su bolso y evitando su mirada.

—Claro. Hablamos luego, ¿vale? —dijo él, con esa familiaridad que le dolía más de lo que quería admitir.

Elena asintió de nuevo y salió del bar, sintiendo cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos antes de que la puerta se cerrara tras ella.

La noche madrileña la envolvió con su aire frío y las luces de las farolas que iluminaban las calles vacías. Caminó sin rumbo, dejando que las lágrimas rodaran por sus mejillas, sin importarle quién pudiera verla.

Se detuvo en un banco de un parque cercano, soportando el peso de lo que acababa de ocurrir. Quizás, pensó, este era el final de algo, o tal vez, sólo el principio de un camino que no había planeado recorrer.

50. LEO



Todo encajaba. Mientras Elena me contaba su historia con Javi, cada pieza del rompecabezas se colocó en su lugar. Su voz, normalmente firme, estaba temblorosa, como si revivir aquellos momentos le arrancara un recuerdo que llevaba guardado bajo llave mucho tiempo.

Elena había empezado hablando de él con una sonrisa forzada, describiendo sus conversaciones interminables en aquel autobús turístico y cómo, durante años, había esperado una reacción por parte de Javi que nunca llegaba. Pero la sonrisa desapareció al llegar a la parte del viaje a París, y luego al café en el que él le había dicho que quería estar con Aurora.

Sentí un nudo en el estómago mientras ella describía cómo se había sentido, cómo había tenido que fingir que todo estaba bien cuando su mundo se había venido abajo. Una parte de mí quería ir a buscar a Javi, aunque hubieran pasado años, decirle exactamente lo que pensaba de él y, de paso, pegarle un buen puñetazo, pero sabía que ni era lo que Elena necesitaba en ese momento, ni lo que un caballero debería hacer.

Cuando terminó de hablar, el silencio llenó el espacio entre nosotros. Habíamos subido a su piso y ella estaba sentada en el extremo del sofá, con las manos apretadas en su regazo y la mirada fija en un punto invisible. No supe qué decir al principio. Nada parecía suficiente. Finalmente, me aclaré la garganta y pronuncié:

—Elena…, ¿puedo decir algo sin que me lances un cojín? —intenté suavizar el momento.

—Claro.

—Ese tipo es un idiota —solté, directo, sin rodeos.

—Puede. Pero la realidad es que él no sentía lo mismo y ya está —dijo al cabo de un momento, pero sin convicción.

—Eso no le da derecho a tratarte así, a hablarte así. Como esta noche, ¿quién se cree? —Me incliné hacia ella, intentando captar su atención—. Elena, eres… eres increíble. No sé qué más necesitas oír, pero nadie debería hacerte sentir que no eres suficiente.

Ella se quedó callada, y por un momento pensé que había dicho algo malo. Pero entonces soltó un suspiro largo, como si estuviera dejando salir todo lo que llevaba dentro.

—No soy tan buena como crees —musitó, y mordió su labio inferior. Parecía debatirse entre seguir hablando o callarse.

Arqueé una ceja, dándole espacio para que decidiera si quería seguir confiando en mí.

—Me enrollé con Javi —dijo al fin.

—Pero fue hace años, eso ya pasó y…

—No —me cortó—. Me enrollé con Javi unos días antes de la boda —lo pronunció con los ojos llenos de lágrimas. No supe qué decir—. No sé cómo pasó. Yo pensaba que lo tenía más o menos superado, y luego… ahí estábamos, en el dichoso autobús.

—Pero…

—Fue sólo un beso. Y no tuvo que ver con lo que luego sucedió en la boda. Yo no estaba en mi mejor momento, pero Aurora es mi amiga, jamás arruinaría su día. Al menos a propósito —sus palabras parecían salir de su boca a borbotones, como una cascada —. Nadie lo sabe. Sólo Javi y yo. Y ahora tú. No me he atrevido a contárselo a mis amigos, y, por supuesto, Aurora no lo sabe y no puede saberlo. —Apretó los labios.

—Tranquila, no se enterará por mí —le aseguré mientras intentaba procesar toda la información.

—Y ahora, si no quieres volver a verme, lo entenderé. Después de lo que he hecho, no merezco nada. Soy horrible.

Negué con la cabeza y la atraje hacia mí. Se resistió al principio, pero después apoyó su pequeño cuerpo contra el mío.

—No te voy a decir que lo que has hecho te abra las puertas del cielo, pero Javi también tiene su parte de culpa. Es él quien iba a casarse. No puede culparte a ti por todo.

—Cree que le arruiné la boda a propósito.

Me encogí de hombros.

—A estas alturas, ¿qué más da lo que crea? Lo importante son las decisiones que tomes a partir de ahora. No puedes volver atrás, pero sí puedes decidir sobre tu futuro.

Levantó la cabeza lentamente y nos miramos durante un momento que me pareció eterno.

—Gracias, Leo. Por no juzgarme.

—He hecho cosas peores, créeme.

—¿Peor que esto?

Asentí y ella frunció el ceño.

—¿Otro día me lo cuentas?

—Otro día te lo cuento. —Le di un beso en el pelo rezando por que me perdonase, porque, de alguna forma, yo también la había engañado a ella.

51. LEO



Esa mañana había acudido a Ocaso de Madrid a petición de mi jefa para ultimar algunos detalles sobre el evento que se celebraría en unos días. Me había metido en una oficina improvisada que parecía casi un trastero. Me encontraba editando videos de TikTok y me repetía a mí mismo, en un momento de lástima, lo apasionante que era mi nueva vida. De repente, la puerta del cuartucho se abrió con un golpe. No me hizo falta mirar para saber quién era.

—Leo —era Celeste—, tenemos que hablar.

Estuve a punto de soltar un chistecito, pero pensé que no le sentaría muy bien teniendo en cuenta el estrés que acusaba debido al evento. En los últimos días, mi jefa no había parado de comer (aún más) y la cantidad de collares de cuentas que llevaba al cuello me hacían pensar que, si la tirase al agua, se hundiría como una piedra. «Concéntrate, Leo». Dejé el móvil y me giré hacia ella, solícito.

—Sólo vengo a recordarte que en este congreso y su posterior fiesta nos jugamos mucho más que la diversión de los trabajadores, ¿verdad? —soltó, dejando caer sus palabras.

—Lo sé. Nos jugamos la imagen de nuestro geriátrico, nuestra futura expansión por otras comunidades autónomas y convertirnos en un centro de referencia a nivel nacional —respondí como un buen alumno—. Pero todo saldrá de maravilla, Celeste. —Le dediqué una sonrisa cautivadora—. Los eventos del congreso están organizados como un reloj y el catering estará a la altura. La comida llegará a tiempo, estará deliciosa y todo saldrá según lo previsto. El evento será un éxito, te lo garantizo.

Ella me observó por un instante, calibrando si me creía o no. Intenté ahondar en su expresión para saber si le había infundido algo de tranquilidad, pero sus ojos eran igual de expresivos que los

de un Playmobil. Finalmente, asintió con seriedad antes de pronunciar:

—Eso espero, Leo. Estamos depositando toda nuestra confianza en ti; si esto sale bien, podrás dar un salto importante en tu carrera con nosotros.

Dicho esto, cerró la puerta y me dejó solo con la amenaza, o la promesa, todavía resonando en el aire. Unos minutos después, terminé el video y salí a estirar las piernas. La zona común del geriátrico estaba de bote en bote y decenas de ancianos observaban cómo unos técnicos instalaban una carpa gigante en el jardín con motivo de la celebración del evento.

—¿Qué te parece este color para las servilletas? —escuché la voz de Mercedes a mi espalda.

La chica recorrió los escasos dos metros que nos separaban y me mostró las imágenes que aparecían en el tomo grueso que sostenía entre sus brazos. Cientos de platos, servilletas, vasos y cestos de pan se desplegaron ante mis ojos.

—Claro, muy buen gusto —contesté, alejándome unos centímetros, agobiado por la cercanía de la chica y por el empacho de los tipos de vajilla que había colocado ante mí.

—Estoy intentando involucrarme todo lo posible en esto. Celeste dice que tengo muy buenas ideas con la decoración y todo tiene que salir genial —comentó con una sonrisa dulce que me recordó a su hermano.

—Sí, el evento será un éxito.

Mercedes me observó con la intensidad de siempre, como si me quisiera desvestir allí mismo. Sabía que le había estado preguntando a Pedro si, ahora que yo había vuelto, tendría alguna oportunidad, y también sabía que mi amigo le había estado contestando con evasivas. Lo sentí por ella. No quería hacerle daño, pero no era para mí.

—¿Tienes algún plan para después de la fiesta? —comentó con un tono de despreocupación que me sonó impostado.

—En realidad sí —repliqué intentando no parecer cortante—. Después de la fiesta, iré a celebrar el éxito con unos amigos… y con mi chica.

Y ahí estaba. Tarde o temprano, Mercedes se enteraría, si es que Pedro no la había informado aún sobre las últimas novedades en mi vida. Me apresuré a mirar hacia otro lado para evitar el brillo de desilusión que aparecía en sus ojos. Parecía sorprendida y observé con tristeza cómo recuperaba la compostura con una sonrisa forzada.

—Bueno, supongo que no se puede ganar siempre —murmuró—. ¿Y quién es la afortunada? ¿Alguien de por aquí?

—Alguien que he conocido recientemente.

Estaba valorando si dar más explicaciones cuando mi teléfono vibró en el bolsillo. Salvado por la campana. Con un gesto de disculpa hacia la hermana de mi amigo, descolgué y me alejé de ella.

—¡Pero bueno, hermanito! —exclamó Mona con tono alegre —. ¿A qué vienen todas esas llamadas perdidas? ¿Tanto me echabas de menos?

—Estaba deseando oír tu voz —le dije en tono despreocupado.

—Uff, eso es que necesitas algo gordo de mí. —Se rio.

—Sólo saber… ¿Qué haces el sábado por la noche?

—Oh, pues… Déjame revisar mi apretada agenda —respondió fingiendo que consultaba algo—. Tengo plan con unos amigos, nada especial, vamos al autocine, pero si me ofreces algo mejor…

Suspiré y fui al grano, sin rodeos:

—Tengo un evento importante en el geriátrico donde trabajo.

—Guau, tu vida es fascinante —se burló.

Puse los ojos en blanco y evité darle un corte, ya que estaba a punto de pedirle un favor.

—El evento es en Ocaso de Madrid, estoy ayudando con las redes y la organización y he logrado que contraten a Algo Ligero.

—¿Has logrado un dos en uno? Brillante, hermano.

—Brillante o suicida, según se mire.

Guardó un momento de silencio.

—¿No saben que trabajas para el otro? —preguntó.

—Así es…

—¿Ni siquiera Elena?

—Exacto… —murmuré odiándome.

—¿Eres tonto?

—Tonto no. Sólo un poco desorganizado. Se me hizo bola y…

—¡Tienes que decírselo!

—Lo sé, lo sé. Lo haré después del evento.

—¿Y por qué no antes?

—Pues porque todo tiene que salir perfecto. Este evento va a tener muchísima difusión y no quiero distraerlos.

—Creo que no eres un buen estratega —sentenció.

—Y tú no tienes piedad conmigo.

Escuché cómo Mona suspiraba al otro lado de la línea, probablemente pensando en la calamidad que tenía por hermano mayor.

—Y necesitas mi ayuda para…

—Para echarme una mano con las redes sociales y las fotos. Sólo unas horas. ¿Te animas? Te prometo que haré que valga la pena. Le diré a Elena que prepare unas raciones extra y cenarás gratis. Cocina de miedo.

Se produjo un silencio calculador al otro lado de la línea. Sabía que Mona estaba esperando su momento para sacar provecho de la situación. No era nada nuevo: Mona tenía un talento natural para negociar hasta el último minuto cualquier favor. Sin embargo, su respuesta me sorprendió sólo a medias:

—Vale, me lo has vendido bien.

—¿Ah, sí?

—Bueno, no tan bien —se rio—. Pero no quiero perder la oportunidad de conocer a mi nueva cuñada…

—No la asustes…

—¿Yo? ¿Asustar? —se indignó.

—Estamos empezando.

—No le contaré tu secretillo, si te refieres a eso. Pero a lo mejor sí alguna de tus rarezas, o tus nefastos gustos musicales.

—Ten piedad.

Soltó una carcajada.

—Descuida. Tus miserias están a salvo conmigo.

—Eso espero.

52. ELENA



La cuenta atrás para el evento había comenzado. Sólo faltaban dos días, y yo andaba como un gremlin mojado por la cocina de Algo Ligero y por mi apartamento. Me sentía al filo del abismo, a punto de dar un salto que me enviase directa al estrellato o a la mierda.

Cuando esa noche Leo llegó al piso, llevaba una bolsa de papel en la mano y una sonrisa relajada que provocó que mi corazón se acelerase todavía un poco más. Aunque pasábamos mucho tiempo juntos, no podía evitar sentir mariposas en el estómago cada vez que se plantaba ante mí, con ese estilo cuidadosamente desenfadado, sus camisas arremangadas y esa aura de seguridad que lo envolvía. Había insistido en traer algo de vino para acompañar la cena. Yo había preparado algo sencillo: una ensalada de pasta, un par de tapas y un postre que había improvisado con lo que tenía en la despensa. Katyusha estaba en una fiesta con sus compañeros de máster, así que tardaría en volver.

—¿Seguro que no te has complicado mucho? —me preguntó Leo observando la mesa con todo dispuesto.

—Qué va. Créeme, cuando veas la carta que hemos terminado de preparar Dani y yo para el evento, entenderás lo que es complicarse.

Soltó una carcajada mientras descorchaba la botella y servía dos copas.

—No sé si eso es lo que quiero escuchar —bromeó.

Lo miré insegura.

—Queríamos hacer que la lluvia de sorbetes pasara a un segundo plano… Y no me he enrollado con nadie del evento, así que no hay riesgo —bromeé también yo.

—¿Cómo? ¿No te has enrollado con nadie? —Se acercó a mí con una sonrisa perversa.

Puse los ojos en blanco simulando un gesto de exasperación, y Leo rodeó mis caderas con sus brazos.

—Bueno, igual sí. Con un tipo que ahora trabaja en el catering —pronuncié, y él comenzó a acariciarme el cuello con sus labios—. Pero no es muy guapo, así que no hay peligro de que me lo roben —le pinché antes de recibir un pequeño mordisco como respuesta.

Solté un aullido mezclado con una carcajada y nos separamos para, aún entre risas, sentarnos a la mesa.

—Quizá no muy guapo, pero sí convincente —replicó.

Durante la cena, la conversación fluyó con facilidad. Hablamos del evento de Ocaso, de cómo Dani había intentado improvisar un nuevo plato sin avisarnos, de que la identidad de su novia aún era un misterio y también de Mona, a quien conocería en un par de días.

—Mi hermana es genial —afirmó Leo—. Nos vendrá bien como refuerzo y está encantada de participar.

—Tengo ganas de conocerla —afirmé.

—No tantas como ella de conocerte a ti —bromeó.

Sonreí y me revolví un poco en mi asiento.

—Estoy nerviosa —confesé.

—¿Por conocer a mi hermana? ¿A un miembro superimportante de mi familia? —Se rio.

—¡No! O no lo había pensado… —reconocí—. Pero me refería al evento. Esta oportunidad es clave. Si la liamos aquí, si alguien se come una gamba o un cacahuete que no debe y todo se va al garete, será difícil levantarse otra vez. Imposible, más bien.

Leo asintió con comprensión.

—Eso no tiene por qué pasar. Estamos preparados. Y mañana mismo recogeré los carteles con los alérgenos de la imprenta —añadió acariciando mi mano.

Dejé el tenedor a un lado y me apoyé en la mesa.

—Estoy contenta de que estés aquí. De que seas parte de nuestro equipo. Si no te hubiéramos encontrado, nada de esto sería

posible. Ni siquiera hubiéramos tenido la oportunidad de volver a tener un cliente así. Y la cena de hace unas semanas… salió genial. —Suspiré rememorando, orgullosa, las felicitaciones del cliente.

Leo me dedicó esa sonrisa suya que parecía iluminar la habitación.

—Tú eres la que dirige esto, Elena. Vosotros. Yo sólo soy el que ayuda con los números y sube vídeos a las redes. Os faltaba un poco de organización, sí, pero el éxito es cosa vuestra, no mía —su tono era ligero, pero había tanta sinceridad detrás de sus palabras que me hizo sentir una calidez inesperada.

La cena continuó entre risas y anécdotas. Recogimos los platos juntos, y Leo insistió en fregar mientras yo secaba.

—Me gusta pasar tiempo contigo —soltó como quien comenta «qué buen día hace».

Lo pronunció con tanta naturalidad que casi dejé caer el plato que estaba secando. Me volví hacia él, pero seguía concentrado en enjabonar unos tenedores, como si no hubiera dicho nada fuera de lo común.

—Y a mí contigo —murmuré.

Me miró de reojo y sentí cómo sonreía a mi lado en un silencio cómodo, cómplice, envolvente.

Cuando terminamos de recoger, nos sentamos en el sofá con las copas de vino y la media botella que quedaba. La conversación continuaba, y aunque el tono seguía siendo distendido, había algo en la forma en que me miraba, en cómo sus ojos se detenían un poco más de lo normal en los míos, que hizo que mi corazón empezase a hacerse preguntas y la boca se me secase. Bebí y luego miré discretamente a mi copa, como si quisiera que confesara que ella era la culpable de mis nervios, pero pareció decirme que no, que en esto me estaba metiendo yo solita.

—Leo… —empecé, pero no sabía cómo continuar.

Él pareció leerme el pensamiento y no hubo necesidad de más palabras. Observé cómo sus dedos se movían ligeramente, atrapando los míos con suavidad, acariciándolos. Nos miramos y, como si fuera el pistoletazo de salida, nuestros labios se encontraron

en un beso lento, cálido, lleno de una calma que contrastaba con el caos que sentía en mi pecho.

—Espera. —Con la respiración entrecortada, nos separamos un instante que se me hizo eterno—. Katyusha puede volver en cualquier momento, quizá es hora de que me vaya —dijo, pero no se levantó.

—¿Tienes prisa? —pregunté, tratando de sonar sensual, aunque mi voz debió de parecerse al tono de un flautín.

Me dedicó una sonrisa traviesa.

—En realidad no. Ninguna prisa.

Se inclinó de nuevo. Rozó sus labios con los míos en una caricia mientras el calor subía por todo mi cuerpo, como si yo fuera una estufa que se acababa de encender. Le devolví el beso, saboreando su boca como si pudiera memorizarla y evitar que ese instante se fuera a desvanecer. Mordí sus labios mientras mi corazón golpeaba contra las costillas, fuerte, insistente, a punto de estallar.

Nos levantamos del sofá con torpeza, con nuestras manos aún entrelazadas al guiarlo hacia mi habitación. Al cruzar la puerta, un pensamiento fugaz sobre el desastre que me rodeaba, sobre mis errores del pasado intentó instalarse en mi mente, pero quedó en un segundo plano en cuanto él me miró.

«Al cuerno con todo», pensé justo antes de cerrar.

Leo me tomó por la cintura, atrayéndome hacia él, y sus labios buscaron los míos de nuevo, cada vez con más urgencia. Su tacto era firme pero pausado, como si tuviera todo el tiempo del mundo para descubrir cada rincón de mi piel, para acariciarlo, para recrearse en él. Sentí cómo sus dedos ágiles desabrochaban los botones de mi blusa mientras yo hacía lo propio con los de su camisa. Cada prenda que caía al suelo despejaba algo más que piel: despejaba las dudas, los miedos, las inseguridades. Leo era como un cielo abierto y me miraba como si yo fuera la única ave que lo surcaba.

Mis manos exploraron su torso, sintiendo cada músculo tensarse bajo mis dedos. Subieron por su cuello, enredándose en su cabello desordenado. El calor de su cuerpo me envolvía, y su boca descendió por mi piel con una lentitud que bordeaba la tortura.

Besos suaves en mi clavícula, un mordisco ligero en la curva de mi cadera. Cada caricia suya parecía pensada para que olvidara todo lo que alguna vez me hizo dudar de mí misma.

Cerré los ojos y dejé escapar un suspiro. El deseo era ensordecedor. Me aferré a su espalda cuando volvió a mi boca, sus labios devorando los míos con una intensidad que me hizo olvidar dónde terminaba yo y dónde empezaba él.

Cuando se apartó para coger un preservativo, mi mundo dio un vuelco. Tomó aire y volvió a mirarme en busca de un asentimiento que le devolví impaciente. Me besó el pecho, el vientre, y luego se deslizó entre mis piernas con una lentitud exasperante.

Me arqueé bajo él, ahogada en la dulce agonía de la espera. Cuando finalmente se hundió en mí, un gemido escapó de mis labios y clavé las uñas en su espalda. Nos movimos juntos, enredándonos, como si hubiéramos estado hechos para ese momento. Como olas que rompen contra la orilla y se retiran sólo para volver con más fuerza.

Entonces el tiempo dejó de existir.

Sonreí contra su piel, sintiendo cómo el peso de los últimos días, de las últimas semanas, se desvanecía, al menos por esa noche.

Por primera vez en mucho tiempo, me permití creer que tal vez, sólo tal vez, las cosas podrían salir bien.

53. LEO



Esa mañana, la cocina de Algo Ligero hervía. En los fogones, además de varios platos con los que se me hacía la boca agua, se cocinaban nervios, ilusión y una alegría contenida que asomaba por la comisura de los labios de mis compañeros. Elena, Dani y Rocío trabajaban a un ritmo frenético, acompañados por la banda sonora que Dani había elegido para caldear los ánimos. Elena observaba satisfecha las sugerencias de su amiga, que se había ofrecido a echarnos un cable para asegurarnos de que todo saldría perfecto, y la verdad es que no nos sobraban manos. Todo tenía que salir a la perfección.

Los nervios recorrieron mi espalda. Yo también me la jugaba. Esa noche podía triunfar en mis dos trabajos o liarla tanto que me viera en el paro de nuevo. Tenía que estar atento a cada detalle, desde la decoración hasta las redes sociales. Pero había algo que me mantenía alerta, algo que no podía sacarme de la cabeza: Elena.

Mi mirada, aunque discretamente, siempre se desviaba hacia ella, observando cómo dirigía todo con precisión. Estaba sentada a la mesa con una libreta, anotando, organizando y supervisando que cada cosa estuviera en su sitio. Levantó la vista y me dedicó una media sonrisa. Me tenía completamente atrapado.

Ella conseguía que todo fluyera con naturalidad. La noche que habíamos pasado en su piso, había nacido algo más que una atracción evidente. Había algo en la forma en que me miraba, en cómo sus dedos se enredaban en mi pelo, en el modo en que nuestra respiración se acompasaba en el silencio de la madrugada.

—¡Eh! ¿Ves esta empanada? —la voz de Dani me arrancó de mis pensamientos. Miré confuso la empanada que llevaba en una bandeja—. Tu cara está igual.

—Yo no…

Dani se encogió de hombros.

—No puedes disimular, lo sé y me parece bien. Sólo te recomiendo que te cortes antes de que nuestra Madre de Canapés sospeche que el evento se puede ir al traste por las historias amorosas de Elena.

Fruncí el ceño.

—Eso no va a suceder.

—Eso espero, tío, eso espero.

Lo miré preocupado. No había ninguna razón por la que mi relación con Elena pudiera estropear el evento. Yo me encargaría de ello. Además, ¿qué era lo peor que podía pasar? ¿Que se enterase de mi trabajo como tiktoker de geriátricos? Supongo que, aunque así fuera, eso no pondría en riesgo la buena organización y la cocina.

Por un momento, pensé que quizá debía confesarle la verdad antes de esa tarde. De hecho, me arrepentí de no haberlo hecho en todas las ocasiones en las que había estado con ella y había tenido la oportunidad. Ahora no era un buen momento. No sabía cómo iba a reaccionar, y era demasiado arriesgado decírselo justo antes de la fiesta.

Suspiré prometiéndome que, al día siguiente, pasara lo que pasase, Elena lo sabría.

—¡Decoración lista! —exclamó Rocío, que estaba repasando la lista de cosas pendientes.

Elena la miró, asintiendo, feliz por contar con su amiga en ese momento. Pero antes de que pudiera responder, le lanzó una mirada divertida a Dani, que estaba teléfono en mano, aparentemente más interesado en la pantalla que en el trabajo que teníamos por delante.

—Dani, ¿dónde está la lista de los camareros? —preguntó.

—¿Ya estás chateando con tu novia secreta? —se quejó Rocío.

Dani levantó la cabeza y le dedicó una sonrisa cameladora.

—Aquí, chef. Lo tengo todo controlado. —Levantó la hoja con la lista de los camareros—. Tú llevas con Miguel dos mil años —le dijo a Rocío—. Algunos todavía tenemos un futuro que construir.

—Perdona, pero yo estoy construyendo el futuro en todo momento —replicó acariciándose la barriga—. De hecho, en este preciso instante, estoy construyendo unos pulmones, unos dedos de los pies, unos…

—Bueno, bueno, creo que a todos nos queda claro que construís mucho los dos —interrumpió Elena—. Ahora vamos a centrarnos en el evento, ¿queréis?

Los dos amigos asintieron y yo observé asombrado cómo Elena manejaba la situación. Se notaba que estaba más que acostumbrada a lidiar con esos dos.

—Elena, tenemos que hablar de las redes sociales también —le dije.

—Sí, claro —respondió, su tono firme pero suave. Me encantaba escuchar su voz, esa seguridad en ella—. ¿Qué propones?

Me senté, buscando el teléfono. La fiesta de Ocaso de Madrid sería una excelente oportunidad para darle mucha visibilidad a Algo Ligero. Sabía que tenía que trabajar en las publicaciones y en las historias de Instagram, pero, al mismo tiempo, no quería que eso interfiriera con la cocina o con la organización.

—Voy a hacer una transmisión en vivo, mostrar cómo todo se está preparando para esta noche. Así, la gente puede ver lo que estamos cocinando, cómo lo hacemos y, por supuesto, ver que Algo Ligero es la mejor opción para cualquier tipo de evento —le expliqué.

Ella asintió aprobando la idea.

Se mordió el labio y, mientras Rocío y Dani continuaban con su discusión al otro lado de la cocina, nuestras manos se rozaron.

—¿Leo? —dijo en voz baja.

—Sí —respondí, bajando un poco la voz también, como si estuviéramos compartiendo un secreto.

—¿Después del evento…? —empezó a decir, pero no terminó la frase. Me miró, sus ojos buscando los míos, como si quisiera leer lo que estaba pensando.

—Lo celebraremos —dije con una sonrisa—. Nos pondremos guapos y saldremos por ahí a quemar Madrid. Sólo tú y yo.

—Eso suena… perfecto —respondió, y no pude evitar sentir una oleada de felicidad recorriéndome.

Y ahí estábamos. El principio de algo nuevo. Nos lo decíamos con los ojos, con los gestos, con cada sonrisa. Y todo lo que tenía que pasar era que el evento terminara.

Y que fuera un éxito.

TERCERA PARTE
EL DÍA DEL EVENTO



EL EVENTO. 17.00 P. M.

El sol bañaba la terraza del geriátrico Ocaso de Madrid con una luz suave y aterciopelada, casi cinematográfica. Aunque la escena parecía ideal, mi corazón palpitaba desenfrenado como antes de un examen, del primer día de colegio o de una primera cita. Estábamos a punto de comenzar el evento más importante de Algo Ligero desde el desastre de la boda de Javi y Aurora, y nada, absolutamente nada, podía salir mal. No podíamos permitirnos camareros adolescentes, dramas personales ni sorbetes que vuelan por los aires. Excelencia debía ser nuestro apellido, profesionalidad, nuestro nombre.

A las cinco de la tarde, estábamos en plena preparación. Rocío, sentada en una silla alta con una mano descansando sobre su tripa incipiente, daba instrucciones al personal con tono de coronel del ejército y una mirada que escudriñaba cada detalle. Ella y Miguel se habían ofrecido a echarnos una mano en nuestro gran día, y verla allí, gritando órdenes, me daba tranquilidad. Su marido, que estaba al otro lado de la enorme carpa colocando las últimas flores y las sillas, nos había prometido que no estaría cerca de líquidos, copas ni bandejas con contenido fluorescente, así que le propusimos vigilar la decoración y las etiquetas. Entonces mi mirada voló hacia Leo: cámara en una mano, teléfono en otra, y una expresión de concentración absoluta dibujada en su rostro.

Verlo allí me daba ánimos. Había algo en la forma en que se movía, con esa seguridad, esa calma y esa sonrisa franca que hacían que la situación resultara menos aterradora.

—Tierra llamando a Jelen, Tierra llamando a Jelen —la voz de Rocío me devolvió a la realidad.

—Sí, sí, estoy aquí —respondí, fingiendo que estaba atenta. Me observó largamente.

—Ya sé que está buenísimo y que te hacen chiribitas los ojos cada vez que lo miras, pero no os puedo tener a Dani y a ti en la luna de Valencia pensando en vuestros amoríos mientras nos jugamos el futuro del catering.

—¿Nos? —contraataqué.

—Bueno, ya me entiendes.

—¿Estás pensando en volver?

Disimuló una sonrisa justo antes de replicar:

—Verme aquí con vosotros… La emoción del evento… En fin, venga, ¡no me líes! Dani necesita saber si colocamos las croquetas de boletus al principio de la mesa o más al centro.

Miré a Dani, que sostenía una bandeja con cara de exasperación, y respondí sin dudar:

—En el centro; son una de nuestras especialidades, queremos que la primera impresión de los comensales sea increíble.

Rocío asintió, satisfecha, y Dani desapareció con la bandeja en dirección a la mesa de aperitivos. Me giré hacia Rocío y le sonreí.

—Gracias por estar aquí, de verdad.

—Jelen —respondió—, no me lo perdería por nada del mundo.

Ambas sonreímos, y, por un momento, el nudo en mi estómago se aflojó un poco.

—Vamos, ve a ver a tu Romeo, que te va a dar algo.

Le saqué la lengua y me acerqué a Leo, que revisaba las primeras publicaciones en nuestra cuenta de Instagram.

—Todo va a ir genial —afirmó, inclinándose hacia mí para mostrarme el número de likes y comentarios alentadores que estábamos recibiendo.

Me mostró un vídeo donde aparecían las mesas, la decoración dispuesta al milímetro con flores, alfombras y pequeños rincones chill out donde los invitados podrían sentarse a charlar tranquilamente. Dani aparecía colocando sus croquetas y después sonriendo con desenfado a la cámara.

—Dani sale siempre genial —valoró Leo—. No es por nada, pero es un buen reclamo para el público femenino.

Antes de que pudiera responder, alguien se acercó por detrás y le dio un suave golpe en el hombro. Era una chica joven, de cabello oscuro y con una sonrisa traviesa que se parecía mucho a la de Leo.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, mirándonos de hito en hito.

El rostro del chico se iluminó y la abrazó rápidamente.

—Elena, esta es Mona, mi hermana pequeña —presentó.

—Encantada de conocerte, Mona —dije, tratando de sonar natural al estrecharle la mano.

—Igualmente —respondió ella, observándome con interés.

—¿Leo te ha convencido para ayudarnos? —pregunté.

Ella asintió, divertida.

—Me ha prometido que comería increíble.

—Me encargaré de que sea así.

—¡Genial!

—Mona es una de las mejores fotógrafas que conozco —comentó Leo.

—Y tú, un pelotero, hermano. En fin, si me disculpáis, voy a buscar un buen ángulo, hay mucho que hacer aquí. Luego charlamos.

Me guiñó un ojo y me quedé mirando cómo su cabello oscuro desaparecía entre las mesas.

—Me gusta —comenté.

—Pues ya verás cuando la conozcas.

El tiempo pasaba volando, y cuando la primera tanda de invitados empezó a llegar, todo estaba perfecto. Había bandejas de aperitivos circulando, camareros (mayores de edad) perfectamente sincronizados moviéndose entre las mesas, y una atmósfera animada que hacía presagiar que todo saldría perfecto. Me permití un momento de respiro y me apoyé en el mostrador observando cómo el evento se desarrollaba con la precisión de un reloj suizo.

Hasta que vi algo sospechoso.

Al otro lado de la carpa, una rubia hablaba con Leo. Su postura era relajada y había algo en la forma en que inclinaba la cabeza y jugaba con un mechón de su melena que me hizo arquear una ceja. Se reía de algo que había dicho para luego inclinarse hacia él, invadiendo su espacio de una forma que me hizo apretar los dientes. No es que yo fuera especialmente celosa, pero… ¿quién puñetas era esa?

—Ele, ¿todo bien? —la voz de Rocío me sacó de mis pensamientos.

—Sí, claro —respondí rápidamente, con una sonrisa tensa.

—Supongo que ese pibón rubio que parece tirarle los trastos a Leo no te está distrayendo de tus funciones, ¿verdad?

—Para nada —mentí. ¿Por qué Rocío siempre se enteraba de todo?—. No sé quién es, ni me importa. Confío en Leo. —Eso era verdad—. ¿Qué tal todo por tu lado?

—Perfecto. Aunque creo que Miguel está a punto de darle una conferencia a uno de los camareros sobre cómo servir vino. Voy a detenerlo antes de que espante a alguien.

Rocío se alejó, y yo me obligué a concentrarme en mi trabajo. Mi prioridad era el evento. Todo estaba saliendo bien, y así tenía que seguir. Ya me encargaría de averiguar quién era esa susodicha más tarde.

EL EVENTO. 21.00 P. M.

La fiesta estaba en pleno apogeo. Las luces de la carpa y el jardín brillaban con calidez, y el aire de verano estaba impregnado de una mezcla de perfumes, risas y el leve tintineo de copas.

Estaba terminando de revisar que los camareros siguieran sacando bebidas cuando vi a Rocío charlando con una anciana que insistía en que se sentara a descansar. Me produjo un poco de ternura y mucho orgullo verla ahí, con una sonrisa, asegurándole a la mujer que estaba perfectamente. Miguel rondaba cerca con un plato lleno de minihamburguesas, con el que se dedicaba a alimentar, a escondidas, al personal del catering para subir la moral. Sonreí.

A mi alrededor, los invitados parecían estar disfrutando, y de reojo escuché cómo felicitaban a la responsable del geriátrico por la organización. Buena señal. A mi izquierda, un hombre mayor, vestido con un impecable traje de chaqueta, había decidido improvisar una especie de monólogo junto al pianista. Las carcajadas resonaban por toda la estancia cuando Dani pasó a mi lado y murmuró:

—Creo que estamos presenciando el nacimiento de una estrella de TikTok.

Le dediqué una mueca divertida. Si Dani estaba tranquilo, yo podía estarlo también. Entonces sentí que alguien se acercaba desde el otro extremo de la sala. Era la rubia que había visto hablando con Leo. Llevaba el pelo en un semirrecogido perfectamente despeinado. El vestido ajustado parecía hecho a medida y su sonrisa, aunque amable, escondía un aire ligeramente depredador. Me sentí como un conejillo acorralado por una pantera. Me estremecí.

—Elena, ¿verdad? —preguntó con un tono encantador mientras se acercaba a plantarme dos besos.

—Sip —balbuceé.

—Soy Mercedes, compañera de Leo. —¿Compañera de Leo? —. Sólo quería decirte que el evento está saliendo genial, de verdad.

—Gracias, estamos muy contentos con cómo va todo —respondí con desconfianza pero con mi tono ensayado de profesional.

Ella dio un sorbo a su copa de albariño antes de responder:

—¿Sabes? Leo y yo nos conocemos desde hace tiempo.

—Ah, ¿sí? Qué bien.

—Sí. Mi hermano Pedro y él han sido mejores amigos desde niños. Prácticamente crecimos juntos.

—Pues… qué bien, genial. —Sonreí incómoda. ¿A dónde quería llegar?

—Leo y yo tuvimos..., bueno, algo hace unos años. —Mercedes hizo una pausa dramática, como si quisiera asegurarse de que captaba cada matiz de su tono—. Nada serio. Un amor de verano, como quien dice. Aunque fue muy intenso…

La frase se quedó flotando en el aire como una melodía incómoda mientras me imaginaba a Leo… viviendo intensamente. No supe qué responder, así que sólo asentí con una sonrisa forzada. Ella continuó:

—Es un chico estupendo, siempre lo he pensado. Después de todo lo que pasó en Londres, pensé que le costaría mucho volver a encontrar su camino, pero me alegra que haya tenido una segunda oportunidad aquí en el geriátrico.

La miré perpleja. «¿Lo que pasó en Londres?», «¿Segunda oportunidad?», «¡¿Aquí en el geriátrico?!». Mi cerebro tardó unos segundos en procesar la información.

—No habla mucho de lo que pasó en Londres —solté intentando sonar casual y eligiendo sólo una de todas las preguntas que pasaban por mi mente.

Mercedes pareció sorprenderse por mi afirmación.

—¿Ah, no? Será porque todavía no se siente suficientemente cómodo para contarlo… Y no debería ser yo quien te lo comente, porque…, bueno, fue bastante escandaloso.

—Ajá —la insté. Desvié la mirada a sabiendas de que Mercedes tenía ganas de hablar. Si le hacía sentir que estaba perdiendo mi atención, soltaría la información.

—En fin, Leo trabajaba en una agencia importante —comenzó, para mi regocijo—. Llevaba los planes de negocio y marketing de grandes empresas y famosos…, pero lo despidieron de

manera fulminante después de que la prensa se hiciera eco de ciertos problemillas.

—¿Qué problemillas?

Ella ignoró mi pregunta y continuó con su discurso:

—Honestamente, pensé que nunca levantaría cabeza, pero me alegra que en Ocaso de Madrid hayan confiado en él. Yo lo recomendé, ¿sabes? Así que me siento orgullosa de haber contribuido a que saliera del pozo.

No entendía nada. ¿Estábamos hablando de la misma persona? ¿Del tipo exitoso que había conocido el día de la boda de mis mejores amigos? Sabía que había decidido dejar Londres, pero no pensaba que hubiera una historia dramática detrás, y mucho menos un despido. ¿Por qué no me lo había contado? ¿Y a qué se refería con lo de Ocaso de Madrid?

—Es una maravilla verlo aquí con todos los ancianos. Quién lo iba a decir. De tiburón de la City a tiktoker de geriátricos.

—Tiktoker de geriátricos —repetí como un robot en un intento por asimilar la información.

—¡No sabes lo bien que se le da! Organiza eventos, maneja las redes, hace unos vídeos que te mueres. Incluso ha impresionado a Marcial, que es un hueso duro de roer. —Se encogió de hombros con una risita—. Pero esto último tú ya lo sabes, ¿verdad? Leo me ha contado que sois muy buenos amigos —enfatizó estas últimas palabras.

—Claro, claro…

Mercedes me observó durante un segundo más, como si evaluara mi reacción.

—Bueno, ha sido un placer charlar contigo, Elena. No te entretengo, que estás trabajando. Estoy segura de que este evento será un éxito.

Se alejó antes de que pudiera responder y me dejó sumida en una maraña de pensamientos y emociones y pensando, básicamente, que era una idiota.

Leo. Trabajando en Ocaso de Madrid, ¿como tiktoker? Y después de haber sido despedido en Londres. ¿Cómo era posible que yo no supiera nada de esto? Me sentía traicionada y también

llena de preguntas. ¿Por qué no me había dicho nada? ¿Qué había pasado exactamente en su antiguo trabajo? Miré a mi alrededor, buscándolo desesperadamente. Necesitaba respuestas, y las necesitaba ahora.

Recorrí la sala esquivando a los invitados, pero, antes de que pudiera dar con él, una voz familiar me detuvo:

—Ele…

Un flash estalló en mi mente con una secuencia de imágenes: las golondrinas, el beso, el Iguazú de sorbetes, mi imagen huyendo de un restaurante. De repente, una sensación de velocidad: si él aparecía, la noche podía ir cuesta abajo y sin frenos.

—Javi, ¿qué haces aquí?

EL EVENTO. 21.30 P. M.

Javi, la persona que menos esperaba encontrarme estaba justo frente a mí, mirándome fijamente, como en el día de la boda antes del desastre. Lo observé desconcertada: corbata desajustada, como si hubiera terminado un día muy duro, el pelo alborotado y un brillo inusual en sus ojos que delataba que había bebido más de la cuenta.

Unos pasos más atrás, contemplé cómo Aurora, radiante como siempre, se acercaba a nosotros. Al llegar a mi lado, me dio un abrazo efusivo.

—¿Pero qué estáis haciendo aquí? —intenté no sonar demasiado brusca mientras las imágenes de la catástrofe del día D circulaban por mi mente.

—Nos invitaste, ¿recuerdas? El día de la cena —replicó ella—. Y Leo me escribió ayer explicándome cómo colarnos. Menudo fichaje, amiga. —Me guiñó un ojo.

—Sí… —repuse, sin creerme del todo que Leo hubiera hecho algo así.

—¡Esto es increíble! —continuó Aurora mirando alrededor—. Todo perfectamente sincronizado, los platos tienen una pinta deliciosa y el personal parece de un restaurante Michelin, ¿de dónde los has sacado?

—Leo —musité.

Ella se encogió de hombros antes de añadir:

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias —pronuncié con cierta vergüenza, y entonces escuché a Dani a mi espalda:

—Jelen, necesitamos más canapés en la mesa principal.

—Voy enseguida —respondí, agradecida por la excusa para salir de ahí.

Aurora me sonrió, y Javi simplemente asintió antes de que me alejara. Mientras me dirigía a la cocina, no podía dejar de pensar en todo lo que acababa de pasar. Mercedes, Londres, Javi y Aurora... ¿Por qué maldita razón mi vida personal siempre tenía que interferir en mi trabajo?

Cuando llegué a la cocina, me apoyé en la encimera para recuperar el aliento. Necesitaba hablar con Leo. Necesitaba respuestas. Y, sobre todo, empezaba a necesitar que la noche terminara.

—¡Jelen! Deja de reflexionar, que la gente tiene hambre —escuché el grito de Rocío, siempre dispuesta a devolverme a la realidad.

Le dediqué un puchero y mi amiga se encogió de hombros sin entender. Con un aspaviento, me envió de vuelta a la carpa con una bandeja de canapés. La verdad es que me habían quedado preciosos. Intenté centrarme en eso mientras los colocaba en el centro de una de las mesas.

Con el rabillo del ojo, vi cómo Javi se acercaba hacia mí. «Mierda, mierda, mierda…». Traté de huir, pero su mano me sujetó el antebrazo.

—¿Todo bien, Javi? —pregunté, intentando sonar casual mientras lo apartaba.

—¿Sabes, Ele? —ignoró mi pregunta. El aliento le olía a alcohol—. Desde la boda... Bueno, desde antes, mucho antes, siento… siento que hay algo sin resolver. Algo entre tú y yo.

«Ahora no, por favor», pensé. Miré a mi alrededor desesperada, ¿dónde estaban mis amigos para salvarme?

—Javi, creo que este no es ni el momento ni el lugar —repliqué con el tono más duro que fui capaz de emplear—. Estoy trabajando.

—¡Es que nunca es el momento!

—No grites —tercié enfadada—. No quiero escándalos, ¿no te das cuenta de lo importante que es esto para mí?

Javi me observó fijamente con la mirada vidriosa y susurró:

—¿Y tú no sabes lo difícil que fue ese día para mí?

Cerré los ojos, invocando una paciencia que no sentía.

—Ya te dije que lo siento, ¿cuántas veces necesitas que me disculpe? Siento haberos arruinado la boda a ti y a Aurora, el día más feliz de vuestras vidas, el…

—No —cortó—. No hablo de ese día, sino del día en que te dije que lo nuestro había sido un error.

Su respuesta, un mazazo, como un golpe en el estómago, como pillarse de forma inesperada el dedo meñique con una puerta.

—Creo que tienes un problema, Javi —respondí con un hilo de voz.

—Claro que tengo un problema —me interrumpió, su voz volvió a subir de volumen. Algunos invitados giraron la cabeza hacia nosotros, pero él no pareció notarlo—. Llevo doce años enamorado de ti, Elena.

Entonces sus ojos castaños se clavaron en los míos con una intensidad que me hizo revivir aquella noche en su casa hacía tantos años. El tiempo pareció detenerse y sus palabras permanecieron suspendidas en el aire.

—Estoy enamorado de ti —repitió, esta vez más bajo, como un susurro, como una caricia—. Siempre lo he estado. Desde hace doce años, doce malditos años. Desde el primer día que te sentaste a mi lado en la clase de Civil.

Sentí que las piernas me fallaban por un segundo.

—Pero ¿qué dices, Javi? No… Yo… —No encontraba las palabras.

—Digo que elegí a Aurora porque pensé que era la mejor opción, que mi vida estaría resuelta. Pensé que, si salía con ella, si me casaba con ella, me enamoraría de verdad, que sería un hombre feliz y un hombre exitoso. Pero lo que soy es un desgraciado. ¡Un desgraciado, maldita sea! Porque tú siempre estás en mi cabeza, Ele. Siempre.

Sentí un nudo en el estómago. Esto no podía estar pasando. No ahora, no aquí. Miré a mi alrededor, nerviosa. Algunos invitados lanzaban miradas discretas hacia donde estábamos, pero la fiesta seguía su rumbo. Me volví hacia Javi.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora?

—Porque no puedo más, no puedo seguir fingiendo. Y verte con él me duele. Me duele tanto que no puedo soportarlo.

—¿Ah, sí? —repliqué enfadada—. ¿Y cómo crees que me he sentido yo todos estos años? Cada vez que te veía con ella, con mi mejor amiga.

—Lo siento. Siento haberte hecho daño, pero llevo años arrepintiéndome. No sabes la de veces que he pensado en dar un volantazo, mandar todo al cuerno, confesarte cuánto te quiero...

Las palabras salían de su boca con una honestidad brutal, sin embargo, eso no arreglaba el dolor que me había causado.

—Pero no lo has hecho. Y mira que has tenido oportunidades.

—Pero lo intenté. ¿Por qué crees que te besé en el autobús turístico? Esperaba… Esperaba que recuperásemos lo nuestro, que me infundieras el valor para parar la boda, para evitar que cometiera el error más grande de mi vida. Pero fui un cobarde.

Las lágrimas comenzaron a arder en mis ojos.

—¿Y Aurora? —pregunté con la voz quebrada—. ¿Qué pasa con ella?

—Se lo contaré todo.

Lo miré tratando de encontrar las palabras adecuadas para responder, sintiendo, de entre todos los sentimientos que pugnaban por aflorar, que el enfado ocupaba las primeras posiciones.

—No es justo para ella vivir en una mentira —afirmé.

—Tienes razón, no lo es.

Nos miramos unos instantes en los que él pareció tranquilizarse. En cambio, yo tomé aire para soltar una última confesión:

—Yo también estuve enamorada de ti, Javi. Durante años. Pero las cosas han cambiado. Y me arrepiento del beso en el autobús. Me arrepiento cada día porque con ese beso no sólo me traicioné a mí misma, sino que traicioné a Aurora. A mi mejor amiga.

—Pero…

—La quiero —le corté—. Y no voy a traicionarla de nuevo. Así que espero que le digas la verdad, porque, si no, seré yo quien lo haga, a pesar de las consecuencias. —La expresión de Javi cambió, su rostro se llenó de dolor y, aunque cada una de mis palabras me suponía una tortura, sabía que estaba haciendo lo correcto—. Además, creo que yo también merezco ser feliz y darme una oportunidad con otra persona.

—¿Con Leo?

—Así es. Creo que estoy enamorándome de él.

Antes de que Javi pudiera pronunciar palabra, un carraspeo nos sobresaltó. Aurora y Leo, mezclados entre otros invitados, estaban de pie a un escaso metro de distancia.

Lo habían escuchado todo.

EL EVENTO. 22.15 P. M.

Estaba terminando de grabar unos reels para las redes cuando Aurora se acercó con esa energía que la caracterizaba. Era imposible no percatarse de su presencia; tenía un halo radiante, una chispa que la hacía brillar en cualquier lugar, y entendí al instante por qué cinco millones de seguidores habían caído rendidos a sus pies.

—¿Qué te parece si pruebas a grabar desde otro ángulo? —sugirió, señalando hacia un rincón de la carpa con una mirada analítica. Encima era lista.

—Buena idea. Cómo se nota que hay una mente pensante detrás del imperio de @aurea_aurora. —Le guiñé un ojo.

Ella soltó una carcajada suave, pero sincera, y se encogió de hombros antes de responder:

—Sé un poco de todo, pero mi especialidad no es dirigir, sino venderme. Aunque a veces me siento como un payaso de circo —confesó.

Esa sinceridad desarmante me arrancó una sonrisa. Hablar con Aurora era como sumergirse en una conversación con alguien que ya conoces desde hace tiempo. A pesar de tener un carácter completamente diferente al de Elena, entendí por qué eran tan amigas: Aurora irradiaba confianza, mientras que Elena guardaba cierto aire de misterio. Ambas eran opuestas y, a la vez, complementarias.

Continuamos trabajando en los vídeos, y aunque mi atención estaba puesta en los detalles técnicos, no pude evitar que mis ojos se desviaran hacia el fondo de la sala, donde Elena hablaba con Mercedes. Algo en su postura me inquietó. Aunque estaba sonriendo, la tensión en sus hombros era evidente incluso desde la distancia. Mi intuición me decía que la conversación no era precisamente amistosa. ¿Qué le estaría contando?

Quería acercarme a ellas, interrumpirlas, pero, antes de que pudiera moverme, sentí una mano en mi hombro. Era Celeste.

—¡Leo! Esto está quedando espectacular. —Su sonrisa era tan amplia que parecía iluminar el lugar—. Y además habéis traído a @aurea_aurora, cómo te tenías guardada la sorpresa, bribón. —Me

dio un codazo—. Soy una gran fan —se dirigió a Aurora casi haciéndole una reverencia.

—Oh, es un placer. —Sonrió ella con su encanto natural—. Ese collar que llevas es precioso, por cierto.

Observé cómo Celeste casi se cae redonda antes de pronunciar:

—¿Podríais grabar un pequeño vídeo promocional? Eso nos dará muy buena imagen. Si te parece bien, Aurora, claro.

—Por Leo, cualquier cosa. —Sonrió ampliamente y yo pronuncié un gracias de corazón. Su ayuda me estaba haciendo ganar unos cuantos puntos con mi nueva jefa.

En los siguientes veinte minutos, grabamos algunos vídeos en los que Aurora, como siempre, se desenvolvió con una naturalidad admirable.

Cuando terminamos, mi mirada volvió a desviarse hacia Elena, y, para mi sorpresa, ahora hablaba con Javi. Su conversación parecía aún más tensa que la anterior, y eso hizo que mi inquietud aumentara.

Aurora, que había seguido mi mirada, frunció el ceño.

—¿Qué estará pasando ahí?

—No lo sé, pero no tiene buena pinta —respondí, más para mí mismo que para ella.

Comenzamos a caminar hacia ellos. A medida que nos acercábamos, empezamos a captar fragmentos de la conversación.

—... no hablo de ese día, sino del día en que te dije que lo nuestro había sido un error —decía Javi con una intensidad que me hizo detenerme en seco.

—¿Cómo? —murmuró Aurora a mi lado, confundida.

Elena respondió con firmeza, aunque su voz temblaba ligeramente:

—Creo que tienes un problema, Javi.

—Claro que tengo un problema. Llevo doce años enamorado de ti, Elena.

El mundo pareció detenerse. Miré a Aurora, y su expresión pasó de la confusión a la incredulidad en cuestión de segundos. La

conversación avanzaba en una cascada de confesiones mientras los ojos de la influencer comenzaban a llenarse de lágrimas.

Elena y Javi ni siquiera se percataban de nuestra presencia. Tenía que hacer algo para detenerlos, por el bien de Aurora, tenía…

—Además, creo que yo también merezco ser feliz y darme una oportunidad con otra persona —escuché pronunciar a Elena.

—¿Con Leo?

—Así es. Creo que estoy enamorándome de él.

Al escuchar mi nombre, supe que el momento había llegado. Carraspeé y ambos nos miraron como dos cervatillos cegados por las luces de un coche.

Sentí un nudo en la garganta mientras observaba cómo Aurora intentaba mantener la compostura. Quería decir algo, cualquier cosa que aliviara el peso del momento, pero las palabras parecían haberse esfumado.

Y ahí, en ese instante cargado de emociones, entendí que nada entre nosotros cuatro sería igual después de esa noche.

EL EVENTO. 22.30 P. M.

El ruido de la fiesta seguía zumbando a mi alrededor, como una vibración lejana, amortiguada, casi irreal. Las luces parpadeaban sobre la pista de baile, los vasos tintineaban, la música subía y bajaba como una ola. Pero todo eso se volvió una bruma cuando los vi.

Leo y Aurora estaban allí de pie. A escasos metros. Habían escuchado el final de mi conversación con Javi. Lo supe con sólo ver sus rostros. Me quedé inmóvil, con el corazón latiendo tan fuerte que temí que se me saliera por la boca o me partiera las costillas en dos.

Mis ojos buscaron a Leo primero. Me observaba, sí, con una mezcla de sorpresa... y una sonrisa. Casi imperceptible. No era una sonrisa burlona, ni incómoda, sino cálida y comprensiva. Había escuchado que estaba enamorándome de él, y esa sonrisa me confirmaba que él no se iría, que no me cambiaría, que yo también era su apuesta. Así, por un instante, me sentí a salvo, pero luego giré la cabeza hacia Aurora.

Y su mirada fue como un puñal.

Sus ojos verdes, habitualmente alegres, ardían. La rabia y el dolor se alternaban como en una partida de ajedrez. La mandíbula le temblaba. Incluso su pelo parecía menos brillante. Jamás la había visto así y no podía soportar pensar que yo era la culpable. Dio un paso hacia mí.

—Elena, ¿podemos hablar? —su voz no preguntaba, ordenaba.

Asentí con un nudo en la garganta, uno de esos que parecen hechos con cuerdas de escalada. Leo me dirigió una última mirada y se alejó entre los invitados sin decir nada más; sabía que tenía que resolver esto sola. Por su parte, Javi bajó la vista en cuanto escuchó la voz de Aurora. Su rostro era ahora un mapa de derrota. Parecía más bajo, más frágil, como si se hubiera encogido de golpe. Sus labios se movieron, buscando unas palabras que sólo alcanzó a balbucear:

—Aurora, yo…

Pero ella ni siquiera lo miró. Lo ignoró como si ya no estuviera allí. Entonces Javi asintió con una lentitud dolorosa, los ojos brillantes, retrocedió un paso y se dio la vuelta, caminando hacia el bar como si le pesaran los pies, como si estuviera arrastrando el final de algo que ya sabía inevitable. No miró atrás. No pudo.

Aurora y yo caminamos en silencio hasta una esquina menos ruidosa del salón, entre columnas y luces cálidas que no lograban disimular el frío que se acababa de instalar entre nosotras. Ella cruzó los brazos.

—No me digas que lo sientes —dijo con voz firme, sin mirarme del todo—. Sólo dime la verdad. ¿Cuánto tiempo llevabas enamorada de él, Elena?

—Doce años —susurré.

Ella retrocedió un paso, como si le hubiera dado una bofetada. Cerró los ojos un segundo y cuando los abrió, brillaban de pura incredulidad.

—¿Doce años? ¿Y nunca me lo dijiste? —su voz temblaba, no de rabia, sino de dolor—. Soy tu mejor amiga. ¿Cómo pudiste ocultármelo?

—¿Cómo iba a decírtelo, Aurora? ¿Cómo se le dice eso a una amiga? ¿Cómo te iba a decir que estaba enamorada del chico con el que, tarde o temprano, acabarías casándote?

Ella abrió la boca, pero le corté, temblando.

—Déjame terminar. Por favor. —Inspiré hondo—. La noche antes del viaje a París, Javi y yo nos acostamos. Y pensé, estúpida de mí, que significaba algo. Que, por una vez, no iba a ser la amiga fiel. Pensé que por fin me había elegido a mí. Pero en ese viaje, todo cambió. Te eligió a ti. Y yo… Yo entendí que era lo mejor para todos. Tú parecías tan feliz, y él tenía la oportunidad de despegar con tu familia, de ser el abogado brillante que siempre quiso ser. Yo no tenía nada que ofrecer. No pintaba nada.

Aurora me escuchaba en silencio. Pero su rostro estaba tenso, duro, lleno de esa rabia que brota cuando el daño no es reciente, sino viejo y mal curado.

—¿Y no pensaste que merecía saberlo? —preguntó con voz cortante—. ¿Que tenía derecho a decidir si quería quedarme como

segundo plato?

—¿Segundo plato? Él te eligió a ti.

—¡Por interés! —espetó—. Y tú lo sabías. Lo sabías y no dijiste nada.

—Y ¿qué querías que hiciera? Que me sentara contigo y te dijera «Hola, Aurora, estoy enamorada de Javi desde primero de carrera, pero, tranquila, todo bien» —solté, sin poder contener la amargura—. ¿Tú sabes lo que fue para mí? Pasar años esperando que me mirara como te miraba a ti. Ser siempre la amiga que le hacía los trabajos, la que lo escuchaba, la que siempre estaba. Nunca fui suficiente. Sólo la amiga lista. La que se quedaba fuera del cuento.

—¿Y todas las veces que lo veías tontear conmigo mientras tú estabas ahí, a dos pasos? Te lanzaba señales, te tuvo enganchada, jugando a dos bandas y tú lo sabías —afirmó Aurora, con los ojos llenos de lágrimas que se negaban a caer—. ¿Por qué no me avisaste?

—Porque muchas veces dudé —admití con un nudo en la garganta—. Dudé de si eran imaginaciones mías. Dudé de mí. Me decía que era yo la que veía cosas, que Javi sólo estaba siendo amable. Que no podía ser tan cruel.

—No era cruel contigo, Elena. Lo fue conmigo —susurró. Se pasó una mano por el rostro, agotada—. Con las dos. Y yo no me di cuenta de nada. Y tú… Tú estabas ahí, sabiendo todo. Viéndolo todo.

—No quería perderte a ti también —añadí, consciente de que, en ese momento, mi amiga estaba cada vez más lejos, que algo se había roto entre nosotras.

—¿Piensas que lo hubiera elegido a él en vez de a ti? —preguntó Aurora con voz rota.

—No lo sé —murmuré—. Pero no quería averiguarlo.

Aurora parpadeó lentamente, como si algo dentro de ella se estuviera apagando, como si sus fuerzas se estuvieran agotando. Se sentó en una silla que descansaba como testigo mudo en una esquina y, con voz apagada, lanzó una última pregunta, un último dardo, directo a donde más nos iba a doler:

—¿Y qué pasó en el autobús turístico?

EL DÍA DEL BESO EN EL AUTOBÚS

La cocina de Algo Ligero olía a romero, albahaca... y caos disfrazado de eficiencia. Las ollas borboteaban, las sartenes chisporroteaban y las bandejas se amontonaban a la espera de ser decoradas con deliciosos canapés. Elena, lista de tareas en mano, volaba de un lado a otro, marcaba tiempos y controlaba temperaturas mientras su cabeza bullía con pensamientos que nada tenían que ver con el menú.

A unos pasos de distancia, Rocío, encaramada en la encimera, observaba la escena con una Coca-Cola en una mano y una aceituna en la otra.

—Entonces, ¿esto es lo que hacen las mujeres en plena crisis emocional? —murmuró, masticando con lentitud—. Se entregan a la cocina como si fuera una trinchera… mientras preparan la boda del hombre que aman y que está a punto de casarse con otra. Jelen, cariño, quizá necesitas descansar un poco.

—No estoy en crisis —espetó—. Estoy trabajando, que no es lo mismo.

—Claro, claro... No es que estés usando el horno como terapia ni el cuchillo para canalizar tu frustración…

—Hago lo que puedo, ¿vale? —Elena dejó caer la lista con un suspiro—. Además, lo tengo superado.

—¿Superado? Venga ya. Ayer devoraste un litro de helado como Julia Roberts en La boda de mi mejor amigo, pero con menos glamour y más pijama de ositos.

Antes de que Elena pudiera contraatacar, el móvil vibró sobre la encimera. Lo tomó casi sin mirar y, cuando leyó el nombre en la pantalla, sintió cómo el calor le subía por el cuello.

—¿Javi? —preguntó Rocío, entornando los ojos.

—Sí —murmuró Elena, justo cuando Dani apareció por la puerta y, con la habilidad de un espía, se asomó a la pantalla del móvil.

—Te ha escrito —canturreó.

—¿Quieres que te fría como a un huevo a ti también? —le soltó Elena, furibunda. Luego, bajó la voz—: Me ha pedido que

quedemos esta tarde. Dice que hay recados de última hora para la boda.

—¿Recados? ¿Justo contigo? Qué raro. —Rocío le quitó el móvil—. ¿No tiene una prima libre esta semana?

—Quizá, pero Jelen es la mejor —intervino Dani con una sonrisa inocente.

—Sí, sí, la mejor amiga, la mejor cocinera y la mejor candidata a madrina —ironizó Rocío—. Ten cuidado, demasiados papeles causan confusión.

*

Madrid brillaba esa tarde como si no supiera que estaba siendo escenario de una pequeña tragedia romántica. Javi esperaba en una pequeña plaza con sombra, apoyado contra una farola y con una bolsa de papel en la mano.

Antes de que él se percatara de su presencia, Elena lo observó y, durante un segundo, se permitió detenerse a contemplarlo: el gesto despreocupado con el que se pasaba la mano por el pelo, la manera en que la buscaba con la vista sin impacientarse, la sonrisa ligera que dibujaba en sus labios en los momentos de calma.

—¿Lista para salvar al novio en apuros? —preguntó Javi a modo de saludo cuando por fin la vio. Su voz sonaba suave, en cambio, sus ojos... Sus ojos la escaneaban con la precisión de quien lleva años memorizando cada gesto.

—¿Qué hay en esa bolsa?

—Zapatos de repuesto para Aurora —respondió él, sacando unos relucientes zapatos planos—. Por si los tacones la matan antes de que pueda quemar la pista de baile.

—Qué detallista…

—No te imaginas cuánto. —Sonrió—. Tengo más recados pendientes, pero... ¿te apetece una cerveza antes?

Hablaron. Mucho. Como antes. Recordaron bromas privadas, compañeros de clase y ese profesor de Derecho Romano que

siempre los confundía con una pareja porque eran inseparables.

—¿Te acuerdas cuando te pidió que explicaras el usufructo y hablaste de naranjas?

—¡Siempre me lo recuerdas!

—Es que nunca lo superaré. —Sonrió Javi, y Elena notó cómo sus ojos se detenían en ella un instante más largo de lo habitual.

Un autobús turístico apareció de pronto, como salido de un recuerdo, y Javi lo señaló.

—¿Subimos?

—¿Por qué no? Una última vez.

—¿Y por qué tiene que ser la última?

—Pues porque en unos días te casas, Javi.

Él no respondió. Sólo la miró. Una mirada que le dolía… ¿Sólo a ella? Subieron en silencio a su lugar de siempre: segundo piso, primera fila. Arriba, la ciudad se extendía como una postal con vida. Cúpulas doradas, tejados rojos, plazas escondidas. El cielo comenzó a encapotarse hasta que las primeras gotas golpearon el metal con delicadeza.

—¿Llueve? —murmuró Elena, mirando a las nubes.

—Eso parece. Pero es perfecto —dijo Javi, poniéndose de pie y ofreciéndole la mano—. Baila conmigo.

—¿Bajo la lluvia? ¿Aquí? ¿Estás loco? —Elena soltó una carcajada.

—Venga, como en las pelis.

Ella dudó. Pero tomó su mano.

Y bailaron.

Lentos. Torpes. Mojados. Como si estuvieran solos en el mundo. La lluvia caía más fuerte, empapándolos, y Javi tarareaba una canción que no existía, pero que sonaba a recuerdos. A algo que había empezado hacía muchos años y nunca había terminado del todo.

—¿Te das cuenta de que esto parece La boda de mi mejor amigo, pero con más lluvia y menos Julia Roberts? —susurró Elena.

—Tú siempre fuiste más guapa —respondió, girándola suavemente.

Antes de que ella tuviera tiempo de replicar, el autobús frenó con un vaivén brusco. Elena perdió el equilibrio y cayó sobre él, como si el universo hubiera decidido empujarla hacia ese instante. Sus cuerpos chocaron y, de pronto, todo se detuvo: el tráfico, la ciudad, el sonido de la lluvia. Sólo quedaban ellos dos, respirando el mismo aire, tan cerca que podían escucharse los latidos.

Entonces Javi no dudó. La besó.

No fue un beso precipitado ni torpe. Fue certero, profundo, contenido durante años de silencios, miradas y todo lo que nunca se habían atrevido a decir. Fue un beso que no pedía permiso, porque ya conocía el camino. Un beso que sabía exactamente dónde posarse: en esa parte de Elena que siempre había sido suya, incluso cuando intentaba convencerse de lo contrario.

Y ella le respondió. No por impulso, sino porque llevaba demasiados años esperando. Porque, al rozar sus labios, el mundo cobró sentido por un segundo. Porque en sus brazos, en su boca, en ese abrazo que la envolvía como un refugio, sintió algo que no había sentido en años. Se sintió como en casa.

Pero la realidad la golpeó como una ráfaga de viento frío.

Se apartó de golpe. El corazón galopando. La conciencia rugiendo.

—No puedo —murmuró—. No puedo hacerle esto a Aurora.

Javi intentó hablar, pero ella ya se había levantado y bajaba los escalones empapada, desbordada, sin atreverse a mirar atrás.

Javi no se movió. Sólo se quedó allí, de pie bajo la lluvia, sin intentar detenerla. Cuando ya no pudo verla, bajó la mirada y notó algo brillante en el suelo. Se agachó lentamente y lo recogió.

Era un pendiente. Una pequeña golondrina dorada.

EL EVENTO. 22.45 P. M.

Después de escuchar la historia, Aurora había desaparecido entre la multitud, dejándome sola, clavada en mitad del salón como un adorno fuera de lugar. Intenté reincorporarme a la fiesta, forzar una sonrisa, fingir que todo estaba bajo control mientras me deslizaba entre invitados, copas y el personal.

Las luces cálidas, las risas lejanas... Todo sonaba falso, como si no perteneciera a ese lugar. Cada paso me costaba más que el anterior, como si arrastrara el peso de cada palabra, de cada mentira piadosa, de cada silencio culpable.

No sé cómo, pero llegué a la cocina. Dani y Rocío estaban en su salsa, manejando el cotarro con su solvencia habitual. Algo más relajados, bromeaban y picoteaban algún que otro aperitivo. En cuanto me vio, Rocío se acercó. Su postura firme, su coleta perfectamente peinada y una bandeja sostenida con elegancia contrastaban con mi caos interno.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja, lo justo para que nadie alrededor pudiera oír.

—Sí, gracias —mentí. Ni me esforcé mucho. Sabía que no colaba.

Rocío me sostuvo la mirada un segundo más de lo normal. No dijo nada, pero vi en sus ojos esa mezcla de escepticismo y cariño que sólo te ofrecen los amigos de verdad.

—Dani y yo tenemos esto controlado. Si necesitas respirar…, irte un rato…, tomarte una copa, o unas cuantas… Te hemos visto con Javi y Aurora. —Me apretó el brazo, como si supiera por lo que acababa de pasar.

Negué con la cabeza enseguida.

—Estoy bien. De verdad.

Ella asintió, aunque con esa ceja ligeramente alzada que decía «ni de coña». Aun así, me dejó marchar sin insistir.

Me giré para alejarme, pensando en buscar un rincón donde recomponerme, cuando una mano cálida sujetó la mía. Me giré y ahí estaba él.

Leo.

Sus ojos, tan cálidos y atentos como siempre, buscaban los míos con preocupación.

—¿Podemos hablar? —preguntó. Su tono era suave pero firme. Como si no aceptara un no por respuesta.

Asentí. Necesitaba salir de allí. De la fiesta. De mi cabeza.

Me guio hacia uno de los patios interiores de la finca. Un rincón tranquilo, rodeado de jazmines en flor, con farolillos colgando entre las ramas que daban una luz tenue. El sonido del bullicio quedó atrás.

Permanecimos de pie y él simplemente esperó, sin decir nada, sin presionarme. Envolviéndome en un silencio cómodo hasta que estuviera preparada para desahogarme.

—Aurora está muy enfadada conmigo —empecé al fin, con la voz rota por dentro—. Creo que nunca había visto esa expresión en su cara. Le conté lo de Javi. —Tragué saliva, sintiéndome la peor persona del mundo—. No podía seguir ocultándoselo. Se lo debía.

—¿Y cómo se lo tomó? —se interesó él, sin juzgarme.

—Como cabía esperarse. —Suspiré, dejándome caer en uno de los bancos de piedra del patio—. Me dijo que necesita tiempo. Que no sabe qué pensar. Ni de mí ni de Javi. Ni siquiera de su matrimonio.

Leo se sentó a mi lado. No demasiado cerca. Pero lo suficiente para que su presencia me alcanzara. Para que supiera que no estaba sola.

—Lo siento, Elena. Sé lo importante que es para ti.

—Es más que importante. Aurora ha sido mi casa. Mi brújula. La única constante desde la facultad… —Sentí las lágrimas que me quemaban, que me empujaban, que me arañaban la garganta—. Y ahora creo que la he perdido.

Me cubrí la cara con las manos. No quería llorar. No ahí. No delante de él. Pero todo lo que había pasado me superaba.

—Has hecho lo correcto. Puede que ahora no lo parezca, pero contar la verdad... es lo único que podía romper este bucle.

—¿Y si no hay vuelta atrás? —susurré sin levantar la vista—. ¿Y si la he perdido para siempre?

Entonces sentí su mano sobre la mía. Firme. Cálida. Real.

—Tienes que darte una oportunidad también, Elena. A veces no se trata sólo de que los demás nos perdonen, sino de perdonarnos a nosotros mismos.

—Gracias, Leo —dije, apenas en un suspiro.

—Siempre —respondió él, con una media sonrisa, tan bonita que me dolió.

Por un instante, me sentí más ligera. Como si todo lo que se había roto dentro de mí pudiera, tal vez, empezar a reconstruirse. Pero no duró. Una sombra volvió a colarse en mi memoria.

Mercedes.

¿Podría haber más caos en una sola noche?

—Leo..., hay algo más. —Aparté la mano con cuidado.

Su expresión cambió. No bruscamente, pero lo vi. Esa alerta casi imperceptible que se activa cuando sabes que algo va a doler.

—¿Qué pasa?

—Mercedes me contó lo de Londres. Que te despidieron de forma fulminante. Que saliste en la prensa. Que hubo un escándalo.

Vi cómo su mandíbula se tensaba. Cómo bajaba la mirada. Cómo los músculos de su cuello se tensaban como si le costara tragar.

—Y que ahora trabajas en Ocaso de Madrid —añadí—. ¿Por qué no me lo contaste?

El silencio cayó entre nosotros como una losa.

Leo no habló enseguida. Lo vi buscar las palabras, lo vi preguntarse si huir o quedarse. Y cuando al fin levantó la cabeza, sus ojos estaban llenos de algo inesperado.

Ni rabia.

Ni miedo.

Vergüenza.

Abrí la boca para comentar algo. Para aliviar la tensión. Pero fue él quien rompió el silencio.

LO QUE SUCEDIÓ EN LONDRES

La brisa matutina acariciaba los ventanales del apartamento en el corazón de Londres. Las cortinas ligeras bailaban dejando entrar la primera luz dorada del día. Leo se desperezó con un bostezo. Eran las ocho en punto. En el espejo del baño, su reflejo le devolvió la imagen de una noche larga: ojeras mal disimuladas, el rastro invisible de alguna copa de más, y ese gesto satisfecho de quien, hasta ese momento, lo tenía todo bajo control.

El orden de su vida era impecable, tanto como los trajes que colgaban planchados en su armario de Notting Hill. Londres había sido generosa con él: cenas en restaurantes con estrellas Michelin, fiestas en mansiones con vistas al Támesis, reuniones con ejecutivos de multinacionales y celebridades… Su trabajo en una prestigiosa agencia de publicidad lo había convertido en el arquitecto de la imagen de lujo de muchas marcas. Era el hombre tras el telón, el que creaba historias que el mundo compraba sin cuestionar.

Tenía una vida de diseño y, además, a Stella.

Llevaban casi un año juntos. Ella trabajaba en banca de inversión y formaban una de esas parejas que parecen sacadas de una revista: brillantes, exitosos, fotografiados en eventos de gala y escapadas a la costa francesa… Compartían cenas con CEO, discusiones sobre criptomonedas y planes para comprar una casa en los Cotswolds.

Aquel día empezó como cualquier otro. Leo desayunó granola con yogur griego y frambuesas frescas, revisó su agenda desde el móvil y salió rumbo a su oficina en el centro sin saber que esa mañana marcaría el principio del fin.

Henry Galbraith, su jefe, lo citó temprano. En su despacho de madera oscura, lo recibió con una sonrisa entusiasta y una propuesta.

—Leo, tengo un encargo especial para ti. Una gala benéfica con Sophie Radcliffe.

El nombre no necesitaba explicaciones. Sophie era la influencer más influyente del Reino Unido: millones de seguidores,

causas humanitarias, marcas de lujo, portadas de revistas. Una diva del nuevo milenio.

—Quiere recaudar fondos para la reforestación del Amazonas y tú vas a organizarlo todo.

Leo aceptó el reto con una mezcla de orgullo y presión, sintiendo cómo la adrenalina le recorría el cuerpo como una corriente eléctrica. Sabía que, si lo hacía bien, si cada detalle brillaba como debía, su nombre dejaría de estar entre los créditos para pasar a encabezar titulares. Aquella gala no era sólo un evento: era su trampolín, la oportunidad perfecta para consolidarse como uno de los grandes del sector.

Durante semanas, trabajó sin descanso: reuniones con proveedores, acuerdos con patrocinadores, llamadas interminables con el equipo de Sophie. La gala se celebraría en The Shard, con vistas espectaculares de la ciudad. Todo estaba pensado al detalle.

Sophie era tan encantadora como implacable. En cámara, una diosa de sonrisa perfecta. Fuera de foco, una directora artística obsesiva.

—Esto no es una gala, Leo —le dijo una noche—. Es un statement. Quiero que el mundo sepa que estamos cambiando las cosas.

Y lo consiguieron. La noche de la gala, The Shard resplandecía en un elegante tono esmeralda, como un faro moderno dedicado a la salvación del planeta. En la entrada, una alfombra verde sustituía a la clásica roja, flanqueada por columnas de bambú y flores exóticas traídas especialmente desde Costa Rica.

Actores de renombre, políticos influyentes y magnates del sector financiero desfilaban ante un photocall diseñado con delicadeza minimalista, donde las luces de los flashes parpadeaban como luciérnagas sobre trajes de seda y vestidos de alta costura. Las copas de champán se alzaban con ligereza, los hashtags del evento ya eran tendencia en redes y el ambiente olía a exclusividad, dinero… y a éxito.

Sophie hizo su entrada en el momento exacto, envuelta en un vestido que parecía diseñado por la mismísima naturaleza. Subió al escenario entre aplausos cuidadosamente cronometrados y sonrisas

de admiración contenida. Leo, que la observaba desde un lateral con una copa en la mano, sintió que el mundo lo aplaudía también a él. Porque, aunque nadie lo viera, ese espectáculo de perfección era suyo. Y por un instante, se permitió creer que estaba en la cima.

Al final de la gala, habían recaudado más de un millón de libras. Un éxito total.

Hasta que, un mes después, llegó la bomba:

«¿Dónde está el dinero del Amazonas?».

«Sophie Radcliffe acusada de fraude».

Leo lo leyó en su escritorio, con el café aún humeante a un lado y el móvil, que vibraba sin parar, sobre la mesa. Al principio pensó que era una exageración, un titular sensacionalista más. Pero, a medida que avanzaba en la lectura, la sangre se le fue helando. Sólo el veinte por ciento de los fondos recaudados durante la gala habían llegado a las organizaciones medioambientales. El resto... se había evaporado. Sin rastro. Sin explicación.

Tragó saliva y marcó el número del departamento financiero, sintiendo cómo la ansiedad le presionaba el pecho.

—Pero ¿qué está pasando? ¿Es cierto lo que dicen? ¿Dónde está el dinero? —preguntó, sin molestarse en disimular el tono urgente de su voz.

—Hablamos directamente con el equipo de Sophie —respondió uno de los contables, evasivo—. Ellos gestionaron las transferencias finales. Nosotros no tuvimos acceso.

Leo colgó con el corazón latiéndole en las sienes. Se quedó un momento en silencio, con el teléfono aún en la mano, como si esperara que alguien, cualquiera, desmintiera lo que acababa de oír. No podía ser. No después de todo el trabajo, no después de las horas invertidas, no después de los contratos firmados y los informes enviados. No después de haber confiado en ella.

Al cabo de unos días, Sophie convocó una rueda de prensa. Leo la vio desde su portátil, la influencer estaba en una sala blanca repleta de cámaras, micrófonos y flashes. Iba vestida de luto corporativo: americana sobria, moño bajo, rostro pálido. Cuando habló, su voz estaba medida al milímetro. Quebrada en los puntos justos.

—El señor Leonardo Andrés fue el encargado de la organización y la gestión económica del evento —dijo, con un suspiro perfectamente ensayado—. Yo confié en él plenamente. Pero, por desgracia, no cumplió con sus responsabilidades.

Y así, en directo, lo arrojó a los leones.

Leo se quedó inmóvil frente a la pantalla, como si alguien le hubiera clavado una estaca en el pecho. El silencio posterior fue más devastador que cualquier grito. Al día siguiente, su rostro apareció en todos los medios: portadas, noticieros, redes sociales. Las palabras eran las mismas, repetidas hasta el vómito: «El fraude del año»; «El farsante tras la gala ecológica». En cuestión de horas, todo por lo que había trabajado se redujo a una etiqueta manchada de escándalo. Y lo peor era que no tenía cómo defenderse.

Era inocente. No había robado nada, no había mentido, no había hecho otra cosa que su trabajo. Pero eso ya no importaba.

Dos semanas después, Henry lo llamó de nuevo. Esta vez no traía propuestas emocionantes ni encargos especiales. Sólo ese tono áspero que usan los jefes cuando ya han tomado una decisión incómoda.

—No es personal, Leo. Es cuestión de imagen. —No lo miró a los ojos.

Leo lo entendió en el acto. No iba a haber una investigación interna, ni un comunicado de apoyo. La empresa no pensaba defenderlo. No se arriesgarían a manchar su reputación por alguien que, a ojos del público, ya estaba contaminado. Leo era demasiado prescindible para la narrativa que la agencia necesitaba construir.

Y así, tras años de lealtad, de éxitos y madrugadas trabajando por campañas perfectas, lo despidieron.

Leo amenazó con demandar. Y lo hizo. Contrató abogados, reunió pruebas, redactó declaraciones. El proceso aún seguía abierto, enterrado entre burocracia, tecnicismos y el blindaje legal de una figura pública como Sophie Radcliffe.

Regresar a Madrid fue su única salida. Allí, al menos, el escándalo había cruzado sólo como un eco lejano. Un rumor más

entre tantos. Intentó reconstruir su vida, retomar su carrera en publicidad, pero cada entrevista acababa en el mismo punto muerto.

—¿No eres tú el de la gala de The Shard?

Nadie quería asociarse con él, nadie quería contratarlo. Su nombre venía con un lastre que ni el mejor currículum podía contrarrestar.

Mientras tanto, Sophie seguía apareciendo en portadas, en galas, en campañas con diseñadores y causas nuevas. Y él seguía ahí. Viviendo a medias. Aprendiendo a respirar con la vergüenza pegada al cuerpo como una segunda piel. Aprendiendo a empezar desde el polvo… Hasta que encontró a Elena.

EL EVENTO. 22.45 P. M.

Cuando terminé de contarle mi historia, la expresión de Elena cambió lentamente. La sorpresa inicial se desdibujó y dio paso a una seriedad que endureció sus rasgos. Se mordía el labio inferior, como solía hacer cuando algo le remordía o le hacía pensar más de la cuenta. De pronto, me sentí vulnerable, expuesto, con la garganta cerrada y el estómago en un puño. Temía su juicio. Pero, sobre todo, temía perderla.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—Tenía miedo —admití—. Miedo de que dejaras de querer saber de mí, de que pensaras que todo lo que soy está manchado. Cuanto más te conocía, más pánico me daba que descubrieras quién fui… O lo que el mundo cree que fui.

Elena asintió con lentitud, como si sus pensamientos necesitaran espacio para aterrizar.

—Y sabías que tenías que contármelo, ¿verdad?

Asentí sin pestañear.

—Desde el principio. Pero esperaba…, no sé, ese momento perfecto. Esperaba llevaros al éxito con Algo Ligero. Una conversación en calma, sin nada en juego. Esperaba que tú me miraras con confianza, y no con decepción. Y ahora que lo he dicho…, siento alivio. Pero también, un miedo terrible de que esto nos rompa.

Ella me miró a los ojos. Una mirada larga, densa, de esas que atraviesan la piel. Y entonces sonrió. Una sonrisa leve, honesta y, a su manera, salvadora.

—Leo, a veces intentas parecer invencible, pero lo que de verdad te hace especial es que no lo eres. Y eso me encanta. Y, si no, mírame a mí. ¡Soy un desastre! Eso por no hablar de cómo mi vida personal termina colándose en mi trabajo. —Suspiró.

El peso que llevaba en el pecho empezó a disolverse.

—Te prometo que no te volveré a esconder nada. No quiero vivir con miedo. No quiero que esto se repita.

Elena negó con dulzura.

—No tienes que prometerme nada, Leo. Sólo sé honesto. No te pido más.

Me acerqué y la abracé con fuerza, con la necesidad de quien ha estado a la intemperie demasiado tiempo. Ella no dudó en abrazarme de vuelta. Su cuerpo contra el mío era una tregua, una segunda oportunidad.

Cuando nos separamos, la fiesta seguía en pleno apogeo. Las luces del salón titilaban con ritmo alegre, la música envolvía a los invitados, y Rocío y Dani recibían felicitaciones de clientes entusiasmados.

—Parece que Algo Ligero vuelve con más fuerza que nunca —comenté, con media sonrisa.

—Y tú también —añadió Elena, dándome un golpecito en el brazo—. Lo hemos conseguido. A pesar del caos…, estamos aquí. Juntos.

Saqué el móvil del bolsillo y revisé los vídeos que Aurora había subido a redes. Estaban despegando. Los seguidores de Ocaso de Madrid y de Algo Ligero se multiplicaban por minutos, los comentarios eran positivos, entusiastas, agradecidos. Aurora aparecía en varios clips hablando a cámara, natural, sincera, alabando el trabajo en equipo, el cariño puesto en cada detalle. El impacto era innegable.

—Aurora se ha portado de maravilla —dijo Elena, acercándose un poco más—. Y yo… Yo no estuve a la altura.

La miré, en silencio, esperando que continuara.

—Se marchó destrozada, Leo. Y yo la dejé ir. No fui tras ella, no le dije nada… Me quedé paralizada, como una cobarde. —Se frotó las manos con nerviosismo—. Es mi amiga desde hace años. Me ha apoyado en todo. Y ahora he arruinado esa amistad para siempre.

—No es sólo culpa tuya —le respondí con suavidad.

—Tal vez no —admitió—, pero me siento una persona horrible… Tengo que hablar con ella, Leo. No puedo perderla. No después de todo lo que hemos compartido.

Se quedó en silencio, la mirada fija en algún punto del suelo. Y entonces lo entendí: no sólo temía la pérdida. Temía haber

traicionado a alguien que había sido como una hermana. Y aunque no hubiera actuado con maldad, el daño estaba hecho. Y eso dolía más que cualquier otra cosa.

Antes de que pudiera responderle, Rocío y Dani aparecieron, sonrientes, exultantes, con las mejillas coloradas por el éxito.

—¡Ha sido increíble! —exclamó Rocío, abrazando a Elena—. La gente está encantada. Mira esto. —Sacó su móvil y nos mostró una bandeja de notificaciones, mensajes, propuestas de colaboración.

—Somos un equipazo.

—Parece que Algo Ligero ha resucitado. Y va en serio.

Miré de nuevo nuestra cuenta de Instagram. Las cifras subían, las menciones se multiplicaban.

—Sólo os hacía falta un pequeño empujón. La materia prima ya la teníais.

Nuestras miradas se cruzaron. Lo entendimos sin decirlo: ese era el verdadero éxito. No el número de seguidores, ni el cliente satisfecho, sino esa sensación de haber salido del túnel. Juntos.

—¿Podemos celebrarlo como se merece? —preguntó Elena con una sonrisa luminosa—. Una noche para bailar, reírnos de todo y brindar por lo que viene.

—Claro que sí —respondí, tomándola de la mano con firmeza —. Vamos a celebrarlo. Porque si algo hemos aprendido… es que a veces, cuando todo parece perdido, volver a empezar no es una derrota. Es la forma más valiente de volver a vivir.

EPÍLOGO

Estaba poniendo la mesa en el comedor cuando escuché las risas desde la cocina. La voz de Dani sobresalía entre todas, probablemente contaba alguna anécdota absurda que haría que Rocío pusiera los ojos en blanco con esa mezcla de paciencia y resignación divertida. Leo apareció detrás de mí con un par de copas en las manos y me miró con esa expresión de complicidad que habíamos perfeccionado en las últimas semanas.

—Maridaje listo, chef —afirmó justo antes de darme un beso en la mejilla y dejar las copas sobre la mesa—. Aunque, si nos descuidamos, nuestras reservas se van a terminar antes de la comida.

—Habrá que esconder un par de botellas, entonces. —Sonreí.

Leo soltó una risa antes de desaparecer rumbo a la cocina.

Desde donde estaba, podía ver cómo el apartamento, bañado por la luz de la tarde y decorado con colores intensos, rebosaba vida: Mona hablaba animadamente con Rocío, copa de vino en mano, mientras ambas reían con esa complicidad de quien ha sobrevivido al evento de Ocaso de Madrid con final feliz.

Pedro y Miguel conversaban en un rincón del salón como si llevaran años compartiendo sobremesas. Sentados en dos sillas arrastradas sin orden, con sendas cervezas y un plato de aceitunas, parecían haber congeniado a las mil maravillas. Los demás apenas podían seguir el hilo de su conversación, que había pasado del caos del transporte público a teorías sobre por qué las partidas de Catán podían destruir amistades. La revelación de que Pedro también era un fanático del juego desató una secuencia de anécdotas inverosímiles con la que daría comienzo a una bonita amistad.

Por su parte, Silvia gesticulaba mientras contaba su último caso en el despacho, y Katyusha, vestida con un estampado imposible de flores y tigres, la miraba con gesto serio y pinchaba otro canapé como si estuviera a punto de emitir un veredicto. El aire olía a vino, a comida recién hecha y a ese tipo de alegría que sólo aparece cuando estás rodeado de la gente que, de algún modo, se ha convertido en tu hogar.

*

Cuando la comida estuvo lista, todos empezaron a tomar asiento alrededor de la mesa. El mantel, perfectamente colocado, los platos humeaban con recetas exquisitas y las copas tintineaban bajo la luz del salón. Elena fue la última en sentarse , justo cuando Mona frunció el ceño y señaló la única silla que quedaba vacía, entre Silvia y Katyusha.

—¿Y ese asiento? —preguntó con curiosidad—. ¿Falta alguien?

Elena tardó un segundo en responder. Desvió la mirada, como si todavía esperara ver aparecer una silueta conocida en la puerta.

—Era para Aurora —confesó al fin, en voz baja—. La invité. Le he escrito varias veces…, pero no ha contestado.

El silencio cayó sobre los presentes, breve pero incómodo. Incluso Pedro dejó la aceituna a medio camino. Rocío y Mona se quedaron en silencio, y Miguel bajó la mirada hacia su copa. Parecía que todos sabían que, aunque la fiesta era perfecta, faltaba algo. Alguien.

Leo, sentado a la derecha de Elena, le apretó el hombro con suavidad. Ella le devolvió una sonrisa pequeña, agradecida, y suspiró antes de enderezarse un poco.

—Bueno…, ya está todo servido. Si se le ocurre aparecer, espero que aún quede vino.

Y como si hubieran estado conteniendo el aliento, el grupo retomó la conversación: Silvia brindó por la tarta de Rocío, Pedro soltó una broma sobre el éxito de las tartaletas de Algo Ligero, y Katyusha anunció con total seriedad que debían importar sus canapés a Rusia.

—Lo cierto es que nos lo hemos currado —afirmó Dani, al levantar su copa—. Quién nos lo iba a decir hace unos meses.

—Sí, quién os lo iba a decir… Y ahora, ¡con lista de espera! —añadió Leo.

—Nos hará falta otro horno —comentó Dani—. Una cocina nueva, tal vez. He estado haciendo cuentas y… Leo, te he preparado un Excel con mi propuesta.

El aludido se atragantó.

—Otro Excel no, Dani, por favor, otro Excel no.

La mesa estalló en risas. Había entusiasmo en el aire, esa sensación electrizante de estar justo al principio de algo bueno. Elena miró alrededor, aunque la silla de Aurora siguiera vacía, el resto seguía en pie. Y eso también era importante.

—Oye, Dani —intervino Miguel, con el tono despreocupado de quien suelta una bomba sin querer—, al final…, no nos has contado quién es tu cita misteriosa.

La mesa entera se giró hacia él.

Dani, que en ese momento se estaba sirviendo más vino, levantó la vista con una media sonrisa.

—Pues… mi cita misteriosa está en esta sala —respondió tan tranquilo—. ¿Apuestas?

Hubo un murmullo general, algunas carcajadas nerviosas y varios pares de ojos moviéndose de un lado a otro como en un partido de tenis. Rocío lo fulminó con la mirada, Mona soltó un sonoro «¡¿Cómo?!», y Pedro intentó sacar una lista improvisada de posibles candidatas.

Pero Dani sólo sonrió, se encogió de hombros… y no dijo nada más.

Y en ese momento, mientras el misterio se quedaba flotando sobre la mesa como una burbuja de champán, todos supieron que la historia de Algo Ligero aún tenía mucho que contar. Pero esa… sería otra historia.

FIN

…. O TAL VEZ NO.

SIGUE LEYENDO…

Doce. Como los meses del año. Como los signos del zodiaco. Como los apóstoles. Como las veces que mi marido ha dicho que me quiere en el último mes.

Doce años.

Doce.

—Estoy enamorado de ti, Elena. Desde hace doce años.

Y ahí estaba yo, Aurora, plantada en mitad de los rosales como una estatua con pelazo y Louboutins. Viendo cómo mi marido, mi esposo, mi compañero de vida, el hombre con el que había compartido cepillo de dientes y contraseñas de Netflix, le confesaba a mi mejor amiga que llevaba más de una década suspirando por ella. Y, por si no fuera suficiente humillación, la había besado el día antes de nuestra boda.

Quise gritar, correr, tirarme al suelo y llorar como en los dramas coreanos que veo en secreto por las noches. Pero lo único que logré fue quedarme clavada con mis tacones de edición limitada, como si el universo me dijera: «Cariño, vas divina, pero no vas a ninguna parte».

¿Qué haces cuando tu vida perfecta se convierte en una telenovela barata?

Pues huyes. Digna, si puedes. Si no, en modo drama queen.

Me metí en el primer taxi que encontré, sintiendo cómo las lágrimas me arruinaban el maquillaje. Cuando el coche arrancó, una pregunta se dibujó en mi mente: ¿qué le iba a decir yo a mis cinco millones de seguidores?

«Hola, mis amores, bienvenidos a otro día maravilloso en mi vida. Hoy, mi marido acaba de confesarle su amor a mi mejor amiga. Cuéntame en comentarios si te ha pasado algo así».

Patético.

Y encima, porque la humillación nunca viene sola, viene con tráiler y merchandising, la semana que viene empezamos a rodar un documental sobre mi vida. Una serie de ocho capítulos titulada Aurora o nunca. La verdad detrás del glamour.

Pues toma verdad.

Tendencia en Twitter asegurada.

Todos creen que mi vida es perfecta: la mujer guapa, famosa, con el marido ideal, el armario de ensueño, los viajes, las rutinas de skincare que hacen que se muera de envidia medio TikTok…

Pero esa noche, mientras huía en un taxi como una versión sofisticada de Cenicienta sin príncipe, entendí que nada de eso tenía sentido.

Porque yo, por dentro, estaba hecha polvo.

Porque yo, por mucho que lo disimulara con filtros y sonrisas, era todo menos eso.

Era imperfecta.

No te pierdas… **IMPERFECTA**, la historia de Aurora.

AGRADECIMIENTOS

Cambiar de género siempre es un reto. Un salto al vacío y también una aventura maravillosa. Después de muchas dudas, de algún que otro vértigo creativo y de más de una tarde con el cursor parpadeando en la pantalla, puedo decir que estoy muy contenta con el resultado de este desafío. Porque, al final, lo que de verdad me gusta es contar historias. Y las historias no entienden de etiquetas ni de estanterías. Por eso quiero seguir escribiendo lo que me apetezca en cada momento, lo que me pida el cuerpo y la imaginación.

Después de terminar mi tercera novela, un thriller que espero que pronto podáis leer, sentí la necesidad de escribir algo ligero. Algo que me permitiera jugar, reírme, relajarme y, por qué no, enamorarme un poco de mis propios personajes. Y precisamente de ahí nació el título de esta novela. Algo ligero no solo define el tono de la historia, sino también el proceso: escribirla ha sido un descanso, un respiro y, al mismo tiempo, un pequeño regalo.

Elena llegó sin hacer ruido, pero llegó para quedarse. Mi intención es que esta historia sea el comienzo de una pequeña saga que nos permita seguir conociendo la vida de los demás personajes, sus enredos, sus aciertos y sus meteduras de pata. Ya estoy trabajando en ello, así que os adelanto que esto no es un adiós, sino más bien un "continuará…".

Nada de esto habría sido posible sin las personas que me acompañan siempre, aunque a veces no sean del todo conscientes de cuánto ayudan.

Gracias a mi madre y a mis hermanos por estar ahí, por escucharme, por animarme, por ser mis fans más incondicionales y por leer los borradores de la novela. Y gracias, de manera muy especial, a mi sobrina Lucía, por su mirada sincera, sus comentarios directos y por decirme cuándo algo no funcionaba y cuándo sí. Tener una lectora así es un auténtico lujo.

Gracias también a mi amiga Julia, que fue siguiendo la trama como si esto fuera un podcast por entregas. Capítulo a capítulo, giro

a giro, con mensajes, audios y teorías improvisadas. Gracias por aportar ideas, por hacer preguntas incómodas y, sobre todo, por los buenos ratitos que hemos pasado hablando de esta historia. Porque escribir es un acto bastante solitario, pero compartir el proceso lo hace infinitamente más divertido.

Gracias a Beatriz por saber plasmar mis ideas con tanta precision, por convertirlas en una portada preciosa y por llenar el interior del libro de dibujos maravillosos. Saber que la parte visual del Universo Ligero está en tan buenas manos es un auténtico lujo.

Gracias a mi marido Alberto, por su paciencia infinita, por su apoyo silencioso y por entender que a veces estoy físicamente presente, pero mentalmente en otra escena. Y gracias a mi pequeña Elena, que sin saberlo me ha regalado algo muy valioso: tiempo. Tiempo para terminar la edición del libro mientras duerme, para releer un párrafo más, para corregir una frase que no terminaba de encajar. Todo con ese silencio tan frágil y tan mágico de las casas cuando los niños duermen.

Gracias a mi agente, Santi Baró, por su apoyo constante, por su confianza y por seguir creyendo en mí como escritora incluso cuando yo misma tengo dudas. Gracias por acompañarme en cada proyecto, por empujar cuando hace falta y por celebrar conmigo cada pequeño logro.

Y, por último, gracias a todos los lectores que habéis acogido de forma tan cálida mis dos novelas anteriores, *Jaque al rey* y *La memoria de las acuarelas*. Sin vosotros, nada de esto tendría sentido. Gracias por leer, por recomendar, por escribir mensajes y por hacer que merezca la pena sentarse a escribir una historia más.

Este libro es un poco de todos vosotros. Espero que lo disfrutéis tanto como yo he disfrutado escribiéndolo. 💛

SOBRE LA AUTORA



Nací en Avilés, Asturias, en 1991. Soy la menor de cuatro hermanos y tuve la suerte de crecer en una familia en la que los libros y el interés por la cultura han sentado las bases de nuestra educación. Soy una ávida lectora desde que "Los cinco tras el pasadizo secreto" cayó en mis manos y, como a muchos lectores, siempre me ha encantado escribir.

Estudié Derecho en la Universidad de Oviedo y, al terminar la carrera, decidí mudarme a Madrid para cursar un máster. Lo que al principio parecía un traslado temporal se convirtió en una nueva vida: ya llevo nueve años en la capital, una ciudad que me ha enseñado muchísimo y en la que he aprendido a moverme, a reinventarme y a encontrar mi espacio. Actualmente trabajo en el departamento legal de una consultora, un entorno exigente y dinámico que me ha permitido crecer profesionalmente. Pero, aunque me dedico al Derecho nunca he dejado de escribir. Para mí, la escritura no es solo una afición, sino una necesidad, una forma de

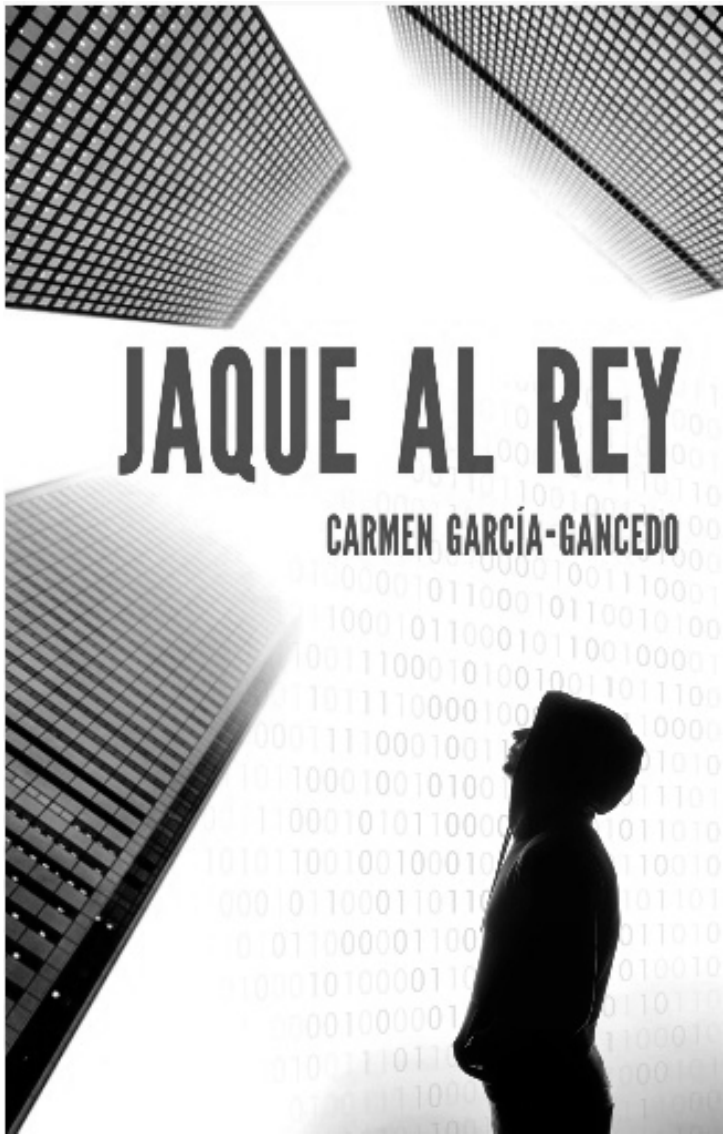
ordenar el caos, de detener el tiempo y de explorar personajes, ideas y emociones que de otra manera no tendrían voz.

Fue durante la pandemia, en los meses de confinamiento, cuando me senté por fin a escribir esa novela que llevaba tiempo rondándome la cabeza. Así nació Jaque al rey, publicada por Click Ediciones en formato ebook, una historia que significó mucho para mí por todo lo que representó: lanzarme, terminarla, compartirla. A esa primera novela le siguió La memoria de las acuarelas, también con Click Ediciones, donde profundicé en otros temas y otros tonos narrativos.

Desde aquel primer manuscrito hasta hoy, la escritura se ha convertido en una parte esencial de mi vida. Escribo cuando puedo —y a veces cuando no puedo también—, buscando siempre historias que emocionen, que hagan pensar o simplemente que acompañen. Porque si algo he aprendido en estos años es que las buenas historias no solo se escriben: también se comparten.

www.carmengarciagancedo.es

SIGUE LEYENDO…



Es un lunes cualquiera en las oficinas centrales de ITECO, una empresa del sector informático y de seguridad con sede en Madrid, que además es un referente a nivel mundial dando servicio a todo tipo de sectores, desde bancos a hospitales. Sin embargo, todo dará un giro de ciento ochenta grados cuando la empresa sea atacada por unos hackers que parecen dispuestos a todo. Así comienza una lucha contra reloj para recuperar el control, con una amenaza sobre

sus espaldas que pueda acabar con ellos para siempre: un ataque diario durante los siguientes cuatro días.

Andrés, fundador de la empresa, reunirá a un equipo formado por Diego, un abogado joven y exitoso, Luis, el empleado ejemplar, Elisa, experta en ciberseguridad.

Un ciberataque.

Un pulso entre una de las empresas tecnológicas más prósperas del mercado español y un grupo de hackers.

72 horas frenéticas que pondrán en jaque todas las fortalezas de Andrés, Diego, Luis y Elisa… y también sus debilidades.

/*Hola ITECO, tu red ha sido hackeada y cifrada. */



SIGUE LEYENDO...

LA MEMORIA DE LAS ACUARELAS

CARMEN GARCÍA-GANCEDO



Click Ediciones

Cuando el arte revela secretos del pasado, toda una vida puede cambiar.

En el barrio de Salamanca, en pleno centro de Madrid, un taxi se detiene frente a una sala de exposiciones muy cercana a la calle de Alcalá. Del coche se apea un hombre mayor, con el rostro surcado de arrugas y movimientos tan lentos que parece que el tiempo se ralentiza a su paso. Su nieta le acompaña.

En la puerta de la sala un cartel anuncia:

«LA MEMORIA DE LAS ACUARELAS»
por TINO ACEVEDO
Obra póstuma

Ese nombre… De pronto el anciano siente un mal presagio. En cuanto posa la mirada sobre el primer lienzo, un desagradable escalofrío le recorre la espalda. Sin decir ni una palabra, y con la respiración entrecortada, se acerca al segundo lo más rápido que alcanzan sus envejecidas piernas.

— Sácame de aquí — le pide a su nieta.

—Pero abuelo, los cuadros…

—Los conozco perfectamente — el anciano la mira con infinita tristeza —. Los conozco porque los pinté yo. Esos cuadros son mis recuerdos.

